
RACHEL
McLEAN
SERIE INSPECTORA LESLEY CLARKE
LOS
CRÍMENES
DE
LA ISLA

Copyright © 2021, 2024 por Rachel McLean

Copyright © 2025, para esta edición Ediciones Pluma Negra

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, sucesos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Ackroyd Publishing.

LOS CRÍMENES DE LA ISLA

INSPECTORA LESLEY CLARKE
LIBRO 3

RACHEL MCLEAN

Traducido por
M. L. CHACON

EDICIONES
PLUMA NEGRA

ÍNDICE

Los crímenes de la isla

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70

Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75

Libro GRATIS
Otras Obras de Rachel McLean
Agradecimientos

LOS CRÍMENES DE LA ISLA

Rachel McLean escribe thrillers que aceleran tu pulso y hacen trabajar tu mente. Tras convertirse en un fenómeno de la autopublicación, ha vendido millones de copias en formato digital, con un éxito masivo en el Reino Unido y un alcance internacional en crecimiento. Es autora de la serie *Inspectora Lesley Clarke* y de las series derivadas *McBride & Tanner* y *Crímenes en Cumbria*. En 2021 ganó el prestigioso premio Amazon Kindle Storyteller con *Los crímenes del castillo*, y sus libros regularmente alcanzan el puesto número 1 en la lista de ebooks más vendidos de Bookstat al momento de su lanzamiento.

M.L. Chacón es traductora y editora especializada en novela de suspense. Conoció a Rachel a través del escritor Gregg Dunnett, marido de María y para quien también traduce. María vivió en Dorset durante veinte años. Su conocimiento de esa región, su pasión por el género y su afinidad con la protagonista de la serie le han permitido crear una traducción fiel, cuidada y con alma. Esta edición en español nace de una colaboración directa con la autora, con el objetivo de llevar estos thrillers a nuevos lectores sin perder su esencia.

CAPÍTULO UNO

FRANKIE LLAMÓ a la puerta de la casita de techo bajo y se abrazó a sí misma, lamentando no haber traído una chaqueta. Captó un movimiento por el rabillo del ojo y, al girarse, vio que un conejo desaparecía por el lateral del edificio. Sonrió. Los visitantes adoraban a los conejos, pero ahí, en la isla de Brownsea, eran tan habituales como las ratas. Las ardillas rojas, esas sí que eran difíciles de ver. Los visitantes venían cada día para buscarlas, maravillados por su escasez. Lo que no sabían era que, una vez que se iban a casa, las ardillas salían a jugar. Si uno paseaba por el bosque a primera hora de la mañana o al atardecer, veía muchas saltando entre los árboles.

La puerta se abrió y Frankie forzó una sonrisa. Natasha era su jefa. Era buena, aunque a veces un poco distante y últimamente más.

Frankie habría preferido que la reunión del equipo no fuera en casa de Natasha. Pero a las ocho de la tarde de un martes, con todos los visitantes ya fuera, la isla había cerrado al público y las inspecciones habían terminado. Los edificios oficiales estaban cerrados y no había otro lugar donde reunirse.

Por supuesto, había muchas habitaciones adecuadas en el «castillo». Pero estaban reservadas para el personal de John Lewis. El equipo del National Trust tenía que conformarse con lo que sobraba.

Frankie siguió a Natasha por el estrecho pasillo. Había una puerta cerrada en el lado izquierdo, y Frankie pudo oír un televisor al otro lado. Sería Bernard, el marido de Natasha. Apenas pudo distinguir el sonido de las noticias. Siguió a su jefa hasta la cocina, donde encontró a Anya con una taza de café en las manos. Anya levantó la mirada, con ojos cansados.

—Hola, Frankie.

—Hola, Anya. —Frankie tomó asiento frente a ella.

Natasha encendió la tetera eléctrica.

—¿Qué te apetece, Frankie? ¿Té, café, vino?

Frankie miró la copa de Natasha, medio llena de vino tinto. Negó con la cabeza.

—Para mí, café, por favor.

Puede que a la jefa de equipo le pareciera bien beber durante las reuniones, pero ella prefería mantener las formas. Natasha se movía por la cocina mientras Frankie se acomodaba. La mesa, en el centro de la cocina, era antigua, de pino rústico, con sillas disparejas a su alrededor. Cada vez que iba a aquella casa, tenía que girar su silla unos grados para evitar que se balanceara sobre las baldosas. Anya sonrió al ver a Frankie ponerse cómoda.

—¿Buen día? —preguntó Anya.

Frankie se encogió de hombros.

—El observatorio del norte estuvo muy concurrido hoy, había un montón de aves.

Anya dio un sorbo a su café.

—Las ardillas también han estado ocupadas. Creo que tenemos un nido en Rough Brake.

—Muy bien —dijo Frankie—. A los turistas les va a encantar.

—¡Y a mí también! —Se rio Anya.

Frankie consultó el reloj. Las siete y cuarto. Levantó la mirada hacia Natasha.

—¿Y Simone?

Natasha no se volvió desde su posición junto a la tetera.

—Llamó para decir que estaba enferma.

Simone vivía al lado de Frankie, en una pequeña casa al norte de la isla. Estaba cerca de la laguna y de los pájaros que a Frankie le

gustaba observar.

—Deberías haberme avisado —dijo—. Hubiera pasado a ver cómo estaba.

Natasha se volvió y puso una taza de café sobre la mesa.

—Lo siento, he estado liada todo el día. La oficina central tiene nuevos planes que quieren que pongamos a prueba.

La puerta se abrió detrás de Frankie y Bernard entró. Era unos años mayor que Natasha y bastante más alto.

Se pasó la mano por la barba incipiente y bostezó.

—Buenas noches, señoritas —saludó.

Frankie se puso tensa y asintió.

Anya le dedicó una amplia sonrisa.

—Buenas noches, Bernard.

Él le devolvió la sonrisa, con los ojos brillantes. Se acercó al fregadero y abrazó a su mujer.

—Hola, preciosa.

Natasha se volvió hacia él.

—Hola, amor.

Hundió la cara en su cuello e inhaló su aroma. Ella se estremeció con el contacto.

Frankie observó el intercambio. A Bernard le gustaba demostrar posesión sobre su esposa cuando había otras personas en casa. Le gustaba acariciarla y recordarles que, a pesar de que Natasha era uno de los miembros más veteranos del equipo y él solo un humilde periodista por cuenta propia, seguía siendo su esposa. Frotó la cabeza de Natasha, como si fuera un perro, sin importarle que el gesto le alborotara el cabello. Ella frunció el ceño, pero no levantó la mano para alisárselo. Él le pellizcó la cintura, y ella se rio y le dio con un paño de cocina. Frankie entrecerró los ojos. Bernard le recordaba a su exmarido; él también había sido todo manos.

Bernard miró a Frankie y se llevó los dedos a la frente a modo de saludo.

—¿Todo bien por ahí, Frankie?

—Bien, gracias, Bernard.

Su sonrisa se ensanchó.

—Os dejo con ello entonces, señoritas.

—Hasta pronto —se despidió Anya.

Frankie gruñó. No le gustaba la forma condescendiente con la que las llamaba «señoritas».

Se volvió hacia su mujer y le dio un último beso que ella correspondió. Salió de la cocina y Natasha se sentó a la mesa, con las mejillas sonrojadas.

—¿No deberíamos posponer esto hasta que Simone esté mejor? —preguntó Frankie antes de darle un sorbo a su café.

Natasha negó con la cabeza.

—Tengo que poneros al día sobre los planes que han mandado desde la oficina central. Van a afectar a todos los observatorios, Frankie.

Frankie suspiró. Le gustaba su trabajo tal y como era, y sabía que a la fauna también. Pero la oficina central era la oficina central. Les gustaba experimentar, probar nuevas ideas.

Dos horas después, la reunión llegó a su fin. No parecía que los planes de la oficina central fueran a llegar a ninguna parte, y Frankie no iba a intentar convencer a nadie de ponerlos en marcha. Apartó la silla y se dirigió a la puerta, mientras se despedía de sus dos compañeras. Salió de la casa y se encontró con una figura oscura sentada enfrente, encaramada a un poyete y balanceando los pies.

Se acercó a él.

—¿Me estás esperando? —preguntó Frankie.

El hombre sonrió, su rostro apenas visible en la tenue luz de las ventanas delanteras de la casa.

—¿Te apetece dar un paseo hasta casa?

—Ya soy mayorcita —respondió—. No necesito escolta.

El hombre la agarró por la cintura y tiró de ella. Frankie se apoyó en él, aspirando el cálido olor de su forro polar.

Adam aún llevaba puesto su uniforme del National Trust, el que usaba todo el día como voluntario.

—Necesitas una ducha —le dijo.

Se rio y se separó un poco.

—Más tarde —dijo—. Vamos a la playa. —Alzó una ceja.

Pero Frankie bostezó.

—Estoy cansada. Esa reunión, Dios. —Se llevó la mano a la frente.

Adam la abrazó.

—Lo sé. Pero es el trabajo de tus sueños, vale la pena aguantar alguna que otra reunión aburrida.

Frankie asintió y lo miró. Caminaban juntos hacia su casa, en la parte norte de la isla. Adam era diez centímetros más alto que ella y, cuando levantó la vista, apenas podía distinguir la luz de la luna detrás de él.

—Vamos, entonces.

Adam se volvió hacia ella y le sonrió, luego tiró de su mano y la condujo hacia el sur de la isla, donde las playas descendían hacia el mar. Su casa daba al lado de Poole. Si se adentraba en el bosque desde su puerta trasera, podía ver la bahía de Poole con sus enormes barcos. Pero en este lado de la isla, donde estaban las playas accesibles, era completamente distinto. Enfrente estaba la forma oscura de la isla de Purbeck. Las colinas no eran más que sombras a esa hora de la noche.

Pero Frankie y Adam conocían esos caminos y sus playas. Llevaban viviendo allí un año y medio, y les resultaban tan familiares como su propia piel. Bajaron a toda prisa hacia la playa. Frankie se estremeció, sin saber si era por el frío o la expectación. Cuando llegaron al final del camino, Adam le soltó la mano y se adelantó. Ella lo siguió por los empinados escalones que conducían a una pequeña playa, una de las muchas que había en ese lado de la isla.

Les gustaba venir por la noche, cuando todo el mundo dormía y la isla estaba tranquila. Los visitantes se habían ido, el personal se había acostado y ellos tenían la playa y las vistas para ellos solos. Cuando llegaron a la arena, él se giró, abrió los brazos, y ella corrió hacia él, soltando un pequeño grito de alegría. Adam sonrió y la hizo girar. Le encantaba ese hombre. Su relación con él no podía ser más diferente que la que tuvo durante su primer matrimonio. La tumbó en la arena y le dio un beso en la frente.

—¡Te echo una carrera! —dijo Adam.

Aquella playa era corta, pero les gustaba correr a lo largo de ella, levantando arena a su paso. Si tenía suerte, él la agarraría y la

llevaría detrás de las rocas, más adelante. Sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo.

Adam echó a correr, pero se detuvo de golpe. Ella lo alcanzó y le puso una mano en la espalda.

—¿Qué pasa? —preguntó Frankie, jadeando.

Adam miraba fijamente hacia delante, sus ojos captaban la tenue luz.

—¿Qué pasa? —repitió.

Adam señaló hacia delante.

—¿Qué es eso? —murmuró.

Frankie siguió su mirada. Había una forma en la arena, al borde del agua, que las olas bañaban.

—¿Una foca?

Pero Adam se volvió hacia ella.

—No hay focas en la bahía de Poole.

Frankie se encogió de hombros.

—Quizá tengamos suerte algún día.

Adam negó con la cabeza.

—Eso no es una foca. Lleva ropa.

Frankie sintió otro escalofrío. Esta vez sabía que no era de anticipación. Tragó saliva y dio un paso adelante.

Adam le puso una mano en el brazo.

—Está bien, cariño. Yo iré.

—No —dijo ella—. No seas ridículo.

Siguió caminando, respirando hondo. Debía de ser un animal, se dijo a sí misma. Quizá un tronco arrastrado por la marea. No era lo que ella pensaba.

A medida que se acercaba, los árboles eran menos densos y la luz se hacía más intensa. Se quedó mirándola, con la boca seca.

Se llevó una mano al pecho y miró hacia su compañero.

—¡Adam! —gritó—. ¡Adam! ¡Ven, rápido!

CAPÍTULO DOS

LESLEY ABRIÓ y cerró las puertas del mueble de la cocina mientras se rascaba el brazo.

—¿Dónde está la taza azul? —preguntó—. Es la mejor para el café solo.

Elsa sonrió y se levantó del sofá.

—Está en el lavavajillas. La usaste antes.

Lesley se volvió hacia ella. Se tocó de nuevo el brazo y se apoyó en la encimera.

—¿Ah, sí?

—Sí, cariño. ¿Quieres que te la saque?

Lesley miró el lavavajillas. Sabía que, si abrías la puerta en marcha, salía un chorro de agua caliente.

—No, no hace falta.

Abrió de nuevo la puerta del mueble y rebuscó entre las tazas, buscando una alternativa.

Elsa se acercó por detrás y rodeó la cintura de Lesley con los brazos.

—Ya has elegido tu taza favorita —dijo—. Qué bien.

Lesley se puso tensa. Había oído rumores sobre mujeres así. Tres citas y ya estaban alquilando una furgoneta para mudarse contigo. Lesley ni siquiera se había divorciado aún de su marido infiel. No estaba preparada para empezar a cohabitar de nuevo.

Recogió los brazos hacia los costados y se alejó del abrazo de Elsa, girándose para mirarla a la cara.

—Tengo mi casa en Wareham —dijo.

Los oscuros ojos de Elsa recorrieron el rostro de Lesley.

—Tranquila. —Le acarició la mejilla—. Es normal tener miedo.

—No tengo miedo —dijo Lesley. Era inspectora de policía; no se asustaba con facilidad.

Elsa alzó una ceja.

—No me refería a ese tipo de miedo, sino al miedo al compromiso. No hace mucho que saliste de tu matrimonio con Terry.

Lesley se encogió de hombros y cogió la taza.

—No quiero hablar de Terry.

Aún no lo había visto desde que lo sorprendiera con su amante tres meses antes. Un viaje sorpresa de vuelta a Birmingham, y había sido recompensada con la imagen de otra mujer de pie en su cocina con la mismísima bata de Lesley puesta.

Agarró una taza blanca y desconchada, y la dejó junto a la tetera de un golpe.

—Oye, cálmate —pidió Elsa—. ¿Qué te pasa?

—Nada —respondió Lesley.

Vertió agua en la taza y se dio cuenta de que aún no había puesto el café. Elsa alargó la mano y apartó la taza.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Elsa—. Usa la máquina.

Lesley negó con la cabeza.

—Esto está bien. Solo quiero algo que me mantenga despierta.

—Pero son casi las diez. Estarás zumbando y no vas a poder dormir.

—Tengo trabajo que hacer —respondió Lesley, aún de espaldas a Elsa—. Papeleo.

—¿Aquí? —preguntó Elsa.

—No. —Lesley se giró—. Me vuelvo a casa.

Elsa frunció el ceño.

—A tu cuchitril de Wareham, el que odias.

Lesley la miró.

—No lo odio. Le estoy cogiendo el gusto.

—Los marcos de las puertas son tan bajos que tienes que agachar la cabeza cuando entras. La tele está a medio metro del sofá, y en cuanto a la cocina...

Lesley torció el labio.

—No lo critiques —le avisó—. No es tan malo como lo pintas.

Elsa levantó los brazos en señal de disculpa.

—Vale, vale. Es tu acogedora casita. —Suspiró—. Cielos, no sabía que me estaba metiendo en esto.

—¿Meterte en qué?

Elsa miró a Lesley a los ojos y se mordió el labio inferior. Normalmente, a Lesley le parecía adorable cuando hacía eso, pero aquella noche...

Lesley vio cómo Elsa entraba en el salón y se sentaba en el sofá. Su piso estaba en la tercera planta, a pocas calles de la playa. La cocina y el salón formaban un espacio diáfano, con amplias ventanas por las que entraba la luz dorada del atardecer que perfilaba los muebles. Cogió el mando a distancia y empezó a navegar por Netflix.

—¿En qué? —Lesley se acercó al respaldo del sofá.

Elsa la miró, con el rostro sombrío.

—Estás muy rara conmigo desde que arrestaron a Priscilla Evans.

—¿Priscilla Evans? —Se sorprendió Lesley—. ¿Qué tiene que ver ella con esto?

Elsa paró el programa que había elegido y dejó caer el mando en su regazo.

—¿Es porque tuviste que rescatarme de ella? ¿O porque mató a Harry?

Priscilla Evans había tenido una aventura con Harry Nevin, el socio de Elsa. Lo mató después de descubrir que también estaba liado con una asociada júnior del bufete. En un momento dado, Lesley creyó que él también mantenía una relación con Elsa.

—No —dijo Lesley—. No es eso. —Pero lo era, al menos en parte.

Elsa apartó la mirada. Había puesto en marcha el programa, pero no estaba concentrada en la pantalla.

—Has estado rara desde entonces. —Miró de nuevo a Lesley—. Sé que Priscilla pensaba que me estaba tirando a Harry, pero tú no,

¿verdad?

—Claro que no —dijo Lesley, con la piel erizada.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Nada —respondió Lesley, mirando su taza. Sopló el café. No debería haberlo preparado si planeaba irse a casa. La verdad era que no había pensado en volverse hasta hacía un momento.

Era cierto que había estado tensa desde el caso Nevin. Lesley había descubierto algunas verdades incómodas acerca de Elsa y de ciertos clientes a los que defendía. No tenía claro si Elsa era consciente de que ella lo había averiguado.

Rodeó el sofá, se sentó junto a Elsa y le puso una mano en la rodilla. La frotó y Elsa se inclinó hacia ella.

—Lo siento —dijo Lesley—. Es mi jefe. Lleva un tiempo portándose como un idiota.

Elsa se rio.

—Eso es lo que hacen los jefes. Sobre todo, si eres poli.

—Sí. —Suspiró Lesley—. Pero, de todas formas, tengo que irme.

—Vale. ¿Cuándo volveré a verte?

Lesley se encogió de hombros.

—Mañana, tal vez. O pasado mañana.

—Muy bien —dijo Elsa, colocando su mano sobre la de Lesley, que aún descansaba en su rodilla—. ¿Estás enfadada conmigo?

—No —dijo Lesley. Podía oír la tensión en su propia voz.

—De acuerdo. —Elsa apartó la mano y se levantó—. Nos vemos mañana, entonces.

Lesley la miró.

—¿No me das un beso?

Elsa se inclinó hacia ella. Apoyó las manos en el respaldo del sofá, a ambos lados de su cabeza.

—Por supuesto que te doy un beso, cariño.

CAPÍTULO TRES

FRANKIE LLAMÓ con fuerza a la puerta de Natasha.

—¡Natasha! —gritó—. ¡Abre!

Natasha estaría preparándose para irse a la cama. A Bernard no le haría gracia que lo molestaran a esas horas. Pero su casa era la más cercana a la playa, y necesitaban ayuda. Rápido.

Adam corrió detrás de Frankie y se golpeó contra la puerta, que tembló bajo su peso.

—¡Ay! —gritó Frankie.

—Perdona —jadeó Adam—. ¿Están en casa?

—Claro que están —respondió Frankie—. Se estarán yendo a la cama.

Volvió a golpear la puerta. Esta vez se abrió.

Natasha estaba de pie frente a ellos, con la luz perfilando su cabello encrespado. Todavía tenía maquillaje en un ojo, pero no en el otro.

—¿Qué pasa? —preguntó, mirando por encima del hombro de Frankie—. ¿Olvidasteis algo?

Frankie negó con la cabeza. Su respiración era agitada.

—No, es... es... —Miró fijamente a Natasha. Las palabras se negaban a salir.

—Es Simone —dijo Adam.

Frankie apoyó una mano en el marco de la puerta.

—La hemos encontrado.

—¿Qué? ¿Dónde? —preguntó Natasha.

Frankie sintió que le flaqueaban las piernas. Se apoyó en el poste de la puerta.

—¿Dónde? —repitió Natasha. Tenía los ojos muy abiertos y la cara pálida—. ¿Está bien?

Frankie negó con la cabeza.

Natasha dio un paso adelante, sus ojos cargados de preocupación.

—¿Está enferma? ¿Es grave? Ay, joder. —Echó la vista atrás, hacia su casa—. Traer a una ambulancia hasta aquí llevará un siglo.

Frankie tragó saliva.

—No va a necesitar una ambulancia. Al menos, creo que no…

—¿Qué? —espetó Natasha—. ¿Qué ha pasado?

—La encontramos en la playa —dijo Adam.

Frankie bajó la cabeza al oírlo hablar. Lo único que tenía en mente era el cuerpo de Simone en la playa, con las piernas enredadas en algas y el pelo enmarañado. ¿Cuánto tiempo había estado allí? ¿Cuándo llamó para decir que estaba enferma?

Levantó la cabeza y miró fijamente a Natasha.

—Llama a la policía.

—¿Por qué? —dijo Natasha—. ¿Qué ha pasado?

Algo se movió detrás de Natasha. Bernard apareció al pie de la escalera.

—¿Qué pasa, Nat? —preguntó—. ¿Qué hacéis aquí?

Natasha se volvió hacia él.

—Es Simone. Al parecer, le ha sucedido algo. —Se volvió hacia Frankie y Adam—. ¿La habéis encontrado? ¿Dónde está ahora?

—Está muerta —dijo Adam. Tenía agarrado el brazo de Frankie, sus dedos clavándose a través de su fina chaqueta—. La encontramos en la playa.

—¿Muerta? —dijo Natasha—. No digas tonterías. Estaba enferma; nos llamó.

—¿Sí? —preguntó Frankie—. ¿Te llamó?

Natasha parpadeó.

—Llamó esta mañana, a primera hora. Habló con Bernard. —Se volvió hacia su marido—. ¿No es así?

Este asintió con la cabeza.

—Tienen razón, amor —le dijo a su mujer—. Deberíamos llamar a las autoridades.

Frankie miró a Natasha a la cara.

—Llama a la policía —suplicó—. ¡Ahora!

—Tengo que decírselo a Ed. Él sabrá qué hacer.

Ed era el jefe de Natasha, la persona a cargo del personal permanente del National Trust en la isla.

Frankie negó con la cabeza.

—No tenemos tiempo.

Bernard se colocó detrás de Natasha y apoyó las manos sobre sus hombros. Miró a Adam.

—Hay muy poca luz. ¿Estáis seguro de lo que habéis visto?

Frankie sintió un calor recorrerle el cuerpo.

—No estamos imaginando cosas.

Bernard asintió con la cabeza.

—No. Lo siento. Haré la llamada. —Se alejó. Frankie lo siguió con la mirada, preguntándose si debía seguirlo adentro o volver a la playa.

Natasha extendió la mano hacia unos percheros que había detrás de la puerta. Agarró un abrigo y se lo echó sobre los hombros.

—Enséñame dónde está. Necesito verla.

Frankie la miró fijamente.

—No creo que quieras verla.

Natasha la fulminó con la mirada.

—Muéstramelo, Frankie.

Frankie intercambió una mirada con Adam. Él se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijo.

Se alejó de la casa y corrió de vuelta a la playa. Podía oír dos pares de pasos detrás de ella: Adam y Natasha.

Llegaron a la playa en un momento, mucho más rápido que la vez anterior. Agitó el brazo en dirección al cuerpo de Simone. No quería mirarla de nuevo.

—Ahí abajo —jadeó.

Natasha corrió hacia la playa. Frankie la siguió, despacio, con pasos irregulares.

—¿Sigue ahí? —llamó, manteniendo aún un atisbo de esperanza de haberse equivocado. Que Simone se hubiera levantado y marchado. O que, tal vez, ni siquiera hubiera estado allí.

—Sí —confirmó Natasha—. Es Simone. Ay, Dios mío. —La última palabra salió como un gemido.

Adam estaba detrás de Frankie.

—¿Qué está haciendo? —siseó.

—No lo sé —susurró—. Tenemos que llamar a la policía.

Llamó a Natasha.

—¡Aléjate! No la toques. —Podría ser la escena de un crimen, se dio cuenta de pronto.

—Bernard ya está haciendo la llamada —dijo Adam—. Está al teléfono.

Natasha volvía caminando de la playa, su cuerpo era una sombra contra el cielo nocturno. Tropezó con Frankie y la agarró del brazo.

—Tienes razón —susurró—. Es Simone… Está muerta.

CAPÍTULO CUATRO

CUANDO LESLEY LLEGÓ A LA OFICINA, había una nota sobre su mesa: «*Preséntese en el despacho del superintendente Carpenter lo antes posible*».

No tenía firma ni indicación alguna de cuándo la habían escrito. La dejó sobre la mesa y salió a la sala. El sargento Dennis Frampton estaba solo en su mesa, bostezando y estirando los brazos por encima de la cabeza. Cuando la vio, se puso alerta de inmediato.

—¿Has visto a alguien entrar en mi despacho esta mañana y dejarme una nota?

Dennis se limpió las gafas y volvió a colocárselas en la nariz.

—No, jefa.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Llegué diez minutos antes que tú.

La puerta se abrió y entró el cabo Johnny Chiles.

—Buenos días, Johnny —dijo Lesley—. ¿Acabas de llegar?

Se encogió de hombros.

—Esto… Sí, jefa. ¿Llego tarde?

Eran las ocho y media; había llegado temprano.

—No, Johnny —respondió Lesley.

No importaba quién había dejado la nota, ni tampoco cuándo. Simplemente tenía que ir a la oficina de Carpenter. No le gustaba la idea de que él le dejara notas. No es que hubiera sido él. Cuando

llegabas al rango de superintendente, tenías a otras personas que hacían ese tipo de tareas por ti.

Subió las escaleras a toda prisa, se alisó la falda y llamó a la puerta.

—Pasa.

Entró y cerró tras de sí. Carpenter tenía un gran despacho en la parte delantera del edificio, por encima del suyo, pero el doble de grande. A un lado, encontró un escritorio con sillas a ambos lados. En el rincón más alejado, un grupo de sillones. Carpenter estaba en uno de ellos, leyendo el periódico.

Lesley lo miró.

—¿Quería verme, señor?

Dejó el periódico en la mesita que tenía delante: el *Bournemouth Echo*.

—Vale la pena estar al tanto de lo que pasa —le dijo—. No solo la información sobre el crimen.

Lesley asintió con la cabeza. Como inspectora no tenía que preocuparse de esas cosas, gracias a Dios. Si algún día quería ascender, tendría que hacer menos investigación y más politiqueo. No estaba segura de que la política se le diera especialmente bien.

—Me lo imagino, señor —respondió ella.

Le indicó que se sentara en uno de los sillones. Ella eligió el que estaba a su lado y se acomodó con cuidado. Habría preferido una de las sillas junto al escritorio, pero si él intentaba que se sintiera cómoda, no iba a discutir.

Carpenter se inclinó hacia atrás.

—Tenemos una muerte en la isla de Brownsea.

—¿En la isla de Brownsea?

Se pasó una mano por el cabello.

—Es delicado.

—¿En qué sentido? —indagó Lesley, preguntándose quién podría ser la víctima. ¿Un miembro del Cuerpo? ¿Un pez gordo local?—. ¿Quién es la víctima?

—Un miembro del personal del National Trust, de nombre Simone Browning —respondió Carpenter.

—No he oído hablar de ella.

—No tenías por qué. Era especialista en ardillas, al parecer.

Lesley evitó reírse.

—¿Ardillas? ¿Acaso existe el trabajo de especialista en ardillas?

Carpenter ladeó la cabeza.

—¿No sabes que la isla de Brownsea es conocida por su población de ardillas rojas?

Lesley le devolvió la mirada, luchando por mantener la cara seria.

—No lo sabía, señor.

—Pues ahora ya lo sabes.

—Entonces, ¿por qué es delicado? —preguntó—. ¿Se trata de un asesinato?

—Todavía no lo sabemos. Se hizo una llamada a emergencias ayer por la noche. Unos patrulleros acudieron en una lancha junto con un par de paramédicos, pero llegaron demasiado tarde para atender a la pobre mujer. Había aparecido en una de las playas.

—¿Y trabajaba allí?

—Así es. —Se inclinó hacia delante—. Como gran parte de la zona, Brownsea es propiedad del National Trust. Aunque John Lewis tiene una parte.

—¿John Lewis?

—El castillo. Ya lo verás.

Lesley asintió. No entendía qué tenían que ver unos grandes almacenes con un castillo en una isla del National Trust, pero pronto lo averiguaría. Y había preguntas más urgentes que esta.

—¿Hemos cerrado la isla a los visitantes, señor? —preguntó Lesley.

—Sí. No hay barcos desde ayer por la tarde. La gente de John Lewis no está muy contenta, tenían previsto que llegara una delegación hoy.

—Seguro que lo entenderán.

La miró fijamente.

—Será tu trabajo calmar las aguas.

Abrió la boca para protestar, pero no lo hizo. Su tarea era investigar la muerte de Simone Browning. Pero si eso implicaba un poco de relaciones públicas, tendría que aguantarse.

—Sí, señor.

—Al parecer, nuestra víctima era miembro del equipo de conservación de la isla. Vivía allí con otros amantes de los árboles. Tenemos que manejar esto con cuidado. El National Trust es una organización importante en este condado.

Lesley asintió. Se levantó de la silla.

—Iré directamente allí. Me llevaré a mi equipo conmigo.

—No queremos entrar allí con todos los refuerzos. Ve solo con el sargento Frampton.

Lesley lo meditó un instante. Habría un puñado de personas a las que interrogar en el equipo de conservación que había mencionado Carpenter. Si la mujer se había ahogado por accidente, ni siquiera habría un crimen que investigar.

—De acuerdo —respondió, volviéndose hacia la puerta.

—Mantenme informado a mí y contentos a ellos ¿quieres?

—Por supuesto, señor.

Lesley volvió a la oficina y encontró a Dennis de pie al lado del escritorio de Johnny. El cabo Mike Legg estaba con ellos. Los tres hombres estaban mirando en la pantalla de Johnny un artículo de un periódico online: *Cuerpo encontrado en la Isla Brownsea*.

—Así que ya es público —dijo.

Los tres hombres levantaron la vista.

—¿Para esto te quería Carpenter? —preguntó Dennis.

—Sí —respondió ella—. Tú y yo tenemos que ir a la isla y averiguar si se trata de una muerte sospechosa.

Dennis se apartó del respaldo de la silla de Johnny y se dirigió a su escritorio; aún cojeaba ligeramente. La lesión que se había hecho durante el caso de Harry Nevin estaba casi curada, pero no tanto como él quería aparentar. ¿Podría hacer el viaje en barco hasta la isla?

Lesley sabía que no debía insinuarle a Dennis que quizá no estaba en condiciones. Se aseguraría de que no tuviera que dar muchas vueltas cuando llegaran. Los turistas hacían el viaje todos los días y, por lo que Lesley había visto, la mayoría ya no estaba en su mejor momento.

—Entonces —continuó Lesley—, ¿cómo se llega hasta allí?

Mike levantó la vista.

—El National Trust dispone de barcos: algunos son privados y otros para turistas.

—Vale —dijo Lesley—. A ver si nos pueden llevar en uno. ¿Puedes preguntar?

—Como quieras, jefa. —Mike cogió el teléfono.

Dennis miró a Lesley.

—Creo que deberías llevar a Johnny en mi lugar.

Lesley levantó una ceja. ¿Estaba admitiendo que aquello era demasiado para él?

—El superintendente pidió que fueras tú.

Dennis sacudió la cabeza.

—Mírame —replicó—. No estoy en condiciones de subir a una lancha y recorrer la isla. Llévate a Johnny, será una buena experiencia para él.

Lesley miró de Johnny a Mike.

—¿Solo a Johnny?

—Necesitaré a Mike aquí para que me ayude a cotejar las pruebas —explicó Dennis, justo cuando entraba la quinta miembro del equipo: la agente Tina Abbott.

Tina miró a los hombres, con la cara enrojecida.

—¿Llego tarde? ¿Me he perdido una reunión informativa?

Lesley sonrió.

—No pasa nada, Tina. Carpenter nos ha asignado el caso de la isla de Brownsea. Imagino que ya te habrás enterado.

Tina dejó la chaqueta del uniforme en el respaldo de la silla. Su rostro era grave.

—Un asunto desagradable, jefa. Pobre mujer.

—Iré con Johnny y veremos si es una muerte sospechosa. Si lo es, asignaremos los recursos necesarios.

—¿Puedo hacer algo mientras no estás?

—No te preocupes, agente —dijo Dennis—. Te mantendré ocupada.

Tina miró de Lesley a Dennis y viceversa.

—Por supuesto.

—Está decidido entonces —dijo Lesley—. Johnny, tú conduces.

Sería una visita rápida a la isla de Brownsea. Verificarían si se trataba de un suicidio y regresarían para informar a Carpenter. En realidad, daba igual a quién llevara.

CAPÍTULO CINCO

—ENTONCES —comenzó Lesley mientras se acercaba junto con Johnny al muelle de Poole—, la isla de Brownsea, ¿has estado muchas veces?

Johnny mordisqueó su labio, concentrado en maniobrar en el aparcamiento de varias plantas.

—Nunca, jefa —respondió.

—¿Nunca? Pensé que habías vivido aquí toda tu vida.

Dobló una esquina cerrada, observando un espacio delante de ellos.

—Yo soy del interior, cerca de Dorchester. No voy mucho al mar.

Lesley soltó una risa. Para ella, nacida y criada en las Midlands, el mar era el principal atractivo de Dorset. Le gustaba forzar a Elsa a pasear por la playa al atardecer.

—¿Nunca? —insistió—. ¿Ni siquiera cuando eras pequeño?

—Cuando era pequeño, sí. Mis padres solían llevarme a la playa de Bournemouth todos los veranos. Aunque no me gustaba mucho.

—¿Cómo no te iba a gustar la playa cuando eras niño?

Johnny metió el coche en el aparcamiento y apagó el contacto. Se volvió hacia ella.

—Promete que no se lo vas a contar al sargento, ¿de acuerdo?

—Eso depende de lo que me vayas a decir —contestó con una sonrisa en los labios.

Johnny le dirigió una mirada seria.

—No —dijo entonces—. No se lo diré. —Lesley se preguntó cuál era el gran secreto de Johnny.

—Me mareo —respondió después—. No soporto estar en el agua.

—¿Te mareas?

Asintió con la cabeza.

—No soy el típico bollo de Dorset, ¿no?

—¿Bollo de Dorset?

Una sonrisa se dibujó en la comisura de los labios de Johnny.

—Es una frase local para describir a quienes han nacido y crecido en Dorset. Pero yo no encajo, dado que no me gusta el mar. La bahía de Poole domina este condado.

Lesley se encogió de hombros.

—Supongo que hay muchos sitios en el interior. —Lo miró—. En cualquier caso, ¿vas a estar bien durante la travesía?

Johnny hizo una mueca.

—Aguantaré la respiración.

Cerró la puerta del coche y siguió a Johnny fuera del aparcamiento. Instantes después, estaban en el muelle, junto a un quiosco hexagonal pintado de naranja chillón. *Tours de la Isla de Brownsea*. Multitudes de personas se agolpaban a su alrededor, haciendo cola de forma desordenada para comprar sus billetes.

Lesley miró su reloj. Ya habían pasado dos horas desde que Carpenter la llamó a su despacho. No le gustaba tardar tanto.

La multitud parecía inquieta. El hombre del quiosco, un anciano de piel curtida, intentaba explicar que el ferry no saldría hoy. Lesley se abrió paso entre la gente y se acercó a él.

—Inspectora Clarke, de la policía de Dorset —murmuró—. ¿Todo bien?

El anciano la miró.

—El National Trust ha cerrado la isla. Al parecer, tu gente les dijo que lo hicieran.

«Perfecto». Lesley no quería hordas de «*grockles*» vagando por toda la escena del crimen.

—Es lógico.

—¿Vas a compensarme?

Lesley se señaló el pecho en un gesto de: ¿quién? ¿Yo?

—¿La policía de Dorset?

El anciano asintió, con los labios apretados.

Lesley se rio.

—Lo siento, amigo. Si hay que cerrar la isla, hay que cerrarla. Le sugiero que lo hable con el National Trust. —No es que les faltara dinero, con todo lo que sacaban de los edificios, playas y aparcamientos de su propiedad.

El anciano la miró con evidente desagrado ante la sugerencia de la inspectora.

—Cuanto antes termines tu trabajo, antes podré volver a trabajar. Estoy perdiendo miles de libras cada día.

«Una mujer ha muerto», se contuvo Lesley. Después de todo, era agosto, y aquel hombre tenía un negocio de transporte de turistas por la bahía de Poole. Podía entender su descontento.

—Seguro que alguien le avisará en cuanto pueda volver a navegar —le dijo.

Se dio la vuelta y se abrió paso entre la multitud. Johnny estaba a unos metros, hablando con un hombre delgado, de pelo ralo, que llevaba una camiseta del National Trust. El hombre le tendió la mano cuando Lesley se acercó. Ella la cogió.

—Usted debe de ser la inspectora Clarke —dijo—. Yo soy Ed Rogers, director del National Trust en la isla. Puede llamarme Ed.

—¿Será posible llevarnos hasta allí? —preguntó Lesley—. ¿A pesar de que el ferry no funciona?

Ed miró más allá de ella, hacia la multitud que rodeaba el quiosco.

—Pobre Sam —dijo—. Su trabajo hoy no va a ser fácil. Enviaré a un par de voluntarios para que le echen una mano, no es que tengan otra cosa que hacer.

Ella asintió. No ofrecía compensación, pero al menos era consciente de los problemas del dueño del ferry.

—Venga conmigo —le pidió Ed—. Tenemos nuestro barco ahí.

Johnny miró más allá del administrador de la isla, hacia un pequeño barco con no más de diez asientos. Lesley le dio un apretón en el brazo.

—No te preocupes, no está muy lejos.

Johnny tragó saliva y asintió, con expresión sombría.

Se acercaron al barco, que tenía una minúscula cabina en la parte delantera y rodaba al vaivén del agua.

—Por Dios —murmuró Johnny. Miró el barco turístico fuera de servicio, con su cubierta inferior totalmente cerrada y al menos cien asientos en la parte superior.

—Todo irá bien —le dijo Lesley. El día era luminoso, el puerto brillaba bajo el sol y el agua estaba en calma—. Mira, hace el tiempo perfecto para navegar.

Ed soltaba las cuerdas del amarre junto al barco.

—¿No se desenvuelve bien en el agua?

Johnny negó con la cabeza.

—Estaré bien, no se preocupe.

Lesley sonrió. Iba a ser difícil ocultárselo a Dennis.

Cogió la mano que le tendió Ed y dejó que la guiara hasta el interior de la embarcación, tomando asiento lo más cerca posible del centro. Johnny se sentó frente a ella, con la mirada fija en el horizonte. Lesley miró hacia el gran barco, vacío de turistas. Con suerte, pronto dejarían que Sam volviera a su negocio.

Ed desató más cuerdas y bajó hacia el barco, lo que hizo que se balanceara. Se dirigió a la cabina abierta de la parte delantera y encendió el motor. Lesley quiso empezar a hacer preguntas, pero en cuanto el motor se puso en marcha, el ruido ahogó su voz. Se reclinó en el asiento mientras el barco se internaba en la bahía. Johnny se aferró al asiento, con la boca tensa y los ojos cerrados. Quiso inclinarse hacia él y tranquilizarlo, darle un golpecito amistoso en el hombro, pero le preocupaba que el gesto pudiera empeorarlo.

«Tú puedes, Johnny», pensó.

Quince minutos más tarde se aproximaban a la isla. El barco había tomado una ruta serpenteante hacia la boca del puerto y luego giró a la derecha hacia el castillo, que dominaba ese lado de la isla. Pasaron junto a una amplia laguna y el aire se llenó de pájaros. El ruido era inaudito.

Lesley deseó haberse tomado un tiempo para informarse sobre el lugar, para descubrir qué era aquel castillo y a quién podía esperar

encontrar allí. ¿Había mucha gente viviendo en la isla o la mayoría de los trabajadores y voluntarios cruzaban el puerto todos los días?

Cuando se acercaban al muelle, Lesley vio a dos figuras esperándolos. Gail, la encargada de la escena del crimen, y su colega Gavin, el CSI ridículamente alto. Gail oyó el barco, se volvió y levantó un brazo para protegerse los ojos del sol. Lesley le devolvió el saludo con la mano. Era bueno ver una cara conocida. Si Gail no estaba luchando contra las náuseas, seguramente habría inspeccionado el terreno y podría darle un informe.

El barco se detuvo junto al muelle y Ed se apeó. Un hombre y una mujer, ambos con camisetas del National Trust, lo ayudaron a asegurar la embarcación. La mujer le tendió una mano y Lesley aceptó la ayuda para subir los empinados escalones. Al girarse, vio a Johnny que subía tras ella, con el rostro pálido y movimientos lentos.

Le cogió la mano, la cual sintió húmeda.

—¿Te vas a poner bien? —murmuró.

Johnny asintió y cerró los ojos, lamentando haber movido la cabeza.

Lesley suspiró aliviada al divisar un banco cercano. El muelle estaba tranquilo, con un edificio bajo justo detrás y el castillo dominando el horizonte. Los pájaros se lanzaban en picado sobre sus cabezas, mientras el aire estaba impregnado del olor salino del mar. El asfalto estaba salpicado de excrementos de aves.

—Siéntate ahí —le indicó a Johnny—. Inclina la cabeza entre las piernas y en cinco minutos estarás como nuevo.

Se volvió hacia Ed.

—De acuerdo, muéstreme dónde la encontraron.

CAPÍTULO SEIS

GAIL SE APRESURÓ A SEGUIR a Lesley y Johnny, que caminaban detrás de Ed a través de los edificios más allá del muelle. Llevaba una maleta de viaje y un amplio bolso negro colgado al hombro, y calzaba unas botas resistentes, perfectas para caminar. Lesley, en cambio, llevaba unos botines de cuero marrón, más prácticos que los tacones que solía usar en Birmingham, aunque aún lejos de ser lo ideal para el terreno.

—¿Has estado ya en la escena del crimen? —preguntó Lesley.

—Todavía no —respondió la forense—. Acabamos de llegar. Nos trajeron en uno de sus barcos.

Señaló hacia el puerto, donde estaba amarrado un barco de fondo plano.

Lesley miró a Johnny.

—Considérate afortunado de no haber venido en eso.

Johnny negó con la cabeza sin decir nada. El color volvía a sus mejillas, pero no había dicho palabra desde que salieron del muelle de Poole. Lesley esperaba que le fuera más útil una vez recuperado.

—¿Conoces bien la isla? —preguntó Lesley a Gail.

—He estado aquí una media docena de veces. Excursiones de un día, buscando ardillas u observando los pájaros. A mi ex le gustaban esas cosas.

—¿Hay gente que vive aquí?

—Creo que son unos cuarenta.

Ed, que caminaba delante de ellos, se volvió.

—Actualmente viven en la isla cuarenta y dos personas. Treinta y tres de ellas son empleados del National Trust. Las demás trabajan para John Lewis.

—John Lewis —repitió Lesley—. No entiendo la conexión que tienen unos grandes almacenes con la isla de Brownsea.

Ed señaló hacia el castillo por el que habían pasado en el barco.

—John Lewis tiene el castillo alquilado. Lo utilizan como hotel para sus empleados, o mejor dicho, para sus socios. Las nueve personas que viven allí trabajan en el hotel.

—¿Y el National Trust trabaja estrechamente con ellos? —preguntó Lesley.

Ed sacudió la cabeza.

—Suelen ser muy reservados. Vemos a su gente entrar y salir en su barco privado, pero apenas interactúan con los turistas y con nuestro equipo.

Lesley asintió.

—Necesitaremos hablar con ellos y con su personal.

—Me parece bien —dijo Ed—. Tendrá que hablar con la gerente del hotel, Yolanda Harte.

Pasaron junto a las altas puertas que daban a la parte trasera del castillo y se dirigieron hacia una amplia zona de césped con una iglesia al fondo.

—¿Esa iglesia da servicio a las personas que viven aquí? —preguntó Lesley.

—Se celebra una misa a la semana. La mayoría de los asistentes vienen del resto de Dorset. Suelen ser personas mayores de Bournemouth y sus alrededores, no tanto del personal del National Trust.

Lesley observó la iglesia. Era imponente y desproporcionada para una isla tan pequeña como Brownsea. Se preguntó cómo había podido construirse, ya que seguramente la población de la isla nunca había sido numerosa.

Torcieron a la izquierda y avanzaron sobre el césped. Lesley escuchó un grito y se detuvo en seco. Johnny tropezó con ella y gimió.

—Perdona, Johnny. ¿Qué ha sido ese ruido?

Ed sonrió.

—Nuestro pavo real residente. Un bicho ruidoso.

Lesley respiró aliviada. Nunca había oído nada igual. Miró por toda la zona verde buscando al pájaro, pero no lo encontró. El sonido venía de la iglesia. Se preguntó si habría uno solo o toda una bandada.

—Por aquí. —Ed pasó junto a un conjunto de edificios en ruinas y se adentró en una estrecha callejuela que parecía conducir de nuevo hacia la costa.

—Esta es la antigua granja —dijo Gail—. Cuando la anciana propietaria vivía aquí, estaba en funcionamiento. Ahora la usan como museo.

Lesley asintió.

—¿Tiene gente que trabaje aquí? —preguntó Lesley a Ed.

—No hay personal a tiempo completo, solo voluntarios. Adam Stanley es el encargado de los voluntarios, ya lo conocerá. Es parte de la pareja que encontró el cuerpo.

—¿Dónde está su personal? —Quiso saber Lesley. La isla parecía inquietantemente desierta.

—Les pedí que se quedaran en casa hasta que la policía los contactara. Confío en que fuera lo correcto.

—Lo es —respondió ella. «Cuarenta y dos personas», pensó. Necesitarían ayuda, agentes uniformados para llamar a las puertas y hacer preguntas.

—Un momento, Ed.

Se volvió hacia Johnny.

—¿Cómo te encuentras?

—Sobreviviré. ¿Necesitas que empiece las entrevistas?

Lesley sonrió, aliviada de que volviera a ser un poli en vez de un inválido.

—Empieza a hablar con algunas de las personas que viven aquí. Averigua sus nombres y quién conocía a la víctima.

Miró a Ed.

—¿Quién era la pareja que la encontró?

—Adam Stanley y Frankie Quinn. Ella es especialista en aves. Viven en una de las casas pasada la iglesia, en el lado de la isla que da hacia Poole. ¿Quiere que se la enseñe? —le preguntó a Johnny.

Johnny miró a Lesley.

—No —dijo la inspectora—. Necesito ver la escena del crimen primero. Johnny, ¿crees que podrás encontrar el camino?

—¿Hay un sendero? —preguntó Johnny a Ed.

—Suba hasta la iglesia, gire a la izquierda y siga caminando hasta pasar la laguna y los cañaverales. No tiene pérdida. Es un edificio grande en el lado derecho dividido en dos casas. Frankie vive en una, Simone en la otra.

A Lesley le sonaba ese nombre.

—Simone Browning, ¿la víctima?

Ed asintió.

—¿Alguien más vivía allí con ella?

Ed negó con la cabeza.

—Vivía sola. Y Frankie con Adam.

—¿Estarán en casa ahora mismo?

—Les pedí a todos que se quedaran en casa.

Lesley se volvió hacia Johnny.

—Cuéntame cómo te va.

—Por supuesto, jefa. —Se alejó a toda prisa.

Gail iba por delante de ellos. Lesley y Ed aceleraron el paso hasta alcanzarla.

—¿A qué distancia estamos de la playa? —preguntó Lesley.

—Un par de minutos como mucho —dijo Ed—. Ya queda poco.

—Muy bien. —A Lesley no le hacía mucha gracia la idea de tener que repetir ese viaje cada vez que tuviera que visitar la escena del crimen. Todo el trayecto por el puerto, y luego la caminata hasta la playa.

—¿Podemos acceder a la playa en barco? —preguntó.

—Más vale que así sea —dijo Gail—. Tendremos que traer todo el equipo y buscar pruebas en las aguas someras.

Ed frunció el ceño.

—Pero que no se entere el público. No quiero que piensen que cualquiera puede atracar ahí.

—No se preocupe —le dijo Lesley—. Ya se dará cuenta de que nosotras somos un caso especial.

CAPÍTULO SIETE

DENNIS DIO otra vuelta alrededor de los escritorios. Mike no dejaba de mirarlo, con un lenguaje corporal inquieto. Tina miraba fijamente su pantalla, fingiendo no notar su agitación.

Revisó su teléfono de nuevo. No le gustaba esa situación, con la jefa y Johnny en la escena del crimen, y el resto del equipo en la oficina sin saber qué pasaba. Dennis estaba acostumbrado a ir a las escenas del crimen con Johnny, o incluso con la inspectora.

La llamó otra vez, pero no obtuvo respuesta.

Golpeó su teléfono contra el escritorio.

—¿Alguien sabe si hay cobertura en la isla de Brownsea? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular.

Mike levantó la mirada.

—No veo razón para que no haya cobertura. Hay bastante gente allí.

Dennis alzó una ceja.

—¿Has estado investigando acaso?

—Sí, sargento.

Mike lo observó con cautela, dudando si revelar más detalles. Podría tranquilizar al sargento…o todo lo contrario.

—Continúa —espetó Dennis. Se hundió en su silla—. Cuéntame lo que sabes. Necesito distraerme.

Mike se aclaró la garganta y miró su pantalla.

—Pues —comenzó—, la mayoría de los residentes trabajan para el National Trust: especialistas en conservación, gestión de voluntarios y visitantes, mantenimiento… cosas por el estilo.

—¿Cuántos son? —preguntó Dennis.

—Bueno, hay cuarenta y dos en total... No estoy seguro de cuántos son del National Trust. Luego están las personas que trabajan allí, pero que viajan cada día desde el otro lado del puerto.

—¿Cuántos, entonces? ¿Unos cien?

Mike se encogió de hombros.

—Ni idea. También hay gente de John Lewis.

—¿John Lewis?

Mike asintió.

—Están en el hotel, lo que llaman el castillo. ¿Lo conoces?

Dennis asintió.

—Siempre supuse que pertenecía al National Trust, como el resto.

—John Lewis lo tiene alquilado, solo su personal puede alojarse allí.

—Qué suerte. Ojalá la policía tuviera algo parecido.

Mike soltó una risa nerviosa. «Tranquilízate», se dijo Dennis a sí mismo.

Hacía varios años que no iba a la isla de Brownsea; la última vez fue con Pam para hacer un picnic una soleada tarde de sábado. Recordaba cómo el castillo aparecía en la costa mientras se acercaban a la isla en el barco. Pam se había decepcionado al descubrir que no estaba abierto al público; ella había esperado hacer un recorrido por la mansión señorial.

Dennis se reclinó en su silla.

—Entonces, nuestra víctima trabajaba para el National Trust, ¿verdad?

—Sí, jefe —dijo Mike.

—Tengo novedades —dijo Tina—. He hablado con el National Trust.

Dennis empujó su silla hacia ella.

—Bien hecho. ¿Qué has conseguido?

—Nombres. Ed Rogers es el gerente del National Trust en la isla. Supervisa los distintos equipos que gestionan el lugar. Luego está Yolanda Harte, encargada del hotel en el castillo, y trabaja para John Lewis. La persona con la que hablé en el National Trust solo conocía su nombre entre todo el personal de John Lewis, pero pueden enviarnos una lista completa de las personas del National Trust que viven allí.

—Muy bien —dijo Dennis—. Contacta también con John Lewis. Quiero los nombres de las personas que trabajan en ese hotel.

—¿Qué hay de los visitantes? —sugirió Mike—. No hay razón por la que uno de ellos no pudiera haber visto lo que pasó.

—O haber estado involucrado. —Dennis sintió que un escalofrío le recorría la espalda—. ¿Algún nombre más? —le preguntó a Tina.

Tina asintió.

—Natasha Williams, es líder del equipo de conservación. La mujer que encontraron muerta, Simone, trabajaba para Natasha.

—Ya veo —dijo Dennis—. Entonces necesitaremos hablar con Natasha Williams y averiguar todo lo que podamos sobre nuestra víctima.

—Avisaré a Johnny —dijo Tina.

—No hace falta —respondió Dennis—. Ya llamo yo a la jefa.

Agarró su teléfono, y justo cuando iba a marcar el número de la inspectora, este sonó. Sintió que el alivio lo invadía. Por fin los incluían en la investigación.

—Parece que se me ha adelantado ella —dijo.

CAPÍTULO OCHO

EL CUERPO de Simone Browning seguía allí, en la misma playa donde lo habían hallado. La marea había bajado y su cuerpo yacía sobre la arena, rodeado de madera a la deriva.

Dos agentes uniformados estaban colocando cinta alrededor del perímetro de la playa. Uno de ellos miraba hacia el mar, tratando de averiguar cómo podría acordonar la escena en esa dirección.

Gail sujetó su bolso con firmeza y se apresuró. Se arrodilló junto al cuerpo en el suelo.

—Pobre mujer —murmuró mientras Lesley se acercaba.

Lesley se quedó junto a ella, observando a la víctima. Simone Browning yacía boca arriba, con los ojos fijos en el cielo. Tenía el pelo largo y rubio, encrespado y enmarañado con arena, y aparentaba unos treinta y tantos años. Vestía un forro polar del National Trust y unos vaqueros gastados. No tenía zapatos.

Lesley se preguntó qué habría pasado en los últimos momentos de aquella mujer. ¿Se lo habría hecho ella misma o alguien se lo habría provocado?

—Hay hinchazón —dijo Gail—. La piel está arrugada, pero no presenta descamación.

La descamación era el proceso por el cual la piel se desprendía del cuerpo tras permanecer sumergido en agua durante un tiempo.

—¿Así que no lleva allí mucho tiempo? —preguntó Lesley.

Gail la miró.

—Necesitaremos que el patólogo lo confirme, pero yo diría que no.

—¿Cuándo crees que el mar la trajo hasta aquí?

—Tendré que revisar las tablas de mareas —respondió Gail—. Imagino que en la última marea alta antes de que la descubrieran.

—¿Cada cuánto sube la marea aquí?

—Dos veces al día —contestó Gail—. Como en el resto de la bahía.

Lesley miró hacia el mar. El puerto, en este lado, estaba en calma; hacia el sur, tenía vistas a las oscuras colinas de Purbeck. Algunos barcos se movían lentamente en el agua, más cerca de la orilla.

—Debemos buscar barcos abandonados —dijo—. Quizás la empujaron desde uno.

—O se tiró ella misma —añadió Gail.

Lesley asintió.

—¿Hay algún sitio en la isla donde podría haber entrado al agua?

—Muchos sitios. Hay otras playas y el muelle. Y habrá más zonas, me imagino.

Lesley miró a Simone. ¿Qué llevaría a una persona a meterse en el mar y dejarse vencer por el agua?

Necesitaba saber qué había estado pasando en la vida de esa mujer: si había tenido tendencias suicidas, o si había discutido con algún compañero. Y luego estaban los cientos de visitantes que viajaban allí cada día. Necesitaba nombres.

Levantó la mirada y vio a Ed de pie en lo alto de la playa, observándolas. Mantenía las manos a los costados, apretando y aflojando los puños. Era evidente que el hombre no quería acercarse más. Lesley subió trabajosamente por la playa, agradecida de haberse puesto zapatos cómodos, y se paró junto a él.

—¿Qué puede decirme sobre la relación de Simone con el resto del personal de la isla? —le preguntó.

Ed hizo un gesto de indiferencia.

—Su jefa directa es Natasha. Es buena y cuida de su equipo. No sé de ningún problema. Pero comprobaré, si quiere...

—No hace falta, mi colega hablará con ella. ¿Alguien más? ¿Con quién socializaba?

Otro gesto de incertidumbre.

—Con los miembros de su equipo, por lo que sé. No controlo ese tipo de cosas.

Lesley miró a Gail, que estaba examinando el suelo alrededor de Simone. Esta era una comunidad pequeña, solo cuarenta y dos personas. Le costaba creer que el hombre al mando del equipo no se preocupara por saber ese tipo de cosas.

—¿Tiene una llave de la casa de Simone? —preguntó Lesley.

—No, pero podría conseguir una —respondió Ed.

—Muy bien. Necesitaremos llevar a cabo un registro, por si dejó algo que pueda arrojar luz sobre su muerte.

Ed asintió, con expresión sombría.

—Enviaré a Brett —dijo Gail—. Gav y yo nos uniremos a él cuando terminemos aquí, si parece que haya mucho que registrar.

—Gracias —respondió Lesley. Se volvió hacia Ed—. Y también necesito una lista de todos los visitantes que han venido en los últimos tres días.

—¿Tres días? —preguntó él.

—Igual nos vale con las últimas veinticuatro horas, pero no estaría de más tener más información en lugar de menos.

—No llevamos un registro de los visitantes —explicó Ed—. Puedo identificar a cualquier miembro del Trust que haya estado en la isla, pero los que vienen de fuera... —Negó con la cabeza.

—Deme lo que pueda —dijo Lesley—. Podemos revisar los recibos de tarjetas de crédito si los visitantes pagaron algo aquí. ¿Hay una cafetería o una tienda?

—Ambas —le informó—. Hablaré con los encargados correspondientes.

—Gracias. —Miró de nuevo hacia el cuerpo. A pesar de su aparente simplicidad, la escena del crimen era compleja. Ese tramo de playa, estrecho y poco profundo, no mostraba señales de pisadas aparte de las suyas y las de los dos patrulleros. Simone podría haber entrado al agua en cualquier punto: por voluntad propia, forzada o

incluso desde otro lugar del puerto de Poole, no necesariamente desde la isla.

Lesley dirigió la mirada hacia la isla de Purbeck. La costa se extendía por kilómetros, aún más si se seguía hasta Poole. Era necesario acotar de búsqueda.

Lo más probable era que Simone hubiera entrado al agua desde la isla, donde vivía y trabajaba. Sin embargo, Lesley quería verificar sus hábitos y revisar si había barcos desaparecidos.

El teléfono de Gail sonó, la melodía hizo alzar una bandada de pequeñas aves zancudas. Lesley la observó contestar, expectante. Gail asintió varias veces, y luego guardó el teléfono en el bolsillo de su traje protector, poniéndose de pie.

—Buenas noticias. Whittaker viene en camino.

Lesley no pudo evitar alzar una ceja. Henry Whittaker era el patólogo de la zona. No era conocido por su fiabilidad o rapidez, y a Lesley le sorprendió que ya estuviera en camino a una escena del crimen tan remota.

—Tenemos suerte —dijo.

Gail soltó una risa amarga.

—Suerte para Simone que la hayan encontrado en un día laborable.

CAPÍTULO NUEVE

LESLEY LE DIO la espalda a la playa.

—Me aseguraré de que Whitaker sepa dónde ir —le dijo a Gail—. Además, quiero conocer mejor la distribución del lugar.

Hizo un gesto a Ed para que la acompañara, y juntos caminaron de regreso hacia los antiguos edificios de la granja por donde habían pasado al llegar.

—Háble me de su equipo —pidió.

Él asintió con expresión severa.

—Tengo cuatro jefes de equipo que trabajan directamente para mí. Natasha dirige el equipo de conservación y Simone trabajaba para ella. Luego está el equipo de catering, el gestor de voluntarios, el equipo de mantenimiento y la tienda.

—Eso son cinco equipos —puntualizó Lesley.

Ed cerró los ojos.

—Lo siento —dijo, pasándose la mano por el pelo—. Creo que estoy en estado de *shock*.

Lesley lo observó. La reacción del hombre parecía genuina, pero no iba a emitir ningún juicio hasta haber hablado con todos en la isla.

Llegaron a la extensión de césped frente a la iglesia. Esta vez no había rastro visible, ni se oía al pavo real.

Lesley tomó su teléfono.

—Necesito poner al día a mi sargento —dijo—. ¿Podría adelantarse y decirle al patólogo dónde estamos?

—Por supuesto —respondió Ed. Continuó hacia el castillo y el muelle más allá, con gesto apesadumbrado.

Dennis respondió al primer timbrazo.

—Jefa —dijo—. ¿Qué hay?

Lesley alzó la vista hacia la iglesia, admirando las vidrieras.

—Tenemos un cuerpo que apareció en una playa en la zona sur de la isla de Brownsea —le informó—. Gail va a investigar los patrones de las mareas, pero si uno de vosotros se puede poner con ello también, sería de gran ayuda.

—Cuenta con ello —dijo él.

—¿Puedes ponerme en altavoz? —le pidió.

—Esto...

Lesley se rio. Dennis no era el sargento más hábil en temas de tecnología.

—Pásale el teléfono a Mike, él lo hará.

Se oyó un crujido al otro lado de la línea y luego sonó la voz de Dennis, metálica y distante.

—Estamos en tu oficina, jefa —dijo Dennis—. Estoy con Mike y Tina.

—Muy bien. Entonces, ¿qué tenéis? ¿Habéis hecho alguna averiguación?

—Tengo los nombres del personal con quien debes hablar —dijo Tina.

Lesley acercó el teléfono aún más a su oído.

—Ed Rogers y Natasha Williams.

—Ah —respondió Tina, sonaba un poco desanimada.

—No te preocupes, Tina —dijo Lesley—. Ed está conmigo, o al menos lo estaba hace un momento. Pero cualquier información que puedas conseguir mientras tanto nos será útil. Quiero que averigüéis todo lo posible sobre el personal. Quién trabaja para quién, quién vive dónde en la isla y, sobre todo, quién estuvo aquí en las últimas veinticuatro horas.

—¿No puedes preguntárselo a Ed? —sugirió Dennis.

—Voy a hacer esa pregunta a bastantes personas —respondió ella—, pero necesitamos saber si existen registros oficiales. ¿Llevan control de cuando sale el barco y quiénes viajan en él?

—OK, jefa —dijo Dennis—. La oficina del National Trust en Poole podrá responder a esa pregunta.

—Vale —dijo—. Whittaker viene en camino, así que, con suerte, pronto sabremos la causa de la muerte. Y la hora.

—Lo más seguro es que la causa sea ahogamiento —sugirió Dennis.

—No saquemos conclusiones precipitadas —le advirtió Lesley.

—¿Crees que se trata de una muerte sospechosa?

—No creo nada por el momento —dijo Lesley—. Nos basaremos en los hechos para sacar conclusiones. Pero, mientras tanto, necesitaremos más personal. Esta es una isla grande y tenemos cuarenta y dos personas que viven aquí. Johnny y yo no podemos interrogarlos a todos antes de que tengan la oportunidad de comparar sus versiones. Necesito más agentes uniformados, y que venga uno de vosotros.

Lesley consideró las habilidades del equipo.

—Tina —dijo—, toma el próximo barco hacia la isla.

—Eh, jefa —dijo Dennis—. ¿No estaría Mike mejor preparado...?

—Envía a Tina. Mike y tú encargaos de recopilar pruebas y obtener información de antecedentes en la oficina. Os mantendré informados.

—Como quieras, jefa —dijo Dennis. La tensión se notaba en su voz.

CAPÍTULO DIEZ

FRANKIE ABRIÓ la puerta y se encontró a un hombre rubio y delgado, de unos treinta y cinco años, de pie en el camino de entrada. Llevaba un traje azul que le quedaba mal y una expresión de mareo.

—Hola —dijo ella—. ¿Se encuentra bien?

El hombre estaba pálido y sudoroso, como si fuera a desmayarse en cualquier momento. Parpadeó un par de veces y rebuscó en su bolsillo interior.

—Soy el cabo Chiles —dijo mientras sacaba su placa.

Ella se puso a la defensiva. Este hombre no era lo que se había imaginado.

—¿Está aquí para hablar conmigo sobre Simone?

Asintió.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto.

Frankie se apartó de la puerta y dejó que el cabo la siguiera. Avanzaron hacia la cocina, al fondo de la casa, donde Adam ya estaba sentado a la mesa, con su portátil, sin duda leyendo las noticias. Desde que encontraron a Simone, no había dejado de buscar cualquier información sobre lo ocurrido.

El cabo asintió al entrar en la cocina.

Adam se levantó a medias de su asiento.

—Hola —dijo, con aspecto cauto—. ¿Usted debe de ser...?

—El cabo Chiles —respondió el agente.

Adam lo miró de arriba abajo; estaba claro que pensaba lo mismo que Frankie.

Ella señaló la mesa.

—Siéntese —dijo—. Le traeré un café.

Adam se levantó y le puso una mano en el brazo.

—Está bien, cariño, yo lo haré.

Ella le devolvió una sonrisa agradecida y se sentó.

El agente se acomodó frente a ella, carraspeó y tragó saliva.

«Espero que no vomite sobre la mesa de mi cocina», pensó Frankie, preguntándose si había venido directamente desde el muelle.

Después de un momento incómodo de silencio, el cabo sacó una libreta del mismo bolsillo donde antes había extraído su identificación.

—Necesito preguntar qué ocurrió anoche —comenzó— cuando encontraron a la víctima.

—Simone —respondió ella.

Él asintió.

—Perdón, sí, Simone. ¿Trabaja con ella?

—Así es —dijo—. O lo hacía. —Sintió que se le formaba un nudo en el estómago.

En el fregadero, Adam hacía ruido, como si estuviera tratando de ahogar el sonido de sus voces. Pero él también había estado allí, era un testigo. Bien podrían haberlo hecho juntos.

El cabo miró a Adam mientras éste colocaba una taza de café frente a él.

—Me han dicho que estaban juntos cuando encontraron el cuerpo —dijo.

—Fue Frankie quien la vio primero —respondió Adam—. Luego yo... —Se alejó hacia el fregadero, la voz apenas audible.

—Necesitaré hablar con los dos por separado. —El agente miró a Frankie—. ¿Le importa si vamos a otra habitación?

Ella intercambió miradas con Adam.

—Está bien —dijo Adam—. Quédense aquí, yo subiré a la segunda planta. —Tomó su portátil de la mesa y salió de la

habitación.

Frankie escuchó sus pasos en las escaleras del piso superior. Apresurados, ansiosos. Imaginó que mantendría una puerta abierta para escuchar.

Rodeó con las manos su taza de café, que se estaba enfriando.

—Adelante, entonces —le dijo al policía—. Haga sus preguntas.

—Lamento tener que hacer esto. Sé que debe de ser traumático para usted.

Ella negó con la cabeza.

—Para todos nosotros —dijo—. Pero sé por qué está aquí.

Él arqueó una ceja.

—No me cree —dijo ella—. Piensa que al decir que encontré su cuerpo, eso disipará cualquier sospecha de que yo pudiera haberlo hecho.

El cabo la miró con el ceño fruncido.

—Eso no es lo que pensaba en absoluto. Solo quería conocer su versión de los hechos.

—Ah. —Miró su taza.

«Deja de estar tan nerviosa», pensó. No era su culpa haber sido la persona que se topó con Simone. Tampoco lo era que hubieran discutido. Pero el policía no sabía eso.

Lo miró a los ojos y se obligó a mantenerle la mirada.

—Fue después de la reunión del equipo —dijo—. Simone no se había presentado, estaba enferma ese día, al menos eso es lo que Bernard nos dijo.

—¿Bernard es...? —preguntó.

—Es el marido de Natasha. Natasha es mi jefa, y supervisa al equipo de conservación. Bernard vive con ella.

—¿Y él también trabaja aquí?

—No. Es periodista por cuenta propia. Trabaja, sobre todo, desde casa.

—De acuerdo. Entonces, usted estaba en casa de Natasha y luego se fue ¿a qué hora?

Pensó un momento en su respuesta.

—A eso de las diez, quizá un poco antes. Adam estaba afuera cuando me fui, esperándome. A veces bajamos a la playa por la

noche. —Sonrió—. Es nuestro lugar secreto.

—Y ahí es donde encontraron a Simone —sugirió el cabo.

Ella tragó saliva.

—Comenzaba a oscurecer y el cielo estaba nublado. Estábamos casi encima de ella cuando la vi.

—¿Y fue usted quien la vio primero?

—Sí. Adam venía detrás de mí. Le dije que viniera a ver, y luego volvimos a casa de Natasha.

—¿Así que dejaron el cuerpo de Simone donde lo habían encontrado, y volvieron a casa de Natasha?

—Sí —dijo ella.

—¿Tocó el cuerpo en algún momento? ¿Lo movió?

Ella lo miró fijamente, parpadeando.

—No, claro que no.

Se estremeció. La idea de tocar a Simone, tal como estaba, la llenaba de horror.

—Estaba al borde del agua, las olas la cubrían. Pero, aun así, no pude obligarme a...

—Está bien. —El agente puso una mano sobre la mesa, a unos centímetros de la suya. Ella la miró fijamente, resistiendo la urgencia de retirar su mano—. Es bueno que no tocara el cuerpo —continuó —. Eso preserva cualquier prueba forense que pudiera haber en él.

—Prueba —repitió, mirando su taza.

—¿Vio a alguien más camino a la playa?

—A nadie. A esas horas de la noche, la mayoría de la gente está ya en sus casas. Aquí nos levantamos temprano, como la fauna silvestre.

Él asintió.

—Entonces volvieron a casa de Natasha. ¿Y qué pasó después?

—Llamamos a la puerta. Tardamos unos minutos en captar la atención de Natasha, creo que se estaba acostando. Le dijimos lo que habíamos visto e insistió en bajar a la playa.

Él pareció sorprendido.

—¿Alguna idea de por qué?

Frankie negó con la cabeza.

—Tal vez no nos creía. Tal vez quería verlo por sí misma. Nosotros queríamos llamar a la policía o a los guardacostas, pero Natasha quería verlo.

Otro ceño fruncido.

—¿Entonces bajaron a la playa los tres?

—Sí. Y ahí fue cuando Natasha la vio, y nos apresuramos a volver a su casa mientras su marido llamaba a la policía.

—¿Había alguien más con ustedes? ¿El marido de Natasha?

—No, él se quedó en la casa.

—Muy bien —dijo el cabo—. Sé que es difícil para usted hablar de ello.

—Estoy bien —le dijo.

Odiaba la manera en que se había derrumbado desde que encontraron el cuerpo de Simone. Frankie se enorgullecía de ser fuerte. Desde que dejó su primer matrimonio, había tenido que valerse por sí misma, forjar su propio camino en el mundo. Incluso ahora que tenía a Adam, no había renunciado a su independencia ni por un segundo.

Pero ahora... aquí estaba, hecha un manojo de nervios.

—¿Cómo murió? —preguntó Frankie.

—Aún no lo sabemos. El patólogo ya estará en camino, y entonces lo sabremos.

—¿Cree que se suicidó, o...?

—Como le digo —respondió, moviendo los dedos sobre la mesa —. Aún no lo sabemos. —Tomó aire—. Entonces, después de llamar a la policía, ¿qué pasó?

—Nos dijeron que esperáramos.

—¿En casa?

—No —dijo—, nos pidieron que fuéramos a un lugar donde pudiéramos impedir que la gente bajara allí.

—¿Y adónde fueron?

Sus ojos escrutaron su rostro. Estaba claro que lamentaba que hubieran regresado directamente a la playa. Frankie había visto suficientes series policíacas para saber que perturbar una escena de un crimen nunca era buena idea.

—Fuimos a la granja —explicó—, a los edificios abandonados que hay en la parte alta del camino que lleva a la playa. Cualquiera que fuera, tendría que pasar junto a nosotros.

—¿Y alguien intentó pasar? —preguntó el cabo.

—No. Las primeras personas en llegar fueron los guardacostas.

—Vale.

Se levantó de su silla.

—¿Puede decirme quién más está en su equipo?

—Natasha y también está Anya.

—¿Qué hace Anya?

—Trabaja en hábitats, y a veces también ayuda con los voluntarios.

—¿Eran solo ustedes tres en la reunión de anoche?

Ella asintió.

—¿Dónde puedo encontrar a Anya?

—Vive en una de las casas cerca del muelle —respondió Frankie —. Simone vive... vivía al lado nuestro. —Sintió un vuelco en el estómago.

Él se dirigió a la puerta, mirando hacia arriba. Ahora le tocaba a Adam.

—¿Vive alguien más aquí, aparte de Adam y usted?

—Mi hijo, Cameron. Pero ahora no está. Está en Londres, con su padre. —No le gustaba que Cameron se quedara con Howard; la ponía nerviosa. Tomó aire y miró al policía—. ¿Necesita algo más de mí?

Negó con la cabeza.

—Iré a hablar con su pareja ahora, si le parece bien.

Ella se frotó los ojos.

—Por supuesto. Lo llamaré para que baje.

—Gracias.

CAPÍTULO ONCE

LESLEY SE GIRÓ al oír ruido detrás de ella. El doctor Whittaker descendía apresuradamente por unos escalones hacia la playa; llamaba la atención con un traje gris claro que le quedaba holgado. Había perdido peso. Se preguntó si estaría enfermo, o tal vez intentando ponerse en forma. Dos ayudantes de patología lo seguían, ambos con aspecto serio y profesional.

Lesley se incorporó. Gail estaba colocando cuadrículas en la playa, registrando las áreas que habían sido examinadas en busca de restos forenses.

—Doctor Whittaker —dijo Lesley—, gracias por venir.

Él gruñó.

—Los muchachos del National Trust me trajeron. Te gusta traerme a lugares remotos, ¿verdad, inspectora?

Ella le dirigió una sonrisa sombría.

—No es culpa mía dónde muere la gente.

Él volvió a gruñir y pasó junto a ella.

—Ya, vamos a echar un vistazo. —Se agachó sobre el cuerpo. Olisqueó e inclinó la cabeza para ver mejor.

—¿Cuál crees que es la causa de la muerte? —preguntó Lesley.

Él la miró de reojo.

—¿Me das un momento, por favor?

Ella golpeó el suelo con el pie, impaciente, y se cruzó de brazos. Whittaker no era fácil de tratar en el mejor de los casos, pero hoy

estaba aún más gruñón de lo normal. Se preguntó si la pérdida de peso tendría algo que ver. Una dieta lo haría irritable, y una enfermedad también.

—Mmm —dijo él, reclinándose.

Extendió una mano y uno de sus ayudantes lo ayudó a levantarse.

—Pues bien, hay rastros de espuma alrededor de su boca —dijo —. Eso indicaría ahogamiento.

Lesley asintió. Ella misma lo había notado.

—¿Cuándo la encontraron? —preguntó él—. ¿Quién estaba aquí?

—Anoche —respondió ella—. Dos empleados del National Trust. Alrededor de las diez.

Otro gruñido.

—¿Se les ocurrió registrar en qué estado se encontraba el cuerpo en ese momento?

Lesley no había tenido la oportunidad de hacer esa pregunta. Le hizo un gesto a Ed para que se acercara. El gerente había permanecido en el otro extremo de la playa, observando el procedimiento. Se acercó con paso decidido, cuidando mucho de no mirar en dirección al cuerpo.

—Este es Ed Rogers —dijo Lesley—. Es el gerente del National Trust en esta isla.

Whittaker asintió en dirección al hombre.

—¿Estaba usted aquí cuando la encontraron?

—No bajé a la playa —respondió Ed—. Los paramédicos me dijeron que no perturbara la escena.

—Muy sensato por su parte. ¿Entonces vinieron los paramédicos?

Ed asintió.

—Vinieron con los guardacostas, fueron las primeras personas que pudieron llegar.

—¿Y dijeron algo sobre el estado del cuerpo en ese momento?

Un gesto de incertidumbre.

—Estaba rígida, por lo que recuerdo que dijeron. No hablaron conmigo. Llegaron, intercambiaron instrucciones a gritos y se marcharon a toda prisa. En cuanto confirmaron que estaba muerta, perdieron interés.

Lesley frunció el ceño. Por lo general, los paramédicos tenían los mejores modales entre todos los profesionales sanitarios. Estaban acostumbrados a tratar con el público en el primer eslabón del sistema sanitario. Pero que los hubieran llamado a la isla de Brownsea casi a medianoche no ayudaba a que se mostraran especialmente comprensivos.

—¿Pero dijeron que estaba rígida? —insistió el patólogo.

Ed asintió.

—Todavía lo está —dijo Whittaker—. Como regla general, la descomposición tarda el doble cuando el cuerpo está sumergido en agua. ¿Cuándo fue la última marea alta?

Lesley se volvió hacia Ed.

—Ayer por la tarde. Temprano, alrededor de las siete.

Whittaker asintió.

—Podría haber sido arrastrada entonces, o posiblemente en una marea anterior. ¿La gente baja mucho por aquí?

—No —dijo Ed—. A veces hay visitantes que vienen hasta aquí, pero nadie de mi equipo está trabajando en esta parte de la isla ahora mismo.

—Necesitaremos averiguar si algún turista notó algo —dijo Lesley —. ¿Está trabajando en esa lista? —le preguntó a Ed.

—Tengo a alguien en la oficina de administración recopilándola en este momento.

—Gracias.

—Entonces —dijo Whittaker, apretando los puños contra la parte baja de la espalda mientras se estiraba. La piel del rostro colgaba flácida. Fuera lo que fuera, había perdido peso de golpe—, dada la espuma alrededor de la boca, podemos concluir que se ahogó. Lo confirmaré cuando examine los pulmones durante la autopsia. Y, basándome en la persistencia del rigor mortis, estimo que la muerte ocurrió hace unas veinte a treinta horas.

Ese margen era demasiado amplio.

—Ayer nadie la vio —dijo Lesley—. Llamó para decir que estaba enferma el martes por la mañana, ¿no es así?

Ed asintió.

—Su supervisora es Natasha, ella podrá decirle más.

—Mi colega, el cabo Chiles, ya está hablando con ella.

—Muy bien. —Whittaker agarró el brazo de Lesley, gesto que la sorprendió. Le dirigió a Ed una mirada de: «déjenos solos» mientras llevaba a Lesley hacia el cuerpo. Señaló el cuello de la mujer.

Lesley se inclinó para ver mejor. Había moratones en el lateral de su cuello. Círculos púrpuras con bordes amarillos.

—Huellas dactilares —murmuró.

Whittaker asintió.

—La causa de la muerte es ahogamiento, por lo que puedo decir ahora. Pero alguien le hizo eso.

Ella lo miró. Ed se había alejado y estaba al teléfono.

—Es un caso de asesinato —susurró.

—Eso parece, sí —confirmó Whittaker.

Lesley miró hacia Ed, que había guardado su teléfono y se acercaba. Se levantó.

Whittaker soltó su brazo.

—La moveremos ahora. Si pueden apartarse todos, por favor.

Hizo un gesto hacia sus dos ayudantes. Abrieron una gran bolsa negra y de ella sacaron otra para cadáveres.

—Esperad un momento —dijo Lesley. Llamó a Gail con un gesto —. ¿Estás lista para que muevan el cuerpo?

—Por mí, bien —dijo Gail—. Si la dejamos más tiempo aquí fuera, con la arena y el mar, cualquier prueba en el cuerpo podría contaminarse.

—De acuerdo —dijo Lesley. Asintió a los dos ayudantes de Whittaker.

Él le dirigió una mirada severa, sus pequeños ojos azules destellando bajo el sol.

—Me alegra ver que tengo tu permiso para hacer mi trabajo, inspectora Clarke.

Ella ignoró la pulla.

—Avísame cuando vayas a realizar la autopsia, ¿de acuerdo?

CAPÍTULO DOCE

NATASHA WILLIAMS VIVÍA en una pequeña casa más allá de la escena del crimen, con vistas a través de un bosque hacia el puerto y, al fondo, la isla de Purbeck. Johnny dio un par de pisotones y se encogió de hombros mientras esperaba que abrieran la puerta. No le gustaba estar tan cerca de los acantilados y, desde luego, no tenía ganas del viaje de regreso en barco. Apartó ese pensamiento de su mente y se concentró en las preguntas que iba a hacerle a aquella mujer.

La puerta se abrió y una mujer delgada, de pelo rizado y con un forro polar del National Trust se quedó mirándolo. Parpadeó ante la luminosidad del día.

—Usted debe ser de la policía —dijo.

Él le dedicó una sonrisa seria.

—Disculpe la molestia, pero su compañera, Frankie Quinn, me dijo...

Natasha agitó la mano en señal de rechazo.

—Sé lo que le dijo. Fui yo quien llamó a los guardacostas. Bueno, fue Bernard, mi marido, pero yo le pedí que lo hiciera. Yo quería ver el cuerpo.

Johnny asintió.

—¿Puedo pasar, por favor?

—Por supuesto.

La mujer abrió más la puerta y se hizo a un lado para dejarlo pasar. Le indicó una puerta a la izquierda, y Johnny entró a una cocina acogedora. Sobre la mesa había una tetera, y el aroma de carne asada floraba en el aire. Inhaló, aliviado de que las náuseas hubieran desaparecido.

—Siéntese —dijo ella—. ¿Quiere un café?

—Una taza de té, por favor, si no le importa.

Un té le sentaría bien; meter algo de líquido en el sistema no le vendría mal. Mejor aún si venía acompañado de galletas. Sus ojos recorrieron la cocina en busca de un tarro, y lo encontró junto a la tetera sobre la mesa. Se le hizo la boca agua al anticipar que le ofrecieran una.

Recordó las veces, de pequeño, en que se mareaba durante en viajes largos. Su madre le daba galletas de té; sencillas, pero, según ella, buenas para asentar el estómago. Como mínimo, lo distraían; mantenían su boca ocupada mandando cosas hacia abajo en lugar de hacia arriba. No tenía mucha lógica, pero parecía funcionar.

Se sentó a la mesa, frente a la ventana y al fregadero que tenía delante. Natasha llenó la tetera y se volvió hacia él mientras esperaba que el agua hirviera.

—¿Cómo se llama? —le preguntó.

—Disculpe. Soy el cabo Johnny Chiles.

Hurgó en su bolsillo y sacó su placa, pero ella la rechazó con un gesto.

—Estoy aquí con la agente sénior de la investigación, la inspectora Clarke.

La mujer alzó las cejas.

—¿Así que ha habido un crimen?

Él sintió que se sonrojaba.

—Aún no lo sabemos. Esperamos que usted pueda ayudarnos a entender mejor la situación.

Natasha se volvió hacia la tetera eléctrica. Hizo clic, la cogió y frunció el ceño, mientras miraba alrededor de la sala hasta que su mirada se posó en la tetera de porcelana en el centro de la mesa. Apoyó la tetera eléctrica en la encimera, agarró la de porcelana y la llevó al fregadero, donde la vació y luego la rellenó con el agua

caliente de la eléctrica. Volvió con la tetera de porcelana a la mesa, trayendo también dos tazas, y se sentó en ángulo recto respecto a Johnny, sin mirarlo a los ojos.

—Necesitamos saber sobre su estado de ánimo —dijo él—. Lamento tener que preguntar, pero ¿cree que existe la posibilidad de que pudiera haber cometido suicidio?

Natasha sirvió dos tazas de té. Lo miró brevemente para ofrecerle un recipiente con azúcar. Johnny negó con la cabeza. Ella colocó una taza frente a él. Era de colores brillantes con lunares de arcoíris.

¿Iba a responder a la pregunta?

Se recostó y dio un sorbo al té, observándola por encima del borde de la taza. Ella se sirvió su propia taza y se acomodó en su silla, su lenguaje corporal indicaba incomodidad.

Dejó escapar un largo suspiro.

—Ella estaba... No se encontraba del todo bien últimamente.

Johnny le dio otro sorbo a su té. Estaba caliente y sabía delicioso.

—¿En qué sentido? —preguntó.

Natasha hizo un gesto indeciso.

—Llamó para decir que estaba enferma. Habló con Bernard, mi marido, y le dijo que tenía un virus estomacal.

—¿Cuándo fue eso?

—Ayer por la mañana, sobre las seis y media, creo.

—¿Y ese fue el primer día que llamó para decir que estaba enferma?

—Sí. —Natasha sorbió su té, sin mirarlo a los ojos.

—¿Había mostrado algún signo de enfermedad el día anterior?

Natasha lo miró.

—No la vi el día anterior. Llevaba sin verla varios días.

—Usted es su supervisora, ¿no?

—Eso no significa que la vea todos los días. Ella pasa la mayor parte de su tiempo en la laguna y yo suelo estar en los bosques. Trabajo sobre todo en la parte de conservación, y ella tiene un equipo que la ayuda a mantener los juncales.

Johnny asintió. No tenía idea de lo que eso implicaba.

—Entonces, ¿hay alguien más que pudiera informarme sobre su estado mental? —preguntó—. ¿Alguien que estuviera trabajando con ella?

—Trabajaba sobre todo con voluntarios —respondió Natasha—. Ninguno de ellos está aquí ahora. Pero puedo conseguirle sus nombres, o al menos Ed puede. ¿Ha conocido a Ed?

—Nos trajo desde Poole.

—Ed es majo y es un buen jefe.

Johnny sonrió, pensando en sus propios jefes: Dennis y la inspectora Clarke. A Dennis lo conocía desde que era poco más que un crío. A la inspectora apenas la acababa de conocer. Pero ella había mostrado preocupación cuando se encontró mal en el barco. Tal vez le inquietaba que no pudiera hacer su trabajo, o quizás le importaba cómo se sentía. A él le daba igual cuál fuera la razón.

—Conseguiré esa lista —dijo—. Pero sería útil si pudiera decirme si tenía algún problema. ¿Tuvo algún conflicto con otros miembros del equipo? ¿Problemas familiares, personales?

Natasha sacudió la cabeza con brusquedad.

—Simone estaba soltera. Sin marido, sin hijos, sin novio que yo sepa. No se peleaba con nadie, no era ese tipo de mujer. Era fácil tratar con ella, nuestra Simone. Llegaba por la mañana, siempre cinco minutos antes. Hacía su trabajo con una sonrisa. Era fantástica con los voluntarios, sabía cómo motivarlos muy bien.

—¿Así que disfrutaba de su trabajo? —preguntó Johnny.

—Lo adoraba —dijo Natasha. Lo miró a los ojos por primera vez —. Todos lo hacemos. Es un privilegio trabajar en esta isla, especialmente cuando también vives aquí.

—¿Vive aquí con su marido? —le preguntó Johnny.

Ella asintió.

—Bernard es periodista, trabaja arriba en la habitación de invitados.

Su mirada se dirigió hacia el techo.

—¿Está ahí ahora? —preguntó Johnny.

Asintió con la cabeza.

—A veces va a Poole, a investigar alguna historia o para hablar con su editor. Pero, por lo general, trabaja desde casa.

—Debe de ser extraño —dijo Johnny—. Todos los demás aquí trabajan para el National Trust; sin embargo, su labor se centra en la isla.

La mujer le dio un sorbo a su té antes de contestar.

—Nunca se queja.

Johnny se preguntó si Bernard era de verdad tan feliz como su esposa afirmaba, viviendo aquí rodeado del National Trust, aislado de la civilización donde le sería más fácil trabajar. Pero fue Natasha quien bajó a la playa con Frankie y Adam. Fue ella quien vio el cuerpo.

—Háble me sobre lo sucedido ayer por la tarde —dijo Johnny—. Me han dicho que Frankie Quinn llamó a su puerta después de encontrar a Simone.

Natasha asintió, mirando hacia la mesa.

—Tuvimos una reunión de equipo —dijo—, Frankie, Anya y yo. Simone no vino. Supuse que era por el virus estomacal.

Bebió su té con la mirada vidriosa.

—Ojalá hubiera pasado a verla.

Johnny le dedicó una sonrisa alentadora.

—¿Ocurrió algo en la reunión?

—Solo lo normal. —Suspiró—. Frankie se fue alrededor de las diez, un poco antes, y luego, veinte minutos después, volvió. Trajo a Adam con ella, su novio. Estaban sumidos en el pánico, gritando sobre Simone.

—¿La habían encontrado? —preguntó Johnny.

Natasha se aclaró la garganta y luego se frotó un ojo.

—Sí.

—¿Y qué hizo usted?

—No les creí. —Natasha levantó la mirada—. Pensé que debía tomar el control, verificar qué estaba pasando. Así que les pedí que me llevaran a la playa. No debería haberlo hecho, lo sé. Tendría que haberme mantenido al margen.

Johnny se preguntó cuánto daño habrían causado. Gail estaría allí ahora, quejándose de que los miembros del público habían pisoteado su escena del crimen.

—¿Se acercó a Simone?

Natasha asintió lentamente con la cabeza.

—Me arrodillé junto a ella. Quería comprobar si tenía pulso.

—¿Y lo tenía?

—No. Estaba pálida, gris en la oscuridad. Sus ojos... —Cerró los suyos—. Estaban fijos en las nubes. Fue… Bueno, fue horrible.

Se apartó, con los hombros encogidos.

—Está bien —dijo Johnny—. Ha tenido un *shock*.

Natasha se volvió hacia él.

—Discúlpeme. No necesita que esté así, tiene preguntas que necesita responder.

—No es fácil ver un cadáver.

—No. —Sus ojos estaban húmedos.

—¿Y luego volvió aquí?

—Así es. Bernard ya había llamado a los guardacostas y dijo que estaban en camino.

—¿Así que tienen que llamarlos con frecuencia aquí?

—No, nos cuidamos solos. Tenemos nuestros propios barcos. Sabemos que hay que tener cuidado en el agua; nuestro personal está bien instruido en temas de seguridad. En particular, los que vivimos aquí.

Johnny asintió.

—¿Cómo era su relación con Simone?

Natasha agarró el asa de su taza. Tenía círculos oscuros bajo sus ojos.

—Fuera de las reuniones de equipo, no la veía mucho, pero nos llevábamos bien. Era una buena compañera. Entusiasta, motivada, mantenía a la gente contenta.

—¿Y disfrutaba trabajando con ella?

—No sé qué está tratando de insinuar.

Johnny oyó que se abría la puerta detrás de él. Un hombre corpulento, de escaso pelo gris, estaba en el umbral.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Johnny se puso de pie.

—Soy el cabo Chiles de la policía de Dorset.

El hombre gruñó.

—¿Está aquí por Simone?

—Así es —respondió Johnny.

—Buena chica —dijo el hombre—. No se merecía esto, sea lo que sea que le haya pasado.

Johnny miró la cara del hombre. Parecía demacrado y tenía profundas patas de gallo alrededor de los ojos.

—¿Es usted periodista? —le preguntó Johnny—. No trabaja para el National Trust.

—No tengo esa suerte —dijo el hombre—. Soy el tonto que tiene que cruzar en el ferry cada dos días. Hacer recados y buscar el poco trabajo que puedo conseguir. Ese tipo de cosas. Cuido de Natasha para que pueda hacer su trabajo.

Natasha se había quedado muy quieta en su silla. Johnny se preguntó qué pasaba entre esa pareja, si habían tenido una discusión antes de que él llegara.

La jefa querría que la informase cuanto antes. No necesitaban pedir coartadas a nadie hasta que tuvieran la hora de muerte.

Se puso de pie.

—Gracias por su tiempo —dijo—. Volveré si tengo más preguntas.

—Estoy seguro de que lo hará —dijo Bernard, con voz tensa.

Se apartó para dejarlo salir y abrió la puerta principal. Johnny salió a la cegadora luz del día. El sol brillaba sobre el puerto y un barco pasaba en silencio.

Se volvió hacia la puerta principal. Abrió la boca, a punto de agradecer a la pareja por su tiempo. Pero, en lugar de eso, se encontró mirando una lisa puerta azul.

Esperaba que no todos en esta isla fueran tan antipáticos como los Williams.

CAPÍTULO TRECE

LESLEY DEJÓ al patólogo y se acercó a Ed Rogers. Ahora tenía un asesinato entre manos. Se estremeció cuando una ligera brisa le rozó la nuca.

Ed tenía aspecto sombrío. Una mano en el bolsillo, la otra jugueteando con la credencial de National Trust que llevaba colgada al cuello.

—¿Cuál es el veredicto? —le preguntó.

Ella lo observó con atención.

—Necesitamos hacer una autopsia para confirmar la causa de la muerte, pero parece que alguien le hizo esto.

Él abrió la boca y se mordió el labio inferior.

—Pobre Simone.

—¿La conocía bien?

—Tan bien como a cualquiera del personal fijo de aquí. —Negó con la cabeza—. No muy bien, no.

—¿La vio en los últimos días?

Negó con la cabeza.

—Lo siento. Natasha Williams le será más útil que yo.

—Entiendo.

Ed se rascó la barbilla.

—Me aseguraré de que el personal lo sepa. —La miró y parpadeó —. Tienen que saber que podría haber un asesino en la isla.

—No conviene alarmar demasiado a la gente por ahora.

—¿Alarmarlos? Podrían estar en peligro.

Lesley dio un paso hacia él. Nueve de cada diez veces, la víctima de un asesinato moría a manos de un familiar o amigo. Era mucho más probable que detuvieran a uno de los empleados de Ed a que alguno de ellos fuera la próxima víctima.

—Por favor —le pidió—, permítanos realizar algunas pesquisas primero.

Ed frunció el ceño.

—No veo por qué... —Asintió—. De acuerdo. Pero convocaré una reunión de personal esta noche.

—¿A qué hora?

Resopló.

—A las siete.

—Vale. —Así que tenían hasta las siete antes de que la gente empezara a mentir—. Le ayudaré con la reunión.

La miró como si la idea no se le hubiera ocurrido.

—Por supuesto.

—Me gustaría entrevistar a todos sus empleados y, si puede ser, al personal de John Lewis también.

—De acuerdo. —Miró hacia la playa, donde aún yacía el cuerpo de Simone.

Los asistentes de patología se preparaban para trasladarla. Debían llevar el cuerpo a un lugar donde no pudieran causarle más daño.

Lesley señaló hacia el mar.

—¿Cómo son las corrientes aquí?

Ed entrecerró los ojos mirando al agua.

—A ciertas horas del día, hay una corriente fuerte que fluye desde Purbeck. Recorre las playas de este lado de la isla cuando la marea sube.

—¿Entonces podría haber sido arrojada desde un barco u otra embarcación en el puerto? —preguntó Lesley.

Parecía que Simone había sido agredida antes de entrar al agua. Pero había signos de ahogamiento. Tal vez hubo una pelea y la empujaron al agua. Sabrían más después de la autopsia.

Lesley oyó un silbido. Se volvió y vio a Whittaker llamando a uno de sus asistentes. Se preguntó cómo sería trabajar para ese hombre.

Los dos asistentes se inclinaron y recogieron el cuerpo de Simone, que ya estaba metido en una bolsa para cadáveres. Lo movieron más arriba en la playa y lo depositaron con cuidado. Esperaban un barco para sacarlo de la isla cuanto antes.

Ed observaba.

—Hay muchos lugares aislados allá en Purbeck —dijo—. Está la reserva natural de Arne. Y más allá, hasta Shell Bay, no hay nada: solo algunos senderos, vida silvestre y bancos de arena. Puede ser peligroso si no conoces la zona. Ella podría haber venido de allí.

—¿Cree que cayó al agua en ese lado? —preguntó Lesley.

Si había caído al agua, lo más probable es que hubiera sido aquí, en la isla. O en un barco en el puerto. Y eso no explicaba los moratones.

—¿Y qué profundidad tiene el muelle por el que llegamos? —continuó preguntando.

—Bastante profunda —respondió Ed.

—¿Y las corrientes?

Ed sopesó su respuesta.

—A ver… Dependen de la hora del día y las mareas. Un cuerpo arrojado desde allí podría ser arrastrado hacia este lado de la isla.

—¿Pero?

—Sería más probable que fuera arrastrado hacia la laguna.

—¿Qué es la laguna?

—Es nuestro mejor hábitat para especies de aves. Está al norte del muelle.

—Entonces, ¿de dónde es más probable que haya venido, dado que la encontraron aquí?

Ed arrugó la frente.

—Del puerto, lo más seguro. De un barco.

Lesley no quería tomar la palabra de Ed sin más. Le pediría a Mike que comprobara las mareas y las corrientes que afectaban esa playa. Necesitaban saber dónde era más probable que hubieran echado a Simone al agua.

—Necesito saber quién ha usado sus barcos en los últimos días.

—Por supuesto. Llevamos un registro.

—Gracias. ¿Están todos contabilizados ahora?

—Así es —dijo—. Solo tenemos dos. Está el barco de fondo plano en el que trajeron su equipamiento los del CSI, y luego está el pequeño barco de pasajeros en el que llegó usted.

—Necesito esos registros lo antes posible.

Él le hizo un saludo de estilo militar a modo de despedida y se alejó colina arriba.

Lesley se preguntó si era prudente involucrar a aquel hombre, especialmente antes de tener pruebas firmes. Pero necesitaba alguien en quien confiar.

En ese momento, vio a Gail avanzar con dificultad por la playa, los pies hundiéndose en la arena blanda.

—Vamos a estar aquí un rato, Lesley. He pedido una lancha de la policía para examinar las aguas cercanas. A ver si conseguimos encontrar algún fragmento de ropa, cualquier cosa que ella o su agresor pudieran haber dejado atrás.

—¿Tu equipo ya registró la casa de Simone?

—Brett ya casi ha terminado. Al parecer, mantenía la casa bastante ordenada. No hay nada fuera de lo común.

—De acuerdo. Mantenme informada —dijo Lesley.

—Lo haré. —Gail se volvió hacia la playa y llamó a Gav.

Lesley miró hacia el mar, preguntándose qué habría hecho Simone para merecer tal destino. Medio estrangulada y luego ahogada. Era como si alguien hubiera querido matarla dos veces.

CAPÍTULO CATORCE

JOHNNY ESTABA al otro lado de la iglesia cuando Lesley se acercó. Le hizo un gesto con la mano para atraer su atención. Nubes grises bloqueaban el sol, pero seguía haciendo calor. Se sentó en un muro fuera de la iglesia y esperó.

—¿Qué tal, jefa?

—Tienes mejor pinta —comentó ella.

Johnny se encogió de hombros.

—Se me ha pasado el mareo. —Miró hacia el muelle; estaba claro que no tenía ganas del viaje de regreso.

—Es posible que tengamos que quedarnos aquí —dijo Lesley.

—¿Quedarnos aquí? —Parecía inquieto.

—No me hace gracia la idea de estar yendo y viniendo al puerto cada día —explicó—. Si conseguimos una habitación en el castillo por un par de días, podemos completar los interrogatorios más rápido y estar disponibles por si el equipo de Gail encuentra alguna prueba forense.

Él le dirigió una larga mirada, como considerando si objetar o no.

—Me parece bien, jefa —dijo—. Aunque tendré que llamar a mi esposa.

Lesley sabía que Johnny tenía una esposa joven en casa, pero no recordaba su nombre.

—¿Tenéis hijos?

—Uno en camino. —Sonrió, con los ojos brillantes—. Nacerá en septiembre.

—¿Hay alguna posibilidad de que llegue antes?

—La fecha prevista es el siete de septiembre. Aún faltan cinco semanas. A decir verdad, creo que agradecerá tenerme fuera de su vista unos días. Ha estado un poco... —Captó la expresión de Lesley y decidió no continuar.

—Sé paciente con ella, Johnny. No es fácil tener a otro ser humano dentro, y menos con este calor.

Johnny se secó la frente, como si acabara de darse cuenta de la temperatura.

—Sí. Seguro que estará de acuerdo. Y así me ahorro hacer varios viajes en barco. —Sonrió.

«Y a mí de tener que verte a punto de vomitarme encima», pensó Lesley.

—Muy bien. Veré si tienen una habitación que podamos usar.

—¿Una habitación? —Los ojos de Johnny se abrieron como platos.

Lesley le dio un golpe de broma en el brazo.

—Una cada uno, Johnny. Ni de broma vamos a compartir habitación.

Él exhaló, aliviado. El presupuesto era ajustado, pero dudaba que realmente hubiera esperado tener que compartir con ella.

Sería una oportunidad para conocerlo mejor. En la oficina, solía esconderse detrás de Dennis. Quería averiguar qué lo motivaba y si tenía potencial para progresar, a pesar de llevar ocho años como cabo.

—Entonces, ¿con quién has hablado?

—Con la pareja que encontró el cuerpo —le informó Johnny—. Frankie Quinn y Adam Stanley.

—¿Y qué tal te fue?

—Sus versiones coinciden —dijo—. Hablé con ellos por separado. Ella estaba en una reunión de equipo en casa de su gerente, Natasha Williams.

—¿Has hablado con ella?

—Sí. Fue su marido quien llamó a los guardacostas.

—¿Cuál es la cronología?

Consultó sus notas.

—La reunión terminó alrededor de las diez menos cuarto de la noche. Frankie Quinn se marchó justo después de las diez; su pareja Adam la estaba esperando fuera. Fueron a dar un paseo por la playa y encontraron el cuerpo.

Lesley se estremeció.

—¿Alteraron algo?

Johnny negó con la cabeza.

—Ambos dicen que no. Volvieron a la casa de los Williams y trajeron a Natasha de vuelta a la playa con ellos.

—¿Por qué? —preguntó Lesley.

Johnny se encogió de hombros.

—Parece que Natasha quería verlo por sí misma antes de hacer la llamada.

A Lesley no le gustó esa respuesta.

—¿Por qué haría eso? Seguramente cada segundo que ganaran al llamar a los servicios de emergencia...

—Natasha no pudo explicar por qué lo hizo. Admitió que sabía que estaba siendo ilógica. Aún así, hizo que su marido realizara la llamada mientras ella bajaba a la playa.

Así que Natasha Williams había creído lo suficiente a Frankie Quinn para llamar a los servicios de emergencia, pero quiso ver el cuerpo con sus propios ojos. Lesley archivó ese detalle como algo que merecía investigarse.

—Vale —continuó—. Entonces, ¿alguno de los dos dijo cuándo vieron a Simone por última vez?

—Natasha la vio el viernes —respondió Johnny—. Simone estuvo de baja por enfermedad ayer, llamó a casa de Natasha y habló con el marido.

—¿El marido de quién?

—El marido de Natasha, Bernard. Le dijo que no se sentía bien y no salió de su casa en todo el día.

—¿Hubo alguien más allí? ¿En la reunión?

Johnny asintió.

—Anya Davinski, la otra miembro del equipo. Se marchó entre el momento que Frankie se fue y su regreso con Adam. Dice que vio a Simone el lunes por la noche.

—¿Has hablado con ella?

—Sí, jefa. Acabo de hablar con ella. Se reunieron para tomar algo en la cafetería junto al muelle.

—¿Estaba abierta?

Negó con la cabeza.

—Anya dijo que se sientan fuera cuando está cerrada. Hay mesas. Tiene una llave del jardín. Al parecer, es un buen lugar para observar el agua.

—¿Y a qué hora se fue a casa Simone?

—Alrededor de las nueve.

—¿Caminaron juntas?

—Simone dejó a Anya en la cafetería, cerrando la verja del jardín.

—¿Dónde vive Anya?

—En dirección opuesta. —Señaló hacia el muelle—. En una de las casas junto al agua.

Simone debió de haber pasado por allí, camino a la iglesia. Si la atacaron, Anya no lo vio. A menos, claro, que Anya estuviera mintiendo.

—Vale —dijo—. Así que tenemos a Anya como la última persona que la vio con vida, y a Bernard Williams como la última persona que habló con ella. ¿Crees lo que te contaron?

—No tengo razón para no hacerlo.

Lesley lo miró a los ojos. En su opinión, había muchas razones para no hacerlo.

—Quiero saber si alguien vio a Simone el martes, después de que llamara para decir que estaba enferma. Y si la vieron con Anya la noche del lunes.

—Lo preguntaremos.

Lesley suspiró.

—Los patrulleros van a traer a más colegas. Hay cuarenta y dos personas aquí. Tú y yo no podemos cubrirlos a todos.

—¿Es necesario entrevistar a toda la población?

—Cualquiera de ellos podría ser un testigo. Prefiero ir a buscarlos antes que esperar a que se acerquen después de haber hablado entre ellos.

Lesley miró más allá de Johnny, hacia los edificios de la granja. Sabía que allí se encontraba Gail, trabajando sin descanso para encontrar todas las pruebas posibles antes de que la marea las borrara. Un cuerpo arrastrado por la corriente a una orilla no era la escena del crimen ideal, pero si alguien podía hallar una pista, era Gail.

—Vale —dijo—. Ed Rogers me ha dicho que está preparando una lista de visitantes que han estado aquí, al menos de los miembros del National Trust. Y ya tenemos una lista del personal de la isla, tanto del National Trust como de John Lewis. Quiero hablar con la gerente de John Lewis. Necesitamos saber quién vio a Simone y si alguien tuvo contacto con ella después del lunes por la noche.

—Sí, jefa —dijo él.

—Habla con Ed —dijo—. Consigue un mapa de la isla y revisa las casas una por una. Aprovechemos que la gente está atrapada en sus hogares y no afuera trabajando.

—De acuerdo.

—Pronto tendremos más compañeros aquí. Tina viene en el próximo barco, junto con varios patrulleros.

Johnny pareció aliviado.

—¿Entonces quizás no necesitemos quedarnos?

Lesley no estaba tan segura. La verdad era que quería vigilar a las personas que vivían en la isla mientras la investigación estuviera en curso.

—Seremos tan rápidos como podamos, Johnny. No te preocupes.

Le puso una mano en el hombro al levantarse. La falda se le había manchado por el muro.

—Avísame si encuentras algo útil, ¿de acuerdo?

—Cuenta con ello, jefa.

CAPÍTULO QUINCE

MIENTRAS LESLEY se alejaba de Johnny y se dirigía hacia el muelle, divisó una figura familiar con uniforme de la policía de Dorset que caminaba hacia ella. Se acercó a la agente Tina Abbott, sonriendo.

—Tina —dijo—. Qué rápida.

Tina le respondió con un gesto de satisfacción.

—Vinimos en la lancha policial. He traído a tres agentes uniformados.

—Buen trabajo —dijo Lesley. Se giró para hacerle señas a Johnny. Él le dirigió una sonrisa a Tina, que ella devolvió—. Entonces, necesito que vosotros cinco os repartáis a las personas que trabajan en esta isla. Empezad con el personal del National Trust. Yo hablaré con la gerente del grupo de John Lewis.

—Muy bien, jefa —dijo Tina. Sacó una hoja de papel del bolsillo interior de su chaqueta—. Tengo una lista completa del personal...

—Yo ya tengo una —dijo Johnny.

—... junto con un organigrama y una lista de quién vive en cada casa.

Johnny dejó escapar un suspiro.

—Buen trabajo —murmuró. Tina le dedicó una sonrisa incómoda.

Lesley sintió que parte de la tensión que había acumulado comenzaba a disiparse. Era un alivio que hubiera llegado alguien tan eficiente como Tina.

—Os dejo con ello —dijo Lesley. No era su trabajo asegurarse de que se llevaran bien.

—¿Qué preguntas quieres que hagamos? —preguntó Tina.

—Johnny —instó Lesley.

—Simone, nuestra víctima, fue vista por última vez el lunes por la noche por su colega Anya Davinski. Queremos saber si alguien más la vio después de eso, o si alguien las vio juntas. También nos interesa cualquier información sobre la relación de Simone con sus compañeros de aquí. Quién podría haber querido verla muerta.

Tina hizo una mueca.

—Entendido.

—Vale —concluyó Lesley—. Mantenedme informada de cómo os va.

Se dio la vuelta y pasó junto a tres agentes uniformados, todos hombres, que estaban junto al muro del castillo. Cada uno la saludó con un «señora» y ella respondió con un gesto de asentimiento.

Lesley se giró y vio a Tina y Johnny hablando con los tres agentes, dándoles sus instrucciones. Tina parecía estar defendiendo bien su posición. «Bien por ella», pensó. Cuando había comenzado en el equipo de investigación de delitos graves, a Lesley le había dado la impresión de que se sentía como una impostora, preocupada porque no la aceptaran, sobre todo Dennis. Pero había pasado los últimos dos meses demostrando su valía, y ahora aquí estaba, dando órdenes a sus antiguos colegas. Tal vez algún día solicitaría el traslado oficial al MCIT.

Los agentes se separaron y caminaron en direcciones distintas. Con suerte, los interrogatorios se realizarían con rapidez. Quien sabe, quizás Johnny podría volver a casa con su esposa esa noche después de todo.

No. Lesley lo quería con ella en la reunión del personal a las 7 de la tarde.

Pero primero, necesitaba hablar con Yolanda Harte, la mujer que, según Ed, gestionaba al personal de John Lewis en la isla. Por lo que había visto, no parecía que los equipos de John Lewis y National Trust tuvieran mucho contacto entre sí, pero eso no significaba que no hubiera una conexión.

Se acercó al alto muro de ladrillo que rodeaba el castillo. Era imponente e intimidante. Transmitía el mensaje de «No entrar» a la perfección, a pesar de la falta de cualquier cartel.

Mientras Lesley se acercaba, una gran puerta negra en el muro se abrió y de ella salió una mujer. Alta y delgada con el cabello rubio y corto, vestía un traje azul. Era la primera persona que Lesley veía sin el uniforme del National Trust.

La mujer caminó hacia los edificios de la granja, tomando un atajo por el césped e ignorando a Lesley. En algún lugar en la distancia, el maldito pavo real gemía.

Lesley dudó. Si la mujer se dirigía a la playa...

Mientras la mujer se acercaba a los edificios de la granja, Ed Rogers apareció desde más allá. Se detuvo cuando llegó a la altura de la mujer.

Lesley observó cómo los dos entablaban una conversación. Hablaron por un momento, luego el ambiente cambió.

Ed gesticulaba, sacudiendo la cabeza, con la piel enrojecida. La mujer se plantó con los pies ligeramente separados y tenía las manos en las caderas. Le daba la espalda a Lesley.

Entrecerró los ojos. ¿Quién era aquella mujer y por qué estaba tan molesto Ed con ella? ¿Trataba de mantenerla alejada de la escena del crimen?

Lesley se desplazó hacia un lateral, pegándose a la pared. Podía distinguir la voz de Ed, aunque no alcanzaba a entender lo que decía. La mujer gritaba, con una voz aguda y estridente. Fuera lo que fuese, esos dos no estaban contentos el uno con el otro.

Pasados unos momentos, la mujer dio una patada al suelo y se alejó enfadada. Ed se quedó con las manos en las caderas, observando cómo ella se alejaba, caminando directamente hacia donde estaba Lesley.

Lesley se irguió mientras la mujer se acercaba. Cualquier otra persona se habría apartado, fingiendo no haber estado escuchando. Pero Lesley era inspectora de policía. Escuchar conversaciones ajenas formaba parte de su trabajo.

Cuando la mujer la vio, sus pasos se ralentizaron. Tenía el cabello despeinado, había estado tirando de él mientras caminaba. ¿Qué

había sucedido para molestarla tanto? ¿Estaba relacionado con Simone?

Cuando llegó hasta Lesley, se detuvo y le lanzó una mirada altiva.

—¿Quién es usted?

Lesley sostuvo la mirada de la mujer.

—Soy la inspectora Clarke, de la policía de Dorset.

La mujer retrocedió.

—Ah. —Frunció el ceño y luego comenzó a pasar junto a Lesley, alterando su ruta para darle un amplio margen.

—¿Y usted quién es? —gritó Lesley cuando la mujer estaba a punto de pasarla.

La mujer se detuvo, sus tacones casi resbalaron en la gravilla.

—Yolanda Harte —contestó—. Dirijo el hotel de John Lewis.

CAPÍTULO DIECISÉIS

LESLEY ESTABA a punto de seguir a la mujer, intrigada por saber por qué había estado discutiendo con Ed, cuando sonó su teléfono.

«¡Maldita sea!»

La mujer se giró al oír sonar el teléfono de Lesley, y ella sacó el teléfono de su bolsillo.

—¿Qué ocurre? —espetó, observando cómo la mujer se alejaba apresuradamente. La vio abrir con cuidado las altas puertas del castillo y deslizarse dentro, cerrándolas tras de sí. Lesley no tenía duda de que las había cerrado con llave.

—Disculpa —dijo Dennis—. He descubierto algo que debes saber.

Lesley se llevó la mano a la cabeza y se clavó las uñas en el cuero cabelludo.

—¿Qué, Dennis? ¿Qué es tan urgente?

—¿Estás bien, jefa?

—Estoy bien —respondió—. Solo dime para qué me has llamado.

Miró fijamente las puertas cerradas. Esa no podía ser la única entrada al castillo.

—Es la prensa —dijo Dennis—. Mike acaba de recibir una llamada de una periodista: Sadie Dawes.

—Conozco ese nombre.

—Es la que informó sobre la muerte de Harry Nevin. Es una pesada.

Lesley no tenía nada en contra de las personas persistentes, excepto cuando frustraban sus investigaciones. Y sabía lo molesta que podía llegar a ser una periodista tenaz.

Suspiró.

—Tenía que ocurrir eventualmente.

—Se dirige hacia allá —le informó Dennis—. Nos dijo que llamaba por cortesía.

—Ah, muy cortés por su parte —respondió—. Pero no hay barcos entrando o saliendo de esta isla.

—Ha contratado uno privado. No me sorprendería que atracara en una de las playas.

Lesley se detuvo en el camino, su cuerpo vibraba de ira.

—¿Ha hecho qué?

—Lo siento, jefa —respondió Dennis, con voz apagada—. Solo quería avisarte.

Lesley se volvió para mirar hacia donde había desaparecido Ed Rogers. Después de discutir con Yolanda Harte, se había dirigido a la parte trasera de la iglesia. ¿Estaría dentro? Necesitaba su ayuda con este tema, y también la de los patrulleros que estaban llamando a las puertas.

—Vale —le dijo a Dennis—. ¿Tienes alguna información sobre qué tipo de barco podría ser?

—Lo siento, jefa. Solo pensé en advertirte.

—Gracias. —Suspiró—. Lo aprecio.

—¿Cómo va todo por allí?

—Lento. Tengo la sensación de que no todos aquí se hablan entre sí.

—Típico de una comunidad aislada. Podría ponerse bastante desagradable.

Lesley negó con la cabeza, mirando a su alrededor. La zona de césped frente a la iglesia estaba desierta, salvo por unas pocas gallinas que se paseaban, cacareando suavemente. El lugar parecía tan tranquilo. ¿Qué había llevado a que una mujer fuera asesinada en tal sitio?

—Te llamaré más tarde —dijo—. ¿Tienes alguna información para mí? ¿Algo sobre Simone?

—Mike está verificando sus antecedentes —informó Dennis—. Pero no hay nada de interés todavía.

—¿Sin historial? ¿Sin conexiones criminales?

Era una posibilidad remota, lo sabía.

—Nada.

Era lo que esperaba. Hacía más probable que su asesino estuviera aquí en la isla.

—Aunque encontramos a su familiar más cercano —dijo Dennis —. Sus padres, que viven en Southampton.

Lesley cerró los ojos. Se imaginó el estado del cuerpo en la playa, la hinchazón y la espuma en la boca. Esperaba que Whittaker hiciera un buen trabajo limpiando a Simone antes de que sus padres acudieran a identificarla formalmente.

—Vale —le dijo a Dennis—. Ponte en contacto con ellos y organiza la cita.

—Ya estoy en ello, jefa.

—¿Eso es todo?

—Sí. Perdón por interrumpir. ¿Estabas ocupada con algo?

—Sí, tengo que hacer un seguimiento de una discusión que acabo de presenciar.

CAPÍTULO DIECISIETE

GAIL EXAMINÓ la embarcación de pasajeros amarrada al muelle bajo sus pies. Se balanceaba arriba y abajo sobre el agua y le recordó lo que Lesley le había contado sobre Johnny. «Pobre chico», pensó. No era la mejor asignación para alguien que se mareaba al viajar.

Gav apareció detrás de ella; cargaba una bolsa de equipamiento.

—¿Vamos a revisar esta primero?

Miró más allá, hacia la embarcación de fondo plano con la que habían llegado. Estaba atada a una boya más alejada.

—Podemos usar esta para llegar a aquella, supongo.

—Asumiendo que esté limpia.

—Por supuesto.

—Entonces, empecemos.

Él descendió a la embarcación, algo fácil con su metro noventa y cinco de estatura, y le tendió una mano para ayudarla a subir. Gail era baja y tenía más peso del que le habría gustado. Tenía ese tipo de cuerpo que no estaba hecho para andar entrando y saliendo de barcos.

Se quedó de pie en el centro de la embarcación, examinando la estructura. Había sido utilizada desde que encontraron a Simone el martes por la noche. Lesley y Johnny habían llegado en ella. Pero, antes de eso, no se había usado desde el domingo por la tarde. Eso era algo, supuso. Lesley no había mencionado nada extraño al

respecto. Era poco probable que encontraran algo, pero tenían que cubrir todas las posibilidades.

—Tú empieza por ese extremo —le dijo a Gav, señalando hacia la proa de la embarcación—. Yo empezaré por la parte trasera. Iremos avanzando hacia el centro y así cubriremos toda la superficie.

Gav le hizo un gesto afirmativo con la cabeza y trepó por los asientos hasta la parte delantera. Gail se dirigió a la popa y empezó por el exterior. Se inclinó, sujetándose a la barandilla. Examinó la zona alrededor del motor, buscando cualquier cosa que Simone o su atacante pudieran haber dejado atrás. Mechones de pelo, fragmentos de ropa. No encontró nada.

Tomó fotos mientras avanzaba, firmemente plantada, con las piernas bien separadas. Lo que les faltaba ahora era caerse al agua, especialmente con la cámara que valía una pequeña fortuna.

Después de revisar la parte trasera de la embarcación por dentro y por fuera, pasó al asiento posterior. Se extendía a lo ancho del barco y estaba hecho de plástico moldeado. Examinó su superficie, arrodillándose y utilizando su cámara para enfocar y obtener una mejor vista.

Estaba limpio, la superficie lavada por el agua de mar. Gail gruñó cuando Gav se movió detrás de ella y la embarcación se inclinó hacia un lado.

—Cuidado, compañero —murmuró.

—Lo siento, Gail. Seré más cuidadoso.

—Eso espero.

Se inclinó para mirar debajo del asiento, pero resultaba difícil mantener el equilibrio. En su lugar, giró la cámara y la sostuvo bajo el asiento, apuntando hacia arriba. Fue deslizándola mientras tomaba fotos. Al llegar al otro lado de la embarcación, levantó la cámara y revisó la pantalla. En la tercera fotografía, entrecerró los ojos.

—Un momento —dijo.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Gav.

Ella no se volvió para mirarlo. En cambio, pasó a la siguiente fotografía, que se superponía con esta.

—Creo que sí.

«Vaya follón». Tendría que meterse allí debajo.

—Gav, necesito que te quedes ahí arriba pero que estés muy quieto. Voy a tener que tumbarme en el fondo de esta embarcación.

Se retorció hasta quedar de espaldas y prácticamente tumbada en el suelo de la barca, con la cabeza debajo del asiento. Miró hacia arriba.

—No veo nada —se quejó—. Pásame una linterna, ¿quieres?

Extendió una mano y tomó a ciegas la linterna que Gav le ofrecía. La acercó a su rostro y la apuntó hacia la superficie superior. El suelo estaba húmedo, el agua salpicaba de un lado a otro. Se le mojaba el pelo. Y seguramente también se lo estaba ensuciando. Se arrepentiría de esto más tarde.

Deslizó la linterna bajo el asiento hasta encontrar lo que había visto en la foto.

—Aquí está.

Levantó la cabeza para verlo mejor, luego bajó de nuevo y levantó la cámara hasta su ojo. Tomó algunas fotos más, esforzándose en enfocar en el espacio reducido. Al final, logró salir con dificultad y ponerse de pie otra vez. Gav la observaba, sus movimientos contenidos, ansioso por no hacer que la embarcación se volcara.

—¿Qué has encontrado?

Ella tomó un par de respiraciones profundas. Se sentía mareada; había contenido la respiración.

—Sangre —dijo por fin—. Hay sangre debajo de este asiento y es relativamente reciente.

CAPÍTULO DIECIOCHO

LESLEY GUARDÓ su teléfono y se volvió hacia el castillo.

Tenía que hablar con aquella mujer. Quería saber por qué había discutido con Ed y si tenía alguna relación con la muerte de Simone.

Se dirigió a las puertas y las empujó. Nada. No había manilla ni pestillo que pudiera agarrar. Metió los dedos en el espacio entre las puertas e intentó tirar.

De nuevo, nada. Tenía que haber otra manera de entrar en aquel castillo.

Se dirigió hacia el muelle, donde había una tienda y una cafetería. Las personas que trabajaban en ellas estarían, o bien en Poole al otro lado de la bahía, o encerradas en sus casas, siguiendo las instrucciones de Ed de permanecer en sus viviendas. Pero valía la pena intentarlo. Divisó la cafetería a su derecha según se acercaba al muelle. Giró por un camino que conducía hacia ella y empujó la puerta.

Nada.

Retrocedió y miró por encima del edificio bajo hacia el castillo.

Había otra puerta alrededor del lateral de la cafetería. Se acercó y llamó. Seguía sin respuesta.

«Maldita sea, esto es ridículo». Tenía que haber alguna manera de dejar entrar a la gente.

Volvió a las puertas que ya había probado y revisó de nuevo si había algún tipo de interfono o timbre.

Bingo. Lo había pasado por alto la primera vez, escondido entre la hiedra que trepaba por el muro.

Presionó el botón. Tras unos instantes, una voz crepitó en el interfono.

—¿Hola?

—Soy la inspectora Clarke. Estoy investigando una muerte sospechosa en la isla. Necesito hablar con Yolanda Harte.

—Perdón, ¿quién?

—Yolanda Harte. Me han dicho que ella gestiona...

—No. ¿Quién es usted?

Lesley contuvo la irritación.

—La inspectora Lesley Clarke, de la policía de Dorset. Déjeme entrar, por favor.

—Ah. —Una pausa—. Espere un momento.

Lesley esperó. Pasados unos momentos, oyó movimiento detrás de la puerta y por fin se abrió. Una mujer baja con uniforme gris se encontraba al otro lado y la miraba con recelo. Esa no era la mujer que había discutido con Ed.

—Soy Greta, me encargo de la recepción. Puede hablar conmigo.

Lesley levantó su placa.

—Como le dije, necesito hablar con la gerente del hotel.

La mujer apretó los labios y se giró hacia el castillo. Era aún más imponente de cerca, mirando al mar como una fortaleza. Un amplio jardín descendía hasta la orilla, con arriates cuidados y senderos limpios. Había gente paseando entre los árboles cerca del agua, y un hombre descansaba en una tumbona en una terraza junto al edificio. Por lo visto, al personal de John Lewis no se les había ordenado quedarse dentro. «Aun así, todos estaban prisioneros en su lujoso recinto», pensó Lesley.

Siguió a la mujer dentro del edificio y por un amplio pasillo. Una escalera de madera se alzaba majestuosa ante ella. Las paredes estaban revestidas hasta la cintura con paneles de madera y, por encima, lucían un papel pintado ornamentado. La alfombra bajo sus pies era mullida. Alguien había gastado mucho dinero en la conservación y decoración de aquel lugar.

—Espere aquí, por favor. —La mujer se dio la vuelta y desapareció por una puerta.

Lesley se cruzó de brazos y golpeó con el pie en la alfombra. Comprobó su reloj. Las dos en punto. Esperaba que Tina y Johnny estuvieran avanzando con las declaraciones de testigos.

Por fin, la puerta se abrió y la mujer alta y rubia que había visto discutir con Ed apareció. Ladeó la cabeza al ver a Lesley.

—Usted es la que nos estaba observando a Ed Rogers y a mí.

—Así es. —Lesley levantó su placa—. Inspectora Clarke, policía de Dorset. Imagino que sabe por qué estoy aquí.

—Un asunto terrible —dijo la mujer.

Extendió una mano delgada y Lesley la tomó. El apretón de manos de la mujer fue débil y sin entusiasmo.

—Venga a mi despacho —dijo Yolanda—. Allí podrá ponerme al día sobre su investigación.

Estuvo a punto de aclarar que ese no era el motivo de su visita, cuando la mujer se giró y comenzó a alejarse por un amplio corredor.

Lesley la siguió, molesta por el desasosiego que le provocaba.

CAPÍTULO DIECINUEVE

GAIL SE HIZO a un lado para dejar pasar a Gav. Se desplazó hacia la parte delantera, cuidando de mantener sus movimientos estables, y se sentó en uno de los bancos, revisándolo antes para asegurarse de no contaminar ninguna prueba.

Dada la altura de Gav, no le resultaba fácil plegarse en ese espacio reducido, pero, de alguna manera, logró un movimiento tipo origami y se metió apretadamente.

—Tendremos que quitar este banco —dijo—. Será la única manera de sacar esa sangre.

Gail asintió.

—¿Tenemos el equipo de corte con nosotros?

Él se irguió y se puso de pie.

—Aquí no, pero está en la isla en algún sitio. El tal Ed me dejó usar un almacén.

—Es muy servicial, ¿verdad? —dijo Gail.

Gav estiró el cuello y se masajeó los músculos con una mueca de dolor.

—¿Crees que es sospechoso?

Gail arrugó la nariz. El problema con su trabajo era que te hacía sospechar de todo el mundo. Incluso de un tipo que solo estaba siendo amable.

—Qué va —dijo—. Ignórame.

«Deja de ser paranoica». Y eso que ni siquiera era inspectora.

—Vale —continuó—. Ve a buscar el equipo. Examinaré el área alrededor de ese asiento antes de que hagamos algún daño. Comprobaré si hay algo más.

—Necesitamos avisar al National Trust de que vamos a destrozar su embarcación.

—Mierda. —El equipo del CSI tenía pleno derecho a dañar la propiedad ajena si eso les permitía descubrir restos forenses. Gail conocía a colegas que ni se molestaban en hacer lo más básico para dejar las cosas como las encontraban. Pero, para ella, se trataba de respeto y cooperación. Si no tenía el mínimo respeto de dejar la propiedad de la gente en el mejor estado posible, ¿cómo podía esperar su cooperación?

Buscó debajo del asiento y en sus alrededores, usando una linterna y luego una luz ultravioleta. No encontró nada. Solo la mancha de sangre. Estaba extendida por la superficie. Quería haber encontrado huellas, pero no pudo distinguir ninguna.

Tenían que informar a Lesley. La sangre era de un marrón rojizo. No el rojo brillante de sangre fresca. Pero tampoco el marrón oxidado de una mancha muy antigua. Se había formado en los últimos días.

Gail salió del barco con dificultad, agradecida de que nadie la hubiera visto dando semejante espectáculo. Se quedó de pie en el borde del muelle, jadeando y pensando —por enésima vez— que ese mes, sí o sí, necesitaba ponerse en forma.

Marcó el número. El teléfono sonó dos veces y pasó al buzón de voz.

—Lesley —dijo Gail al teléfono mientras veía acercarse a Gav. Llevaba un maletín con el equipo de corte y Ed Rogers venía con él. El gerente no parecía muy contento—. Hemos encontrado sangre en el barco del National Trust. Podría ser de Simone.

Pensó en el estado del cuerpo. Un cuerpo ahogado tenía sus secretos, pero no había visto sangre.

Tomó aire cuando Gav y Ed llegaron hasta ella. Levantó una mano pidiendo un momento.

—O podría ser de su atacante —susurró al teléfono.

CAPÍTULO VEINTE

LA OFICINA de Yolanda Harte ocupaba una amplia sala en la parte trasera del edificio. Las altas ventanas de guillotina daban a unos árboles y, más allá, al mar.

Lesley tomó una de las dos sillas frente al escritorio, mientras Yolanda se sentaba detrás de él. Apoyó los codos en la mesa y clavó la mirada en Lesley.

—Así que querrá hablar también con nuestros socios, imagino.

—Para empezar, quiero hablar con usted. Dígame, ¿cómo es la relación entre los dos equipos? ¿Tienen mucho contacto con la gente del National Trust?

Yolanda negó con la cabeza.

—Nos mantenemos bastante apartados, la verdad. Tenemos nuestra propia embarcación. Traemos a los socios en los días de cambio.

—¿Días de cambio?

—Sí, los viernes y lunes. Es cuando la gente llega y se va. Hoy es miércoles y, desde la oficina central, me han dicho que desaloje el lugar. No va a ser fácil. Pero algunos huéspedes están bastante asustados.

—Me gustaría hablar con sus huéspedes y personal antes de que alguien se vaya.

—Va a tener que darse prisa.

Lesley apoyó una mano sobre el escritorio.

—Señora Harte, esto es una investigación por asesinato. Cualquier persona que esté en esta isla podría ser un testigo. O un sospechoso.

Yolanda apretó los labios. Abrió un cajón del escritorio y sacó una hoja de papel que colocó sobre la mesa entre ambas.

—Esta es una lista de los socios que viven aquí. —Señaló el nombre de personas en la parte superior de la hoja, luego movió su dedo hacia abajo—. Y este es el personal que vive en Poole y que ha estado de servicio esta semana. —Giró la hoja—. Aquí puede ver quiénes son los huéspedes actuales.

—¿Están todos aquí ahora?

—Sí. Sacaremos el barco más tarde para enviar a los huéspedes a casa primero.

—Todavía no —dijo Lesley. Tomó la hoja de papel. Le pediría a Mike que comprobara estos nombres en la base de datos HOLMES.

Yolanda se encogió de hombros.

—No hay mucho que pueda hacer para impedirlo —dijo—. Pero al final verá que nuestra gente no tiene nada que ver con todo esto.

Lesley alzó una ceja.

—No hagamos suposiciones.

Lesley sabía que era más probable que el asesino de Simone fuera uno de sus colegas del National Trust. Pero no podía imaginar que, en una isla con una población permanente de solo cuarenta y dos personas, ambos grupos no se relacionaran.

La lista de posibles sospechosos era como una cebolla. El equipo con el que trabajaba Simone en el centro era la capa más interna, la siguiente capa la formaba el personal del National Trust. Alrededor, el personal de John Lewis, y luego el borde exterior lo formaban los cientos de visitantes que habían acudido a la isla durante los últimos dos días.

Necesitaban reducir la lista.

Lesley cogió la hoja de papel, la dobló y la guardó en su bolsillo interior, justo cuando sonó su teléfono. Lo sacó y pulsó el botón para rechazar la llamada. Quien fuera, podía esperar.

—¿Puede decirme sobre qué estaba discutiendo con Ed Rogers antes?

Yolanda se enderezó en su silla.

—No sé de qué está hablando.

—Los vi cerca de la iglesia, hace unos quince minutos. Era evidente que estaban teniendo una acalorada discusión sobre algo.

Yolanda negó con la cabeza.

—Vi a Ed, sí. Me estaba poniendo al día sobre lo que su gente estaba haciendo.

«Su gente».

Lesley pensó en el lenguaje corporal de Yolanda cuando había hablado con Ed. La forma en que se marchó furiosa, los gestos exagerados de Ed al hablar. No había manera de que aquello hubiera sido una puesta al día amistosa.

—¿Suele haber conflictos entre los dos grupos en la isla?

Yolanda se inclinó hacia adelante y apretó los puños sobre el escritorio.

—Está inventando historias donde no existen —dijo—. Solo porque una mujer ha muerto aquí, no significa que exista un conflicto entre mi equipo y el de Ed. Nos llevamos bien. Tenemos roles muy diferentes y vivimos uno al lado del otro. No hay nada más que eso.

Lesley no estaba convencida. Estaba claro que no había buena relación entre Ed Rogers y aquella mujer, y quería saber por qué.

CAPÍTULO VEINTIUNO

JOHNNY VENÍA CAMINANDO desde la iglesia cuando Lesley salió del castillo.

La actitud de Yolanda Harte le había dejado un mal sabor de boca. La mujer parecía desesperada por sacar a sus huéspedes y personal de la isla, para protegerlos del impacto que había causado la muerte de Simone Browning, y eso parecía bastante razonable. Pero cuando Lesley veía ese tipo de agitación en alguien, su instinto policial se activaba.

—¿Cuánto has avanzado? —le preguntó a Johnny mientras él se acercaba a ella a paso rápido.

Johnny negó con la cabeza.

—He hablado con cuatro personas hasta ahora. Acabo de llamar a Tina y va por la tercera. Esto va a llevar tiempo.

Lesley asintió. Miró su reloj: las cinco y cuarenta y cinco. Habría que enviar pronto a casa a los patrulleros, o tendría que hablar con el superintendente Carpenter para pedir horas extras. Sabía que el presupuesto en Dorset era aún más ajustado que en las Midlands.

Su teléfono vibró con un mensaje de Gail.

—¡Mierda! —Había olvidado que le habían llamado mientras hablaba con Yolanda—. Espera un momento, Johnny.

Lesley revisó el mensaje.

«Restos forenses en el barco. Llámame».

Miró a Johnny, consciente de que se le había iluminado el rostro.

—Tenemos algo —le dijo.

—¿El qué?

No respondió, ya estaba ocupada marcando el número de Gail.

—Lesley, he estado tratando de localizarte.

—Perdona, estaba recabando información de una persona. ¿Qué habéis encontrado?

—Sangre en la parte inferior del asiento trasero del barco. El mismo que Johnny y tú usasteis para venir. Calculo que es reciente, pero de hace más de unas horas.

Lesley cubrió el teléfono con la mano.

—Johnny, tú no te hiciste una herida en el barco, ¿verdad?

—¿Qué barco?

—El del National Trust. El que usamos para venir.

—No, jefa. —Frunció el ceño, recordando lo mal que lo pasó durante el viaje.

Lesley no tenía ninguna herida y tampoco había visto nada en Ed, así que no pensaba que la sangre pudiera provenir de ninguno de ellos tres.

Quitó la mano del teléfono.

—Investígalo, Gail. Podría ser relevante.

—Ya estoy en ello. Gav va a cortar el asiento de la estructura. Ed está con nosotros. No es que le haga mucha gracia la idea, pero no nos queda más remedio.

—Quiero que se incaute el barco —dijo Lesley—. No solo el asiento. Si se usó para llevar a Simone al puerto...

—Entendido. Déjalo en mis manos. —Gail colgó.

Lesley miró a Johnny.

—¿Sabes dónde está Tina?

—Puedo llamarla.

—Hazlo. Quiero recibir una actualización. Nos han dejado usar una sala junto a la cafetería. Llamaré a Dennis también, lo pondré en manos libres.

—¿Quieres que los compañeros patrulleros de Tina participen también?

—No. Tienen una hora más o menos para cubrir a tantas personas como puedan antes de la reunión del personal. Haré que

Carpenter apruebe unas horas extras, tiene que ser mejor que hacerlos volver aquí mañana otra vez.

—De acuerdo, jefa.

Johnny agarró su teléfono. Lesley se dirigió hacia la cafetería.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

LA SALA en el edificio de la cafetería era larga y estrecha, con una mesa que recorría el centro y una hilera de puertas francesas a lo largo de un lateral. Estaban orientadas en perpendicular hacia el paseo marítimo, por lo que, si uno estiraba el cuello, podría obtener vistas al mar.

Lesley no estaba ahí para admirar las vistas.

Johnny entró con Tina detrás de él.

Lesley se volvió y le dedicó una sonrisa a la agente.

—¿Alguna novedad?

—Lo siento, jefa. Nadie con quien he hablado vio nada sospechoso el lunes por la noche o el martes por la mañana. Hablé con una pareja que conocía a Simone, pero no habían notado nada extraño en ella últimamente.

—Vale. Los patrulleros y tú tendréis que regresar a Poole pronto. Johnny y yo nos quedamos aquí esta noche. ¿Lo has hablado con tu esposa, Johnny?

—Sí, dice que no pasa nada. Seguro que está deseando tener más espacio en la cama. Y nos han encontrado una casa de dos habitaciones pasado el castillo.

—Qué acogedor. —Lesley deseó haber pensado en traer una bolsa para pasar la noche—. Tina, si organizamos que lleven nuestras cosas a la oficina, ¿puedes traérnoslas mañana?

—Por supuesto.

Lesley sabía que, logísticamente, la opción más fácil sería que Elsa llevara una bolsa a su oficina y que Tina la recogiera de allí. Pero, dado que el bufete de abogados de Elsa había estado implicado en su última investigación de asesinato, no era algo que se sintiera cómoda proponiendo.

—Voy a llamar a Dennis —dijo—. Pondré a él y a Mike en altavoz.

Buscó el número de Dennis en su teléfono, luego lo reconsideró y cambió al de Mike.

—Cabo Legg.

—Mike, soy Lesley. ¿Estás con Dennis?

—Sí, jefa. Estábamos esperando a recibir noticias tuyas antes de dar por finalizado el día.

«Qué suerte», pensó Lesley.

—Muy bien. Ponme en altavoz, ¿quieres?

—Un momento.

Lesley puso su teléfono sobre la mesa y esperó. Al cabo de unos instantes, la voz de Dennis llegó a través del aparato.

—Aquí estamos los dos, jefa.

—Vale. —Lesley tomó asiento e hizo un gesto para que Johnny y Tina hicieran lo mismo. Había dieciséis sillas; se preguntó para qué se usaría normalmente la sala—. Tenemos novedades en los análisis forenses —dijo—. Gail ha encontrado sangre en el barco del National Trust. Cree que es de los últimos días.

—¿Han incautado el barco? —preguntó Dennis.

—Está en proceso de hacerlo ahora mismo.

Lesley sabía que Gail tendría que inspeccionar el barco más a fondo *in situ* antes de poder moverlo. Y luego tendría que transportarlo en seco, lo que significaba traer otro barco y llevarlo a remolque hacia el puerto de Poole.

Además, todo aquello tendría que ocurrir con la máxima rapidez, antes de que hubiera mayor degradación de las pruebas. Iba a ser una noche larga para Gail y su equipo.

—Entonces, Dennis —continuó Lesley—, quiero que Mike y tú estéis en contacto con los del CSI y, una vez que el barco esté en almacenamiento en seco, avisadme si encuentran algo más.

—¿Han encontrado algo más que sangre? ¿Cabello, fibras?

—De momento, solo sangre.

—¿Tenéis algún sospechoso?

—Aún no. Simone formaba parte de un equipo de cuatro mujeres. Una de ellas, Frankie Quinn, fue quien la encontró. Luego está la pareja de Frankie, Adam Stanley, que estaba también con ella en ese momento. Además, está el marido de Natasha, que es la encargada de dirigir el equipo.

—¿Alguna tensión entre ellos? ¿Motivo?

— Por lo que nos cuentan, todo parece perfecto,. Pero podría ser una fachada. Johnny y yo nos quedaremos aquí, para poder vigilarlos.

Hubo una pausa, luego la voz de Dennis volvió a oírse por el altavoz.

—Creo que es una idea sensata. ¿No te parece, Johnny?

Lesley miró a Johnny, cuyas mejillas se habían sonrosado.

—Sí, sargento.

Dennis y Johnny se comportaban de forma extraña desde hacía un tiempo. Su habitual camaradería había disminuido y, por lo que sabía Lesley, no habían ido al pub en varias semanas.

¿Era por eso por lo que Dennis había estado tan interesado en que Johnny viniera a la isla con ella? ¿Estaba tratando de deshacerse del cabo?

—¿Habéis descubierto algo sobre Simone o las personas que la rodean?

—La mujer que la encontró, ¿dijiste que se llamaba Frankie Quinn? —preguntó Mike.

—Así es —respondió Lesley.

—Fue detenida en 2008.

Lesley sintió un escalofrío.

—¿Por qué?

—Agresión. Intentó apuñalar a su ex. No se presentaron cargos.

—¿Por qué no?

—Un caso típico de violencia doméstica. Ella tenía una orden de alejamiento contra él, pero él la incumplió. Entonces ella lo enfrentó con un cuchillo.

Johnny soltó un silbido. Tina le dio un codazo y él cerró la boca enseguida.

—¿Alguna otra detención, violencia previa?

—Nada en HOLMES, jefa —respondió Mike.

Lesley asintió. Parecía que Frankie Quinn había sido provocada. Si su ex había estado abusando de ella, podía entender por qué la mujer reaccionaría así.

Pero era algo que debía investigar más a fondo.

—De acuerdo. Averigua qué pasó con el ex, si incumplió la orden de nuevo. Adónde fue después de eso. Quiero saber cómo Frankie acabó trabajando aquí, y si podría haber una conexión.

—Muy bien.

Lesley se giró al oír que la puerta se abría detrás de ella. Un agente uniformado con escaso pelo rojizo y una cara llena de pecas entró sigilosamente.

—¿Todo bien? —le preguntó Tina. Lesley miró su reloj: las seis y cuarto. Necesitaban prepararse para la reunión del personal.

—Querréis volver a Poole —le dijo Lesley al agente.

—No es eso, señora. —Se alisó la chaqueta con las manos—. Tengo una testigo que dice que escuchó a dos mujeres gritando cerca de la iglesia el lunes por la noche.

—¿Gritando?

—Eso fue lo que me dijo. —Sacó su libreta—. «Estaban peleándose a grito pelado», fueron sus palabras exactas.

—¿Y dijo quiénes eran esas dos mujeres?

—Se habían ido antes de que la testigo pudiera acercarse, señora. Pero me dijo que una de ellas tenía acento de Yorkshire.

—Simone Browning era de Yorkshire —comentó Tina.

A Lesley se le secó la boca.

—¿A qué hora el lunes por la noche?

—A eso de las nueve —respondió el agente.

Lesley frunció el ceño.

—Eso fue cuando Anya Davinski dijo que Simone se marchó.

—Tal vez era Anya con quien estaba discutiendo —sugirió Johnny.

—Quizás. Necesitamos hablar con ella otra vez. Johnny, ve a su casa. Ya sabes dónde está.

—Sí, jefa. —Johnny pasó entre los dos agentes y salió de la habitación.

Lesley miró al agente.

—¿Cómo te llamas, agente?

—Agente McGuigan, señora.

Suspiró. Carpenter había autorizado horas extras hasta las siete de la tarde, no más de eso.

—Vale, agente McGuigan. Por ahora, te marchas en el barco de vuelta con la agente Abbott. Hablaré con tu superior para que puedas volver mañana por la mañana.

—Sí, señora.

—Y dame los datos de contacto de la testigo. Quiero hablar con ella antes de la reunión del personal.

Lesley volvió al teléfono una vez que el agente se marchó.

—¿Habéis captado todo eso? —preguntó al teléfono.

—Sí, jefa —respondió Dennis.

—Muy bien. Mike, tengo una lista de nombres para ti. Son todos los que se han alojado en el castillo, personas que viven allí y los que trabajan allí pero se desplazan cada día desde la costa. Necesito que te pongas manos a la obra con HOLMES.

—De acuerdo, jefa —dijo Mike. Lesley no oyó un suspiro o cualquier otro signo de cansancio en su voz, pero claro, aún no sabía lo larga que era la lista.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

FRANKIE ESTABA LAVANDO los platos de la cena cuando oyó que llamaban a la puerta. Adam y ella habían cenado temprano, dado que la reunión del personal estaba programada para las siete en punto.

Miró el reloj de la pared de la cocina: las siete menos veinte. Solo se tardaba cinco minutos en llegar al edificio administrativo junto al muelle, donde Ed iba a celebrar la reunión.

Entonces, ¿quién estaba llamando a su puerta cuando se iban a ver todos allí en breve?

Se secó las manos con un paño de cocina y fue a abrir. Natasha estaba en el umbral, balanceándose de un pie a otro.

—Frankie —dijo—. ¿Cómo estás?

Frankie le dedicó una sonrisa.

—Pasa. Estoy bien, teniendo en cuenta las circunstancias. ¿Y tú?

Natasha suspiró mientras seguía a Frankie por el pasillo hasta la cocina.

—No lo sé —dijo—. Me siento completamente desorientada. Pobre Simone.

Frankie bajó la mirada al suelo y murmuró algo en señal de acuerdo.

La puerta de la cocina se abrió y apareció Adam con el rostro serio.

—Hola, Natasha. ¿Cómo estás?

Natasha se encogió de hombros y se dejó caer en una silla.

—Pues… Lidiando con las consecuencias. Tengo que hablar con su familia.

Frankie sintió un escalofrío por la espalda.

—¿Los padres? —preguntó.

Natasha asintió.

—Viven en Southampton. La policía ya los ha contactado, necesitan que identifiquen formalmente el cuerpo de Simone.

Natasha se desplomó, con la mandíbula desencajada. Frankie tomó asiento frente a ella.

Natasha la miró desde el otro lado de la mesa. Tenía el rostro grisáceo, el cabello sucio.

—Pero yo también quiero hablar con ellos, en calidad de supervisora de su hija.

Frankie se inclinó y le dio un apretón en el brazo. Las cuatro habían formado un equipo muy unido. A menudo, pasaban días sin verse, trabajando en extremos opuestos de la isla. Pero eso no les impedía gozar de una buena relación cuando se veían. A veces, la isla parecía un universo paralelo, y era bueno tener personas con las que sabías que podías contar.

Solo que ahora, una de esas personas había sido asesinada.

Natasha había estado actuando de forma extraña antes de que todo esto sucediera. Se percibía un aire de inquietud a su alrededor, de nerviosismo. Frankie la había estado observando durante varias semanas, tratando de averiguar si era algo que ella había hecho. Temía que Natasha planeara dejar su trabajo, aunque en realidad no creía que fuese a dejar ese puesto jamás.

Adam miró el reloj.

—Tenéis que iros pronto.

—¿Tú no vienes? —preguntó Frankie.

Él suspiró.

—¿No puede ir solo uno de nosotros?

Frankie frunció el ceño.

—Me gustaría que vinieras también.

—Lo entiendo —asintió Adam—, pero yo solo soy un voluntario. No estaría aquí si no fuera por ti.

—Vives en esta isla —le dijo Frankie—. Todo esto te afecta y, además... —se interrumpió.

Los tres sabían lo que estaba pensando. Adam y ella habían sido quienes encontraron el cadáver. Todos los presentes esa noche lo sabrían. Habría miradas de reojo y muchas preguntas. Frankie lo estaba temiendo.

—Ven conmigo. —Su voz sonaba ronca—. Por favor.

Él asintió y Frankie le dedicó una tensa sonrisa en señal de agradecimiento.

Frankie se volvió hacia Natasha.

—¿Hay alguna razón en particular por la que has venido aquí primero? Quiero decir, de verdad que no me molesta...

Natasha negó con la cabeza.

—Pensé que podríamos caminar juntas.

—Es una situación muy difícil.

Natasha asintió.

Frankie apretó el brazo de Natasha.

—Estoy preocupada por ti. Pareces...

—Un miembro de nuestro equipo acaba de morir, Frankie. Estamos en *shock*.

Frankie se apartó un poco.

—Por supuesto. —Pero había algo más, estaba segura.

Observó a Natasha, entrecerrando los ojos. Su jefa, su encantadora jefa, que ni siquiera se sentía como una jefa, no habría tenido nada que ver con la muerte de Simone, ¿no?

«Basta ya». No necesitaban líos. Debían mantenerse unidas y no desconfiar las unas de las otras. Se levantó.

—Vámonos, entonces.

Frankie se apresuró hacia el pasillo, aliviada de salir de la habitación, y agarró su abrigo. Hacía frío afuera, la brisa marina acariciaba la isla.

Nadie la siguió. Se volvió hacia la puerta de la cocina, donde estaba Adam.

—Venga, en marcha.

Natasha se levantó de su silla, sus movimientos cautos. Había un aire de distracción en ella, como si estuviera a miles de kilómetros

de allí.

Estaría pensando en Simone. Pero ya había estado así últimamente.

Frankie observó a su amiga. ¿Qué estaba ocultando? ¿Tendría algo que ver con la muerte de Simone?

CAPÍTULO VEINTICUATRO

LESLEY ESTABA de pie frente a la dirección que el agente McGuigan le había proporcionado. Diana Berry vivía en una pequeña casa en el lado suroeste de la isla. Era un lugar tranquilo, azotado por el viento del puerto. Lesley se preguntó cómo sería vivir en un sitio tan remoto. Se veía la civilización, pero se tardaba una hora en alcanzarla.

Llamó a la puerta por segunda vez. Sin respuesta. Quizás la mujer ya se había puesto en camino para atender la reunión del personal.

Sonó su teléfono.

—Inspectora Clarke.

—Jefa, soy Johnny. —Sonaba agitado.

—¿Qué ocurre? ¿Estás en la reunión del personal?

—He recibido una llamada.

—¿Qué tipo de llamada?

—De mi mujer, jefa.

A Lesley se le vinieron los hombros abajo.

—¿Es el bebé?

—No lo sé, jefa. Me ha dicho que tengo que volver a casa lo más rápido posible.

Lesley sintió que la ansiedad la invadía. Sabía lo que era llevar un bebé dentro. Habían pasado dieciséis años, pero los recuerdos seguían vivos. Esa constante sensación de temor por si algo iba mal.

Lesley había sentido alivio cuando Terry dijo que no quería tener más hijos. Había sufrido con el estrés de mantener a Sharon a salvo dentro de su cuerpo, de cargar con toda la responsabilidad.

—Vete a casa —le dijo a Johnny—. Coge el barco con Tina.

—¿Estás segura de que no te importa?

—Tu esposa es lo primero —dijo ella—. El bebé también.

—Gracias, jefa. —Su voz tembló.

—Venga, vamos —le dijo—. No pierdas tiempo hablando conmigo. Cuida de tu familia.

—Sí, jefa. —Colgó.

Retrocedió para examinar la casa y comprobó que no hubiera luces encendidas. No había señales de movimiento. ¡Maldita sea!

El agente McGuigan no había descrito a la testigo, y podría irse en el mismo barco con Johnny y Tina. Lesley tendría que pedirle a Ed que le mostrara quién era.

Negó con la cabeza, se subió el cuello de la chaqueta y se apresuró de regreso hacia el edificio donde se iba a celebrar la reunión del personal.

CAPÍTULO VEINTICINCO

MIENTRAS LESLEY se acercaba al edificio administrativo del National Trust, el teléfono vibró en su bolsillo. Lo sacó con un suspiro. Solo esperaba que no fuera Johnny, diciendo que había perdido el barco.

Era un mensaje de su hija Sharon.

«Ya no puedo más, mamá. No lo soporto más».

Lesley dejó de caminar. ¿Por qué los adolescentes insistían en enviar mensajes así? Un mensaje de esos que parecen hechos para causar pánico por nada.

Sin embargo, no podía dejarlo pasar. Marcó el número de Sharon y esperó. Sonó tres veces y luego pasó al buzón de voz.

—Sharon, soy mamá. Acabo de recibir tu mensaje. ¿Estás bien? Llámame. Hablamos pronto, te quiero.

Volvió a marcar, esta vez a Terry. De nuevo, buzón de voz.

—Terry, soy Lesley. He recibido un mensaje de Sharon que me ha preocupado un poco. Dice que ya no puede más. ¿Está contigo? Échale un ojo, ¿quieres?

No le gustaba estar a cientos de kilómetros, pasándole mensajes a Terry para que vigilara a su hija. Sharon y él habían estado discutiendo últimamente, o al menos eso le había contado Sharon. Terry, por su parte, se había negado a hablar del tema.

Se abrochó la chaqueta mientras empujaba las puertas del edificio administrativo. Voces apagadas resonaban a lo largo del

pasillo, y una franja de luz se filtraba por las rendijas de unas puertas dobles. Se detuvo un instante, fuera del alcance de las miradas de los demás, para recomponerse. Inspiró hondo, adoptó su expresión más profesional y entró.

Ed Rogers se encontraba a un lado, conversando con una mujer morena de rostro redondeado que permanecía de pie junto a él. Ella se retorcía los dedos, visiblemente inquieta. Ed hacía todo lo posible para esquivar preguntas. Al ver a Lesley, le hizo una seña para que se acercara.

—Atención —dijo mientras ella se colocaba junto a él—. Sentémonos y hagamos esto de manera ordenada. Esta es la inspectora Clarke, está a cargo de la investigación sobre la muerte de Simone.

Lesley saludó al personal reunido con un breve asentimiento de cabeza. Escaneó al grupo buscando caras conocidas, pero Johnny había realizado la mayoría de las entrevistas y no estaba segura de quiénes formaban el equipo de Simone. Quería observarlos, analizar su lenguaje corporal.

Puso una mano en el brazo de Ed y se apartó de la multitud, esperando que él hiciera lo mismo. Así lo hizo. La mujer morena los observaba con los ojos muy abiertos.

—Ed, ¿puedo pedirle un favor?

—Por supuesto que sí.

—Quería que identificara al equipo de Natasha, ¿de acuerdo? De una manera que no sea muy descarada.

Él asintió y se volvió hacia la sala. Inclinó la cabeza hacia Lesley mientras hablaba.

—Frankie Quinn, ella fue quien encontró a Simone. Es la mujer negra al fondo que lleva una chaqueta rosa brillante y tiene a un hombre alto y rubio de pie junto a ella.

—La veo —dijo Lesley.

—Luego está Anya Davinski, dos filas por delante de Frankie, pelo rubio y fino, lleva un forro polar del National Trust.

Lesley entrecerró los ojos. Media sala vestía forros polares del National Trust, unos rojos, otros verdes, la mayoría con credenciales al cuello.

—¿Cuál es? —le preguntó.

—La mujer delgada con ojeras que se está mordiendo las uñas.

—Ya la veo.

Anya parecía como si llevara varios días sin tomar una comida decente. Aparentaba menos de sus cuarenta y cuatro años, y se veía incómoda por estar allí. Había sido la última persona en ver a Simone con vida, así que a Lesley no le sorprendía que se sintiera así.

—Y esta es Natasha —dijo Ed, elevando la voz para que la mujer que estaba a su lado pudiera oírlo—. Natasha Williams, te presento a Lesley Clarke. Lesley es la principal investigadora en este caso. No le importa que le llame Lesley, ¿verdad?

—En absoluto.

Natasha asintió.

—¿Ya han atrapado a alguien? —preguntó. Tenía las manos en los bolsillos, pero Lesley podía ver que estaba inquieta de todos modos.

—Aún no tenemos ningún sospechoso, pero estamos recopilando pruebas que esperamos nos lleven a uno.

Natasha dejó escapar un leve suspiro y desvió la mirada hacia la multitud. Frankie Quinn, al fondo, cruzó miradas con ella. Lesley se preguntó cuál sería Diana Berry, la mujer que había escuchado la discusión. Se inclinó hacia Ed.

—Tengo una posible testigo —murmuró—. Una mujer llamada Diana Berry. ¿Puede señalármela?

Él entrecerró los ojos mirando a través de la sala y luego negó con la cabeza.

—No está aquí.

—¿No?

—No. Tiene dos niños pequeños, estará en casa con ellos. Su marido Roger sí está, es el tipo corpulento con pelo rubio escaso que lleva una credencial de colores.

—Ya lo veo —dijo Lesley—. ¿Ella no viene normalmente a las reuniones del personal?

—Se turnan —explicó Ed—. Tenemos varias parejas en la isla que trabajan de manera similar. No tenemos muchas familias, pero sí

algunas que educan a sus hijos en casa o cuyos hijos aún no han alcanzado la edad escolar.

Lesley se preguntó por qué Diana no había abierto la puerta si estaba en casa. Ed se aclaró la garganta y levantó la mano para llamar la atención de la gente.

—Hola a todos —comenzó—. Intentemos que esto sea lo más breve posible. Sé que estaréis deseando volver a casa.

—Llevamos todo el día encerrados en nuestras casas —dijo un hombre en la parte delantera.

Ed se volvió hacia él.

—Paul, estoy seguro de que entiendes por qué...

—Sí, sí —respondió el tal Paul—. Solo quiero saber cuándo podré volver a hacer mi trabajo.

—Mañana, supongo. —Ed miró a Lesley, quien asintió. No tenía sentido mantenerlos a todos encerrados ahora que los barcos no traían a gente de fuera.

El hombre frunció los labios y murmuró algo indistinguible.

Ed miró al personal reunido. Lesley contó veintisiete personas, la mayoría de pie y algunas a los lados.

—Voy a pedirle a la inspectora Clarke que os informe sobre el estado de la investigación —dijo—. Estoy seguro de que queréis saber cómo va.

Lesley examinó al personal reunido. Se habían quedado callados, esperando noticias.

—Gracias a todos por venir —dijo—. Como dijo Ed, soy la inspectora Clarke y estoy a cargo de la investigación principal sobre la muerte de Simone Browning.

Se oyó una tos desde el fondo.

—Estoy segura de que se ha corrido la voz de que examinamos el cuerpo de Simone esta mañana y hemos determinado que su muerte fue sospechosa. Eso significa que estamos llevando a cabo una investigación por asesinato. Imagino que entenderán que habrá cambios en la forma en que podrán trabajar hasta que hayamos concluido la investigación. Ningún barco podrá entrar o salir sin autorización policial, y no se permitirá la llegada de visitantes hasta que termine la investigación.

Un murmullo recorrió la sala.

—¿Qué pasa con los voluntarios? —gritó alguien.

Lesley negó con la cabeza.

—Los voluntarios se quedarán en la ciudad por ahora. Solo aquellos de ustedes que ya viven aquí podrán permanecer en la isla.

—¿Cómo conseguiremos suministros?

Lesley había esperado que estuvieran más preocupados por el asesinato de Simone que por la logística de estar confinados en la isla.

—Estoy segura de que Ed ayudará a gestionar eso. Podemos autorizar salidas esenciales de barcos. Pero imagino que estarán más preocupados por la investigación del asesinato de Simone.

Se escuchó un sollozo desde algún lugar del grupo. Lesley sabía que a algunos investigadores les gustaba usar eufemismos. Pero aquellas personas necesitaban saber cómo había muerto una de sus compañeras. Y que otro de ellos bien podría haberla matado.

—Debo informarlos —dijo—, que nuestra actual teoría es que alguien en esta isla mató a Simone. Creemos que la sacaron en una lancha y la echaron al puerto donde se ahogó. También hay pruebas de que hubo una pelea entre su atacante y ella.

Hizo una pausa, esperando que las palabras calaran. Cuatro personas que habían estado de pie se dejaron caer en sillas. Las miradas cambiaron: se apartaron de Lesley y se dirigieron hacia sus colegas. Estaban asustados.

—Sé que muchos de ustedes ya han hablado con nuestros agentes hoy. Necesitamos saber si vieron a Simone en los últimos días, o si saben algo que pueda ayudarnos a identificar a su asesino. Habrá oficiales uniformados y miembros del equipo en la isla durante los próximos días para continuar con la investigación. Por favor, si recuerdan algo, por pequeño que sea, no duden en decírnoslo. Hablen con Ed y organizaremos una reunión para tomarles declaración. No importa si ya han hablado con alguno de mis agentes; si tienen información relevante, por favor comuníquenla.

—¿Hay un número de teléfono? —preguntó alguien.

No parecía necesario abrir una línea directa, ya que los testigos estaban allí mismo, la mayoría de ellos en esa sala.

—De momento, no —respondió Lesley—. Estoy segura de que será fácil llamar nuestra atención si necesitan contactarnos. Como dije, cualquier cosa, por insignificante que parezca, si notaron algo extraño o inusual en los últimos días, o si tienen motivos para sospechar que alguien, aquí o fuera de la isla, podría haber querido hacerle daño a Simone... dígannoslo, por favor.

Más murmullos.

Lesley se volvió hacia Ed.

—Necesito hablar con usted sobre el barco.

—La forense ya me ha puesto al día —respondió—. Lo van a incautar.

Lesley asintió.

—Sé que es un inconveniente, pero es una posible escena del crimen.

Apretó los labios.

—Tendré que preguntarle a John Lewis si nos permiten utilizar su barco hasta que podamos conseguir otro. Con suerte, la oficina regional nos echará una mano.

—Gracias.

Lesley se volvió hacia la sala.

—Hemos establecido que Simone murió entre el lunes por la noche y el martes por la mañana. Así que, si vieron u oyeron algo inusual durante esos momentos, por favor preséntense ante nosotros. Me quedaré aquí en la isla hasta que concluya la investigación y mis colegas estarán aquí durante el día.

Más murmullos. No les gustaba la idea de tener a una inspectora con ellos todo el tiempo, pero sabía que eso la acercaba más al caso y a las posibles pruebas.

Su teléfono vibró. «Sharon, Terry o Johnny», pensó. Tal vez Gail. Suponía que Gail había regresado a Poole con los agentes uniformados, o quizás todavía estaba trabajando en ese barco.

—Eso es todo por ahora —dijo Ed.

El teléfono de Lesley volvió a vibrar.

Ed dio un paso adelante para llamar la atención del grupo.

—Si tenéis algo que decirle a la policía, hablad con vuestro supervisor. Ellos se pondrán en contacto conmigo para que organice

las reuniones. Estoy en contacto continuo con la inspectora Clarke, y queremos que esto se resuelva lo más rápido posible para que la isla vuelva a la normalidad. ¿Estáis de acuerdo?

Hubo murmullos de asentimiento. El teléfono de Lesley vibró repetidamente en su bolsillo. No era un mensaje de texto, sino una llamada.

—Tengo que atender esta llamada —murmuró a Ed. Se escabulló de la sala, consciente de que la gente la observaba.

Sacó su teléfono. Era Terry. Sintió un nudo en la boca del estómago al contestar.

—¿Recibiste mi mensaje? —le preguntó.

—Sí —confirmó él—. Estoy muy preocupado. ¿Sabes dónde está?

Lesley se apoyó contra la pared.

—¿Qué?

—Sharon ha desaparecido.

Lesley empujó contra la pared sus dedos, haciendo que sus nudillos se volvieran blancos.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—Cuando llegué a casa del trabajo hoy, no estaba —dijo—. Se ha llevado su mochila.

Lesley tragó saliva. Pequeños destellos, como motas de polvo, le nublaban la vista. No había comido en todo el día. Se sentía mareada.

—¿La has llamado?

—Por supuesto que la he llamado, no he hecho otra cosa en toda la tarde. Por eso no pudiste contactar conmigo. ¿Dónde está, Lesley?

—¿Cómo se supone que lo voy a saber yo?

La cabeza de Ed apareció por la puerta.

—¿Todo bien?

Ella asintió y lo despidió con un gesto.

—Necesito que vuelvas a casa —dijo Terry—. Tenemos que encontrarla.

Volver a casa. Lesley se llevó la mano a la nuca, masajeando el dolor que se estaba formando. Había resultado herida en un ataque con bomba hace ocho meses y el estrés le agudizaba el dolor.

—No puedo volver sin más —le dijo—. Estoy en la isla de Brownsea. Me quedo aquí esta noche.

—¿Dónde? Tu hija es más importante, ¿no?

Lesley apretó el puño, clavándolo en la pared. Incluso si regresaba a Birmingham, tardaría horas.

—Encuéntrala, Terry. Probablemente se ha ido a casa de una amiga. Rastrea la zona y avísame cuando la hayas localizado.

Colgó y salió del edificio. Era casi de noche. La isla evocaba inquietud en su silencio.

No tenía los números de las amigas de Sharon, pero sí conservaba los de algunas madres desde que Sharon era pequeña. Comenzó a marcar, esperando que solo fuera una preocupación infundada.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

FRANKIE ya casi había llegado a casa de Natasha cuando escuchó un sonido inesperado.

Se detuvo y tomó aire. Eran las ocho de la mañana y el sol ya calentaba, elevado sobre el mar más allá de la entrada del puerto. Había dado un paseo hasta el muelle, ansiosa por despejar su mente, y observó cómo la luz se intensificaba, iluminando la península de Sandbanks mientras la ciudad de Poole cobraba vida.

Allí, junto a la casa de Natasha, el aire estaba quieto, y el único sonido provenía de los pájaros en los árboles cercanos. Siempre eran más activos por la mañana, aunque dos horas antes el ruido habría sido el doble de intenso.

Pero hoy había otro sonido, uno humano: alguien estaba llorando.

Frankie se acercó a la casa y examinó las ventanas; no había nadie a la vista. El llanto se intensificó, roto por sollozos entrecortados.

Conocía a Natasha desde hacía un año y medio, desde que ella aceptó el puesto en la isla. Las cuatro mujeres estaban muy unidas y dependían unas de otras para compañía y apoyo, tanto profesional como personal.

Pero Simone había estado más unida a Natasha que Frankie. Simone era una de esas personas a quien era imposible no querer.

Divertida cuando la situación lo requería, tranquila y atenta cuando era necesario. Y con un talento excepcional en su trabajo.

Simone habría sabido exactamente cómo manejar el llanto de Natasha, pero ya no estaba en ese mundo.

Frankie se humedeció los labios, resecos y cuarteados por el aire marino. Respiró hondo y llamó a la puerta.

El llanto se detuvo.

Frankie esperó.

El llanto comenzó de nuevo.

Llamó por segunda vez.

—Natasha, soy Frankie. ¿Estás bien?

Silencio.

Frankie miró fijamente la puerta, preguntándose qué hacer. Si Natasha estaba llorando en la privacidad de su hogar, tal vez preferiría que la dejaran sola. Y, a lo mejor, Bernard estaba allí para consolarla.

Simone jamás se habría marchado.

Frankie se aclaró la garganta y llamó con firmeza.

Por fin, la puerta se abrió. Natasha estaba frente a ella, con la cara enrojecida. Se pasó el dorso de la mano por la mejilla para secarse las lágrimas.

—Frankie. Lo siento, no escuché...

—¿Estás bien?

Natasha asintió. Sollozó y luego se limpió la nariz con la manga de su sudadera.

Frankie hurgó en su bolsillo y sacó un pañuelo. Estaba limpio, aunque arrugado. Se lo ofreció y Natasha lo tomó.

—Gracias. —Natasha se sonó la nariz—. ¿Necesitas algo?

—No, solo quería saber si estabas bien. Anoche, en la reunión, parecías... ida.

Natasha sonrió.

—Estoy bien. Todo esto ha sido un poco impactante.

Frankie bajó la mirada. Le parecía mal estar tan tranquila mientras su jefa se encontraba así. Aunque ella también le tenía cariño a Simone, quizás aún no había asimilado lo ocurrido.

—¿Bernard está contigo?

Una mueca de disgusto.

—Se levantó temprano y se fue a la playa.

—¿A la playa? ¿Dónde...?

Natasha asintió y se sorbió la nariz.

—A la escena del crimen.

Frankie estaba horrorizada. Si nunca volvía a ver esa playa, no le importaría en absoluto.

—¿Por qué?

Natasha inhaló con un leve temblor.

—Le han encargado un reportaje. Uno de los periódicos nacionales se enteró de que hay un periodista que vive aquí en la isla y...

Frankie lo comprendió enseguida.

—Ah.

Pero, aun así, ¿cómo podías aceptar el trabajo de cubrir la muerte de una amiga?

—¿Está allí ahora?

—Sí. —Natasha se frotó la nariz con la esquina del pañuelo y luego lo metió en la manga—. ¿Necesitas que te ayude con algo?

—No, no te preocupes.

Tenía que ir a trabajar. Ahora les permitían salir de sus casas, confinados con seguridad en la isla sin barcos en funcionamiento. Había oído el rumor de que el barco del National Trust había sido incautado por la policía.

Frankie extendió la mano y tocó el brazo de Natasha.

—Llámame si me necesitas, ¿de acuerdo?

—Estaré bien. Es mucho con lo que lidiar.

Frankie asintió. Se dio la vuelta y se dirigió hacia el bosque en el centro de la isla, deseando poder librarse de esa sensación de entumecimiento.

CAPÍTULO VEINTISIETE

LESLEY SE DESPERTÓ y vio cómo la luz del sol se colaba a través de las finas cortinas de la casa de campo que le habían asignado. Era un edificio bajo y estrecho, con vistas al mar en dirección a Poole. Las paredes mostraban manchas de humedad que trepaban hacia arriba y en el ambiente se percibía una sensación de abandono. Se preguntó quién la usaba normalmente, si es que alguien lo hacía.

Agarró su teléfono y revisó los mensajes y el buzón de voz. Nada. Se puso de pie sobre la cama y levantó el móvil. No tenía cobertura.

«Maldita sea. ¿Sharon, dónde estás?»

Ojalá Terry la hubiera encontrado. Mientras su hija estaba en Birmingham, la responsabilidad era de su exmarido. Además, ya tenía dieciséis años, pero eso no impedía que se preocupara.

Puso los pies en el suelo de madera, lamentando no haber podido traer un cambio de ropa. Había dormido en ropa interior, y la camisa de ayer colgaba sobre una silla en la esquina de la habitación, junto con su traje. La sacudió para airearla y pensó en ponérsela. «No, lávate un poco primero», se dijo a sí misma.

Al finalizar la reunión del personal anoche, se había asegurado de hablar con el marido de Diana Berry para preguntarle si podía ver a su esposa. Pero este había insistido que Diana ya estaría profundamente dormida. Al parecer, tenía la costumbre de irse a la

cama en cuanto su hijo pequeño se dormía. La primera tarea de Lesley esa mañana era localizar a aquella mujer y hablar con ella.

Entró en el diminuto baño, aliviada al encontrar jabón en el lavabo, y se lavó la cara y las axilas. Regresó al dormitorio, agitando los brazos para secarse y deseando tener algo que usar como toalla. Entreabrió las cortinas y miró hacia fuera. La luz del sol brillaba sobre el puerto. Habría sido idílico si la casa hubiera sido más agradable.

Se peinó con los dedos frente a un pequeño espejo sobre una cómoda que amenazaba con venirse abajo al mínimo roce. Luego se puso la camisa, que olía a sudor. Se pondría la chaqueta encima para disimularlo, aunque pasara calor.

A Lesley le gustaba ir bien arreglada. Sus trajes de chaqueta elegantes y blusas impecables no seguían la última moda, pero proyectaban profesionalidad y confianza. Sabía que si oliera a vagabunda, la gente no se abriría a ella.

Se puso la chaqueta y bajó las escaleras a toda prisa. No tenía sentido ir a la cocina, sabía que estaba vacía. Con suerte, podría tomar algo en la cafetería.

Desde el umbral vio el muelle. Gail había permanecido allí hasta las once de la noche anterior, examinando cada centímetro del barco antes de que lo subieran a una embarcación de transporte y lo trasladaran a Poole. Gail y su colega Gavin se fueron con él, dejando a Lesley como único miembro del equipo de investigación en la isla. Solo podía esperar que Johnny regresara pronto con Tina y sus colegas. Necesitaban ponerse manos a la obra con los interrogatorios.

Bostezó, se frotó la piel bajo los ojos y se dirigió hacia el castillo y el edificio administrativo a su lado.

Al acercarse al castillo, su teléfono captó señal y emitió un sonido. Era un mensaje de Elsa, enviado a las diez de la noche anterior.

«Sharon está en mi piso. Llámame».

Lesley se detuvo en seco. Leyó el mensaje otra vez. Verificó el remitente. Era Elsa, no Terry.

Sharon había ido hasta Bournemouth y se plantó en el piso de Elsa. ¿Significaba eso que había ido primero a la casa de Lesley en Wareham, o había ido directamente al piso sabiendo que estaba más cerca de la estación?

Sharon sabía que Lesley pasaba la mayoría de las noches entre semana en el piso de Elsa. Aun así, la idea de que su hija de dieciséis años llegara a Bournemouth y tocara puertas con la esperanza de encontrarla llenó a Lesley de culpabilidad.

Marcó el número de Elsa. Saltó el buzón de voz. ¿Por qué nadie contestaba?

—Elsa, soy yo. Acabo de recibir tu mensaje. Estoy atrapada en la isla de Brownsea por un caso y no tenía señal anoche, lo siento. ¿Sharon sigue contigo? Llámame o dile que me llame.

Colgó y marcó el número de Sharon: sin respuesta. Sharon nunca contestaba el teléfono. Le envió un mensaje de texto.

«Me ha dicho Elsa que estás en su casa. Llámame, quiero saber que estás bien. Besos. Mamá».

Dudó y luego borró «Besos». Respiró hondo y llamó a Terry.

—¿Qué pasa? —espetó él—. Dime que la has encontrado.

—Oye —dijo ella—. No te desquites conmigo.

—No te creerás la noche que he pasado —respondió él—. He estado conduciendo por Edgbaston y Harborne, llamando a las puertas de sus amigas.

—¿No tienes sus números de teléfono?

—¿Tú qué crees?

—Ya —replicó ella—. Ha aparecido, está en Bournemouth.

—¿En Bournemouth?

—Sí. —Lesley se mordió una uña. Terry no sabía nada de Elsa—. Con una de mis amigas. Sharon apareció en su piso, pensó que igual estaba allí.

—Pero estás en la isla de Brownsea.

—Ya, pero eso Sharon no lo sabía.

—Miré el sitio donde estás en Google —le dijo él—. ¿Qué coño haces ahí?

—¿Es que no ves las noticias? Ha habido un asesinato.

—¿Otro más? No estás ayudando mucho a la tasa de mortalidad de Dorset, ¿eh?

Lesley prefirió no responder.

—Te llamaré cuando hable con ella —le dijo a su exmarido—. Le diré que tiene que volver a casa.

—¿Aún no has hablado con ella? Qué demonios...

Lesley colgó, y luego se arrepintió. No le había preguntado qué había pasado para que Sharon se marchara sin decir nada. Para provocar ese mensaje de: «Ya no aguanto más». Pero se lo podía imaginar. Tendría todo que ver con la novia de Terry, Julieta, y con su hijo.

Lesley volvió a marcar el número de Terry. Le dio la señal de ocupado. No tenía intención de dejarle un mensaje.

Ya había pasado la granja y se encontraba a medio camino de la casa de Diana Berry. Necesitaba entrar en modo profesional. Dejar de ser madre y empezar a ser policía. Pero todavía no sabía dónde estaba Sharon. ¿Seguiría en casa de Elsa, o se había ido a Wareham?

Lesley se pasó una mano por el pelo. Le mandó otro mensaje a su hija.

«Quédate en casa de Elsa. Llámame y dime que estás bien».

Era lo único que podía hacer. Sharon tenía dieciséis años. Legalmente podía valerse por sí misma, pero la vida real era otra cosa.

La casa de Diana Berry estaba justo adelante. Lesley enderezó los hombros, se arregló la chaqueta y aspiró, comprobando el leve olor de sus propias axilas. Llamó a la puerta y deseó que la testigo no lo notara.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

ELSA SHORT ESTACIONÓ su coche a la vuelta de la esquina de la playa y cerró la puerta. Miró de un lado a otro por la carretera costera y se estremeció al vislumbrar el edificio de apartamentos en el que había estado encerrada un mes antes. Priscilla Evans, la novia de su antiguo socio, Harry Nevin, la había mantenido prisionera durante toda una noche. Si Lesley no hubiera aparecido a tiempo, no tenía duda de que habría acabado muerta.

Se sacudió la tensión de encima. «Contrólate». Necesitaba estar alerta para esa reunión. Dobló la esquina y se acercó a la cafetería en la calle lateral que llevaba a la playa. Había tenido la costumbre de reunirse allí con Harry los miércoles por la mañana, una semana sí y otra no. Una cita regular para hablar de los casos que preferían no tratar en la oficina. Hasta que su novia desquiciada asesinó a Harry.

Tomó una mesa afuera y examinó la zona. No había señal de la mujer con quien se iba a reunir. Elsa no había anticipado volver aquí después de la muerte de Harry. Pero esa mañana había recibido un mensaje:

«Necesitamos hablar, mismo lugar donde solías reunirte con Harry».

Elsa había dejado a Sharon en su piso, enfurruñada en el sofá por una bronca con su padre. Elsa amaba a Lesley, pero no le entusiasmaba convertirse en madre sustituta de su hija.

Apareció una camarera y Elsa pidió un expreso doble. Necesitaba la dosis de cafeína, había estado despierta hasta tarde intentando convencer a Sharon de que llamara a su padre. Pero Sharon había insistido en que estaba harta de él. Odiaba al hijo pequeño de su nueva novia y quería mudarse a Bournemouth de manera permanente.

Elsa no había contado con convertirse en madrastra cuando conoció a Lesley y no sabía muy bien qué pensar al respecto. Si tan solo Lesley hubiera contestado su llamada.

—Buenos días, Elsa.

Se giró y vio a una mujer de pie detrás de ella. Recién cumplidos los sesenta, con cabello grisáceo recogido en lo alto de su cabeza. Llevaba un traje caro en tono verde lima y tacones demasiado altos para una cafetería en la playa.

Le hizo un gesto con la cabeza.

—Buenos días, Aurelia.

Aurelia Cross se sentó. Era la tercera socia del bufete. La que contribuía con el Cross en Nevin, Cross y Short. Todavía no habían cambiado el nombre de la firma.

Harry había sido el socio fundador; parecía una falta de respeto quitar su nombre de la puerta. Pero Elsa sabía que en algún momento tendrían que reemplazarlo. No estaba segura de si iban a reclutar internamente entre los socios júnior o buscarían fuera de la firma. Se imaginaba que Aurelia tendría una opinión al respecto. Aurelia solía tener opiniones sobre casi todos los temas.

La camarera apareció con el café de Elsa y tomó el pedido de Aurelia: una taza de té de hierbas. Aurelia colocó su bolso en el asiento contiguo mientras la camarera se alejaba. Era caro, de diseño.

—Así que —comenzó, reclinándose en su silla y observando a Elsa— solías reunirte aquí con Harry.

Elsa le sostuvo la mirada.

—Así es.

—Y supongo que es mejor que no pregunte de qué hablabais.

—Mejor que no.

Aurelia nunca se había involucrado con el cliente más importante de la firma. Elsa había sido asignada a su cuenta poco después de unirse al bufete, y Harry le cedió las riendas encantado. Pero Aurelia se había negado a acercarse al hombre.

—¿Las cosas van como deberían? —preguntó Aurelia.

Elsa se encogió de hombros.

—Es difícil especificar qué es «como deberían» cuando se trata de este cliente en particular.

—¿No ha habido arrestos recientes entre su gente? ¿Ningún fisgoneo por parte de la policía?

Elsa negó con la cabeza.

—Nada.

—¿Y sus asuntos financieros están en regla?

Elsa clavó la mirada en su socia y le devolvió la sonrisa. Ambas sabían que Elsa no iba a dar una respuesta sincera a esa pregunta.

El cliente en cuestión, Arthur Kelvin, mantenía cuentas que parecían en regla a simple vista. Le pagaba mucho dinero a su asesor fiscal para que así fuera. Pero tanto el asesor como Elsa sabían que las cifras presentadas a las autoridades cada año ocultaban una multitud de infracciones. Kelvin manejaba una amplia variedad de negocios en constante rotación, nuevas empresas se añadían y desaparecían de su cartera casi cada semana. Algunas eran legítimas. Otras, meras cortinas de humo para encubrir sus verdaderas actividades. Elsa tenía cierta idea de cuáles eran cuáles, pero no se le permitía conocer todos los detalles.

—Todo está bajo control —le dijo a Aurelia—. No tienes de qué preocuparte.

—¿Así que la investigación sobre la muerte de Harry no hizo que la policía examinara su lista de clientes?

—¿Por qué lo harían?

—Pensé que habías involucrado a Ameena Khan en un par de casos.

Elsa tragó saliva. Ameena Khan, una socia júnior, había muerto dos días antes que Harry. Y, como se descubrió después, había estado acostándose con él. Al igual que Priscilla Evans, la mujer que lo había matado.

—Ameena solo estuvo involucrada de manera superficial —explicó—. Una vez que la policía descubrió que Harry y Ameena habían tenido una aventura, se dieron cuenta de que no tenía sentido indagar en sus clientes. No hay de qué preocuparse, Aurelia.

—Muy bien.

Aurelia dejó de hablar cuando la camarera reapareció. Colocó una bandeja en la mesa y descargó una tetera y una taza. Aurelia asintió en agradecimiento y se sirvió.

—¿Es eso todo de lo que querías hablar? —preguntó Elsa.

Aurelia tomó un sorbo de su té e hizo una mueca; el té estaba caliente.

—Solo quiero asegurarme de que mantengas todo esto separado de las otras operaciones de la firma.

—Por supuesto —respondió Elsa—. Eso es lo que siempre he hecho.

Elsa había esperado que la muerte de Harry significara la disolución de la firma. Como mínimo, había esperado que asustara a Arthur Kelvin y lo alejara. Ella estaba desesperada por salir de allí.

Si alguna vez atrapaban a Kelvin, ella también caería.

Y ahora estaba viviendo con una inspectora de policía. ¿Estaba siendo estúpida? ¿O solo ingenua?

CAPÍTULO VEINTINUEVE

DIANA BERRY ESTABA SENTADA a la mesa de su cocina, con los dedos entrelazados alrededor de una taza de café. Lesley estaba frente a ella, tras rechazar la taza que le ofreció. Entre las dos, al final de la mesa, había una niña pequeña, de tres o cuatro años. Estaba coloreando un dibujo de unos niños en la playa. Lesley se preguntó si la pequeña había conectado su vida con la escena del dibujo.

Los ojos de Diana reflejaban cansancio. Bostezó y dio un largo sorbo a su café.

—Mi colega, el agente McGuigan, me ha dicho que presenció algo el lunes por la noche —le dijo Lesley.

Diana asintió, y luego miró a la niña pequeña.

—Dos mujeres, discutiendo.

Lesley la miró a los ojos.

—Pero ¿vio algo?

—No, nada. Estaba cerca del muelle dando un paseo. A veces salgo por la noche cuando los niños ya están en la cama y mi marido está poniéndose al día con su trabajo. Es un momento tranquilo que me permite pensar.

Lesley asintió.

—¿A qué hora fue?

Diana frunció el ceño mientras pensaba.

—Creo que eran aproximadamente las nueve de la noche. —Hizo una pausa—. Sí, salí de casa a menos cuarto. Recuerdo haber mirado el reloj antes de decirle a Simone adónde iba. Así que, para cuando llegué al muelle y llevaba un rato allí... Me gusta mirar el mar —dijo, algo avergonzada—. Ordenar mis pensamientos.

—¿Y escuchó a dos mujeres? —preguntó Lesley.

Diana extendió la mano y tocó a su hija.

—Charlie, cielo, ¿por qué no subes a buscar tu plastilina?

La niña frunció el ceño.

—Me gusta pintar.

—Por favor, cielo. Tráela para que juguemos juntas.

La niña miró a su madre por un momento, luego se encogió de hombros y se bajó de la silla. Diana la observó mientras salía de la cocina, cerrando la puerta tras ella. Lesley oyó el golpeteo de pies corriendo escaleras arriba y volvió a mirar a la madre de la niña.

—Dígame lo que escuchó.

—Primero escuché a una mujer gritando. Estaba armando un escándalo.

—¿Pudo distinguir alguna palabra?

—No muchas. Estaba algo lejos.

—Entonces, ¿dónde estaban?

—Hacia la iglesia. La mujer estaba... Bueno, claramente enfadada.

—¿Y no captó ninguna palabra?

—Al contrario, capté varias. Eran fuertes; a esa mujer le habría venido bien que le lavaran la boca con jabón.

Lesley sonrió. Ella había hablado así antes de conocer a Dennis y verse obligada a moderar su lenguaje.

—¿Y luego escuchó a otra mujer?

Diana asintió. Dio otro sorbo a su café y se recostó en su silla.

—La voz de la segunda mujer era más baja, más tranquila, pero definitivamente era una mujer. Estaba tratando de calmar a la primera, pero la primera seguía gritándole.

—¿Se acercó a ellas? —preguntó Lesley.

—Caminé hacia la iglesia. Me quedé junto al muro del castillo. Había dos figuras al lado de la iglesia, en el sendero que lleva a los

observatorios.

—¿Vio sus rostros?

Diana negó con la cabeza.

—Lo siento. Desaparecieron poco después de que llegara.

—¿Hacia dónde se fueron? ¿Se fueron en la misma dirección?

—Vi a una de ellas ir hacia los edificios de la granja y luego, cuando volví la vista hacia la iglesia, la otra ya no estaba. No estoy segura de adónde fue, pero supongo...

—¿Supone qué?

—Bueno, supongo que se dirigió a las casas que están más allá de los observatorios. —Miró a Lesley—. Solo hay dos mujeres que viven allí, Simone Browning y Frankie Quinn.

Lesley asintió con lentitud.

—¿Esas son las únicas casas en ese lado de la isla?

—Hay un centro de visitantes también, uno pequeño. Cubre los hábitats de ese lado de la isla, y luego están las dos casas. Frankie y Adam viven en una, Simone vivía en la otra.

—Entonces, ¿cree que una de ellas podría haber sido Simone o Frankie?

Diana se encogió de hombros.

—No estoy del todo segura, lo único que puedo decir es hacia dónde se fue.

—¿Y la otra mujer se dirigió hacia los edificios de la granja?

—Sí.

«Y la playa», pensó Lesley. La playa donde habían encontrado a Simone.

—Muy bien. —Sacó su tarjeta del bolsillo interior de su chaqueta —. Si recuerda algo más, llámeme. —Señaló la tarjeta—. Este es mi número de móvil. Estoy alojada aquí en la isla, así que puede llamarme a cualquier hora del día o de la noche.

Diana guardó la tarjeta en su bolsillo.

—Lo haré.

La puerta se abrió y la hija entró haciendo ruido, arrastrando una caja de plástico.

—¿Vamos a jugar ahora, mamá?

Diana miró a Lesley.

—¿Hemos terminado?

—Creo que sí —respondió Lesley.

—De acuerdo. —Se volvió hacia su hija—. Vamos entonces Charlie, veamos qué podemos hacer.

CAPÍTULO TREINTA

EL DOCTOR WHITTAKER puso música clásica para la autopsia. Esta vez era *El holandés errante* de Wagner, una ópera ambientada en el mar. Dennis la encontraba desconcertante, los repentinos crescendos lo sobresaltaban en aquel entorno tan poco apropiado.

Se mantuvo a unos pasos de distancia y observó cómo el patólogo examinaba el cuerpo de Simone. Examinó su piel en busca de cardenales y otras marcas. Whittaker se detuvo en el cuello de Simone, moviendo su cabeza de lado a lado para obtener un mejor ángulo. Se apartó y dejó que su asistente tomara fotografías mientras avanzaba.

—Esas marcas de dedos —dijo Dennis—, ¿crees que son por estrangulamiento?

Whittaker alzó la vista.

—Déjame terminar, hombre.

Dennis se puso tenso. Whittaker podía ser brusco, pero, ambos se conocían desde hacía décadas y normalmente trataba a Dennis con respeto.

Whittaker caminó alrededor de la mesa y examinó el otro lado del cuello. Se inclinó, olfateó ligeramente y luego se enderezó.

—Ahora puedo responder a tu pregunta.

Dennis levantó una ceja.

—¿Y?

—Alguien intentó estrangularla. Hay claras huellas de dedos, dos en la parte delantera, cinco en la parte trasera.

—¿Pero no es así como murió?

Whittaker sacó un lápiz del bolsillo superior de su bata de laboratorio y lo utilizó para mantener la boca de la mujer ligeramente abierta.

—Aquí había espuma. Ahora la mayor parte ha desaparecido, pero había bastante cuando la recogimos en la playa. Señal inequívoca de que sus pulmones estaban llenos de agua.

Dennis conocía los signos de ahogamiento. No se podía trabajar en un condado como Dorset sin ver varios ahogamientos a lo largo de los años.

—¿Así que eso es lo que la mató?

Whittaker asintió.

—Quizás estaba inconsciente cuando entró al agua, el estrangulamiento podría haberla hecho desmayar. Su agresor, probablemente pensando que ya estaba muerta, la echó al agua para borrar las pruebas.

—¿Agresor? —preguntó Dennis.

Whittaker negó con la cabeza.

—Bueno, ya sabes a qué me refiero.

—No, no lo sé. ¿Me estás diciendo que crees que fue un hombre?

—Quienquiera que fuese, hombre o mujer, era lo suficientemente fuerte como para subirla a un barco y luego empujarla al agua.

—O lo suficientemente astuto como para convencerla de subir al barco —dijo Dennis.

El patólogo se encogió de hombros.

—La mayoría de los asesinos son hombres, especialmente en casos de estrangulamiento.

Dennis sabía que tenía razón. Era más probable que las mujeres usaran métodos indirectos para matar. Veneno o pastillas para dormir. En cambio, con los hombres, era más común que la víctima presentara marcas físicas. Cuando había contacto directo con la víctima, era más probable que una mujer usara un cuchillo antes que poner la mano sobre el cuerpo de la víctima.

—¿Alguna herida defensiva? —preguntó al patólogo.

—Nada que pueda ver. Hay algunas marcas de mordeduras en los dedos de los pies, probablemente de los peces, y la piel de los dedos está empezando a desprenderse un poco. No llega a ser un «desprendimiento en guante», no pasó suficiente tiempo en el agua, pero hay algunos indicios de daño.

—Entonces, si tenía algún resto forense en sus manos, ¿no podríamos verlo?

—Me temo que no. —Whittaker retrocedió y examinó el cuerpo, sus dedos rozando su barbilla. Llevaba bigote, algo nuevo desde la última vez que Dennis trabajó con él.

—¿Así que todavía crees que estuvo en el agua durante unas veinticuatro horas? —preguntó Dennis.

—Podría haber sido menos, yo diría entre dieciocho y veinticuatro horas basándome en lo que veo aquí.

Eso era un margen más amplio. Dennis se preguntó cómo le estaría yendo a Lesley, si habría encontrado personas que hubieran visto a Simone durante ese tiempo.

—Vale —dijo Whittaker—. Es hora de abrirla. Estoy bastante seguro de que confirmaremos que murió ahogada. ¿Quieres quedarte para verlo?

Dennis miró el cuerpo. Necesitaba volver a la oficina. Había recibido una llamada de Johnny anoche diciendo que regresaba de la isla. Dennis quería asegurarse de que estaba bien, y también necesitaba informar a Lesley.

—No hace falta —dijo—. Envíame tu informe cuando lo tengas.

Whittaker frunció el ceño, visiblemente impaciente.

—Por supuesto que lo haré.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

LESLEY SE GIRÓ en su silla cuando Gail y Tina entraron en la oficina que les había asignado el National Trust.

—Buenos días. ¿Buen viaje?

Gail hizo una mueca.

—El mar estaba un poco agitado hoy.

Lesley miró por la ventana. Había hecho sol cuando llegó, pero ahora había nubes sobre el puerto y vio que el agua estaba agitada. Johnny probablemente seguía en el muelle, intentando no vomitar.

—¿Cómo van las cosas con el barco del National Trust? —le preguntó a Gail.

—Está en almacenamiento en seco en Poole —respondió la forense—. Hemos analizado el asiento por todas partes. Lo único que hemos encontrado es esa mancha de sangre. He enviado muestras para análisis de ADN. Hoy volveré a la playa para echarle un último vistazo.

—Muy bien —dijo Lesley—. ¿Para cuándo estarán los resultados del ADN?

—Para dentro de unos días.

Lesley frunció el ceño. No le gustaba esperar.

—¿Encontraste algo más en el barco? ¿Cabellos? ¿Fibras? ¿No habremos tenido la suerte de que el asesino se dejara algo incriminatorio, como un zapato o algo así?

Gail hizo una mueca.

—Me temo que esta semana no nos ha tocado ningún asesino torpe.

Lesley se reclinó en su silla. Estiró el cuello para mirar al techo. Le dolía la espalda; la cama de la pequeña casa de la isla era demasiado blanda.

—Ah, asesinos estúpidos —dijo—. Ojalá tuviéramos más de esos.

Lesley vio un movimiento por el rabillo del ojo y se enderezó. Tres agentes uniformados entraron en la sala y se colocaron alrededor de Tina. Otro oficial uniformado estaba detrás de ellos, un sargento.

Lesley le hizo un gesto con la cabeza.

—Sargento.

—Señora —respondió—. Soy el Sargento Dillick. He venido para coordinar a nuestros agentes.

Lesley miró a Tina. En su humilde opinión, Tina había estado haciendo un buen trabajo. Pero los patrulleros no verían con buenos ojos que una agente que había sido asignada a la CID estuviera dando órdenes a sus chicos.

—Por supuesto —dijo Lesley.

Independientemente de la política, otro oficial más significaba más declaraciones. Con suerte, podrían hablar con todo el mundo hoy.

—¿Está el cabo Chiles con usted? —preguntó.

Dillick frunció el ceño.

—No ha venido nadie más, señora.

Lesley miró a Gail. Había esperado que Johnny regresara.

Hizo una nota mental para consultar con Dennis. Seguramente él había hablado con el cabo. Esperaba que la esposa de Johnny estuviera bien.

—Quiero priorizar a la gente de John Lewis.

—¿Estás segura? —respondió Gail—. Sin duda, la gente del National Trust tendría más relación con Simone. Es más probable que tuvieran un motivo.

Lesley negó con la cabeza.

—Yolanda Harte quiere sacarlos a todos de aquí en una lancha hoy. Quiero que averigüemos si vieron algo antes de que

desaparezcan.

El sargento asintió.

—Me ocuparé de ello, señora —dijo—. Tenemos la lista.

El sargento salió de la sala, llevándose a sus tres agentes con él. Tina estaba a punto de salir cuando Lesley levantó una mano para detenerla.

—Espera un minuto, Tina. Quédate aquí mientras tenemos la reunión informativa.

—¿Qué reunión informativa, jefa? —preguntó Tina.

—Voy a llamar a Dennis. Pon el teléfono en altavoz, ¿quieres?

—Por supuesto.

Tina se sentó en una silla y sacó su móvil, lo marcó y lo dejó sobre la mesa.

Después de unos momentos, la voz de Dennis salió por el altavoz.

—Buenos días a todos.

Tina empujó su teléfono hacia el centro de la mesa.

—¿Estás listo para ponernos al día? —preguntó Lesley.

—Más que listo —respondió Dennis—. Acabo de venir de la autopsia.

Lesley miró su reloj: las nueve y media.

—Vaya, Whittaker está hecho todo un madrugador últimamente.

—No lo critiques.

Ella sonrió.

—¿Algo nuevo de la autopsia?

—Nada relevante—respondió—. Tenemos marcas de intento de estrangulamiento en el cuello, pero Whittaker está seguro de que fue el ahogamiento lo que la mató.

—¿Entonces no la estrangularon y luego la echaron al mar?

—Sí, la estrangularon, pero no fue suficiente para acabar con ella. Podría haberla dejado más vulnerable para empujarla, pero lo que la mató fue el agua. Hay espuma alrededor de su boca. Espero confirmación de que sus pulmones muestren signos de haber estado llenos de agua.

—Vale —dijo ella—. Así que su asesino intentó estrangularla y luego la empujó al agua. La pregunta es: ¿pensaba que ya estaba

muerta, o lo hizo para terminar el trabajo?

—¿Y qué hay de la sangre? —preguntó Gail.

—Todo dependerá de a quién pertenezca —dijo Lesley—. Podría no estar relacionada.

—Lo dudo —respondió Gail—. Sería una coincidencia enorme.

Lesley suspiró. No quería depender de una prueba sobre la que no podía esperar saber nada en varios días.

—Trabajaremos con lo que tenemos por ahora —dijo—. Necesitamos saber quién sacó el barco. Tengo un testigo que escuchó a dos mujeres discutir por la noche del lunes. Una de ellas podría haber sido Simone, pero no estamos seguros. Necesitamos saber si alguien más vio algo, o si vieron salir a alguien en ese barco el lunes por la noche o el martes temprano.

—¿Estamos seguros de que la historia de Anya es correcta? —preguntó Dennis—. Lo de que quedó con Simone para tomar algo.

—Quizás sí, quizás no —dijo Lesley—. ¿Crees que fue Anya quien discutió con Simone?

—Es una posibilidad. Tal vez Anya la mató.

—Según lo que sabemos, sería demasiado especular —dijo Lesley —. Necesitamos averiguar quiénes participaron en esa discusión y si Simone era una de ellas. Si es así, también tenemos que averiguar si la discusión está relacionada con su muerte.

—¿Quieres que hable con el equipo de conservación? —preguntó Tina.

Lesley asintió.

—Sí. Primero Anya, luego Natasha, seguida de Frankie. Repasa sus coartadas de nuevo, busca inconsistencias. Y con Anya en particular, quiero los detalles específicos de lo que Simone y ella hicieron el lunes por la noche. A qué hora quedaron, adónde fueron, de qué hablaron. Consigue toda la información posible y verifica su versión.

—¿Le pregunto también si tuvo una discusión con ella?

—Sí —respondió Lesley—. No tiene sentido andarse con rodeos.

—Y luego está Bernard Williams —dijo Mike por el altavoz.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Lesley.

—Él fue con quien Simone habló cuando llamó para decir que estaba enferma. ¿Cómo sabemos que está diciendo la verdad?

—¿Crees que está mintiendo? ¿Cubriendo a alguien?

—¿Cubriendo a su esposa, quizás? —dijo Dennis.

Lesley miró por la ventana hacia el mar.

—Mira a ver si puedes localizarlo a él también —le dijo a Tina—. Entrevístalo por separado de su esposa y comprueba sus movimientos el lunes y el martes. De nuevo, estoy buscando inconsistencias.

—Sí, jefa.

Tina se levantó y estuvo a punto de salir de la sala, pero recordó que el móvil que estaban usando de altavoz era el suyo. Lo miró y se sentó.

—¿Está Johnny contigo? —le preguntó Lesley a Dennis.

—Todavía no. Pensé que habría vuelto a la isla.

—No vino en el barco.

—Hablaré con él. Supongo que está con su esposa.

Lesley miró a Tina.

—¿Cómo lo viste en el barco anoche?

—Verde —respondió Tina—. Estresado. Estaba sudando y parecía a punto de vomitar.

—Así es Johnny en los barcos —dijo Lesley—. Llámalo, Dennis. No quiero que sienta que lo hemos abandonado.

—Ese era mi plan después de esta conversación, jefa.

—Muy bien. —Lesley se dio cuenta de que Tina seguía con ellos —. Tina, ¿me pudiste traer la bolsa que te pedí con cosas para pasar la noche?

—No tuve tiempo de ir a tu casa, así que fui a Marks and Spencer en Bournemouth. ¿Está bien? Pensé...

Lesley sabía lo que la joven estaba pensando. No era conocida por su sentido de la moda, pero al menos iba arreglada. Era más barato y algo más sencillo que su ropa habitual, pero serviría.

Una bolsa de plástico estaba apoyada contra la pared junto a la puerta. Tina la puso sobre el escritorio. Lesley la tomó, colocándola en el suelo junto a sus pies. Se preocuparía por eso más tarde.

—Vale —dijo—. Tina, salgamos y comencemos esas entrevistas. Gail, avísame si encuentras algo más en el barco o en la playa. Dennis, dale recuerdos a Johnny de mi parte, ¿quieres?

—Por supuesto, jefa.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

LESLEY SALIÓ con prisa del edificio de la cafetería y se dirigió hacia el castillo. Necesitaba encontrar a Yolanda Harte antes de que llegara la lancha para llevarse al personal de la isla.

Se detuvo ante las puertas, agradecida de saber dónde estaba el interfono esta vez, y presionó el timbre.

Pasado un instante, la puerta se abrió. La misma mujer que había respondido ayer, Greta, la observaba.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó, aparentando no saber quién era Lesley.

—Necesito hablar con Yolanda Harte.

—Está en una conferencia telefónica con la oficina central.

—Esperaré.

Lesley atravesó el umbral de la puerta, decidida a no dejarse echar por la mujer.

—Me sentaré aquí fuera —dijo, señalando con la cabeza hacia un banco que daba al puerto.

Greta se encogió de hombros.

—Le diré que está aquí.

Lesley se dirigió al banco y se dejó caer.

Estaba nerviosa y de mal humor. No le gustaba no saber qué había detrás de la tensión entre los dos grupos de residentes ni el desconocer quién decía la verdad sobre los últimos movimientos de Simone Browning antes de morir. Y, sobre todo, no le gustaba estar

atrapada en aquella maldita isla mientras Sharon andaba de un lado a otro por el país.

Sacó su teléfono y llamó a Elsa, quien respondió al segundo tono.

Lesley se recostó en el banco, aliviada de haber podido dar con ella.

—Hola, El —dijo.

—Hola, cariño. ¿Quieres saber cómo está Sharon?

—Siento mucho que se presentara así en tu casa.

—No pasa nada. —La voz de Elsa sonaba tensa—. Sigue en el apartamento, yo estoy en el trabajo.

—Claro. —Lesley no podía esperar que su novia se quedara en casa cuidando a su hija—. ¿Ha dicho cuánto piensa quedarse?

—No, dijo que quiere esperar hasta que regreses.

«Joder».

—No sé cuánto tiempo voy a estar aquí atrapada.

Tendría que encontrar un barco, volver para ver a Sharon y luego regresar a la isla para seguir con la investigación. No le gustaba tener que desviarse así. Pero ahora era madre soltera, y sabía que eso implicaba hacer malabares para compaginar responsabilidades. Lo había visto a menudo en sus compañeros y muy de cerca con Zoe Finch.

—Vale —dijo—. Hay un barco que sale de aquí esta tarde; me volveré en él.

Tendría que regresar mañana por la mañana con Tina y los demás agentes, si es que estos necesitaban volver.

—De verdad, lo siento mucho, Elsa. No me esperaba que se presentara en tu puerta.

Elsa gruñó.

—No está nada contenta, lo sabes, ¿verdad?

—¿Con qué?

—Con la situación con Terry. No sé qué estará pasando entre ellos, pero está muy cabreada.

—No le cae bien el hijo de la nueva novia —dijo Lesley—. Es solo un niño. Supongo que la estorba.

Las cosas estaban difíciles para Sharon. Su madre, al otro lado del país, siempre ocupada con el trabajo. Y su padre, formando una nueva familia. Sharon había estado tan desesperada que reservó un billete de tren, viajó a Dorset sin avisar a nadie, y se presentó no solo en la puerta de Lesley, sino también en la de Elsa.

—¿Sabes si fue primero a mi casa? —le preguntó a Elsa—, ¿antes de ir a la tuya?

—Al parecer, sí. Tomó un taxi. Ha robado la tarjeta de crédito de Terry. Sabía su PIN.

Lesley sonrió.

—Muy ingeniosa por su parte.

—No para de decir que su padre la va a matar cuando se entere.

—No, seguro que no le pasa nada —respondió Lesley.

Lo mínimo que podía hacer era pagar la escapada de su hija, si él había sido el causante.

Lesley vio a Yolanda Harte bajar por una amplia escalinata, con los labios apretados y el cuerpo tenso.

—Tengo que irme —dijo—. Te llamaré para avisarte cuando llegue.

Y también hablaría con Sharon.

—Vale, luego hablamos. Te quiero. —Elsa colgó.

Lesley sostuvo el teléfono frente a ella, sentía una ligereza en el pecho. Elsa no le había dicho esas dos palabras nunca.

Se guardó el móvil en el bolsillo y, esforzándose por cambiar al modo inspectora, levantó la vista hacia Yolanda. La mujer estaba de pie entre Lesley y la luz directa del sol, lo que la obligó a entrecerrar los ojos para verla.

—¿Me buscaba? —preguntó Yolanda.

—Quiero hablar con su personal antes de que se suban a la lancha. Estoy segura de que entiende que es importante que nosotros...

Yolanda hizo un gesto de descarte con la mano.

—Lo entiendo, inspectora. He organizado una reunión del personal para las diez de esta mañana. Puede dirigirse a todos allí. ¿Le parece bien?

—Me parece perfecto, gracias.

Lesley no tenía ni idea de si había algún individuo entre el personal de John Lewis que pudiera ser de ayuda. Por eso, lo más sencillo era reunirlos a todos en una sala y pedirles que se presentaran si habían visto algo. Yolanda había hecho lo correcto.

Se levantó y se alisó la falda. Había dejado la bolsa de Marks and Spencer en la oficina, pero necesitaba encontrar tiempo para volver a la casa y cambiarse. Todavía llevaba la ropa interior de ayer. Se sentía sucia, con la ropa pegada al cuerpo.

—La veré a las diez —le dijo a Yolanda. Mientras tanto, Tina necesitaría su ayuda con los interrogatorios.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

ANYA DAVINSKI ERA una mujer rubia y delgada, de pelo fino y algo desaliñado. Abrió la puerta a Tina y se le torció el gesto al ver el uniforme.

—Ah —dijo—. ¿Me necesita otra vez?

Tina le dedicó una sonrisa tensa.

—Disculpe la molestia, señorita Davinski. ¿Le importa si paso?

La mujer se encogió de hombros. Se hizo a un lado para dejar entrar a Tina, aunque no parecía muy contenta de hacerlo.

Tina caminó hacia una sala de estar con techo bajo. Miró a Anya, quien le señaló un sillón. Tina se sentó y colocó las manos en su regazo. Entonces, sacó su bloc de notas. Cualquier cosa para mantener sus manos ocupadas, para aliviar la tensión.

Anya tomó asiento en un sillón idéntico frente a ella, dejando el sofá a su lado vacío. La habitación era tan pequeña que apenas era posible moverse. Tina se preguntó si quien había elegido los muebles había visto la sala antes de comprarlos.

—Gracias por hablar de nuevo conmigo —comenzó—. Quería hacerle algunas preguntas sobre su encuentro con Simone el lunes por la noche.

Anya hizo un lento asentimiento de cabeza.

—Pensé que volvería.

—¿Por qué lo dice?

La mujer se encogió de hombros.

—Fui la última persona que la vio con vida, supongo que se pensarán que soy yo la culpable.

Tina frunció el ceño.

—¿Por qué supone eso?

—La última persona que la vio con vida, la primera en ser sospechosa. Pero yo no lo hice. Simone estaba viva cuando me dejó.

—¿Puede recordarme qué hicieron cuando quedaron?

—Nos sentamos fuera de la cafetería, usamos las mesas a pesar de que ya había cerrado. Simone apareció con dos latas de cerveza. Aquí no hay pub. Así que sentarse en una mesa al aire libre da más sensación de salir que ir a casa de alguien.

Tina había estado tratando de imaginar cómo sería vivir aquí, con una población de apenas cuarenta y dos personas y cero opciones de ocio tras el trabajo. Aquellas personas debían de estar consumidas por su trabajo.

—¿Cómo estaba Simone cuando la dejó?

Anya hizo un gesto algo indeciso.

—Bien, normal.

—¿La dejó a usted en la cafetería, o caminó con ella hacia su casa?

—Ya se lo conté a su compañero, el flaco.

—Por favor, solo estamos verificando.

Anya le dirigió una mirada.

—¿Por qué lo pregunta?

—Solo por curiosidad.

—Ella me dejó en la cafetería, yo estaba sentada cuando se fue.

—¿Y a qué hora fue esto?

—A eso de las nueve. No estábamos mirando la hora.

—Pero tenía que levantarse temprano a la mañana siguiente para trabajar.

—Mi casa está a cinco minutos andando de mi trabajo —dijo Anya—. A un minuto de la cafetería. No es que tuviera que ir muy lejos.

—Ya veo. Y dígame, ¿discutieron mientras hablaban?

—¿Que si discutimos?

—Sí. ¿Tuvieron una pelea de algún tipo?

—No.

—¿De qué hablaron?

—Me contó sobre un nuevo proyecto en el que estaba trabajando. Algo de ardillas, para Natasha.

—¿Y hablaron sobre lo que usted estaba trabajando?

Anya negó con la cabeza.

—Le hablé de mi novio Pavel, vive en Polonia. Creo que ha conocido a otra mujer.

—¿Así que todo quedó bien entre ustedes cuando ella se marchó?

—Sí. Yo estaba un poco triste porque no sabía qué hacer con Pavel. Simone intentó hacerme sentir mejor.

—¿Sabe si se fue directamente a casa? —preguntó Tina.

—No se lo pregunté, pero ¿por qué no iba a hacerlo? No hay ningún otro lugar a dónde ir.

—¿Y cuánto tiempo se quedó fuera de la cafetería después de que ella la dejara?

—Un par de minutos. No más de cinco. Miré cómo las luces se encendían en el puerto, pensando en mi hogar. Vivía en la costa, en un lugar llamado Leba. Mucha naturaleza y poca gente. Esta isla es así también, sobre todo en invierno.

—¿Y escuchó algo después de que Simone la dejara?

—¿Algo como qué?

—¿La oyó hablar con alguien más? ¿Tal vez discutir con alguien?

—Ya me preguntó si tuve una discusión con ella. La respuesta es no.

—No me refería a una discusión con usted —respondió Tina—. ¿Pero podría haber escuchado una discusión entre ella y alguien más?

—No escuché nada. Miré hacia el mar, me levanté, me fui a casa y me acosté. Me levanté por la mañana y me fui a trabajar. La siguiente vez que supe algo de Simone fue cuando no llegó a la reunión del equipo.

—¿Le resultó extraño, dado que la había visto la noche anterior?

—Supuse que tenía resaca.

—¿Entonces bebió mucho?

—No, pero Simone no toleraba bien el alcohol.

Tina asintió. Resultaba raro faltar al trabajo por resaca cuando vivías a pocos minutos, especialmente si se trataba solo de un par de cervezas. ¿Podría haberse puesto enferma de repente? ¿O la discusión la había alejado del trabajo?

La otra posibilidad era que ya estuviera muerta. En ese caso, era imposible que hubiera llamado para decir que estaba enferma.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

CUANDO LESLEY REGRESÓ AL MUELLE, vio que Tina salía de una pequeña casa situada cerca de la laguna. Lesley le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

—¿De quién es esa casa?

—De Anya Davinski. Dice que quedó con Simone para tomar algo el lunes por la noche y que no discutieron.

—¿No discutieron de nada en absoluto? ¿Ni tuvieron una pelea?

Tina negó con la cabeza.

—Dijo que pasaron una velada agradable y que luego Simone se marchó. Anya se fue a su casa, Simone a la suya. Anya no escuchó nada.

Lesley se pasó la mano por el pelo y miró hacia el mar.

—Así que la siguiente persona con quien habló fue Bernard Williams. Iré a hablar con él y su esposa.

—¿Quieres que hable con Frankie Quinn? —preguntó Tina.

—Sí —respondió Lesley—. No espero mucho más de ella, pero no estará de más hablar con todo el equipo. Tengo una reunión en el castillo antes de que la gente de John Lewis abandone la isla, y luego espero obtener algo más de Gail.

Se dejó caer en un banco con vistas al puerto, agotada.

—No estamos avanzando nada. Alguien aquí está ocultando algo. Alguien discutió con Simone, y esa persona podría haber sido la que la mató.

—¿O quizás vio a la persona que la mató? —sugirió Tina.

Lesley se encogió de hombros.

—Tú habla con Frankie, yo hablaré con Natasha y Bernard. Avísame si encuentras algo útil.

—Dalo por hecho, jefa.

Frankie Quinn vivía con su pareja, Adam, en la casa contigua a la que había ocupado Simone. Estaba a quince minutos a pie del muelle. Lesley observó a Tina alejarse con paso rápido; luego se dio la vuelta y comenzó a caminar, con pasos pesados, en dirección opuesta, hacia la casa de los Williams. Al pasar por la iglesia, oyó el familiar chillido del pavo real. Se volvió y miró hacia el cementerio. En efecto, allí estaba, deambulando con aire aburrido.

—¿Qué viste el lunes por la noche? —murmuró a la criatura.

Sacudió la cabeza y siguió caminando. Veinte minutos después estaba llamando a la puerta de los Williams.

Natasha la abrió casi de inmediato. Tenía los ojos enrojecidos y el pelo sin lavar.

—Pase —dijo, con voz monótona.

Lesley la siguió hasta la cocina. Las luces estaban apagadas y la estancia, sumida en la penumbra. Detrás de la casa se extendía el bosque donde, según decían, vivían las ardillas, lo que explicaba la escasa luz natural que entraba por las ventanas. Era una cocina lúgubre, y la mujer que tenía delante lo era aún más.

Lesley se detuvo junto a la mesa y apoyó una mano sobre la superficie.

—Quería preguntarle si sabía algo de algún problema que tuviera Simone con alguien del equipo.

Natasha frunció el ceño.

—¿Con quién?

Lesley la miró a los ojos.

—Una mujer. No sabemos quién.

Natasha se apoyó contra el fregadero. Su cuerpo caído, como sin fuerza.

—Simone nunca se peleaba con nadie. Era una de esas personas que le caían bien a todo el mundo. Era amable y divertida. —Miró al suelo—. No tengo idea de quién querría matarla.

Lesley observó a Natasha con atención. Sus movimientos eran firmes, a pesar de que delataban a una mujer profundamente angustiada. No parecía estar mintiendo.

—Llamó el martes por la mañana temprano —dijo Lesley— para decir que estaba enferma.

Natasha la miró y asintió.

—Habló con Bernard, mi marido.

—¿Está aquí?

—Está en... —Natasha se interrumpió.

—¿Dónde está? —preguntó Lesley—. Necesito hablar con él.

Natasha tragó saliva, sus mejillas enrojecidas.

—Estará en la playa donde la encontramos.

—¿Qué hace allí?

Natasha echó los hombros hacia atrás, tratando de proyectar confianza.

—Es periodista. Está cubriendo el crimen.

Lesley sintió que se le dilataban las fosas nasales. Así que Bernard Williams estaba sacando provecho de la muerte de Simone. La prensa tenía su trabajo que hacer, supuso. Tal vez podría hablar con él, asegurarse de que lo que publicara fuera de ayuda para encontrar al asesino.

—De acuerdo —dijo—. Iré a buscarlo. Pero ¿podría decirme qué razón dio cuando llamó para informar de que estaba enferma?

—Según lo que me dijo Bernard, era un virus. Tenía vómitos y diarrea.

Tina no había mencionado que Anya dijera nada sobre un virus. Habían estado sentadas en el jardín de la cafetería, bebiendo.

—¿No sería una resaca? —preguntó Lesley.

—No —respondió Natasha—. Simone nunca se emborracharía en una noche laboral.

—Anya dice que quedó con ella el lunes por la noche y fueron a tomar algo al jardín de la cafetería.

Natasha asintió.

—Lo hacían con regularidad. A veces me unía a ellas, Frankie también. Es diferente para nosotras porque tenemos parejas, pero Simone y Anya estaban bastante unidas.

—¿Y cómo diría que era su relación? —le preguntó Lesley.

—Buena. Ya lo he dicho, Simone se llevaba bien con todo el mundo. Era ese tipo de persona.

Era la segunda vez que Natasha lo mencionaba. Lesley se preguntó si Natasha resentía que Simone fuera el tipo de persona que le caía bien a todos. Lesley había dirigido a personas así. No siempre era fácil evitar sentirse amenazada por ellas.

—¿Y cómo era su relación con Simone?

—Excelente —dijo Natasha—. Era un miembro de alto rendimiento en el equipo.

—¿Qué hay de su relación personal? ¿Eran amigas?

—Las cuatro somos amigas —dijo Natasha—. Éramos. Cuando vives aquí, te acabas haciendo amiga de tus compañeras de trabajo.

Lesley asintió.

—¿Había sufrido problemas estomacales antes? ¿Llamaba con frecuencia para decir que estaba enferma?

—Nunca. —Natasha se aferró al borde del fregadero—. Fue la primera vez que llamó para decir que estaba enferma desde que empezó a trabajar aquí.

Lesley tomó aire.

—¿Y no se le ocurrió decirme eso antes?

Simone había sido asesinada el lunes por la noche o el martes por la mañana, lo que significaba que había una buena probabilidad de que la enfermedad no fuera real.

¿El asesino de Simone había hecho la llamada?

¿O no se había hecho en absoluto?

—¿Se llevaba bien su marido con Simone?

Natasha dio un leve respingo.

—Sí, todo el mundo lo hacía.

—¿Dijo cómo sonaba cuando habló con él el martes por la mañana, cuando le contó lo del virus estomacal?

—Dijo que sonaba débil. —Natasha suspiró—. Iba a ir a verla el martes por la tarde. Me distraje. Si tan solo...

—Si hubiera ido a verla el martes por la tarde, no habría cambiado nada. Ya estaba muerta para entonces.

El rostro de Natasha se descompuso.

—Natasha, necesito saber si Simone se había peleado con alguien —continuó Lesley.

—¿Por qué lo pregunta? —preguntó Natasha.

—Se escuchó una discusión el lunes por la noche entre dos mujeres.

—¿Una de ellas era Simone?

—Es una suposición razonable.

Las mejillas de Natasha se enrojecieron.

—No tengo ni idea de quién podría haberse peleado con ella. Simone se llevaba bien con todo el mundo.

«Otra vez». Estaba bastante claro que Simone no se llevaba bien con todo el mundo, de ser así aún seguiría viva.

—Bueno, si recuerda algo, llámeme. ¿De acuerdo?

—Por supuesto.

Lesley salió de la casa. Mientras caminaba de regreso a través del bosque, vio a un hombre de mediana edad que venía en dirección contraria. Bernard Williams.

«Perfecto».

Lesley se detuvo cuando se acercó a él.

—¿Bernard Williams?

—Soy yo.

—Soy la inspectora Clarke, de la policía de Dorset. —Mostró su placa—. Me pregunto si podría hacerle algunas preguntas.

Él miró alrededor. Los chillidos de los pájaros los rodeaban. Lesley nunca había oído nada igual.

—Otro lugar sería mejor —dijo él—. No sé usted, pero yo aquí no oigo nada.

Lesley no quería llevarlo de vuelta a la casa, donde podría hablar con su esposa.

—Vayamos a la iglesia —dijo. Había un banco afuera.

Diez minutos después, estaban sentados en el banco. El pavo real vagaba a un lado, picoteando la hierba y, afortunadamente para ellos, en silencio.

—Entonces —le preguntó a Bernard—, Simone llamó a su casa para avisar que estaba enferma el martes por la mañana y habló con usted. ¿Es correcto?

—Lo es. —Miró hacia adelante, hacia el castillo.

—¿Y cómo sonaba?

Se encogió de hombros.

—Débil, supongo. Nunca pensé que estuviera fingiendo.

Lesley no había sugerido eso.

—¿Está seguro de que era ella con quien habló?

Bernard se volvió hacia Lesley.

—¿Quién más iba a ser?

—¿Entonces, era Simone?

—Sí —respondió, mirando a Lesley a la cara—. Lo era. Me dijo que tenía un virus estomacal y que no se sentía lo suficientemente bien como para trabajar. Le dije que le pasaría el mensaje a Natasha. La conversación duró un minuto, ni eso.

—¿A qué hora fue?

—No pensé en apuntar la hora —dijo—. Pero imagino que sería alrededor de las siete y media.

Lesley asintió.

—¿Y nadie la llamó de vuelta? ¿Natasha no hizo seguimiento?

—¿Por qué debería haberlo hecho? Tenía el mensaje de mi parte. Simone era de fiar, no hay ninguna posibilidad de que estuviera mintiendo.

Tenía la mirada fija en el rostro de Lesley; había confianza en su expresión, o quizá arrogancia.

—Háble me de su trabajo como periodista —dijo Lesley—. Tengo entendido que está cubriendo la muerte de Simone.

El hombre giró la cabeza para mirar al frente de nuevo.

—Soy consciente de que es un tema un poco peliagudo, dado que mi esposa era muy cercana a ella. Pero recibí una llamada de una agencia que quería que redactara un reportaje para el *Daily Mail*. Cuando eres periodista hoy en día, no puedes rechazar trabajo. Es bastante difícil conseguirlo, especialmente viviendo aquí.

—¿No está contento de vivir en la isla?

Apretó el puño en su regazo.

—Está bien —dijo—. Tenemos internet, así que trabajo desde casa.

—¿Sabía usted algo sobre una discusión de Simone con alguien de la isla?

Bernard apretó más el puño.

—No. Apenas conocía a la mujer.

—¿A pesar de ser una de las mejores amigas de su esposa?

Se volvió hacia ella.

—No diría que era su mejor amiga. Natasha era la jefa de Simone, hay que mantener un nivel de distanciamiento profesional. —Levantó una ceja—. Estoy seguro de que lo entiende, inspectora.

Ella sostuvo su mirada.

—¿Así que Natasha y Simone no eran amigas?

Él se rio.

—Ahora está tratando de tergiversar mis palabras. Tenían una relación cordial; no eran las mejores amigas, pero se llevaban bien. Según lo que me contó Natasha, Simone era una mujer agradable, querida por todos. De lo que estoy seguro es que Natasha no se habría peleado con ella.

Lesley no le había preguntado si Natasha se había peleado con Simone.

—¿Entonces no sabe nada sobre una discusión que tuvo lugar el lunes por la noche?

Se encogió de hombros.

—Lo siento. El lunes por la noche estaba bien arropado en casa viendo Lupin en Netflix. A pesar de todo, el siglo veintiuno también ha llegado aquí.

Lesley lo miró con desconfianza. No le caía nada bien ese hombre. Había algo en la frialdad con que aceptó cubrir la muerte de la amiga de su esposa, y en la forma en que respondía a sus preguntas ahora. La inquietaba, aunque eso no significaba que fuera un asesino.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

FRANKIE ABRIÓ la puerta y vio a una joven policía de uniforme con cabello oscuro a media melena y una sonrisa amable.

—¿Necesita hablar conmigo otra vez? —preguntó.

La mujer sonrió y le mostró su identificación.

—Soy la agente Abbott. Han salido a la luz nuevos datos y estamos preguntando a todos los que conocían a Simone.

Frankie se encogió de hombros y dejó entrar a la mujer. La condujo al salón donde se sentó en el sofá. La agente Abbott hizo lo mismo en un sillón frente a ella.

—¿Qué datos son esos? —preguntó Frankie.

—Alguien oyó una discusión el lunes por la noche entre dos mujeres. ¿No sabe usted quiénes podrían haber sido?

Frankie hizo un gesto de duda.

—¿Así que hay alguien que escuchó una discusión, pero no sabe quiénes discutieron?

—Solo dijo que eran dos mujeres —respondió la agente—. Estamos intentando averiguar si una de ellas podría haber sido Simone.

Frankie se miró los dedos. Tenía las uñas mordidas hasta la carne. Las giró sobre su regazo y volvió a mirar a la agente.

Había habido tensiones entre Natasha y Simone durante aproximadamente la última semana. Nada había salido a la superficie, no habían hablado del tema, pero Frankie había notado

cierta tirantez en el ambiente. Ambas evitaban tocar el asunto y se negaban a sacarlo a la luz. Frankie se preguntaba si Simone podría estar en riesgo de perder su trabajo.

Miró a la agente.

—No sé quiénes podrían ser, lo siento.

La agente miró su libreta.

—Todos con quienes hemos hablado nos han dicho que Simone se llevaba bien con sus colegas. ¿Diría usted que eso es cierto?

—En general, sí —dijo Frankie, cerrando levemente los ojos—. Simone era encantadora, nunca tenía una mala palabra para nadie. Era el tipo de persona con quien podías contar si necesitabas un favor, incluso con poco tiempo de aviso. Nada era demasiado inconveniente para ella.

La agente Abbott cruzó las piernas y se humedeció los labios. Observó a Frankie.

—Si no le importa que lo diga, eso la hace sonar demasiado perfecta.

Frankie se tensó.

—Está muerta. No vayamos por ahí.

La agente se inclinó hacia adelante.

—No pretendo ser irrespetuosa, pero debe haber habido alguien con quien no se llevara bien.

—Bueno, había ciertas tensiones entre Natasha y ella.

A Frankie no le gustaba traicionar a Natasha. Lo único que había presenciado era un ambiente raro, nada específico. No había habido discusiones, ni malas palabras. Pero al decir aquello a la policía, ¿estaría convirtiendo a Natasha en una posible sospechosa?

—Pero solo era tensión —añadió con rapidez—. No tuvieron ninguna discusión. Nunca escuché nada, ni las vi enfadadas. Simone no me dijo nada, ni tampoco Natasha. Quizás solo estoy imaginando cosas.

—¿Entonces qué le hizo pensar que había un ambiente tenso entre ellas?

Frankie sintió que su cuerpo se desplomaba. Deseaba no haber dicho nada.

—Mire, seguro que es una tontería.

Pero si se iba a encontrar al asesino de Simone, la policía necesitaba saberlo todo. Y no había forma de que Natasha la hubiera matado, así que no tenía nada que ocultar.

Suspiró.

—No se miraban a los ojos tanto como solían hacerlo. Solo parecían hablar de cosas del trabajo. No decían nada personal y tampoco hacían bromas entre ellas.

—¿Normalmente se hacen muchas bromas en su equipo?

Frankie apretó los dientes. La policía estaba poniendo palabras en su boca.

—Sí —dijo—, supongo que sí. Nos llevamos bien, nos divertimos. Cuatro mujeres atrapadas en una isla juntas. Sacamos lo mejor de la situación.

—De acuerdo —dijo la agente, mientras escribía en su libreta.

Frankie deseó en ese momento poder leer al revés.

—¿Natasha le dijo algo sobre por qué Simone y ella no se llevaban bien últimamente?

—No he dicho que no se estuvieran llevando bien; solo dije que había presenciado cierta tensión entre ellas. Y no, ninguna de las dos me dijo nada al respecto.

—¿Y definitivamente no presenció ninguna discusión el lunes por la noche? ¿Entre Simone y alguien más, o entre otras dos mujeres del equipo?

Frankie clavó los dedos en sus muslos.

—En efecto, no he visto nada en la última semana o así —confirmó—. Nos llevamos bien todas aquí. Sé que la gente espera que, en una comunidad aislada como esta, acabemos tirándonos del pelo unas a otras. Pero esto no es *El señor de las moscas*. Somos profesionales. Sabemos cómo comportarnos.

La agente se puso de pie. Hurgó en el bolsillo de su chaqueta, lo que hizo que Frankie se preguntara cuánto calor tendría, y sacó una tarjeta de visita.

—Por si se le ocurre algo más.

Por alguna razón, Frankie no había esperado que una agente de policía llevara tarjetas de visita.

—Por supuesto. —Tomó la tarjeta donde ponía: «Agente Abbott. Equipo de Investigación de Delitos Graves».

—Por favor —dijo la agente Abbott—, si recuerda algún detalle, no importa lo irrelevante que le parezca, contácteme.

Frankie murmuró algo que no sonó ni a sí ni a no. Necesitaba volver al trabajo. Primero iría a casa de Natasha para comprobar cómo estaba y luego encontraría una manera de perderse en los hábitats de las aves. Cerró la puerta tras la agente, sin esperar a verla marcharse.

La muerte de Simone había proyectado una sombra sobre la isla y, aún más, sobre su equipo. Adam estaba arriba viendo sin parar las noticias en el portátil. Los voluntarios habían sido suspendidos y no tenían nada que hacer. Habían discutido anoche; él estaba tan tenso como ella.

Cuanto antes encontrara la policía a su sospechoso y se marchara de la isla, mejor.

Fue a la cocina. Una taza de té calmaría sus nervios. Mientras se acercaba a la tetera, su teléfono vibró. Lo sacó del bolsillo. Era un mensaje de Anya.

«Necesito hablar contigo. Es importante. Nos vemos en la puerta de la cafetería a las siete de la tarde».

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

JOHNNY LLEGÓ a la oficina a las nueve y media, con gesto culpable. Dennis le había preguntado cómo estaba su esposa y Johnny había respondido encogiéndose de hombros.

—¿Estás seguro de que deberías estar aquí? —dijo Dennis.

Johnny asintió.

—Es mejor distraerme. —No miró a Dennis a los ojos.

Una hora después, los tres hombres estaban en sus escritorios mirando fijamente sus pantallas. Johnny y Mike revisaban minuciosamente los registros de las personas que trabajaban en la isla. Dennis estaba examinando los mapas de mareas, tratando de determinar dónde podría haber entrado al agua Simone para luego aparecer en la playa en la que la encontraron. Sintió una mano en su hombro y levantó la mirada.

Johnny estaba detrás de él, inclinándose hacia delante.

—Eh, sargento —murmuró.

Johnny miró a Mike. Los hombros de Mike se habían tensado, pero seguía mirando su pantalla.

Dennis se volvió hacia el cabo.

—¿Qué pasa, Johnny? ¿Es tu mujer?

Johnny negó con la cabeza.

—Encontré algo extraño en el sistema.

—¿Qué quieres decir con extraño?

Una vez más, Johnny miró hacia Mike.

—¿Podemos ir al despacho de la inspectora?

Dennis le clavó la mirada. ¿De qué se trataría?

Se encogió de hombros.

—Muy bien.

Llevó a Johnny al despacho. Habían usado este espacio varias veces desde que la inspectora se trasladó a la isla de Brownsea. Era útil tener un lugar tranquilo lejos del jaleo de la oficina.

Dennis cerró la puerta y se quedó allí plantado, frente a Johnny. Este estaba de pie frente a él, con la mano en el respaldo de una de las sillas.

—¿Qué pasa, Johnny?

Johnny se humedeció los labios y miró al suelo.

—Es algo que encontré en HOLMES, sargento.

—¿Sobre Simone Browning?

Johnny levantó la mirada y encontró la de Dennis. Negó con la cabeza.

—Es sobre el inspector.

Dennis dio un paso hacia él.

—¿Por qué estabas investigando al inspector Mackie?

Johnny volvió a bajar la mirada.

—Lo siento, sargento. Sé que debería estar trabajando en este caso. Pero bueno, no hace falta que sepas por qué; solo quería revisar los detalles de uno de sus casos.

Dennis entrecerró los ojos.

—¿Qué casos, Johnny? —Se tensó—. ¿Tiene esto algo que ver con Arthur Kelvin?

Arthur Kelvin era un jefe local del crimen organizado. Mientras trabajaba en el asesinato de Harry Nevin, Dennis había descubierto que estaba chantajeando a Johnny.

Johnny había dicho que había cortado todos los vínculos con la familia Kelvin. Pero si así era, ¿por qué estaba buscando información en el sistema a espaldas de Dennis?

—¿Qué has hecho, Johnny? —preguntó Dennis.

Indicó al cabo que tomara asiento y lo miró a los ojos. Luego lanzó una mirada a través del cristal hacia la oficina. Mike apartó rápido la vista.

—Hazlo rápido, Johnny —dijo Dennis—. Es Kelvin, ¿verdad? ¿Por qué estabas trabajando para ese hombre?

Johnny tomó aire.

—Lo siento mucho, sargento. Era solo una última cosa, querían que verificara si Kelvin había sido sospechoso en el asesinato de Harry Nevin.

—¿Qué tiene que ver Kelvin con eso? —preguntó Dennis—. Fue su novia, Priscilla.

Johnny levantó la mirada.

—Lo sé, sargento. Es solo que querían saber si los estábamos investigando.

—Por supuesto que los estábamos investigando —dijo Dennis—. Fui a la casa de Kelvin. Allí es donde te pillé, ¿no?

Johnny se sonrojó.

—Lo siento, sargento. Solo era un último encargo, como te dije.

—¿Esa es la razón por la que te volviste de la isla?

—Sargento...

—¿Qué pasa con tu esposa, Johnny? ¿Es verdad que ha tenido un problema de salud?

Dennis había sentido compasión por Johnny. Lo había protegido. Pero ahora estaba furioso.

Los ojos de Johnny se agrandaron.

—Por favor, sargento, no se lo digas a la inspectora.

Dennis se inclinó hacia su amigo.

—Mentiste sobre el problema con el embarazo para largarte de la isla de Brownsea y poder hacer un trabajillo para Arthur Kelvin. —Sintió que el calor subía por su cuerpo.

Johnny apretó los dientes.

—Lo siento, sargento. Me dijeron que me dejarían en paz si comprobaba una última cosa para ellos.

Dennis no estaba convencido. Un hombre como Arthur Kelvin no te dejaba libre solo por obtener información sobre una investigación policial, y una información bastante menor, además.

Suspiró.

—Entonces, ¿qué es lo que encontraste? Esa cosa extraña de la que querías hablar.

—Es una subinspectora de las Midlands —dijo Johnny.

—¿Una subinspectora? ¿Quién?

—Se llama Zoe Finch, trabaja en la Brigada de Investigación Criminal en Birmingham.

—Ahí es donde solía trabajar la inspectora Clarke.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué está investigando a Kelvin?

—No estaba investigando a Kelvin, sargento. Estaba investigando a Mackie. Dejó una nota en el sistema.

Dennis se rascó la barbilla.

—¿Por qué una subinspectora de las Midlands estaría investigando a Mackie y haciendo anotaciones en el archivo?

—No lo sé, sargento. Estaba escondida donde nadie la encontraría. A menos que estuvieran... —Johnny desvió la mirada.

«A menos que estuvieran husmeando sobre el crimen organizado», pensó Dennis. No sabía qué era lo peor de todo esto. Que Johnny le hubiera mentido, o que siguiera trabajando para Kelvin.

Y, encima, ahora parecía que Lesley le había pedido a una de sus antiguas colegas que investigara la muerte de su antiguo jefe.

¿Por qué?

Dennis dio un paso atrás hacia la puerta. Puso una mano en el pomo.

—Déjamelo a mí, Johnny. Olvida que lo has visto, ¿de acuerdo?

Johnny tragó saliva.

—Sí, sargento.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

YOLANDA HARTE HABÍA REUNIDO a la plantilla en una amplia sala recubierta de paneles de madera, en la parte trasera del castillo. Una hilera de ventanales daba al jardín y, más allá, al puerto. Se habían dispuesto filas de asientos, pero nadie los ocupaba. En su lugar, los presentes deambulaban por la sala, formando y separando grupos. Un murmullo de especulaciones y preocupación impregnaba el ambiente. Todos querían abandonar la isla. Querían alejarse tanto como fuera posible de esa investigación de asesinato.

«Mala suerte», pensó Lesley.

Esperó a que Yolanda la presentara y luego subió a un pequeño escenario mientras la sala quedaba en silencio.

Se preguntó para qué se utilizaba normalmente esta sala. ¿Bodas? ¿Eventos corporativos? Dado que el castillo estaba reservado para los socios de John Lewis, probablemente era lo segundo. Las bandas de la zona ocuparían ese escenario con regularidad. Sería un buen sitio para una reunión anual de la policía.

—Soy la inspectora Clarke —comenzó—. Y estoy a cargo de la investigación del asesinato de Simone Browning, a quien encontraron en una playa cercana el martes por la noche. Supongo que estarán todos al tanto.

Más murmullos acompañados de asentimientos.

—Hemos hablado con un testigo que escuchó una discusión entre dos mujeres el lunes por la noche, aproximadamente cuando

creemos que Simone fue asesinada. Pero no sabemos quiénes eran esas dos mujeres y queremos saber si alguno de ustedes presenció algo. También queremos que nos digan si vieron el barco del National Trust salir al mar la noche del lunes o en la madrugada del martes. Estaré en esta sala durante la próxima hora con mis dos colegas, los agentes uniformados.

Señaló a dos de los agentes que habían pausado su tarea de interrogar al personal del National Trust y habían tomado posiciones detrás de pequeñas mesas a un lado de la sala.

—Si tienen algo que decirnos, háganlo lo antes posible. Sé que planean abandonar la isla hoy, por eso es aún más urgente que hablemos con cada uno de ustedes antes de que se vayan.

Más murmullos, voces elevadas. La gente se giraba entre sí, con rostros llenos de incertidumbre.

Yolanda pasó junto a Lesley, sus tacones resonando en el escenario de madera.

—Gracias a todos —dijo por encima del ruido de las voces.

La sala quedó en silencio.

—Entiendo que estéis preocupados por lo que ha sucedido aquí y sé que nada de esto es culpa nuestra. La policía está trabajando con el National Trust para investigar este crimen y encontrar a quien cometió un acto tan atroz a las puertas de nuestro hotel. Entiendo que estéis asustados, todos lo estamos. Pero si tenéis algo que compartir con la policía, hacedlo lo antes posible. Así podremos abandonar esta isla y ponernos a salvo cuanto antes.

Se volvió hacia Lesley.

—¿Es suficiente para usted?

—Sí, gracias. —Asintió Lesley—. Pero dígame, ¿culpa al National Trust de todo esto?

Yolanda se encogió de hombros.

—Es una de sus empleadas quien murió, es lógico que sea uno de los suyos quien lo hizo.

—No hay forma de saberlo. ¿Cuánto contacto había entre su personal y el de ellos?

—No tengo personal —dijo Yolanda, con voz áspera—. Aquí en John Lewis tenemos socios, y nuestra gente tiene muy poco que ver

con el National Trust. Nos mantenemos al margen.

Era difícil creer que en una comunidad tan pequeña no se hubieran formado lazos entre ambos equipos.

Lesley miró hacia los dos agentes apostados detrás de sus mesas. Algunas personas se habían acercado a ellos, ya fuera por curiosidad o porque tenían algo que decir. El agente McGuigan estaba hablando con un hombre y tomando notas en su libreta.

Lesley se abrió paso entre la multitud y se acercó a ellos.

—Y entonces una de ellas le gritó a la otra y salió corriendo —decía el hombre.

Lesley dio un paso adelante.

—Disculpe —le dijo al hombre—. ¿Presenció una discusión el lunes por la noche?

El hombre se volvió hacia ella.

—Sí. Dos mujeres gritándose la una a la otra. Las vi desde la ventana de mi dormitorio.

—¿Las vio discutiendo? —preguntó Lesley.

— También las escuché. Abrí la ventana; iba a gritarles que se callaran, pero estaban demasiado lejos y no me habrían oído. Gritaban demasiado. El pavo real que tienen también chillaba… supongo que lo molestaron. Pobre bicho.

—¿Podría describir a esas mujeres? —preguntó Lesley.

—Claro que podría —confirmó—. Lo grabé en video.

Lesley sintió que la esperanza llenaba su cuerpo por primera vez desde que había comenzado este caso.

—¿Tiene ese video aquí?

Él asintió.

—Lo tengo en el teléfono. —Sacó el móvil de su bolsillo trasero y se lo mostró.

—¿Podría enviármelo por correo electrónico, por favor? —le pidió Lesley—. Ahora mismo.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

—SUBINSPECTORA FINCH.

—No me conoce. Yo soy el sargento Frampton. Trabajo en el equipo de investigación de delitos graves de la policía de Dorset.

Se hizo una pausa.

—Hola, sargento Frampton. ¿En qué puedo ayudarle?

—Creo que usted solía trabajar con mi nueva inspectora, Lesley Clarke.

—Así es. —La subinspectora Finch sonaba recelosa.

—Espero que pueda aclararme algo.

—Haré lo que pueda.

Dennis estaba en la oficina de Lesley, sentado en una de las sillas frente a su escritorio. No había llegado al extremo de ocupar su silla.

Johnny se había retirado a la oficina exterior y Mike seguía en su escritorio. Los dos agentes se miraban de vez en cuando, pero Johnny no soltaba palabra.

—Estaba revisando algunos archivos sobre un caso en el que estamos trabajando aquí —dijo Dennis a la subinspectora Finch—, y noté que usted también los había consultado.

—¿Qué archivos son esos?

—Los registros de un tal Arthur Kelvin.

—Ah, sí.

—¿Puedo preguntar con relación a qué los estaba investigando?

No quería acusar a esa mujer de nada, ni a la inspectora. Podría haber una explicación inocente para lo que estaba haciendo. Quizá solo era casualidad que la subinspectora hubiera trabajado con Lesley.

En tal caso, era bastante coincidencia.

—Sí —dijo ella—. Creíamos que podría tener conexiones con un hombre que hemos estado investigando aquí: Trevor Hamm.

Dennis nunca había oído hablar del tal Trevor Hamm.

—¿Qué tipo de conexiones?

—Trevor Hamm dirige una organización criminal particularmente desagradable aquí en Birmingham. Estuvo involucrado en el ataque terrorista de la estación New Street y el aeropuerto de Birmingham el pasado octubre. Igual Lesley se lo ha contado.

Dennis alzó una ceja. Así que esta subinspectora se tuteaba con su jefa. Se preguntó cuál habría sido su relación y si seguían en contacto. Sospechaba que sí.

—Es bastante coincidencia —dijo Dennis.

—Sí —respondió Finch sin más—. Ustedes tienen un jefe del crimen organizado, nosotros también. Me temo que el nuestro es un cabrón más grande que el suyo.

Dennis frunció el ceño ante ese lenguaje.

—Creo que eso nos tocará juzgarlo a nosotros.

—Ataques terroristas. Múltiples intentos de asesinato. Tráfico de personas. ¿Su Arthur Kelvin hace ese tipo de cosas?

Dennis apretó el teléfono con fuerza.

—Principalmente blanqueo de dinero y suministro de drogas.

—Pues eso —respondió ella—. Pensábamos que Hamm podría haberlo reclutado, conseguir su ayuda para introducir drogas en el país a través del puerto de Poole. Resultó que no fue así.

Dennis asintió con lentitud. ¿Debería preguntar sobre el inspector Mackie o no?

«No», pensó. No quería llamar la atención sobre el tema.

—Muy bien —dijo—, gracias por su tiempo.

—No hay de qué —respondió ella—. Si hay algo en que pueda ayudar en el futuro, solo tiene que llamarme. Ah, y dele recuerdos a Lesley de mi parte, ¿vale?

—Lo haré —respondió él con tono cortante.

Colgó, con la sospecha aún en el cuerpo: ¿por qué aquella mujer había estado investigando a Kelvin y a Mackie?

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

—PERDONA QUE TE MOLESTE, Dennis —dijo Lesley, al descolgar él el teléfono—. ¿Cómo va todo por ahí?

—Ah, hola, jefa...

—¿Todo bien?

—No, sí. Todo bien. Solo que... Sí, ¿qué puedo hacer por ti?

Lesley frunció el ceño. Aquella reacción no era propia de Dennis. A lo mejor estaba preocupado por Johnny.

—¿Se sabe algo de Johnny?

—Está aquí —respondió Dennis—. Llegó tarde esta mañana.

—¿Cómo está su mujer?

—No ha querido hablar del tema.

Lesley asintió. Estaba en la oficina del edificio de la cafetería, con Gail en el extremo opuesto de la mesa. La hacía sentir como si fueran el señor y la señora de la mansión en cada punta de la mesa de banquetes. Tenía su portátil abierto frente a ella, con el vídeo pausado en la pantalla.

—Te voy a enviar un correo electrónico —le dijo a Dennis—. Tiene un vídeo adjunto. Míralo y dime qué piensas.

—Sí, jefa.

Presionó enviar y esperó.

—¿Te ha llegado?

—Sí. Espera un momento.

Se oyó el sonido de movimiento.

—¿Dónde estás?

—Estoy caminando hacia mi escritorio —contestó él.

O sea que Dennis estaba en la oficina, pero no en su mesa. ¿Habría tomado posesión de su oficina en su ausencia? Miró a lo largo de la mesa para ver a Gail observándola. Lesley le dedicó una sonrisa. Gail había estado tratando de contactar con su equipo en Poole durante la última media hora, pero la línea había estado constantemente ocupada. Ambas esperaban que fuera porque estaban a punto de encontrar pruebas forenses útiles.

—Perdona, jefa. —La voz de Dennis llegó por la línea telefónica —. Ya estoy frente a mi pantalla, tengo el vídeo delante. Dame un momento para verlo.

—Vale —dijo Lesley. Tamborileó con los dedos sobre el escritorio mientras esperaba.

—¿Quiénes son estas mujeres?

—Dos de las compañeras de Simone —respondió Lesley—: Anya Davinski y Natasha Williams.

—¿Cuál es cuál?

—Anya es la bajita y delgada con pelo rubio, Natasha es la más alta con el pelo oscuro.

—Es difícil verlas con la poca luz del atardecer —explicó Dennis.

—Esperaba que pudieras conseguir que lo mejoren.

Al otro lado de la mesa, Gail le hizo un gesto a Lesley para llamar su atención.

—¿Quieres que haga una llamada? —susurró.

Lesley negó con la cabeza. Gail tenía suficiente que hacer y Lesley sabía que quería salir de la isla lo antes posible. Que se encargara Dennis de ello.

—¿Es esta la discusión de la que te hablaron? —preguntó Dennis.

—En efecto —respondió Lesley—. Asumimos que Simone era una de las mujeres involucradas, pero parece que no fue así.

—Están muy enfadadas la una con la otra —dijo él.

Lesley sonrió. Enfadadas no era, precisamente, la palabra que habría usado.

—Ciertamente lo están —le dijo—. Necesito que consigas mejorar el vídeo para ver si podemos obtener un sonido más claro. Quiero

saber de qué estaban discutiendo. Mientras tanto, voy a hablar con ellas de nuevo.

CAPÍTULO CUARENTA

ELSA TOMÓ un momento para componerse antes de abrir la puerta del apartamento. Después de un instante, cuadró los hombros, levantó su llave hacia la cerradura y empujó la puerta para abrirla.

—Hola —gritó mientras cerraba la puerta tras ella.

—¡Estoy aquí! —Llegó la respuesta.

Contuvo la incomodidad que le provocaba tener a la hija de Lesley en su apartamento y entró en la sala de estar. Forzó una sonrisa en su rostro.

—Hola, Sharon. ¿Has hablado ya con tu madre?

La chica estaba en el sofá, de espaldas a Elsa, con el teléfono en la mano.

—Intenté llamarla.

—¿Cuántas veces? —preguntó Elsa, consciente de que sonaba como una pesada. No era su madre y tampoco era su trabajo hacer eso.

Sharon se encogió de hombros.

—Un par de veces. Creo que allí no tienen cobertura.

Elsa sabía que Lesley tenía problemas con la cobertura en la casa donde se alojaba, pero que sí había en otras partes de la isla. De lo contrario, ¿cómo podría Lesley llevar a cabo su investigación y mantenerse en contacto con su equipo en la central? Y ella misma había logrado hablar con Lesley.

—Inténtalo de nuevo.

Caminó hacia la cocina donde llenó la cafetera y la puso a funcionar. Cuando regresó a la sala de estar, Sharon estaba al teléfono.

Elsa la observó, esperando. Después de un momento, se dio la vuelta y comenzó a reorganizar cosas en un aparador, sintiendo lo forzado de sus movimientos.

El apartamento no tenía muchas habitaciones. Una gran sala de estar-comedor diáfana, separada de la cocina por media pared, y dos dormitorios. Tenía ventanas en la parte delantera y trasera. No había precisamente vistas al mar, aunque no estaba lejos. Pero lo abierto del apartamento, que había sido tan atractivo para Elsa cuando lo compró, significaba que Sharon y ella tenían poca privacidad. Elsa llevaba tiempo intentando convencer a Lesley de que se mudara con ella, pero ahora estaba empezando a reconsiderarlo.

Sharon golpeó su teléfono contra la mesa de centro.

—Está cabreada conmigo.

—No me sorprende, apareciendo así. Está preocupada.

Sharon se encogió de hombros.

—Ya no podía soportarlo más. No con Julieta y el enano ese suyo.

—No es un enano —dijo Elsa—. Es su hijo.

Julieta, la nueva novia del ex de Lesley, tenía un niño de tres años. Elsa podía imaginar cómo sería para Sharon tener que aguantar a un niño más en la casa. La sensación de ser suplantada.

—No puedes quedarte aquí para siempre. ¿No tienes clases?

Sharon se giró en su asiento y miró a Elsa.

—Estamos de vacaciones de verano, ¿no?

Elsa se contuvo. Las veces que había conocido a Sharon antes, la chica había sido agradable, incluso divertida. ¿Qué le pasaba para tener esa actitud?

—Entonces, ¿estabas hablando con tu madre por teléfono ahora mismo? ¿En qué habéis quedado?

—Que va a regresar esta noche. Se suponía que iba a quedarse en la isla, pero quiere comprobar cómo estoy.

—Quiere saber que estás bien —dijo Elsa.

Sharon se encogió de hombros.

Elsa suspiró.

—En cualquier caso, no he vuelto por mucho tiempo. Todavía tengo trabajo que hacer.

Sharon la miró con expresión aturdida.

Elsa había tenido la intención de trabajar desde casa. A menudo extendía papeles por toda la mesa del comedor junto a la ventana, disfrutando de la paz y tranquilidad en comparación con la oficina. Al volver temprano, pensó que así mataría dos pájaros de un tiro: ponerse al día con el papeleo atrasado y vigilar a la hija de Lesley. Ahora, no le entusiasmaba tanto la idea. Miró su reloj.

—Estaré de vuelta a las siete. ¿A qué hora dijo tu madre que volvería?

—Más o menos a la misma hora —respondió Sharon—. Tiene que organizar una lancha para salir de la isla con otros policías.

—Muy bien —dijo Elsa—. Hasta luego, entonces.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

LESLEY SE PUSO DE PIE.

—Muy bien. Voy a ver a Anya Davinski ahora mismo.

Salió a grandes zancadas de la oficina improvisada y se apresuró hacia la casa de Anya. Estaba solo a unas casas de la que le habían asignado a ella, pero con vistas al mar. Se preguntó si estaría en mejores condiciones que la suya.

Mientras se acercaba, Tina apareció desde el edificio administrativo del National Trust.

—Jefa —dijo Tina—. ¿Todo bien?

Lesley bajó el ritmo al darse cuenta de que estaba jadeando.

Negó con la cabeza.

—¿Hablaste tú con Anya Davinski?

—Sí, hablé con ella hace una hora más o menos.

—¿Dijo algo sobre la discusión?

Tina negó con la cabeza.

—Me dijo que no escuchó nada.

—¿Y sobre su encuentro con Simone el lunes por la noche?

—Dijo que Simone la dejó alrededor de las nueve, que después se fue a casa. Y que Simone también, por lo que ella sabía.

Lesley se llevó la mano a la frente y miró más allá de Tina, hacia la casa.

—Está mintiendo.

—¿Sobre qué?

—Fue Anya quien tuvo la discusión el lunes por la noche. Con Natasha Williams.

—¿Con Natasha?

Lesley asintió.

—¿A qué hora? —preguntó Tina.

—A las nueve y diez. Tenemos el video que lo demuestra.

—Así que no se fue a casa después de ver a Simone.

—No —respondió Lesley—. Estaba junto a la iglesia con Natasha.

—¿Natasha mencionó algo al respecto cuando hablaste con ella? —preguntó Tina.

—Ni pío.

Tina miró a Lesley, esperando a que le dijera qué hacer. Lesley repasó mentalmente su conversación con Natasha.

—No le pregunté si discutió con Simone —dijo—. No me mintió, al menos de manera directa.

—Pero Anya sí —señaló Tina—. Me dijo que se fue directamente a casa después de ver a Simone.

—Podría haber hecho eso —dijo Lesley—. Y luego haber salido otra vez. Pero ambas están ocultando algo.

Se mordió el labio.

—Vale —continuó Lesley—. Quiero que estemos las dos presentes con cada una de ellas esta vez. No quiero que se me escape nada, y quiero que entiendan que esto es serio.

—¿Con cuál empezamos?

Natasha estaría en casa con su marido, el periodista. Lesley no quería que él estuviera presente mientras hablaba con la mujer.

Y Anya estaba más cerca.

—Empecemos con Anya. —Tenía la sensación de que Anya sería más propensa a sincerarse.

—De acuerdo. —Tina se alejó de Lesley y se dirigió a la casa de Anya. Ya estaba llamando a la puerta cuando Lesley la alcanzó.

Un barco se aproximaba, dirigiéndose hacia el muelle. Lesley frunció el ceño. Vendría a buscar al personal de John Lewis.

Tina llamó de nuevo. Lesley se acercó a la ventana delantera y miró dentro. La habitación estaba vacía.

—¿La has visto salir? —le preguntó a Tina.

—Fui a casa de Frankie Quinn, al otro lado de la isla. Anya podría haber salido en cualquier momento.

Lesley se pasó la mano por el pelo con frustración.

—¿Cuál es el trabajo de Anya? ¿Dónde estará?

—Hábitats, al parecer.

—¿Qué significa eso?

Tina se encogió de hombros.

—Vale. —Lesley agarró su teléfono y marcó.

—Inspectora Clarke, ¿va todo bien?

—Sí, Ed —respondió Lesley. No quería alarmarlo—. Estamos avanzando con los interrogatorios y queríamos hablar de nuevo con las personas con las que Simone trabajaba más estrechamente. ¿Puede decirme dónde encontrar a Anya Davinski si no está en casa?

Una pausa.

—En esta época del año, lo más seguro es que esté en los bosques del norte de la isla. Hay un proyecto de mantenimiento allí, y están creando unos santuarios para ardillas.

«Santuarios para ardillas». Lesley no habría sabido lo que era eso ni aunque la golpearan con una bellota.

—¿Puede ser más específico?

—Pruebe en la zona alrededor del Lago Oeste. Ahí es donde estaban trabajando la semana pasada.

—¿Quiénes?

—Anya tiene un equipo de voluntarios a su cargo.

—Pero aún no se les ha permitido regresar.

—Aun así, imagino que Anya estará allí. ¿Hay algo que deba saber?

—Por ahora, no. Solo quiero hablar con ella. Gracias.

Lesley colgó.

—Vamos allá, entonces.

—Sí, jefa —dijo Tina, que asintió y comenzó a caminar. Lesley no la envidiaba, recorrer aquella isla en un día caluroso con su pesado uniforme no debía de ser fácil.

Al pasar por el muelle, Yolanda Harte estaba observando el barco.

—Buenas tardes, inspectora —dijo.

—Buenas tardes, señora Harte. ¿Ese barco viene para llevarse a su personal de la isla?

—Así es.

—Necesitaremos verificar que solo salgan las personas autorizadas. Y que nadie no autorizado entre a la isla.

Yolanda se cruzó de brazos.

—¿Y por qué haríamos algo así, inspectora?

Lesley no tenía motivos para sospechar que Yolanda haría algo por el estilo. Pero necesitaba controlar quién entraba y salía. Aún no había señales del periodista que había amenazado con aparecer, pero eso no significaba que no estuviera en camino.

—Voy a enviar a uno de nuestros agentes uniformados —dijo—. Se encargará de controlar a las personas que suban al barco. —Observó cómo el barco atracaba—. No deje que zarpe hasta que haya terminado.

Yolanda le dedicó una sonrisa forzada.

—Puedo asegurarle que lo mantendremos todo en regla.

Lesley asintió hacia Tina, quien habló por su radio.

—Cinco minutos, jefa.

—Su nombre es el agente McGuigan —le dijo Lesley a Yolanda—. Puede esperarlo, tardará cinco minutos.

Yolanda le dirigió otra de sus sonrisas de superioridad y Lesley hizo un gesto a Tina para que la acompañara.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

FRANKIE IBA camino de la iglesia cuando divisó a Natasha y Anya, que venían desde los edificios de la granja.

—Hola —dijo, apresurándose para alcanzar a las otras mujeres—. Iba hacia tu casa, Nat. Quería pasar a ver cómo te encontrabas después de terminar el trabajo.

Natasha le dedicó una sonrisa leve.

—¿Cómo estás?

—Ya sabes... —Frankie se encogió de hombros, dejando la frase en el aire.

Natasha le puso una mano en el brazo.

—¿Tienes tiempo para un té?

Frankie miró a Anya, que le frunció el ceño.

—Sí.

Caminaron hacia la casa de Natasha en un silencio agradable, escuchando los sonidos de la isla: pájaros cerca de la costa y el viento entre las ramas del bosque. A Frankie le encantaba estar allí.

Cuando llegaron a la casa, Natasha se adelantó para abrir la puerta.

—¿Todo bien? —murmuró Frankie a Anya.

Anya negó con la cabeza, mirando de reojo a Natasha que entraba a su casa.

—Después —susurró—. Hablaré contigo después.

Natasha se detuvo en la entrada y se volvió hacia ellas.

—¿Estáis bien? —Le dirigió una mirada recelosa a Anya.

—Estamos bien —dijo Frankie.

—Bueno —dijo Anya—. No bien. —Se acercó a Natasha—. Tan bien como podemos estar en estas circunstancias.

Natasha se quedó mirando a Anya un instante. Frankie se preguntó de qué habrían estado hablando antes de que las viera. Había un aire de conversación sin terminar.

—Entonces, ¿cómo te fue hoy, Frankie? —preguntó Natasha mientras esta la seguía a la cocina.

Frankie tomó una silla y observó cómo Natasha llenaba la tetera y removía el agua con una cuchara. Luego levantó la tetera y, con las cejas arqueadas, miró a Frankie. Esta asintió, y Natasha le sirvió una taza de té.

Frankie no solía beber té, pero había algo fascinante en la manera en que Natasha lo preparaba. Era todo un ritual: la tetera sobre la mesa, la lata de galletas al lado. Resultaba un gesto un acogedor, casi íntimo.

—Como siempre —dijo—. El escondite del lago sufrió algunos daños en la tormenta del domingo por la noche. Necesito voluntarios para ayudar a repararlo, pero he hecho lo que he podido por mi cuenta.

—¿Dará algún problema? —preguntó Natasha.

—No, siempre y cuando consigamos que los voluntarios vuelvan pronto.

—Me alegra ver que las cosas vuelven a la normalidad para algunas personas —dijo Anya.

Frankie la miró.

—¿Por qué? ¿Qué te pasa?

Anya negó con la cabeza.

—Nada, lo siento. Estoy de mal humor.

Natasha se sentó y se sirvió una taza de té.

—Me alegro de teneros aquí a las dos. —Agarró las manos de sus dos compañeras—. Necesitamos mantenernos unidas, cuidarnos unas a otras.

Frankie se encontró con la mirada de Anya. Quería saber por qué Anya le había enviado un mensaje. Más aún, quería saber por qué

no podían hablar de ello delante de Natasha.

Oyó la puerta principal cerrándose en el pasillo detrás de ella. Natasha soltó las manos de Frankie y Anya y hundió las suyas bajo la mesa. Se sentó erguida en su silla, con un tic en el ojo derecho. Frankie se inclinó hacia ella.

—¿Estás bien, Nat?

—Estoy bien.

La puerta de la cocina se abrió y entró Bernard. Llevaba una amplia sonrisa, con los ojos puestos en su esposa.

—Hola, cariño.

Natasha levantó la vista con lentitud y lo miró. Frankie la observó, preguntándose por qué había soltado su mano de forma tan brusca.

Bernard caminó alrededor de la mesa, dirigiéndole una sonrisa tanto a Frankie como a Anya. Al llegar junto a Natasha, posó las manos sobre sus hombros. Ella se tensó por un momento, pero luego se relajó y se recostó, apoyando la cabeza en el estómago de Bernard. Él se inclinó y besó suavemente la coronilla de su esposa.

—Qué bueno veros a todas aquí —dijo.

Permaneció con las manos sobre los hombros de Natasha, mirando a Frankie y Anya. Frankie sintió que esperaba que se marcharan.

Natasha sacó la mano de debajo de la mesa y la extendió para agarrar la de Bernard. Cerró los ojos, con la mano entrelazada con la de su marido.

Frankie se levantó lentamente de su silla. Se sentía incómoda.

—Bueno, mañana nos vemos.

Cruzó la mirada con Anya e hizo un gesto con la cabeza para llamarla, pero esta negó. Frankie la observó un instante, luego se dio la vuelta y salió de la cocina.

Cogió su abrigo del perchero en el pasillo y abrió la puerta. Avanzó despacio, esperando que Anya la siguiera, pero no oyó ningún ruido en la cocina.

¿La estaban excluyendo o simplemente la evitaba? Ya le había dicho que quería verla después.

Al salir, se detuvo a escuchar. Una curruca rabilarga cantaba cerca. Escaneó la pradera, pero no vio al pájaro. Se obligó a escuchar. Era un sonido reconfortante. La vida continuaba para la fauna que protegían.

Debería dejar de preocuparse por Anya. Vería a su amiga más tarde y averiguaría qué estaba pasando.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

LESLEY Y TINA llegaron a un lago rodeado de un bosque.

—Este es el Lago Este —dijo Tina—. En el que Ed dijo que encontraríamos a Anya está más adelante.

Lesley se adelantó, caminaba con impaciencia. La isla era enorme, y ellas no conocían el terreno como los residentes. Cualquiera podría estar escondido sin que ellas se enteraran.

Por fin llegaron al segundo lago, de forma casi rectangular, con una pequeña isla en un extremo.

—¿Dónde estará Anya? —preguntó Tina.

Lesley se encogió de hombros. Miró su reloj: las cinco y cuarto.

—¿A qué hora sale la lancha de regreso a Poole?

—A las seis.

—Tendremos que darnos prisa, entonces. Yo iré en el sentido de las agujas del reloj, tú ve en sentido contrario.

Rodear el lago resultó más difícil de lo que Lesley había esperado. No había sendero, y tuvo que abrirse paso entre arbustos y maleza. Los árboles se alzaban sobre ella, llenos de pájaros mucho más ruidosos que los que conocía en los parques urbanos por los que, de vez en cuando, había paseado en Birmingham.

—¡Joder! —exclamó cuando su falda se enganchó por tercera vez en una rama—. ¿Cómo demonios trabaja aquí la gente?

Después de diez minutos, divisó a Tina más adelante. Habían completado todo el circuito.

—¿Has visto algo? —preguntó Lesley.

Tina negó con la cabeza.

—Pasé por un claro donde parecía que alguien había estado trabajando, pero no vi a nadie.

—Maldita sea. —Lesley miró su reloj—. Vale, no debemos perder la lancha. Hablaremos con ellas por la mañana, no se van a ir a ninguna parte.

Tina se encogió de hombros.

—Lo siento, jefa.

—No es tu culpa, agente Abbott. Es este puñetero sitio… Es imposible investigar un asesinato aquí.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

DENNIS LLEVABA OBSERVANDO a Johnny todo el día.

El cabo se sobresaltaba cada vez que sonaba un teléfono. No dejaba de girarse cuando se abría la puerta de la oficina, y no lograba estarse quieto en su silla ni un momento. Cuando Mike le preguntó si se encontraba bien, respondió que estaba preocupado por su esposa. Al parecer, estaba bien y no había sido más que una falsa alarma. Pero insistió en que tenía prisa por volver a casa con ella.

A las cinco y media, Johnny miró el reloj y luego a Dennis, que estaba al otro lado de los escritorios.

—Sargento, ¿puedo pedir un favor, si no te importa?

Dennis inclinó la cabeza.

—Adelante.

—Es que, con mi esposa como está, ¿te importa si me voy ya?

Dennis lo pensó un momento. Estaban en medio de una investigación de asesinato. Puede que no estuvieran en la isla interrogando a testigos, pero estaban procesando todas las pruebas que iban llegando. Johnny y Mike habían pasado el día revisando la lista de miembros del National Trust que habían visitado la isla el lunes, comprobando sus nombres en los registros policiales y haciendo llamadas. Y Johnny prácticamente había admitido que, después de todo, no pasaba nada con su esposa.

Dennis señaló hacia la oficina de Lesley.

—¿Podemos hablar un momento, hijo?

Johnny se sonrojó. Miró a Mike, quien desvió la mirada.

—Por supuesto, sargento —dijo Johnny. Siguió a Dennis a la oficina.

Dennis se apoyó contra el escritorio de la inspectora y le indicó a Johnny que cerrara la puerta.

—¿Dices que necesitas irte temprano para estar con tu mujer?

—Sé que no es el mejor momento. Pero es nuestro primer bebé, y eso...

Dennis asintió lenta y prolongadamente, mirándolo a los ojos. Esperó, pero Johnny no dijo nada.

—Siéntate, Johnny.

Johnny tomó asiento, mirando hacia la oficina exterior y humedeciéndose los labios. No podía parecer más nervioso, ni aunque lo intentara.

Dennis tomó la otra silla y se inclinó hacia delante, con las manos sobre las rodillas. Odiaba hacer esto.

—Llamé a tu casa esta mañana, Johnny, cuando llegaste tarde. Estaba preocupado por ti y quería asegurarme de que todo estuviera bien.

Los ojos de Johnny se agrandaron.

—Lo siento, sargento. No me pillaste en casa por poco.

Dennis tragó saliva.

—Hablé con tu esposa, Johnny.

Johnny lo miró. Se quedó observando el rostro de Dennis y luego se derrumbó en la silla. Bajó la mirada a sus manos, que se retorcían en su regazo.

—Lo siento, sargento.

Dennis extendió la mano y la puso sobre las de Johnny, lo que hizo que el cabo dejara de moverlas. Intentaba entender por lo que estaba pasando el agente. Pero también sabía lo que Johnny le había prometido.

—¿Recibiste una llamada? —preguntó—. ¿Ayer, cuando estabas en la isla?

Johnny levantó la mirada. Las lágrimas asomaban por sus ojos.

—Perdóname. Sé que te dije...

Dennis sintió que el pecho se le hundía. Conocía a Johnny desde hacía dieciocho años. Confiaba en él. Cuando descubrió que Arthur Kelvin estaba chantajeándolo, prometió ayudarlo a liberarse.

No había funcionado.

—No se trataba solo del expediente de Harry Nevin, ¿a que no, Johnny? ¿Qué más querían que hicieras?

—La abogada de Kelvin —dijo Johnny—. Querían que fuera a verla anoche, después de bajar del barco.

—¿Por qué?

—Quería el expediente de un robo ocurrido en Dorchester.

—¿Y se lo diste? —preguntó Dennis.

Johnny se apartó, rechazando su mano.

—¿Me odias?

Dennis lo miró.

—No, Johnny. Pero detesto lo que estás haciendo. Y me dijiste que ibas a parar. Debes detener esto, debes decirle a Kelvin que no harás más trabajitos.

Johnny negó con la cabeza, con la mirada hacia abajo.

—No es tan fácil como eso. Mi hermano…

—Sé que la familia es importante, Johnny, pero es tu carrera la que está en juego, tu credibilidad. Si esto continúa, tendré que decírselo a la inspectora. Perderás tu trabajo, tu pensión. ¿Cómo ayudará eso a tu esposa y al bebé?

Johnny levantó la mirada. Se limpió los ojos y tomó aire temblorosamente.

—Lo sé, sargento. Se lo diré.

—¿El qué?

—Que ya no puedo ayudar más.

—¿Y qué pasará con tu hermano?

—No lo sé. Hablaré con él.

—Tu hermano cometió un delito, Johnny. Compró drogas a los Kelvin. Sí, es poco probable que vaya a prisión, ya que eran para consumo personal. Pero lo que tú estás haciendo ahora es otro delito. Y es mucho peor.

—Dave es un buen tipo. No quiso...

—Todo el mundo piensa así de su familia, Johnny. Pero lo que hizo tu hermano es su problema, no el tuyo. —Dennis se rascó la barbilla—. Y es él quien tiene que pagarlo, no tú, y ciertamente tampoco el bebé que viene en camino.

Johnny se sorbió la nariz.

—Tienes razón, sargento. Lo siento.

—Entonces, ¿vas a irte temprano?

Johnny hizo una pausa y cerró los ojos, mientras pensaba qué respuesta dar.

—No, sargento. —Miró hacia Mike en la oficina exterior—. Déjame quedarme aquí un minuto, ¿de acuerdo? Haré una llamada y luego saldré.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

LESLEY ESTABA SENTADA en la lancha policial, iban de camino hacia el muelle de Poole. No le gustaba tener que abandonar la isla. Se sentía frustrada por no haber localizado a Anya Davinski o Natasha Williams antes de marcharse. Sentía cómo las piezas comenzaban a encajar en su mente, pero necesitaba saber más.

Aquellas tres mujeres, compañeras de equipo de Simone, despertaban cada vez más la sospecha de Lesley. Estaba convencida de que le ocultaban algo y que, fuera lo que fuese, podía estar relacionado con la muerte de Simone.

Pero no podía dejar a Elsa a cargo de su hija ni una noche más. Ni siquiera vivían juntas. Elsa no se había ofrecido a ser una madre de apoyo de Sharon, sobre todo cuando la chica estaba arrastrada por ese impulso loco que la hizo salir de Birmingham en plena noche y dirigirse a Bournemouth sin saber dónde estaría su madre.

Lesley se acurrucó contra el viento que soplaba en el puerto. Allí en el mar, hacía frío, sin importar la cálida temperatura de tierra. El viento venía desde más allá del ferry de Sandbanks, y el agua se cubría de pequeñas olas. Los veraneantes disfrutaban del sol de agosto en el puerto.

Deseaba poder relajarse, tal vez tomarse un tiempo para disfrutar de estar cerca de la costa. Pero, entre el trabajo, Sharon y lo que fuera que estuviera pasando entre Dennis y Johnny, le

resultaba imposible desconectar. No era alguien a quien le resultara fácil relajarse. Nunca lo había sido y nunca lo sería.

La lancha se acercó al muelle. Tina estaba en la parte delantera, sentada con sus tres colegas patrulleros. No dejaba de mirar hacia atrás a Lesley, como si estuviera preocupada de que debería estar sentada con su nueva jefa. Como agente uniformada y parte del CID, Lesley notó que realmente no encajaba en ninguno de los dos entornos. Tal vez debería animarla a presentarse al examen para inspector y así formar parte del equipo con todos los derechos. Estaba segura de que la joven sería muy buena en ello.

Atracaron junto al muelle y ello observó cómo el hombre que había estado pilotando la lancha saltaba y la amarraba con unas cuerdas. Los cuatro agentes esperaron a que ella saliera primero, deferentes a su rango. Asintió a Tina mientras bajaba de la embarcación.

—Te veo mañana, agente Abbott. ¿A qué hora sale la lancha?

—A las ocho y media —respondió Tina.

Con suerte, para entonces ya habría resuelto cualquiera que fueran los problemas de Sharon, la habría convencido de reconciliarse con Terry y la habría puesto en un tren de vuelta a casa.

Enderezó los hombros y miró a lo largo del muelle. La habían llevado allí desde la jefatura la mañana anterior, pero ahora iba a casa de Elsa. No quería que un coche patrulla apareciera afuera, asustaría a Sharon e irritaría a Elsa. Tomaría un taxi.

Sacó su teléfono y buscó la parada de taxis más cercana.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

LA ATMÓSFERA en la oficina estaba tensa.

Johnny, sentado en su escritorio, no parecía muy contento de estar allí. Había salido del despacho de la inspectora hacía diez minutos, después de terminar su conversación con Dennis. Este último se había girado hacia él, levantando las cejas en señal de interrogación. Johnny había asentido.

Dennis solo esperaba que aquel gesto significara que Johnny se había quitado de encima lo que le pedían para esa noche, sin sufrir consecuencias negativas.

Tendría que vigilar al cabo, asegurarse de que no estuviera en peligro. No le entusiasmaba la idea de contarle a la inspectora lo que había estado sucediendo, pero comenzaba a parecer inevitable.

—He encontrado algo —dijo Mike.

Dennis levantó la mirada.

—¿En serio?

Johnny se levantó de su silla, mostrándose encantado por la distracción. Caminó hacia el escritorio de Mike, con una sonrisa entusiasta en su rostro.

—¿Qué has encontrado, Mike?

Dennis le sonrió y se unió a ellos en el escritorio de Mike.

Mike tenía en pantalla archivos que les había proporcionado el National Trust. Les habían facilitado registros de visitantes, una lista de miembros que visitaron la isla el lunes, así como expedientes del

personal. Estos últimos requirieron algo de persuasión, pero al final Mike logró conseguirlos.

—¿Qué tienes? —preguntó Dennis.

—Algo de Simone —dijo Mike—. Había solicitado un traslado fuera de la isla.

—¿Cuándo? —preguntó Dennis.

—Hace una semana —contestó Mike—. Mira.

Amplió una carta. Estaba manuscrita. Una fotocopia de una carta escrita a mano, con bolígrafo y trazo tembloroso.

Dennis entrecerró los ojos para leerla. ¿No había ordenadores en la isla, o no quiso utilizar los del National Trust?

—¿Dice por qué quería un traslado? —preguntó el sargento.

—Razones personales. No es más específica que eso.

—¿Y esto fue hace una semana?

—El viernes de hace una semana.

—Trece días —dijo Dennis.

—¿Crees que tiene algo que ver con su muerte? —preguntó Johnny.

Dennis lo miró.

—Es bastante coincidencia, ¿no te parece? —Se volvió hacia Mike —. ¿A quién se la envió?

—A la responsable de Recursos Humanos, una mujer llamada Sally Farthing.

—Si Simone quería un traslado fuera de la isla —dijo Dennis—, hay dos personas con las que habría hablado al respecto. La mujer de Recursos Humanos y su superior inmediato. ¿Cómo se llama?

—Natasha Williams —respondió Mike—. Vive en la isla con su marido, Bernard.

—El periodista —añadió Dennis—. La inspectora me habló de él.

—¿Crees que había algún problema? —dijo Johnny—. ¿Quizás pidió un traslado porque pensaba que la iban a despedir?

Dennis se encogió de hombros.

—Solo hay una forma de averiguarlo.

Miró su reloj. Las seis y media. Era dudoso que la responsable de Recursos Humanos siguiera en la oficina a esa hora. Y la inspectora había salido de la isla, así que no podía hablar con Natasha Williams.

—Llama a la responsable de Recursos Humanos —le dijo a Mike —. Vale la pena intentarlo.

Mike tomó su teléfono. Tras unos momentos, negó con la cabeza.

—Buzón de voz. ¿Quieres que deje un mensaje?

—No. —Dennis suspiró—. Seguiremos con esto a primera hora de la mañana. Por ahora, ¿por qué no os vais a casa?

Los dos cabos murmuraron su agradecimiento.

—Y Johnny —añadió Dennis—, mañana por la mañana te vuelves a la isla de Brownsea. Así pones a la inspectora al corriente.

Johnny palideció.

—Sargento. No crees que le toca a Mike...

—No. —Dennis quería mantener a Johnny alejado de posibles problemas—. Has empezado a interrogar a ciertas personas, tienes una tarea que terminar.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

FRANKIE REVISÓ su teléfono por tercera vez desde que llegara a los alrededores de la cafetería.

Eran las siete y media, treinta minutos después de la hora a la que Anya le había pedido reunirse.

Volvió a mirar hacia la cafetería. Había una puerta en el muro lateral por la que había entrado. Anya llegaría por el mismo camino. Quizás debería comprobar si la habían cerrado con llave desde que llegó.

Frankie se acercó a la puerta y la empujó. No estaba cerrada.

«¿Dónde estará?». Fue Anya quien había organizado la reunión de forma tan misteriosa. Y ahora Anya no aparecía.

Frankie apretó los labios y miró al mar. No estaba para tonterías. Habría preferido quedarse en casa con Adam, acurrucada frente al televisor, cada uno lidiando a su manera con el *shock* por lo de Simone.

Adam había sido maravilloso desde que empezó todo. La dejó que llorara sobre su pecho anoche en la cama, sollozando su frustración por no poder expresar sus emociones a Natasha y Anya, y su miedo de que pudiera haber un asesino todavía en la isla.

Ni siquiera debería estar aquí.

Adam se ofreció a venir con ella. Pero ella le recordó que había vivido en la isla durante dieciocho meses y no se había sentido insegura nunca. No iba a permitir que eso cambiara ahora.

Salió por la verja, en dirección al edificio de administración, más allá del muelle. Miró hacia el castillo y de nuevo hacia el muelle. La casa de Anya estaba cerca de la orilla, con vistas al puerto.

Frankie echó a andar deprisa hacia las casas junto al mar, con la respiración entrecortada. Empezaba a sentir miedo. No debería haber salido sola. Quizás Adam tuvo razón al decir que tendría que haber venido con ella.

«Cálmate», se dijo. Llamaría a la puerta de Anya. Si su amiga no contestaba, se iría directa a casa.

Golpeó fuerte la puerta de la entrada, lo que provocó que un grupo de gaviotas en la orilla salieran volando.

—¡Anya! Soy Frankie.

No hubo respuesta.

Frankie se acercó a la ventana frontal de Anya. Puso las manos en visera y las acercó al cristal. Miró dentro de la sala de estar.

No había movimiento. Ninguna luz encendida.

Volvió a la puerta y golpeó otra vez.

Su amiga no estaba en casa.

A menos que...

«No», se dijo a sí misma. «No seas tonta».

Corrió de vuelta al jardín de la cafetería. «Qué sitio más absurdo para quedar». ¿Por qué lo había sugerido Anya?

Ella no estaba en la cafetería.

Frankie sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

Debería volver a casa.

Agarró su teléfono y llamó a Anya. Buzón de voz.

Envió un mensaje de texto.

«No te vi. Me voy a casa. Nos vemos mañana. Espero que estés bien».

Frankie metió su teléfono en el bolsillo y corrió hacia su casa.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

EL TELÉFONO de Lesley vibró cuando llegó al piso de Elsa. Comprobó la pantalla. Era Zoe.

Frunció el ceño al mirar las ventanas del piso. Las luces estaban encendidas, pero no vio movimiento. Atendería la llamada rápidamente, luego entraría y hablaría con Sharon.

—Zoe —dijo—. Tengo prisa. ¿Qué ocurre?

—Disculpa, jefa —respondió Zoe.

—Ya no soy tu jefa —espetó Lesley.

Zoe dudó.

—¿Estás bien?

—Perdona. —Lesley puso una mano en la puerta del edificio de apartamentos de Elsa—. Estoy pasando un momento difícil con mi hija. ¿Qué puedo hacer por ti?

—He recibido una llamada —dijo Zoe— de un colega tuyo.

Lesley se apartó del edificio.

—¿Qué colega?

—El sargento Frampton —dijo Zoe.

—¿Dennis?

—No me dijo su nombre de pila. Pero ¿hay muchos sargentos Frampton por allí?

—Solo uno en mi equipo. ¿Qué quería?

—Quería saber por qué he estado revisando ciertos archivos —respondió Zoe.

«Mierda».

—¿Mencionó qué archivos?

—Me preguntó sobre Arthur Kelvin. Le dije que estábamos trabajando en una conexión entre él y Trevor Hamm.

—Buena improvisación.

—Ya tenía esa historia preparada —dijo Zoe— por si acaso.

Lesley se apartó de la puerta y se apoyó contra la pared del bloque de apartamentos.

—¿Crees que sospechaba de algo más?

—No tengo ni idea. Pero pensé que deberías saberlo. ¿Quieres que deje las cosas tranquilas por un tiempo?

—Creo que sería una buena idea —respondió Lesley—. Al menos hasta que esté de vuelta en la oficina.

—¿De vuelta?

—Estoy en un caso que me tiene atrapada en la isla de Brownsea. No puedo vigilar a mi equipo y eso me inquieta.

Zoe se rio.

—No recuerdo que nos vigilaras mucho cuando estabas en las Midlands.

—Eso era diferente —le dijo Lesley—. Os conocía desde hacía años. Llevo muy poco con esta gente y me preocupa que sepan cosas que no me están diciendo.

—¿Como qué?

—Como lo de la muerte del inspector Mackie. Estoy convencida de que Dennis sabe que Mackie no se suicidó. Gail Hansford también sospecha algo, me ha hablado de ello.

—Gail Hansford, ¿la responsable de la escena del crimen de la que me hablaste?

—Sí. Es buena.

—No tan buena como Adi Hanson, seguro.

Adi era uno de los responsables de escenas del crimen en las Midlands. Zoe y él estaban muy unidos.

Lesley se rio.

—Nadie es tan bueno como Adi Hanson. Bueno, en realidad, creo que Gail podría ser mejor.

—¿Mejor? —Zoe sonaba incrédula.

Sintió una corriente de aire en la espalda. La puerta detrás de ella se había abierto y daba paso a dos jóvenes que salían del edificio. Les hizo un gesto para que le sujetaran la puerta.

—Tengo que irme, Zoe. Necesito ocuparme de mi hija.

—Buena suerte —le dijo Zoe—. Te comprendo.

Lesley asintió. Zoe tenía un hijo, un par de años mayor que Sharon, que empezaba la universidad en septiembre. Se preguntó si la vida sería más fácil cuando Sharon llegara a esa edad.

Dejó que la puerta se cerrara tras ella y subió las escaleras con rapidez, metiendo su teléfono en el bolsillo. En el rellano, se detuvo para recuperar el aliento y llamó a la puerta de Elsa. Esta abrió casi de inmediato. Sonrió al ver a Lesley y se acercó para darle un abrazo.

—Te he echado de menos —murmuró en el oído de Lesley.

Lesley se inclinó hacia Elsa, permitiendo que su novia la abrazara con fuerza. Mirando por encima del hombro de Elsa, vio a Sharon esperando nerviosa en el pasillo.

Le dedicó una sonrisa a su hija.

—Hola, Sharon. ¿Estás bien?

Sharon se encogió de hombros.

Lesley se separó de Elsa y fue hacia su hija. Le tendió la mano, pero Sharon negó con la cabeza y se dio la vuelta. Caminó hacia la sala de estar y se dejó caer en el sofá. Lesley captó una mueca de Elsa.

Elsa se fue a la cocina y comenzó a hacer ruido con los armarios, intentando fingir que no estaba escuchando. Lesley se sentó en el otro extremo del sofá, lejos de Sharon, y miró a su hija. Sharon bajó la mirada hacia la mesa de café.

—Vaya aventura —le dijo Lesley—. Encontraste el piso de Elsa cuando viste que no estaba en la casa en Wareham.

Sharon se encogió de hombros.

—Me diste la dirección, ¿recuerdas? Tenía la sensación de que pasas aquí más tiempo que en tu casa. Así que vine. Me alegro de haberlo hecho.

Sharon lanzó una mirada hacia Elsa.

— De todas formas, me dijo que no te encontraría en casa porque estabas atrapada en una isla.

Lesley asintió.

—La isla de Brownsea. Ha habido un asesinato, pero eso no te incumbe. ¿Qué pasó con tu padre?

La mandíbula de Sharon se tensó.

—Estoy harta de él, mamá. Y de su maldita novia.

—Oye —dijo Lesley—. No uses ese lenguaje.

Sharon levantó la mirada. Sus ojos estaban húmedos.

—Tú también dices palabrotas todo el rato.

Lesley sintió que la tensión aumentaba en su pecho.

—Eso no significa que sea como debieras hablar tú.

«Y, además, intento reservar ese lenguaje para el trabajo y no para casa», pensó.

—¿Has llamado a tu padre desde que llegaste aquí?

Negó con la cabeza.

—No le veía sentido.

—No puedes quedarte en casa de Elsa para siempre.

—¿Y si voy a tu casa de Wareham? Estamos de vacaciones de verano, no hay nada que me ate a Birmingham.

—No quiero que estés allí sola mientras yo estoy en Brownsea.

—Puedo quedarme allí y esperar a que vuelvas. O ir contigo a la isla si quieres.

—De eso nada —dijo Lesley, allí había un asesino—. Quiero que vuelvas a casa con tu padre. Se supone que debes estar con él por ahora. Te toca venir aquí dentro de quince días, por una semana. He pedido vacaciones en el trabajo. Tendremos mucho tiempo para ponernos al día. Y para darte un respiro, lejos de Julieta y de su hijo.

—Me está reemplazando, mamá —dijo Sharon—. Papá tiene una nueva familia y le importo un comino.

Lesley se inclinó hacia adelante.

—Eso no es verdad, Sharon. Le importas. Sé que tiene su propia manera de demostrarlo, pero te quiere. Ya conoces a tu padre, es casi tan malo como yo. Centrado en su trabajo, no muy bueno expresando emociones. Somos un desastre, ¿verdad?

Elsa colocó una copa de vino frente a Lesley y una Coca-Cola Light junto a Sharon. Sharon gruñó un «gracias» y cogió el vaso.

—¿Os habéis llevado bien vosotras dos? —preguntó Lesley—. ¿No habrás estado molestando a Elsa?

—Estuvimos perfectamente —dijo Elsa—. Fue agradable conocerla.

Sharon miró a Elsa y embozó una media sonrisa. Lesley se preguntó cómo se sentiría Sharon respecto a que ambos padres hubieran encontrado nuevas parejas tan pronto. Había anticipado que Sharon y Elsa se llevarían bien, pero, al mismo tiempo, no esperaba que Elsa se convirtiera en una segunda madre para Sharon. En realidad, habría preferido que su relación se desarrollara con más lentitud, y que las tres no se vieran juntas así, tan pronto.

—Voy a ver los trenes a Birmingham para mañana por la mañana —dijo—. Quiero que subas al primero que salga.

—Es a las seis de la mañana —se quejó Sharon.

—De acuerdo, quizás no el primero. Pero tengo que tomar una lancha de regreso a la isla de Brownsea a las ocho y media.

—¿No puedes ir más tarde?

—No, cariño. Los barcos de pasajeros no funcionan y solo hay una lancha policial que va una vez al día. No puedo perderla, soy la investigadora sénior del caso. Y acabamos de descubrir pruebas importantes que no me dio tiempo a investigar hoy.

—Y me echas a mí la culpa.

Lesley suspiró.

—Para nada, cielo. Pero debes ir y ver a tu padre. Está preocupado por ti. La noche del martes se la pasó conduciendo por Edgbaston y Harborne, tratando de encontrar las casas de tus amigas, buscándote.

Los ojos de Sharon se agrandaron.

—¿Papá hizo eso?

Lesley asintió.

—Por supuesto que sí, cielo. Estaba preocupado por ti. Si vuelves a Birmingham, lo que has hecho podría hacer que se espabile. Te prestará más atención, tal vez mantenga a Julieta alejada por un tiempo. Dale una oportunidad, Sharon. ¿Puedes hacerlo?

Sharon contuvo un sollozo.

—Puedo intentarlo.

—Muy bien —dijo Lesley. Posó la mano en la rodilla de su hija y sintió que el músculo se tensaba debajo—. Es todo lo que te pido.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

FRANKIE BOSTEZÓ al salir de su casa.

Había dejado a Adam roncando. Todavía no permitían que los voluntarios entraran a la isla, y como él era el único que estaba allí, no tenía tareas que hacer. Lo reclutaría más tarde para que la ayudara con el trabajo en el observatorio de aves. Normalmente no era su área, pero Adam necesitaba algo que hacer y a ella le vendrían bien un par de manos extra.

Frankie estiró los brazos y movió el cuello de un lado a otro. Rodó los hombros para liberar la tensión. De pie en el camino, frente a su casa, respiró hondo.

El aire de la isla era el más puro que había respirado nunca, lleno de cantos de pájaros y el susurro del viento entre los árboles. Le daba una sensación de calma que jamás había experimentado.

Incluso sabiendo que había un asesino en la isla y a pesar de su dolor por la pérdida de Simone, seguía encantada de estar allí.

Pero anoche había corrido de vuelta a casa, jadeando al atravesar la puerta de un tirón y cerrarla de golpe tras de sí. Adam se había apresurado desde la cocina, con los ojos muy abiertos y el rostro lleno de preocupación. Ella lo tranquilizó asegurándole que estaba a salvo, sin mencionar en ningún momento sus inquietudes sobre Anya.

¿Dónde estaba su amiga?

Debía ir a buscarla, pero eran apenas las cinco de la mañana. Allí todos tenían la costumbre de levantarse temprano, pero aun así era demasiado pronto para llamar a la puerta de Anya.

Iría al observatorio de la laguna para ver a los pájaros comenzar su mañana. Era su forma favorita de empezar los largos y calurosos días de verano. Disfrutando del fresco en el observatorio antes de que cayera el bochorno de la tarde.

Tomó la ruta larga hacia el observatorio, caminando por el bosque con paso ligero. Vio dos ardillas rojas que corrían por un tronco de árbol un poco más adelante y se detuvo para observarlas. Saltaban de un árbol a otro, felizmente ajenas a su espectadora.

Sonrió. Eso era por lo que los visitantes iban allí.

Pero resultaba mucho más fácil ver a las ardillas cuando la muchedumbre se había ido a casa.

Por fin llegó al observatorio. Tomó la pasarela que cruzaba la laguna y hurgó en sus bolsillos en busca de la llave. Solo había tres personas que tenían esa llave: Natasha, Ed y ella. Ella era la responsable de abrirlo por la mañana, y Natasha se encargaba de cerrarlo por la noche.

Empujó la puerta del observatorio, disfrutando del familiar crujido al abrirse. El interior se hallaba en penumbra, aún fresco de la noche. Caminó hasta la ventana larga que daba a la laguna y apoyó la cabeza en el alféizar. Estaba frío. Gotas de agua colgaban en la madera, el rocío de la mañana persistía.

Frankie observó la laguna. Una bandada de ostreros vadeaba en el borde norte. Los observó por unos momentos, conteniendo la respiración mientras chapoteaban en las aguas poco profundas.

Recorrió con la mirada la superficie del agua, observando las ondas provocadas por la brisa que venía del puerto. Había algo grande en el medio de la laguna, flotando.

Frankie entrecerró los ojos.

No había habido ninguna tormenta últimamente, por lo que no debería haber ningún tronco a la deriva.

Fuera lo que fuese, tendría que investigarlo. Los troncos perturbaban a las aves, y normalmente utilizaba a un equipo de

voluntarios para quitarlos del camino. Hoy, podría reclutar a Adam para que la ayudara. Con suerte, también a Anya.

Salió del observatorio y caminó por la pasarela de regreso a tierra. Había una cerca a un lado, con una puerta cerrada que daba acceso a la laguna.

Sacó las llaves de nuevo y abrió la puerta, entrando en una cacofonía de cantos de pájaros.

Allí en la laguna, donde no se le permitía la entrada a los turistas, se sentía en armonía con la vida silvestre. No podía creer que no hubiera descubierto esta isla antes, que no hubiera venido aquí de pequeña, cuando desarrolló por primera vez su pasión por las aves. Pero ahora estaba allí, en su versión personal del paraíso.

Bordeó el lado de la laguna. La tierra ahí era inestable, húmeda. El objeto que había visto no estaba en el centro de la laguna como había pensado, sino flotando hacia la orilla en dirección a la iglesia.

Entrecerró los ojos mientras se acercaba.

Era demasiado grande para ser un tronco.

Ladeó la cabeza.

Era...

No. Sus ojos la estaban engañando.

Se acercó más y sintió que se le cortaba la respiración.

Una figura yacía boca abajo en el agua.

Frankie tomó aire y gritó.

—¡Hola! ¿Estás bien?

¿Alguien estaba nadando en la laguna a las cinco de la mañana?

Evaluó la distancia entre ella y la persona. Donde Frankie se encontraba el agua era poco profunda. Sin embargo, más adelante la laguna se volvía más honda.

La figura no se movió.

Frankie sintió que el pavor se apoderaba de ella.

No era una persona. Era un cadáver.

Se metió en el agua, el frío empapaba sus piernas. Su corazón aceleró el ritmo mientras se acercaba al cuerpo.

Apenas se atrevía a mirarlo, a pensar.

Era una mujer.

Tenía el pelo fino y desaliñado, y era pequeña, casi como una niña. Llevaba una...

Dios mío.

Frankie tropezó en el agua, casi perdiendo el equilibrio.

La mujer llevaba una bufanda roja.

Una bufanda roja como la que tenía Anya.

CAPÍTULO CINCUENTA

LESLEY SALTÓ del coche patrulla que le habían enviado y corrió hacia el muelle de Poole. La lancha policial ya estaba allí, con tres personas reunidas junto a ella. Una de ellas era Johnny, las otras, dos agentes masculinos.

—Johnny —dijo, jadeando—. No esperaba encontrarte aquí.

—Recibí una llamada de la central —explicó él—. Salí de casa en cuanto supe la noticia.

—¿Vienes a la isla conmigo otra vez hoy?

Asintió.

—El sargento me dijo que debía volver.

—¿Cómo está tu esposa?

Se sonrojó.

—Está bien. Falsa alarma.

Lesley puso una mano en el hombro de su colega.

—Me alegra oírlo, Johnny. Espero que todo vaya bien.

Bajó la cabeza, evitando sus ojos.

—Gracias. Estará bien. —Miró hacia la lancha—. Vamos, cuanto antes lleguemos mejor.

Lesley se acercó a los agentes.

—¿Sois solo dos hoy?

—El sargento Dillick está en camino. Y la agente Abbott también.

—¿Cuánto tardarán en llegar?

—Voy a comprobarlo. —Uno de los agentes habló por su radio, luego negó con la cabeza—. Tardarán media hora.

—Pues traed la lancha de vuelta a por ellos —dijo Lesley—. Quiero llegar allí ahora mismo. No tenemos tiempo que perder.

El agente asintió y Lesley se dirigió a la lancha. Levantó la mirada cuando Johnny se acercó, con el rostro lleno de miedo.

—Estarás bien —le dijo—. Ya lo has hecho una vez, ahora sabes que puedes hacerlo de nuevo.

Tragó saliva y asintió. Lesley subió a la lancha y le tendió una mano para ayudarlo.

Uno de los agentes desató las cuerdas y se dirigieron hacia el puerto. Esta vez se movían más rápido, con un sentido de urgencia que los impulsaba a través del agua. Johnny se agarró al borde del asiento con ambas manos. Murmuraba entre dientes. Lesley lo observaba, deseando que no vomitara.

Iban por la mitad de camino cuando Lesley sacó su teléfono y marcó el número de Gail.

—Hola —dijo Gail, con voz adormilada.

—Siento despertarte —dijo Lesley—. Pero han encontrado otro cuerpo en la isla de Brownsea.

—¿Qué?

—Todo apunta a que es Anya Davinski.

—¿No es una de las compañeras...?

—Lo es —dijo Lesley.

Recordó cómo había recorrido la isla ayer junto a Tina, buscando a Anya. ¿Habría estado muerta todo ese tiempo, o habría estado con quien la mató?

—¿Cuándo puedes llegar? —le preguntó a Gail.

—Tenía planeado encontrarme con Gav y Brett en el muelle a las ocho. Pensé que me adelantaría a ti. Pero me has ganado.

—¿Cuándo puedes llegar? —repitió Lesley.

Gail vivía en Swanage. Tendría que tomar el ferry para cruzar la boca del puerto. ¿Estaría funcionando ya?

—Dame veinte minutos para llegar a Shell Bay —dijo Gail—. Haré que Brett lleve la lancha hasta allí, el ferry no funciona tan

temprano. Luego tardaremos diez minutos, está más cerca de la isla que el muelle de Poole.

—Gracias. —Lesley colgó.

Ahora estaban cerca de la isla, acercándose a la laguna al norte del muelle. Lesley podía ver a dos personas de pie en una estrecha franja de tierra que separaba la laguna del puerto. Ed Rogers y Frankie Quinn.

—¡¿Podemos amarrar aquí?! —gritó a uno de los agentes.

—No estoy seguro, señora.

Ed les hizo un gesto mientras se acercaban. Puso las manos alrededor de su boca, gritando. Lesley alzó los brazos, sin entender.

Su teléfono sonó, era Ed.

—No traigan la lancha aquí. Llévenla al muelle. —Su voz sonaba severa.

—¿Por qué no? —preguntó Lesley—. Nos ahorraría tiempo.

—No —respondió él—. Es un hábitat delicado. No pueden perturbarlo.

Lesley maldijo en voz baja. Si atracaban en el muelle, llegar a la laguna les llevaría al menos diez minutos.

—Necesitaremos acercar una lancha a donde la encontraron —le dijo.

—Lo sé —dijo él—. Pero no justo al lado de la laguna.

Lesley suspiró.

—De acuerdo.

Asintió al agente que conducía la lancha.

—Ve al muelle —le indicó.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

ANYA DAVINSKI SEGUÍA FLOTANDO boca abajo en el agua cuando Lesley llegó. Ed estaba de pie al borde de la laguna, con aspecto impotente. Se volvió hacia ella mientras pasaba por una puerta en la valla que separaba la laguna del observatorio.

—No sé qué hacer —dijo—. Iba a moverla, pero luego pensé que su equipo forense igual prefería que la dejara como estaba.

—Hizo lo correcto —le aseguró Lesley.

Observó el cuerpo flotando en la laguna. Giraba en sentido de las agujas del reloj, golpeaba el borde del agua, y luego flotaba de nuevo hacia el centro antes de repetir el mismo movimiento. La corriente lo llevaba continuamente a la orilla, donde el suelo era pantanoso y marrón. Tenía los brazos extendidos y el cabello flotaba sobre el agua.

Lesley odiaba dejarla así, pero sabía que Gail y su equipo necesitaban ver a la mujer como había sido encontrada, no como quedaría después de sacarla del agua. Necesitarían tomar fotografías.

—¿Quién la encontró? —preguntó.

—Frankie Quinn. Es quien abre el observatorio cada mañana. La encontró hace aproximadamente una hora y media.

—Ya estaba aquí cuando pasamos en la lancha.

Ed asintió.

—Estaba destrozada. La envié a casa.

Lesley examinó el cuerpo. «Date prisa, Gail».

—¿Puede esperar aquí un momento, Ed? —le pidió—. Necesito hablar con mi agente.

Johnny pareció desconcertado cuando ella lo apartó. Salieron por la verja y se detuvieron frente al observatorio. Todavía era temprano, apenas las seis y media. Nadie parecía haberse enterado de lo sucedido. Quizás las personas que vivían ahí tenían más respeto que el ciudadano promedio.

—Dios. Ojalá hubiéramos hablado con ella ayer —le dijo a Johnny.

Él asintió.

—¿Sobre la discusión?

—Era ella —dijo—. Fueron Anya y Natasha quienes discutieron.

—¿No fue Simone?

—No. Y me pregunto, ¿sobre qué discutieron? ¿Es por eso por lo que está muerta?

Johnny la miró.

—Obtuvimos nueva información ayer, jefa.

Ella alzó una ceja.

—¿Y me lo dices ahora?

—Disculpa. —Estaba todavía pálido. Había caminado despacio desde el muelle, sin poder detenerse para recuperar el aliento esta vez. Ella sabía que aún seguiría sintiendo náuseas.

—¿De qué se trata, entonces? —espetó.

—Simone solicitó un traslado de la isla, el viernes de hace una semana.

—Trece días antes de morir.

—Sí, jefa.

—¿Qué razón dio?

—No lo sabemos. Mike estaba revisando su expediente personal y encontró una carta.

—¿Una carta?

—Escrita a mano. Claramente no quería usar ordenador.

—¿Y dijo por qué quería un traslado?

—Intentamos llamar a la responsable de Recursos Humanos, pero ya era demasiado tarde. Mike hablará con ella esta mañana,

estoy seguro de que nos informará tan pronto como lo averigüe.

—Mantente en contacto con él —dijo Lesley—. Quiero saberlo en cuanto tengamos una razón para la solicitud de traslado de Simone. Si alguien en esta isla está involucrado, necesitamos hablar con esa persona. —Se pasó los dedos por el cuero cabelludo, presionando—. Podría ser su asesino.

—También el de Anya —dijo Johnny.

Lesley tragó saliva.

—Y aún necesitamos hablar con Natasha. Quiero saber por qué discutió con Anya, ahora es aún más importante. Encárgate tú de eso. Yo hablaré con Frankie Quinn cuando terminemos aquí.

—Todavía es temprano.

—No me importa lo temprano que sea, hay dos mujeres muertas. ¿La entrevistaste el miércoles?

—A ella y a su marido, jefa.

—Vale. Ve y despiértala. Aprovecha que estará desorientada, así será más difícil que mienta.

—Entendido, jefa.

Johnny se alejó, pero luego se volvió hacia ella.

—¿Cómo llego a su casa desde aquí?

—No tengo ni idea.

No había estado nunca en esa zona de la isla. Sabía que estaban cerca de las casas de Frankie y Simone, pero no estaba segura de cómo llegar a la de Natasha.

—Ven conmigo —dijo—. Pídele a Ed que te dé indicaciones.

—Muy bien, jefa.

Lesley atravesó la verja y caminó hacia el cadáver. Las botas prácticas que compró después de vadear el barro en su primer caso en Dorset eran mejores que sus habituales tacones altos, pero no eran botas de agua. Se movió con lentitud, ansiosa por no unirse a Anya en el agua.

—Ed —dijo—. El agente Chiles necesita indicaciones.

Ed miró a Johnny.

—¿Adónde necesita llegar?

—A la casa de Natasha Williams.

—Eso es fácil.

Ed señaló más allá de Johnny y le dio una serie de indicaciones. Johnny asintió en agradecimiento y se alejó.

Lesley y Ed permanecieron en silencio, contemplando a Anya. Lesley observó con detalle la laguna, buscando signos de alteración. Por fin, escuchó que se abría la verja al entrar Gail.

—Siento haber tardado —dijo—. Tuvimos que cargar todo nuestro equipo para traerlo hasta aquí. Habría sido mucho más fácil amarrar una lancha en la laguna.

—Me temo que eso no es posible —dijo Ed—. Es un hábitat protegido.

—Este es un caso especial —dijo Gail.

—No son solo las reglas del National Trust —dijo él—. Es un lugar designado como Sitio de Especial Interés Científico. Es la ley.

Gail hizo un gesto hacia Lesley.

—Pero ella representa la ley.

Lesley apretó los dientes.

—No puedo saltarme las leyes, Gail, y lo sabes.

Gail suspiró.

—Ya. —Miró a Anya flotando en la laguna—. Pobre mujer. ¿Hemos confirmado su identidad?

Lesley asintió.

—Anya Davinski. Estaba implicada como persona de interés en el asesinato de Simone Browning.

—¿De verdad?

—Era una de las dos mujeres que discutían el lunes por la noche, cerca de la hora en que Simone murió. Ayer intentamos encontrarla para hablar con ella sobre el motivo de la discusión.

—¿Y no lo lograsteis? —dijo Gail.

Lesley negó con la cabeza.

—Ahora desearía haberlo intentado con más empeño. Desearía no haber subido a esa lancha. —Suspiró—. Ojalá me hubiera quedado aquí anoche, maldita sea.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

FRANKIE MIRABA FIJAMENTE la taza de café que Adam había colocado frente a ella. Se estaba enfriando, lo que formó una película lechosa en la superficie.

Sentía el cuerpo pesado y el pecho vacío. No podía quitarse de la cabeza la imagen de Anya boca abajo en la laguna.

Adam se sentó junto a ella, con el brazo alrededor de sus hombros. La miró a los ojos, con el rostro lleno de preocupación.

—Hoy no tienes que ir a trabajar.

Frankie hizo una mueca de dolor. No había pensado en el trabajo desde el momento en que cruzara aquella verja, mirara desde el observatorio y divisara el objeto en el agua; desde que se dio cuenta de que no era un tronco a la deriva, sino un cuerpo. Se sentía paralizada.

—No sé qué hacer.

—No tienes que hacer nada —dijo Adam—. Has sufrido un *shock*. Quédate aquí y no hagas esfuerzos.

Frankie tragó saliva.

—Necesito decírselo a Natasha.

—Ed se lo habrá dicho. Él estaba allí, ¿no?

—Estaba allí cuando me fui. —Frankie cerró los ojos—. No pude enfrentarme a la policía. —Se frotó los ojos y miró hacia la ventana —. Vendrán aquí, ¿verdad? Querrán hablar conmigo.

—Puedo darles largas. Decirles que esperen hasta que estés lista.

—No, necesitan encontrar a quien la mató, tendrán que obtener pruebas. Quizás yo sepa algo.

—¿Sabes algo?

Negó con la cabeza y se limpió una lágrima de la mejilla.

—No creo que sepa nada. Pero quizás vi algo. Algo que para mí no significa nada, pero que para ellos tendría sentido.

—¿Puedes recordar algo? —preguntó Adam—. ¿Alguna señal de cómo llegó al agua?

Frankie se dejó caer en su silla.

—Nada.

Cuando evocaba la imagen en su mente, la escena estaba borrosa. Excepto el centro nítido, el cuerpo flotando en el agua. Eso estaba tan claro como si estuviera justo ahí frente a ella.

—No consigo recordar nada.

Adam le apretó los hombros.

—Ya ves. La policía no obtendrá nada de ti ahora, no estás en condiciones de recordar nada. Esperarán hasta que estés lista, hasta que tu mente vuelva a funcionar.

Se volvió hacia él.

—Mi mente está perfectamente, gracias.

—Sabes a lo que me refiero, Frankie. —Se levantó y le tiró de la mano—. Vamos. ¿Por qué no vuelves a la cama? Todavía es temprano.

—No puedo volver a la cama —dijo ella—. Necesito hablar con Natasha.

—Ed se lo dirá a Natasha. Tú no tienes que hacer eso.

—¿Y si está en peligro? Primero Simone, luego Anya...

—Tú podrías estar en peligro, mi querida Frankie. —Adam se sentó—. Quiero que te quedes aquí donde pueda vigilarte.

Lo miró.

—No me trates con condescendencia. Puedo cuidarme sola.

—Estoy seguro de que Anya pensaba que podía cuidarse sola.

—¿Y si no fue asesinada? ¿Y si...?

Frankie no podía imaginar a Anya ahogándose en la laguna. Incluso si hubiera querido suicidarse, Anya sabía lo suficiente sobre

los niveles del agua para darse cuenta de que era el peor lugar posible. No tenía la suficiente profundidad.

Y dado que Simone había sido asesinada, lo más probable era...

Frankie sintió una náusea que le subía por la garganta.

—Necesito ir al baño.

Adam se apartó para que pudiera levantarse.

—Estoy aquí —le dijo—. No me voy a ninguna parte.

Ella lo ignoró y salió corriendo de la cocina, con el estómago revuelto.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

LESLEY ESTABA SENTADA en el observatorio; escuchaba voces al otro lado de la pared de madera. Había estado intentando llamar a Dennis, pero su número comunicaba.

Se volvió hacia la estrecha ventana que daba a la laguna. Gail caminaba en su dirección. El cuerpo de Anya había sido sacado del agua y estaba en el suelo al lado del observatorio. Gavin estaba de pie en el agua, llevaba unos vadeadores que Ed había encontrado para él.

Lesley se sacudió la falda y salió del observatorio, reuniéndose con Gail junto a la puerta.

—¿Cómo va todo?

Gail se encogió de hombros.

—Necesitamos que el patólogo venga para confirmar la causa de la muerte. Pero creo que estaba muerta antes de entrar en el agua.

—¿Por qué lo crees?

—No hay ninguno de los signos clásicos de ahogamiento. Su boca está limpia, sin espuma. Hay daños en la piel, pero son por la inmersión. No nos dice cómo murió. Y hay un corte profundo en la parte inferior de su brazo. Podría tener la muñeca cortada.

—¿Se desangró en el agua? —preguntó Lesley.

—Hay sangre en el agua, pero no la suficiente como para que se desangrara, creo. Es difícil saberlo con la laguna diluyéndola, pero

pienso que la hirieron en otro lugar y que ya estaba muriendo, o incluso muerta, cuando entró en la laguna.

—¿Así que se desangró en otro lugar y luego fue arrojada al agua?

—O eso, o el corte fue infligido *post mortem* —dijo Gail—. Es profundo, pero necesitarás al patólogo para que te confirme cuándo ocurrió.

Lesley frunció el ceño.

—¿Cuándo llegará Whittaker?

—Alrededor de las diez.

—No podemos dejarla ahí otras dos horas.

Gail se encogió de hombros.

—Lo siento Lesley, pero no podemos moverla hasta que él la haya visto. Ya es bastante que la hayamos sacado del agua sin un patólogo presente. Pero si la hubiera dejado hasta las diez, habrían sido cinco horas desde que fuera descubierta. Eso habría significado daños por agua que podrían dificultar una autopsia precisa.

Lesley asintió.

Nada de aquello era culpa de la forense. Gail no se andaba con rodeos. Se había subido al coche y había dispuesto que su equipo la recogiera en Shell Bay para no tener que esperar al ferry. Ya estaba haciendo el trabajo del patólogo por él, además del suyo propio.

—¿Y qué hay de los restos forenses? —preguntó Lesley—. ¿Has conseguido algo ya?

—Gav y Brett están peinando la zona en busca de cualquier cosa que el asesino pueda haber dejado. He hablado con los patrulleros sobre traer a un buzo. No hay nada todavía, pero es temprano aún.

—¿Estamos seguros de que hay un asesino? ¿No podría haberse infligido esto ella misma?

—De nuevo, tendrías que preguntarle a Whittaker. Pero creo que habría estado demasiado débil para llegar hasta aquí. Y si fueras a ahogarte, no lo harías en una laguna poco profunda.

—¿Accidental?

—Posible, pero improbable con la herida en su brazo. —Gail se frotó los ojos—. Pero solo soy una forense. No te fíes de mi palabra.

—Tu palabra es lo único que tengo ahora mismo.

Gail se encogió de hombros.

—¿Qué hay de daños en la maleza o en el suelo? —preguntó Lesley—. ¿Fue arrastrada?

—No hay señales de arrastre. Creemos que la llevaron en brazos. Estamos buscando huellas de zapatos. No parece que llegara en barco o por el puerto. No hay señales de daños en el muro de la laguna, y no es el más robusto.

—¿Podrían haberla echado desde un barco?

—Hay mucho terreno que separa la laguna del puerto, así que seguimos buscando. Estamos verificando si hay daños. Pero, basándonos en dónde fue encontrada, si tuviera que apostar, diría que quien la trajo entró por esa verja.

Señaló con la cabeza hacia la verja que habían estado usando, la que estaba junto al escondite.

—Tiene un candado —dijo Lesley.

Gail asintió.

—He hablado con Ed Rogers, dice que tres personas tienen llaves de esa puerta. Él mismo, Frankie Quinn y Natasha Williams.

—Natasha Williams —dijo Lesley—. Johnny va de camino a entrevistarla.

Gail se encogió de hombros una vez más.

—Tengo que volver, no quiero dejar a Gav y Brett haciendo todo el trabajo.

—Vale —le dijo Lesley—. Avísame si encuentras algo, ¿de acuerdo?

Se giró y vio a Johnny acercándose desde tierra adentro. Se apresuró por el camino para encontrarse con él.

—¿Cómo te fue?

—No estaba —dijo él.

—¿No estaba? ¿A las ocho de la mañana?

—La gente se levanta temprano aquí, eso es lo que me han dicho.

—¿Estaba su marido?

Asintió.

—Estaba a punto de salir. Ha continuado trabajando en artículo sobre el asesinato de Simone. Supongo que ahora escribirá sobre el

de Anya.

—¿Se lo dijiste?

—Pensé que la última persona que debería saberlo era un periodista.

—Pero su esposa necesita saberlo —dijo Lesley—. Ella era la supervisora de Anya.

Se le vinieron los hombros abajo. Natasha tenía una llave de la verja. Y había discutido con Anya el lunes por la noche. Simone había solicitado un traslado. ¿Era Natasha la razón de eso?

—Necesitamos hablar con Natasha Williams —dijo—. Urgentemente.

Johnny la miró.

—No veo cómo, si no podemos encontrarla.

—¿Dónde trabaja normalmente?

—No tengo ni idea, jefa.

—¿Te dijo algo sobre su trabajo cuando la entrevistaste el otro día?

—No, solo hablamos de Simone —dijo Johnny.

—Ya.

Lesley se volvió hacia la laguna. Se dirigió hacia el lugar donde el cuerpo de Anya yacía en el suelo.

Ed caminaba hacia ella.

—¿Todo bien? —preguntó al notar la expresión en su rostro.

—No. Necesito encontrar a Natasha Williams. No está en su casa, así que ¿dónde puede estar?

—Estará en el bosque, en el lado este de la isla —dijo—. El parque Penélope. Ahí es donde suele comenzar la mañana.

—¿El parque Penélope?

—Es una zona boscosa. Estamos trabajando allí para proporcionar hábitats para ardillas.

«Vaya jodido nombre estúpido», pensó Lesley.

—Vale —dijo—. Johnny, ven conmigo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

—EL PARQUE PENÉLOPE —le dijo Lesley a Johnny—. ¿Dónde queda eso?

—Está más allá de la casa de Natasha —explicó él—. Hacia el mirador en el otro lado de la isla.

Lesley redujo el paso para dedicarle una sonrisa.

—¿Y desde cuándo eres un experto en la isla?

Se encogió de hombros.

—Pasé un tiempo mirando mapas cuando estuve en la oficina ayer. El National Trust nos envió mapas geológicos detallados y también tablas de mareas.

—¿Sacaste algo útil?

—El sargento calculó cuándo era más probable que Simone fuera echada al agua. En las primeras horas del martes por la mañana.

—¿No el lunes por la noche?

—La bajamar fue a la una de la madrugada. A medida que la marea subía, habría arrastrado todo hacia la orilla.

—Incluyendo el cuerpo de Simone.

—Exacto.

—Así que, quien la empujó tenía la lancha a la una de la madrugada.

—Más o menos —respondió Johnny—. Podría haber sido un poco después.

—Por lo que no fue ella quien llamó para informar que estaba enferma.

—No.

Estaban pasando por los viejos edificios de la granja. La playa donde habían encontrado a Simone estaba hacia el sur. Tomaron un sendero en esa dirección, luego giraron a la derecha y avanzaron por un camino ancho flanqueado por brezales de un lado y bosques del otro.

—¿Cuánto falta? —preguntó Lesley.

—Quince minutos —respondió Johnny—. Al paso que vamos, quizá menos.

Lesley asintió. Caminaban a toda prisa, casi corriendo. No quería perder a Natasha Williams.

—¿Cómo te sientes ahora? —le preguntó a Johnny mientras caminaban—. Parece que hoy has lidiado mejor con el mareo.

—Creo que tenías razón, jefa. Ahora que sé que puedo hacerlo, la segunda vez no fue tan mala. Aunque me sentí un poco mareado cuando llegamos aquí. Me alegro de no haber desayunado.

El estómago de Lesley rugió como si estuviera de acuerdo.

—Pues yo tengo un hambre de la leche.

Johnny se rio.

Lo último que había comido Lesley fue un curry marroquí que Elsa había cocinado la noche anterior. Sharon lo había devorado, volviendo a ser la misma chica parlanchina de siempre.

Quedaron en que Elsa llevaría a Sharon a la estación esa mañana. Lesley se sentía mal por ello; había planeado llevar a su hija ella misma antes de tomar el barco hacia la isla. Pero entonces recibió la llamada sobre Anya y sus planes se vieron alterados. Sharon ni siquiera estaba despierta cuando se fue.

¿Desaparecería alguna vez el sentimiento de culpa?

—¿Cómo está tu esposa, Johnny? —preguntó, recordando que su colega estaba a punto de comenzar en el reto de la paternidad.

—Está mucho mejor ahora.

Ella dejó de caminar y extendió la mano para hacerlo parar.

—¿Esa fue la verdadera razón por la que te tuviste que volver? ¿No tuvo nada que ver con tu mareo?

Él frunció el ceño.

—No, jefa. Tuve que tomar dos barcos más por haber regresado.

—¿Y no hay ninguna otra razón? —le preguntó—. ¿Nada que ver con Dennis?

Él tragó saliva. Se dio la vuelta y comenzó a caminar de nuevo.

—Cabo Chiles —dijo ella mientras lo alcanzaba—. Te he hecho una pregunta.

—No tuvo nada que ver con el sargento, jefa. Lo prometo.

—¿Está pasando algo entre vosotros? Pensé que erais los mejores amigos.

—Lo somos —respondió él, con el rostro pálido.

—Entonces, ¿por qué apenas os habláis?

—No es nada —dijo—. Solo una discusión tonta por un...

—¿Sobre qué?

Él se rio con nerviosismo.

—¿Lo ves? Ni siquiera recuerdo por qué fue. De eso hace ya un par de semanas. Todo volverá a la normalidad, no te preocupes. —Johnny la miró de reojo—. Disculpa, jefa. No me di cuenta de que había llegado a tanto.

Aceleró el paso, y Lesley se apresuró para mantenerse a su lado, preguntándose si le estaba diciendo la verdad.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

NATASHA WILLIAMS ESTABA UTILIZANDO una herramienta eléctrica para atornillar dos piezas de madera cuando Lesley y Johnny se acercaron a ella. Se encontraba en un claro del bosque, no muy lejos del acantilado. Cuando vio a los dos policías, se incorporó estirando la espalda y dedicándoles una sonrisa cautelosa.

—Buenos días —dijo—. ¿Puedo ayudarles?

Lesley esperó hasta estar más cerca de la mujer antes de hablar. El bosque parecía desierto, pero nunca se podía estar segura de si había alguien escuchando.

—¿Ha hablado con Frankie Quinn esta mañana? —preguntó.

—No. —Natasha miró su reloj—. Apenas son las ocho y media. Estará por la laguna, abriendo el observatorio.

Lesley tomó aire.

—Es de eso de lo que necesito hablar con usted.

Natasha frunció el ceño.

—¿Está todo bien? ¿Qué pasa con Frankie?

—Nada —dijo Lesley. Miró alrededor. Había un banco junto al claro—. Sentémonos.

Natasha le lanzó una mirada inquieta a Lesley y la siguió hasta el banco. Johnny caminó con ellas y se quedó de pie a su lado, mientras Lesley tomaba asiento junto a Natasha.

—¿Qué ocurre? —preguntó Natasha—. ¿Qué ha pasado?

—Me temo que tengo malas noticias —le informó Lesley.

—¿Frankie?

—No. Anya.

—¿Anya? ¿Qué le ha pasado?

—Lamento comunicarle que la han encontrado muerta esta mañana.

Los ojos de Natasha se agrandaron al tiempo que se giraba hacia Lesley.

—¿Anya? ¿Muerta? —Se dio la vuelta—. Mierda —susurró. Su rostro estaba pálido y sus manos temblaban.

Volvió a mirar a Lesley.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

—La encontró Frankie en la laguna. Parece que alguien la mató.

Natasha se tensó.

—¿Otra vez? —Cerró los ojos—. Dios mío.

Los abrió y miró alrededor del claro, casi como si estuviera buscando al asesino.

—Queríamos hablar con usted ayer —dijo Lesley—, pero no tuvimos la oportunidad. Me han dicho que tuvo una discusión con Anya el lunes por la noche.

Natasha clavó los dedos en sus muslos.

—¿Una discusión? ¿Qué tipo de discusión?

—Eso es lo que esperaba que usted me dijera. Tenemos dos testigos que las vieron discutiendo.

Natasha se encogió de hombros.

—La vi el lunes por la noche, sí. Pasaba por la iglesia cuando yo iba de camino a casa. Aunque no estoy segura de que discutiéramos.

—Alguien en el castillo de John Lewis pensó que era lo bastante fuerte como para grabarla en video —dijo Johnny.

Lesley le lanzó una mirada.

Natasha lo miró, negando con la cabeza.

—Discrepamos. No lo llamaría una discusión. Desde luego, no fue algo que se pudiera haber oído desde el castillo.

Aquello, evidentemente, no era verdad.

—¿Sobre qué discreparon? —preguntó Lesley.

—Era... personal.

Lesley se inclinó hacia ella.

—Debo recordarle que esto es, posiblemente, una investigación de doble asesinato. Sea lo que sea sobre lo que usted y Anya discreparon, necesito saberlo.

—Era sobre... Era sobre Bernard. —Natasha bajó la mirada—. A Anya no le cae bien. Se siente incómoda aquí con un hombre que no trabaja para el National Trust.

Lesley notó que Natasha había usado el presente.

—¿No le caía bien su marido?

Natasha la miró fijamente.

—Estaba celosa, Simone también. Quizá también están celosas de Frankie. No les gustaba el hecho de que tuviéramos a nuestras parejas aquí con nosotras. La isla es solitaria, especialmente en invierno. Ahora quizá parezca idílico, pero pruebe a estar aquí cuando oscurece a las cuatro y media de la tarde y hace un frío que congela los huesos.

—Entonces, ¿dijo algo específico sobre por qué no le caía bien Bernard? ¿Algo que él hubiera hecho?

—Por supuesto que no. Solo eran mujeres siendo mezquinas.

Johnny intervino.

—¿Sabe por qué Simone solicitó un traslado fuera de la isla?

—¿Un traslado? No. ¿Cuándo?

—Solicitó un traslado hace poco menos de dos semanas —le informó Lesley—. ¿No sabía que lo había hecho?

Natasha negó con la cabeza.

—Es la primera noticia que tengo.

—Envió una carta a Recursos Humanos —dijo Johnny—. Quería alejarse de aquí.

—¿Tiene alguna idea de por qué podría querer eso? —preguntó Lesley—. Después de todo, usted era su supervisora.

—La gente se cambia de puesto todo el tiempo —dijo Natasha—. Igual quería un cambio de aire.

—¿Cuál era el trabajo de Simone? —preguntó Lesley.

—Aves. En esta época del año, trabajaba en los cañaverales cerca de la laguna. Hacía un registro de las especies y proporcionaba los datos a la oficina central.

—¿Y disfrutaba de ese trabajo?

—Le encantaba. Pero eso no impide que pudiera hacerlo en otro sitio.

—Entonces, ¿no ocurrió nada entre ustedes que la motivara a querer un traslado?

Natasha miró a Lesley a los ojos.

—Nada —dijo, con voz tensa.

—¿Discutió con Simone además de con Anya?

—No fue una discusión. Solo fue un poco de tensión, una de esas cosas que surgen entre amigas. —Natasha se desinfló—. Nada que ver con sus muertes.

Se hundió en el banco y miró sus dedos, que seguían clavados en sus muslos.

Lesley sacó su tarjeta del bolsillo.

—Si recuerda algo, cualquier cosa, me lo cuenta, ¿de acuerdo?

Natasha tomó la tarjeta y la guardó en el bolsillo de su forro polar. Todavía lo llevaba puesto, a pesar del creciente calor del día.

—Por supuesto que lo haré.

—¿Vio a Anya ayer? —preguntó Johnny a Natasha.

Natasha lo miró.

—Ella estaba en el lado norte de la isla, trabajando en los lagos. Yo estaba aquí abajo.

—¿Así que no la vio?

—La última vez que la vi fue en la reunión del equipo el martes por la noche.

—La misma reunión a la que Simone no fue —dijo Lesley.

—Esa misma —respondió Natasha, con la mirada fija en el rostro de Lesley.

Lesley se puso de pie.

—Muy bien. No olvide llamarme si se le ocurre algo. Y mientras tanto, vamos a tener una conversación con su marido.

Natasha se levantó al instante.

—¿Bernard? ¿Por qué quieren hablar con Bernard?

—Necesitamos saber si vio a Anya ayer, o si sabe algo de por qué Simone quería abandonar la isla.

—Ella no quería abandonar la isla. Solo quería cambiar de sitio.

Lesley alzó una ceja.

—De cualquier manera, su marido podría ayudarnos.

—Está ocupado —dijo Natasha—. Tiene un encargo para el *Daily Mail*.

—Lo sabemos —le dijo Johnny, con voz tensa.

Lesley le dirigió una sonrisa a la mujer.

—Gracias por su tiempo.

Intercambió miradas con Johnny, preguntándose por qué Natasha estaba tan ansiosa ante la perspectiva de que hablaran con Bernard.

—¿Dónde podemos encontrar a su marido? —preguntó Johnny.

—No tengo ni idea —dijo Natasha.

—¿No ha estado merodeando cerca de la playa?

Natasha lo miró. Se encogió de hombros.

—No estoy segura. Tendrían que ir a mirar.

—Lo haremos —dijo Lesley.

Hizo un gesto a Johnny y se dirigió de vuelta hacia la playa, con preguntas retumbando en su cabeza.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

TINA HABÍA PASADO gran parte de la mañana ayudando a Gail y a su equipo de investigadores forenses. Tenían equipamiento que transportar entre el muelle y la laguna.

Habían encontrado un atajo que rodeaba el frente de las casas en el muelle. Pero, incluso así, la humedad del terreno los obligaba a desviarse tierra adentro para llegar al lugar donde habían encontrado a Anya.

Caminó de regreso hacia el muelle. Quedaba un último viaje por hacer, una última bolsa de equipamiento. La mañana se estaba calentando y se había quitado la chaqueta de su uniforme. Aun así, estaba sudando. Los pantalones de nailon que usaban los agentes uniformados no eran adecuados para andar por la isla de Brownsea en un día como aquel.

Mientras se acercaba al muelle, Tina divisó un barco que se aproximaba desde el puerto. Se detuvo, agradecida por la oportunidad de hacer un breve descanso, y lo observó mientras se acercaba.

Entrecerró los ojos, tratando de identificar a las personas a bordo. Por lo que pudo distinguir, solo había una figura.

El barco era pequeño, una embarcación de día. El tipo de barca que se alquila para pasear por el río. No para salir al puerto y cruzar hasta la isla de Brownsea. Ciertamente, no era una de las lanchas de la policía.

Tal vez era el patólogo. ¿Vendría solo? Jamás. Traería a sus asistentes a rastras.

La barca redujo la velocidad al pasar por el muelle y luego aceleró. Pasó frente al castillo hacia las playas en el lado sur de la isla.

Tina frunció el ceño. El National Trust había prohibido que cualquier embarcación amarrara en la isla. La lancha de la policía y el barco en el que vinieron los forenses estaban justo frente a ella en el muelle.

Corrió hacia el castillo, pasando alrededor de sus muros y bordeando los viejos edificios de la granja. Si estaba en lo correcto, aquella barca se dirigía a una de las playas. Era el lugar más cercano donde se podía amarrar y era ideal para una pequeña embarcación como esa.

Miró a su alrededor mientras corría, comprobando si había algún colega cerca. Pero estaban todos en la laguna. El único ruido era el sonido del pavo real chillando cerca de la iglesia.

Corrió hasta la primera playa. Había escalones que bajaban, eran empinados y resbaladizos por la arena. Los bajó a toda prisa, jadeando mientras lo hacía.

Se detuvo cuando vio la barca. Estaba en la playa, y dos personas la arrastraban sobre la arena.

Tina estaba segura de que solo había visto a una persona. En ese caso, ¿quién era la otra? ¿Alguien de la isla?

Se cubrió los ojos del sol bajo una mano. Una mujer y un hombre, ninguno de ellos llevaba el uniforme del National Trust.

Unos arbustos de retama crecían junto al sendero. Se apartó hacia un lado y se agazapó tras ellos, mirando hacia la playa.

Las dos personas arrastraron la barca sobre la arena y la empujaron varias veces para comprobar que estaba segura. Se volvieron el uno al otro y hablaron brevemente. No fue capaz de distinguir las palabras.

Mientras observaba, se dio cuenta de que reconocía al hombre.

Se volvió hacia ella. Tina se agachó bajo un arbusto y, en ese instante, recordó también a la mujer.

Sadie Dawes, la periodista de Bournemouth. Era ella quien había llamado a la oficina y les había dicho que vendría.

Pero ¿qué estaba haciendo Bernard Williams ayudándola a entrar en la isla?

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

LESLEY Y JOHNNY caminaron hacia la playa donde habían encontrado a Simone el martes por la noche. El calor apretaba, y una ligera brisa movía las hojas de los árboles.

Llegaron a la playa y se detuvieron en lo alto del acantilado, mirando hacia la arena. El equipo de Gail había retirado todo su material, y no había señal de que aquella hubiera sido recientemente la escena de un crimen.

Ahora era el turno de la laguna de estar llena de equipos forenses. Lesley esperaba que Whittaker ya hubiera llegado; necesitaba sus primeras impresiones sobre la causa de la muerte. Tenía que volver y verificar sus hallazgos.

—No está aquí —le dijo a Johnny.

Él negó con la cabeza.

—Podría estar en cualquier parte. Es una isla grande.

—Sigamos buscando —dijo ella.

Se alejaron de la playa y regresaron tierra adentro. Había varias playas a lo largo de esa zona, conectadas por senderos. Para llegar a cada una, había que adentrarse en la isla, caminar por el acantilado y luego seguir otro sendero hasta la orilla. Era un trabajo agotador. No era, en absoluto, lo que Lesley había imaginado cuando se incorporó a la policía de Dorset.

Al acercarse al siguiente cruce, vio a Tina que venía en dirección contraria. Parecía alterada.

—¡Jefa! —llamó Tina.

Lesley y Johnny se apresuraron a reunirse con la agente.

—¿Qué pasa? —le preguntó Lesley.

Tina señaló hacia la siguiente playa.

—Acabo de ver llegar una lancha.

—¿Del National Trust? —preguntó Lesley.

Tina negó con la cabeza.

—No, una pequeña, del tipo que se alquilan para navegar por el río. Sadie Dawes iba montada y Bernard Williams la estaba ayudando a desembarcar en la isla.

—¿Sadie Dawes? —dijo Johnny—. ¿Qué hace aquí?

—Cumplir su amenaza —le dijo Lesley—. Pero lo que es más importante, ¿por qué está Bernard Williams ayudándola?

—Colega periodista —murmuró Johnny—. Son todos unos liantes.

—Lo estábamos buscando —le dijo Lesley a Tina—. Muéstranos dónde lo viste.

—Estaba en esa playa de allí. —Tina volvió por donde había venido. La playa era invisible desde ahí, árboles y arbustos ocultaban el sendero.

—Vamos —dijo Lesley.

Corrieron hacia el sendero que conducía a la playa. Al llegar a los escalones, Tina se adelantó. Lesley hizo lo posible por mantener el ritmo de la joven.

A mitad de los escalones, Tina se detuvo. La playa frente a ellos estaba vacía.

—Esto no tiene sentido —dijo la agente.

Lesley se quedó inmóvil, casi chocando con ella.

—Aquí no hay nadie.

Tina se volvió hacia ella.

—De verdad que estaban aquí hace cinco minutos.

—¿Estás segura? —dijo Johnny—. ¿Es esta la playa correcta?

Tina le lanzó una mirada.

—Por supuesto que es la maldita playa correcta, Johnny.

Johnny sonrió.

—Vale, tranquilízate.

Lesley miró a Tina.

—¿Y estás segura de que viste a una mujer llegar en una lancha? ¿Estás segura de que era Sadie Dawes?

Tina asintió.

—La conozco de la tele. Y a Bernard Williams. Creo que habían quedado aquí.

Lesley miró hacia la playa. En efecto, había marcas en la arena. Huellas y lo que parecían raspaduras causadas por una lancha.

—Entonces, ¿adónde han ido?

Tina corrió hasta la playa. Se detuvo al borde del agua, con la mano levantada para protegerse los ojos.

—No hay señal de ninguna lancha.

—Igual han ido a otra playa —dijo Johnny—. Tal vez nos oyeron.

—Eso significa que ella está en algún lugar de la isla —propuso Tina.

—Bien. —Lesley miró de Johnny a Tina—. Tina, avisa por radio a tus compañeros patrulleros. Vosotros dos, registrad las playas de por aquí. Quiero a esos dos localizados y detenidos.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

LESLEY SE ALEJÓ APRESURADAMENTE de Johnny y Tina, hacia el claro donde había hablado con Natasha con anterioridad. Había más playas por allí, y Natasha podría saber dónde habría llevado su marido a Sadie Dawes.

Mientras avanzaba por el sendero, sonó su teléfono. Se detuvo, sin aliento, y lo sacó de su bolsillo.

—Inspectora Clarke —contestó, jadeando.

—Lesley, soy Gail.

—Gail, ¿qué tal va todo? ¿Ha llegado ya Whittaker?

—Acaba de llegar.

—Muy bien. ¿Qué dice?

—Nada todavía. Estoy manteniéndome bien lejos de él, está de un humor de perros.

Whittaker siempre estaba de mal humor.

—Dile que me llame en cuánto sepa la causa de la muerte, ¿de acuerdo? —dijo Lesley.

—Cuenta con ello —respondió Gail—. Pero ya tengo los resultados preliminares de la sangre que encontramos en el barco.

Lesley se giró hacia el acantilado y el puerto más allá. Divisó un gran velero navegando con elegancia sobre el agua. Respiraba de manera pesada e irregular. Odiaba no tener acceso a un coche. ¿Por qué demonios no usaban bicicletas aquí?

—¿Y qué? —le preguntó a Gail—. ¿Tienes una coincidencia con la base de datos?

—Me temo que no —respondió Gail—. Ni siquiera es humana.

—¿Qué?

—Provenía de un pájaro.

—¿Qué tipo de pájaro?

—¿Importa?

—No. —Lesley sintió cómo se desinflaba—. ¿Había algún otro resto forense en el barco? ¿Huellas, cabellos, fibras?

—Nada —dijo Gail—. No creo que ese barco esté implicado en el crimen.

—No.

¡Joder!

Lesley recordó la lancha que Tina había visto arrastrar a la playa. ¿Sería esa la lancha que estaban buscando?

—No puedo volver aún —le dijo a Gail—. Hemos averiguado algo y estamos tratando de encontrar una lancha que creemos que acaba de llegar a la isla.

—¿Una lancha?

—Luego te cuento. Dile a Whittaker que me llame con la causa de la muerte, ¿vale?

—Por supuesto. —Gail colgó.

Lesley metió el teléfono en su bolsillo y continuó corriendo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

—SALLY FARTHING. ¿Puedo ayudarle?

Mike volvió a mirar su pantalla, comprobando la nota manuscrita de Simone Browning que había encontrado en el expediente de Recursos Humanos.

—Espero que sí —dijo—. Soy el cabo Legg, de la policía de Dorset. Tengo entendido que usted es la persona que nos proporcionó el expediente de Recursos Humanos de Simone Browning.

—¿Simone Browning?

—Trabajaba en la isla de Brownsea.

—Ah… ¿La que mataron?

¿Cómo podía esta mujer haber olvidado con tanta rapidez el nombre de una víctima de asesinato?

—Sí, la misma. Nos dio una copia de su expediente y encontramos una carta en la que solicitaba el traslado fuera de la isla.

—Ah.

Mike se preguntó con cuántos expedientes tendría que lidiar esta mujer y si era capaz de recordar el contenido de alguno de ellos.

—Llamo para saber si conoce el motivo por el que Simone solicitó un traslado.

—¿Ha hablado con su superior?

—Su superior es Natasha Williams. Estamos intentando localizarla, pero esperaba hablar con alguien menos involucrado directamente.

—De acuerdo —dijo Sally—. Lo entiendo. Espere un momento, necesito hablar con mi supervisor.

Mike puso los ojos en blanco cuando comenzó la música de espera. ¿Qué les pasaba a los de las oficinas centrales? Nadie asumía responsabilidades, siempre querían pasarlo todo a un superior.

—¿Todo bien? —Dennis lo miraba desde el otro lado del escritorio.

—En espera con el equipo de recursos humanos del National Trust —respondió Mike—. No creo que vaya a sacar nada útil.

—Sigue intentándolo —dijo Dennis—. Nunca se sabe.

Mike asintió. Se reclinó en su silla, mirando hacia el techo. Una de las luces parpadeaba, proyectando un inquietante juego de sombras sobre la oficina.

—¿Hola?

Mike se incorporó en su silla, casi volcándola.

—Sí —dijo—. Sigo aquí.

—Vale. —Era una voz diferente—. Soy Rebecca Hewitt. Entiendo que quiere saber sobre Simone Browning.

—Sí. ¿Habló usted con ella?

—La llamé para hacer el seguimiento de la carta que nos envió. Siempre realizamos una entrevista con cualquier miembro del personal que solicite un traslado.

—Entonces, ¿qué puede decirme?

—Para ser sincera, todo fue un poco extraño.

—¿Extraño?

—Me dijo que estaba asustada.

—¿Asustada de qué? ¿Estaban acosándola?

—No. Le pregunté si sufría acoso laboral y me dijo que no se trataba de eso.

—¿De quién tenía miedo? ¿De su jefa, Natasha?

—Esto es confidencial.

—Esto es una investigación de asesinato. —Mike contuvo su frustración.

—Sí. —Una pausa—. Tenía miedo del marido de Natasha.

Mike hizo un gesto con la mano a través del escritorio para llamar la atención de Dennis.

—¿Le dijo Simone por qué tenía miedo del señor Bernard Williams? —preguntó.

—No lo especificó —respondió Rebecca—. Estaba nerviosa al hablar del tema. Pero leyendo entre líneas, tuve la impresión de que ella lo había confrontado sobre su relación con su esposa.

Mike sintió que se tensaba.

—¿Lo confrontó sobre qué, específicamente?

—Como le digo, no quiso entrar en detalles. Pero le sugiero que hable con Natasha.

CAPÍTULO SESENTA

LESLEY DIVISÓ a Johnny delante de ella, parado al inicio de uno de los senderos que llevaban a las playas.

Aceleró el paso y se dirigió hacia él. Estaba hablando por teléfono.

Se volvió al verla, con el rostro enrojecido.

—Ah, sí —dijo—. Muy bien. Sí, por supuesto. Vale, mañana hablamos.

Colgó y le dirigió una sonrisa tensa.

—¿Todo bien? —le preguntó Lesley.

—Era mi esposa.

Lesley asintió.

—¿Otro susto?

Johnny la miró un segundo más de lo normal, lo justo para incomodar.

—Eh, no. No, está bien. Solo quería saber cómo estaba, eso es todo. Sabe que me mareo en el mar.

—Esta vez estuviste bien —dijo Lesley—. Eso me dijiste.

Asintió sin mirarla a los ojos.

—Sí.

—¿Y has encontrado ya la lancha?

Negó con la cabeza. Miró su teléfono y luego lo guardó en el bolsillo interior. Lesley alcanzó a ver la pantalla antes de que la ocultara.

Johnny se irguió.

—Estaba a punto de probar por este sendero —dijo Johnny—. No he visto nada desde aquí arriba, pero nunca se sabe.

—¿Qué hay de Tina? —preguntó Lesley—. ¿Y de los otros agentes?

Se encogió de hombros.

—Se fue corriendo. Dijo que iba a comunicarse por radio con ellos. Probablemente ya hayan encontrado la lancha.

—Esperemos que así sea —dijo Lesley—. Llama a Tina, asegúrate de que me informe tan pronto como encuentre algo. Necesito ir a la laguna a ver qué ha averiguado Whittaker.

—Vale.

Johnny le dirigió una mirada avergonzada y luego se dio la vuelta. Tardó un segundo en darse cuenta de que caminaba en la dirección equivocada, y giró de nuevo hacia el sendero que llevaba a la playa. Bajó con prisa, volviendo la cabeza una y otra vez por encima del hombro.

Lesley lo observó, con el corazón latiéndole en los oídos.

Había alcanzado a ver la pantalla de su teléfono antes de él lo guardara en el bolsillo. Un nombre. La persona con quien había estado hablando.

No recordaba el nombre de su esposa, pero estaba cien por cien segura de que no era «AK».

CAPÍTULO SESENTA Y UNO

ELSA SE APRESURÓ hacia su coche. Había aparcado en doble línea amarilla junto a la entrada de la estación. Esperaba llegar temprano a la oficina para revisar algunos expedientes confidenciales, pero eran las nueve y media; iba a llegar tarde a su comparecencia en el tribunal.

Una guardia de tráfico se dirigía hacia ella. Tenía que moverse.

Arrojó el teléfono en su soporte y se sobresaltó cuando el tono de llamada estalló a través de los altavoces del coche. Murmuró entre dientes mientras se alejaba. Podía ver a la guardia de tráfico en su espejo retrovisor, frunciendo el ceño con frustración. La mujer no había tenido tiempo de poner una multa en el coche de Elsa.

Pulsó el botón en su volante para contestar el teléfono.

—Elsa Short.

—Elsa, ¿cómo está usted?

Conocía esa voz.

Era raro que la llamara personalmente, prefería que sus asociados lo hicieran. Sabía que una llamada personal significaba malas noticias.

—Arthur —respondió, tratando de mantener su voz lo más ligera posible—. ¿Cómo está usted?

Salió a Holdenhurst Road y escuchó un tren de Cross Country pasando por debajo del puente detrás de ella. Esperaba que Sharon estuviera en él. No le había hecho nada de gracia tener que llevar a

Sharon a la estación en lugar de que lo hiciera Lesley, pero Lesley tenía que asistir a la escena de un crimen. Eso era lo que significaba tener una relación con una inspectora de policía. No era tan diferente de ser abogada. Sobre todo con los clientes con los que había estado tratando últimamente.

—Dejémonos de cortesías —respondió Kelvin—. ¿Dónde ha estado los últimos tres días?

—En ninguna parte —dijo ella.

—Me resulta difícil creer que haya desaparecido de la faz de la tierra.

Elsa se detuvo en una rotonda, maldiciendo el tráfico. Necesitaba llegar al centro.

—He estado en la oficina —dijo—. O en casa. —Convenía hablar con claridad con tipos como Arthur Kelvin.

—Esperaba una llamada suya —dijo él—. Sobre el caso Leonard.

Steven Leonard era un asociado de Kelvin. Lo habían multado por posesión con intención de distribuir hacía unos meses, y había sido lo suficientemente estúpido como para dejarse atrapar con drogas otra vez la semana pasada. Incluso con un magistrado o juez "amistoso", esta vez le resultaría difícil librarlo de una sentencia de prisión.

Miró por el espejo retrovisor. Un BMW estaba pegado a su trasero. Le lanzó una mirada furiosa y pisó el acelerador.

—Lo siento, Arthur. Planeaba revisar el papeleo esta mañana y hacer algunas llamadas, pero surgió algo.

—Me lo imagino. ¿Quién es la cría?

Sintió que se le oprimía el pecho.

—¿Qué cría?

—La joven que acaba de dejar en la estación de Bournemouth.

Elsa sintió que se le erizaba la piel. Volvió a comprobar su espejo retrovisor.

Ese coche detrás de ella, ¿era Kelvin? ¿O uno de sus hombres?

—Nadie —dijo.

¿Sabría él que estaba saliendo con una policía?

—Es mona —dijo—. ¿Dieciséis, diecisiete años? No es propio de usted ir por las jovencitas.

La mandíbula de Elsa se tensó. «Hijo de puta».

—Es la hija de una amiga. Le estaba haciendo un favor a su madre.

Kelvin gruñó.

Elsa esperó a que dijera que sabía quién era la madre de Sharon, pero no dijo nada.

¿Significaba eso que no lo sabía, o que lo sabía y se guardaba la información para cuando pudiera ser útil?

El BMW había desaparecido. Se obligó a respirar. Estaba siendo paranoica.

—¿Me está siguiendo? —le preguntó.

Él se rio.

—¿Cuándo podemos reunirnos?

Repasó en su cabeza el horario del día.

—Hoy, a las seis de la tarde.

—Muy bien —le indicó—. Venga a la casa.

Elsa tragó saliva. Solo se había reunido con él en su casa otras dos veces. Solo deseaba que Lesley siguiera en la isla de Brownsea para no tener que darle explicaciones de sus movimientos.

—De acuerdo —dijo, girando hacia Stafford Road, donde estaba el Juzgado de Magistrados.

Necesitaba mantener la compostura.

—Nos vemos luego —dijo él—. Esperemos que tenga buenas noticias para mí.

Elsa colgó, con la respiración entrecortada.

CAPÍTULO SESENTA Y DOS

FRANKIE SENTÍA PESADEZ en todo el cuerpo y la mente nublada. No podía quitarse de la cabeza la imagen de Anya flotando en la laguna.

Llevaba acostada en la cama hora y media, repasando sus recuerdos de la última semana. La policía había hablado sobre una discusión entre Anya y Natasha, y Natasha se había comportado de manera extraña.

¿Sabía Natasha más de lo que dejaba entrever? ¿Estaba ocultando algo?

Bajó las escaleras y empujó la puerta de la cocina. Adam estaba sentado a la mesa, leyendo algo en su portátil. Las noticias, sin duda. Frankie deseaba que dejara de hacerlo; no había nada bueno en las noticias. Y menos ahora.

—Voy a dar un paseo.

Él frunció el ceño.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. Necesito un poco de tiempo para mí misma.

—¿Estás segura? —Se levantó, con la cara llena de preocupación.

Sabía lo que estaría pensando. Dos mujeres en tres días, ¿sería ella la tercera?

Por supuesto que no. Era pleno día, la isla estaba llena de policías. Tanto Simone como Anya habían muerto de noche. Y anoche, la isla había estado vacía de policías.

—Estaré bien —le aseguró.

Salió de la cocina y agarró su impermeable del perchero junto a la puerta. Se detuvo y lo volvió a colgar. El día estaba bochornoso, no llovería. Empujó la puerta y se adentró en el bosque.

Había una ruta hacia donde trabajaba Natasha que llevaría a Frankie por los lagos Este y Oeste, a través del bosque en el lado occidental de la isla, y luego bajando hasta el parque Penélope. Era un paseo de veinte minutos, pero Frankie lo hizo en quince.

Cuando llegó al claro, Natasha estaba ocupada trabajando, de espaldas a Frankie. Tenía unos auriculares puestos y no oyó a Frankie acercarse. Caminó hacia ella con cuidado, sin querer sobresaltarla.

Cuando estaba justo detrás de Natasha, dudó, sin saber qué hacer. Podría tocarle el hombro, pero eso le daría un susto de muerte.

Frankie dio unos pasos atrás, aclaró su garganta ruidosamente y pisoteó con fuerza.

Natasha levantó la vista, se quitó uno de sus auriculares y se giró. Sonrió cuando vio a Frankie, pero luego la sonrisa desapareció.

—Me he enterado.

Frankie la miró fijamente. La cara de Natasha estaba pálida y tenía el pelo despeinado.

—¿De lo de Anya?

Natasha asintió.

—Lamento mucho que hayas tenido que pasar por eso. Debió de ser horrible.

—Intento no pensar en ello.

Natasha dio un paso hacia ella, con la mano extendida. Frankie dio un paso atrás.

—¿Qué pasó entre Anya y tú? —preguntó Frankie.

Los ojos de Natasha se entrecerraron.

—¿Tú también me vienes con esas?

—¿Qué quieres decir? ¿Quién te ha preguntado?

—La policía. —Natasha dejó su bolsa de herramientas en el suelo y cruzó los brazos—. Han estado aquí haciendo preguntas sobre mi discusión con Anya.

—¿Y discutisteis?

Natasha suspiró.

—No quiero hablar de eso. Es... —Miró hacia el centro de la isla, como si esperara que alguien apareciera—. Es privado.

—¿Qué está pasando, Nat? —preguntó Frankie—. Llevas varias semanas actuando de manera extraña. ¿Y por qué llevas el forro polar? Estás sudando, te lo veo en el pelo.

Natasha se llevó la mano al pelo.

—Me gusta el forro polar. Es cómodo.

Frankie llevaba su camiseta del National Trust y hasta eso le daba calor. Ladeó la cabeza.

—No, no lo es. Quítatelo y muéstrame qué estás ocultando.

Natasha la miró a los ojos, con la mandíbula apretada.

—No me digas lo que tengo que hacer.

Frankie se acercó y agarró el cuello del forro polar de Natasha.

Natasha agarró su mano. Frankie intentó tirar hacia abajo. Natasha tomó su otra mano y la empujó. Frankie trastabilló hacia atrás y casi se cae al suelo.

—¡¿Por qué es tan importante que lleves puesto el forro polar?! —gritó.

—Es asunto mío lo que me pongo. —Natasha se dio la vuelta y recogió sus herramientas—. Estoy ocupada, déjame en paz.

Frankie observó a su supervisora. Durante los primeros dieciséis meses en este trabajo, Natasha había sido la jefa perfecta. Amable y considerada. Había dejado que Frankie hiciera su trabajo sin interferir, pero le había dado apoyo cuando lo necesitaba.

Pero durante los últimos dos meses se mostraba nerviosa. Había discutido con Anya y el ambiente entre ella y Simone se había vuelto tenso.

¿Qué sabían ellas que Frankie no supiera?

—¿Es por Bernard? —preguntó.

La cabeza de Natasha giró con brusquedad para mirar a Frankie.

—¿De qué estás hablando?

—¿Ha hecho algo? ¿Es eso lo que pasó con Anya y Simone? —Frankie sintió que se le helaba la sangre—. ¿Bernard tiene algo que ver con sus muertes? ¿O tú?

Natasha avanzó hacia ella con los brazos extendidos.

—No seas ridícula, Frankie. No sabes de lo que estás hablando.

Frankie miró a su supervisora a los ojos. Natasha no era solo su jefa, era su amiga. Las cuatro habían formado una piña. Y ahora solo quedaban dos.

Oyó el chasquido de una rama a un lado y se giró.

Alguien se movía a través del bosque.

Frankie puso su mano en el hombro de Natasha.

—¿Te dijo la policía que volvería?

Natasha se encogió de hombros.

—Esperaba que no lo hicieran.

Frankie volvió a mirar y vio una figura que emergía entre los árboles. Era un hombre de mediana edad, con poco cabello.

Detrás de él, venía una mujer más joven, rubia y con mucho maquillaje. Frankie reconocía su rostro de algún lugar, pero no lograba ubicarla.

Pero al hombre definitivamente lo conocía. Era Bernard.

Caminó hacia ellas, alternando la mirada entre Natasha y Frankie. Cuando llegó, puso una mano en el hombro de Natasha, que se tensó.

Miró a Frankie.

—Esto no es asunto tuyo, Frankie. No querrás meterte donde no debes, ¿verdad?

CAPÍTULO SESENTA Y TRES

EL EQUIPO del CSI estaba vadeando la laguna, buscando restos forenses. Lesley se quedó en la orilla, observando. Gail gritaba instrucciones, usando una especie de código. Eran como una máquina bien engrasada. Lesley se preguntó si su equipo llegaría a funcionar así algún día.

Se giró y vio que Ed venía desde el muelle con una expresión sombría.

—Hola —dijo, mientras se detenía a su lado.

Lesley le ofreció una sonrisa tensa.

—¿Cómo está sobrellevándolo su gente?

Él se encogió de hombros.

—He hablado con todos los líderes de equipo y están transmitiendo la noticia. Nadie sabe exactamente cómo reaccionar. Algunos están asustados, otros están dolidos. Pero todos están muy confundidos.

Lesley miró hacia los CSI en la laguna. Se había perdido a Whittaker, que había venido y se había ido mientras ella estaba en el otro lado de la isla. El cuerpo de Anya tampoco estaba ya, el equipo de patología se la había llevado a su laboratorio en Poole.

—Tenemos un problema con una lancha —le dijo a Ed.

—¿Una de las nuestras?

Negó con la cabeza.

—Hay una reportera de televisión, Sadie Dawes. Parece que ha alquilado una embarcación y está en algún lugar de la isla. El marido de Natasha Williams parece estar ayudándola.

Ed suspiró.

—Siempre supe que me arrepentiría de permitir que un periodista viviera en la isla.

—¿Qué tipo de trabajo hace normalmente?

—Yo pensaba que era redactor de artículos, que escribía cosas para revistas y periódicos. En realidad, no he tenido mucho trato con él. Es un tipo extraño.

—¿Extraño en qué sentido?

—Hay algo en él que me da escalofríos. La forma en que mira a su esposa. A veces la adula con mucha exageración.

—¿No es eso lo que debería hacer todo buen marido? —Lesley pensó en su matrimonio con Terry. Ninguno de los dos había adulado nunca al otro.

Ed hizo una mueca.

—Lo hace demasiado. Como si estuviera tratando de compensar algo. ¿Dices que está ayudando a esa reportera de la televisión a entrar en la isla?

Lesley asintió.

—Creemos que están por aquí. La agente Abbott vio una lancha llegar y cuando llegamos al lugar donde la había visto, ya había desaparecido.

Ed se volvió hacia ella.

—Tenemos que deshacernos de ellos. ¿Qué tipo de barco era?

—Una lancha de día. Una embarcación pequeña, con cabina diminuta y motor fueraborda.

Él frunció el ceño.

—He visto uno así antes.

—Estoy segura de que hay muchos barcos así en el puerto.

Negó con la cabeza.

—No por aquí. Tienden a quedarse cerca de Poole o en el río Frome.

Lesley conocía el río Frome, pasaba por Wareham, donde estaba su casa.

—Entonces, ¿cuándo vio esa lancha? —le preguntó.

Apartó la mirada de la laguna, con la vista nublada.

—¿El viernes? ¿El sábado? No estoy seguro. Estaba navegando muy despacio por el borde de la laguna. Pensé que serían turistas perdidos.

—¿Así que es inusual ver una lancha así por aquí?

Asintió.

—¿Cree que es la misma mujer?

—Dudo que una periodista de televisión tenga acceso a una lancha —dijo Lesley—. Seguramente sea una coincidencia.

—A menos que pertenezca a Bernard Williams.

—¿No la ha visto antes amarrada en la isla? —preguntó Lesley.

—No. Pero él va y viene a Poole. Estoy seguro de haberlo visto regresar en momentos en que los barcos de pasajeros no estaban funcionando.

Lesley miró a Ed.

Si Bernard Williams tenía una lancha, entonces podría haber sido él quien llevó a Simone al puerto y la empujó por la borda.

—Necesito que venga conmigo —dijo Lesley—. Debemos localizar a Bernard.

CAPÍTULO SESENTA Y CUATRO

LESLEY AGARRÓ su teléfono mientras se alejaba de la laguna y llamó a Tina.

—Sin ninguna novedad, jefa —dijo Tina—. Lo siento.

—¿No los habéis encontrado?

—Es una isla grande. Estamos trabajando lo más rápido posible.

Lesley miró a Ed.

—Si trajeras una lancha como esa a la isla, ¿dónde la esconderías?

Ed frunció el ceño.

—Cerca del campamento de los exploradores. Hay algunas cabañas cerca del agua, allí podrías ocultar una lancha sin mucha dificultad.

Lesley transmitió la información a Tina.

—Buscad allí —dijo—. Nos reuniremos con vosotros.

Estaba a punto de pedirle a Ed que la acompañara cuando su teléfono sonó de nuevo. Era Dennis.

—Dennis, ¿qué tienes para mí? —espetó.

—¿Todo bien?

—Igual tenemos un sospechoso —explicó Lesley—. Bernard Williams, el marido de la mujer que dirigía a las dos mujeres muertas.

—Eso encaja.

—¿Encaja? ¿Cómo? —Lesley sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—Mike habló con la responsable de Recursos Humanos —respondió Dennis—. Al parecer, Simone Browning le tenía miedo al hombre.

—¿Miedo de Bernard Williams? —preguntó Lesley.

—Leyendo entre líneas, ella creía que había algo inapropiado entre él y su esposa. Violencia doméstica, quizás.

Lesley recordó las veces que había visto a Natasha Williams con el forro polar de manga larga. ¿Estaba ocultando lesiones?

—Vale, Dennis. ¿Algo más?

—Nada de momento, jefa. ¿Cómo van las cosas por ahí? ¿Cómo está Johnny?

Lesley le hizo un gesto a Ed para que se quedara dónde estaba. Caminó hacia adelante y bajó la voz.

—¿A quién podría estar llamando Johnny con las iniciales AK? —le preguntó a Dennis.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—¿Dennis?

—No creo que ahora sea el mejor momento para hablar de esto.

Lesley apretó los dientes.

—Eso lo decido yo, Dennis. ¿Quién es el tal AK? Johnny me dijo que estaba hablando con su esposa, pero vi la pantalla de su teléfono. ¿Cómo se llama la esposa de Johnny?

—Alice —dijo Dennis.

—Alice Chiles —dijo Lesley—. Entonces, ¿quién es AK?

—Quizás lo viste mal, jefa.

—Nadie programa las iniciales de su esposa así en su teléfono. ¿Quién es AK?

Otra pausa. Al final, Dennis habló:

—Piénsalo, jefa.

La mente de Lesley iba a toda velocidad, su corazón también. Abrió y cerró los puños.

—Dímelo ya, Dennis, por el amor de Dios.

—Jefa, por favor. —A Dennis no le gustaban las blasfemias.

—Lo siento. Acaba con mi sufrimiento, ¿quieres?

—AK es Arthur Kelvin.

«¿Arthur Kelvin?»

Lesley agarró el teléfono con más fuerza. Ed se acercaba, con el rostro preocupado.

—Estás diciendo que Johnny estaba hablando con él —dijo Dennis.

—Eso es lo que escuché —respondió ella.

—Él me dijo...

—¿Te dijo qué? ¿Sabías de esto?

—Le dije que parara. Me lo prometió.

Así que Johnny estaba confabulado con el mayor delincuente de Dorset, y Dennis lo sabía. Y ninguno de los dos se lo había dicho.

Deseaba con todas sus fuerzas no estar atrapada en aquella maldita isla.

—Pues te mintió, Dennis —dijo. Tomó aire. Deseaba estar en la oficina para poder mirar al sargento a los ojos—. Y tú me mentiste a mí.

CAPÍTULO SESENTA Y CINCO

—CREO QUE DEBERÍAS MARCHARTE —le dijo Bernard a Frankie. Se acercó a ellas, con el rostro endurecido.

—Bernard, amor —dijo Natasha—. No pasa nada. Ya se va. —Miró a la mujer rubia—. ¿Quién es...?

—¿Quién es usted? —preguntó Frankie, antes de que Natasha pudiera terminar de formular la misma pregunta.

La mujer se encogió de hombros.

—Soy Sadie Dawes. Trabajo para la BBC.

Frankie se rio.

—¿La BBC? ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Habían prohibido la navegación de barcos a la isla. ¿Cómo podría la BBC enviar a una periodista?

—Yo la traje —dijo Bernard—. Tengo acceso a una lancha.

Frankie alzó las cejas.

—¿Una lancha?

La miró con desdén.

—No tienes que preocuparte por eso. Natasha, ignora todo lo que te diga.

Natasha asintió a su marido. Se tiró de la manga de su forro polar.

Frankie la miró.

—No deberías permitir que te hable así. He visto cómo te mira.

Natasha negó con la cabeza.

—No es lo que te imaginas. Él me ama. Yo lo amo. —Sonrió a Bernard, quien le devolvió la sonrisa.

La pareja avanzó el uno hacia el otro. Bernard envolvió a su esposa en un abrazo. Ella se apoyó en él.

Frankie había estado observando el lenguaje corporal entre Bernard y Natasha varias semanas. Había cambiado. Se había vuelto inquietante. Él se había vuelto demasiado demostrativo, demasiado solícito. Y Natasha se tensaba cada vez que él la tocaba.

Incluso ahora, que estaba en sus brazos, su cuerpo estaba rígido. Parecía asustada.

Frankie dio un paso hacia su amiga.

—¿Te ha estado haciendo daño, Nat?

Bernard la miró por encima del hombro de Natasha, sus ojos llenos de odio.

—Malditas mujeres. Creéis que todos los hombres son iguales. Estás celosa.

—¿Por qué estaría celosa? —preguntó Frankie, incrédula.

—Porque ves lo unidos que estamos. Cuánto nos amamos. Natasha lo es todo para mí. Tú tendrías que meterte en tus propios asuntos.

Natasha permanecía inmóvil en sus brazos.

—Nat —dijo Frankie, suavizando la voz como si hablara con una niña asustada—. Dime, ¿te ha estado haciendo daño? ¿Les hizo daño a Simone y a Anya? ¿Es por eso que discutiste con ellas?

Natasha sollozó. Bernard la apretó más fuerte. Natasha emitió un sonido agudo.

—Le estás haciendo daño —dijo Frankie—. Déjala en paz.

La mujer de la televisión, Sadie, caminó alrededor de ellos. Sacó su teléfono del bolsillo y lo levantó.

—No puede grabar esto —dijo Frankie.

Estaba a punto de correr hacia la mujer cuando Bernard empujó a Natasha y la apartó para agarrar a Frankie. Le agarró la muñeca, clavando los dedos en la piel.

Frankie gritó. Retorció la mano, pero él apretó con más fuerza.

Natasha chilló y se desplomó en el suelo, con los ojos desorbitados.

—¡Bernard! ¡Basta!

Bernard gruñó y tiró de Frankie hacia él.

Le retorció el brazo con una mano y la agarró por debajo del mentón con la otra. La tenía sujeta con fuerza. Su pierna se había torcido bajo ella. Un dolor pulsante le recorrió la pierna.

Cerró los ojos. Se había torcido el tobillo.

«Mierda», pensó.

¿Estaba a punto de convertirse en la tercera víctima?

CAPÍTULO SESENTA Y SEIS

DENNIS ESTABA de pie en la oficina de la inspectora, tamborileando con los dedos sobre su escritorio.

—Contesta, contesta —murmuró mientras el teléfono sonaba. Al cuarto intento, por fin respondieron.

—Cabo Chiles —respondió Johnny.

—Johnny —dijo Dennis—. ¿Por qué no contestabas?

—Sargento —respondió Johnny—, ¿qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? —dijo Dennis—. Que me mentiste, eso me pasa.

—No sé de qué me hablas. Disculpa, sargento, pero ahora no puedo hablar. Estamos buscando a un tipo que creemos que podría ser el asesino.

—Johnny —continuó Dennis—, ¿cuánto tiempo hace que me conoces?

—Dieciocho años, sargento. Mira, ¿podemos hacer esto en otro...?

—¿Y cuánto tiempo llevas mintiéndome?

Silencio.

—¿Johnny?

—Te dije que pararía, sargento. Estoy parando.

—¿Entonces por qué dice la inspectora que te escuchó hablando por teléfono con Arthur Kelvin?

Dennis sintió que la tensión le oprimía el pecho.

Si no podía confiar en Johnny, ¿en quién podía confiar?

Le había dicho a Lesley que Johnny era su mejor cabo, que era de fiar. Y ahora, ahí estaba él, demostrándole que era un mentiroso y un fraude. Un criminal, además. Y Dennis estaba en la comisaría sin poder hacer nada al respecto.

—Johnny, no tengo ni idea de lo que va a hacer, pero tienes que entender que la inspectora sabe que has estado trabajando para Arthur Kelvin.

—Sargento —susurró Johnny—, ¿por qué se lo has dicho?

Si hubiera podido, Dennis habría atravesado el teléfono para agarrar a Johnny por el pescuezo.

—Esa no es la pregunta, Johnny. La pregunta es por qué has seguido manteniendo contacto con Kelvin, a pesar de prometerme que lo dejarías.

Johnny no respondió.

—¿Johnny?

Más silencio.

—Johnny, dime algo.

La línea se cortó.

Dennis arrojó su teléfono sobre el escritorio.

Afuera, Mike estaba mirando a través del cristal que separaba la oficina de la inspectora de la sala principal. Dennis lo miró fijamente, luchando por controlar su respiración.

Agarró su teléfono y fue a llamar a Johnny de nuevo, pero luego se lo pensó mejor.

Esta era una conversación que necesitaban tener cara a cara. Y cuando acabara con Johnny, también tendría que mirar a la cara a su jefa.

CAPÍTULO SESENTA Y SIETE

TINA ESTABA FRUSTRADA.

Ahora eran cinco personas recorriendo la isla en busca de la lancha, de Bernard y de aquella periodista.

¿Por qué no los habían encontrado todavía?

Sabía que era una isla grande, que se tardaba una hora en dar una vuelta completa al lugar. Pero, aun así, tenía un número limitado de playas. Y no había señal de ninguna lancha.

Había cubierto la zona cerca del campamento de exploradores, mirando dentro de las cabañas incluso, pero no vio nada allí. Ahora se dirigía hacia el bosque, después de haber pasado por la casa de los Williams.

Había llamado a la puerta, pero no obtuvo respuesta. Iría al parque Penélope, donde trabajaba Natasha. Le preguntaría dónde podría haber ido su marido.

Estaba a punto de salirse del camino cuando oyó una voz en el bosque detrás de ella. Se detuvo y escuchó.

Ahí estaba de nuevo. Un grito.

Tina estudió con atención el bosque.

Los árboles eran densos y no distinguía más que verde.

Ralentizó su respiración y cerró los ojos, concentrándose en su audición. Hubo un grito. Venía de la derecha, en dirección al lago donde habían ido a buscar a Anya.

Agarró su radio.

—Agente Abbott solicitando asistencia urgente.

—Sargento Dillick aquí. ¿Qué sucede?

—He oído un grito en el bosque. —Cogió su móvil y abrió la aplicación What3Words—. «Words. Veal. Shell» —espetó.

—Recibido. Estaré allí en cuatro minutos.

Soltó su radio y comenzó a correr hacia las voces.

Intentó escuchar mientras corría, pero el sonido de su cuerpo atravesando la maleza era demasiado fuerte. Avanzó con dificultad, tratando de moverse con rapidez. Las plantas le cortaban el paso.

Debería haber tomado el sendero. Era más largo, pero habría sido más rápido.

Miró hacia la izquierda, hacia el camino. Si corría hacia allí y luego tomaba el sendero alrededor, ¿llegaría más rápido? ¿O debería seguir avanzando?

«Sigue adelante». Ya casi estaba allí.

Escuchó otro grito y un alarido.

Dos mujeres, dos voces. Luego oyó un grito de hombre.

Tina aceleró el paso, avanzando a toda prisa a través del bosque. Las zarzas la arañaban, tirando de su piel. Pagaría por esto más tarde, pero no le importaba.

Por fin los vio.

Se detuvo, tenía la respiración a mil. Más adelante, en un claro, había cuatro personas. Natasha Williams, Frankie Quinn, Bernard Williams y la periodista, Sadie Dawes.

¿Estaban compinchados los cuatro?

No. Bernard tenía a Frankie agarrada frente a él, con una mano apretándole el cuello. Tenía los ojos muy abiertos, y ella no dejaba de mover los pies hacia adelante, intentando girarlos para hacerlo tropezar.

Tina agarró su radio.

—Agente Abbott aquí. Agresión en curso. Sospechoso masculino con una mujer en su poder. Dos mujeres más observando.

¿Eran las otras dos mujeres sospechosas o testigos?

El sargento Dillick respondió.

—En camino. Dos minutos.

Tina observaba a las cuatro personas que tenía delante. No la habían visto. Tenía que intervenir.

Dio un paso adelante y la vegetación crujió a su alrededor.

Frankie se volvió hacia ella, seguida por Bernard.

—¡Ayuda! —gritó Frankie—. ¡Atrápalo!

Tina no quería apresurarse por miedo a asustar a Bernard. Aunque no vio ningún arma, no podía estar segura de si él llevaba alguna.

La reportera de televisión estaba fuera del grupo. Tenía su teléfono levantado. Estaba filmando.

«Maldita sea». ¿Qué clase de persona grababa en vez de ayudar?

—¡Policía! —gritó—. ¡No se muevan!

Bernard empujó a Frankie al suelo. Se volvió hacia Tina.

Sacó algo de su bolsillo. Desde esa distancia no podía distinguir qué era.

¿Una navaja?

—¡Alto! —gritó Tina.

CAPÍTULO SESENTA Y OCHO

FRANKIE SINTIÓ que le faltaba el aire cuando cayó al suelo.

Miró a Natasha, que alternaba la mirada entre ella y Bernard, con los ojos llenos de pánico.

—¿Qué te hizo, Natasha? —le preguntó a su amiga—. ¿Qué te ha estado haciendo?

Natasha negó con la cabeza.

—Nada.

—Cierra la puta boca —le dijo Bernard a su esposa. Se volvió hacia Frankie.

Frankie lo miró y vio que metía la mano en el bolsillo y sacaba algo. Era una navaja suiza, el tipo de herramienta que casi todos en la isla llevaban. Desplegó la hoja y la agitó hacia ella.

Frankie arqueó una ceja con desprecio.

—¿Crees que me asusta eso? —Se volvió hacia Natasha—. Nat, quítate ese maldito forro polar. Muéstrame lo que te ha estado haciendo.

—¡No! —gritó Natasha—. No es asunto tuyo.

—Sí que lo es —dijo Frankie—. Él mató a Anya y a Simone, ¿verdad? Ellas lo descubrieron. Por eso Simone quería irse de la isla. Por eso discutiste con Anya. Lo sabían, ¿no es cierto? Te confrontaron al respecto.

Natasha estaba llorando.

—No es asunto de ellas —gimió—. No es asunto tuyo, es entre Bernard y yo.

Bernard miraba a su esposa, mordiéndose el labio.

«Ahora».

Con un movimiento rápido, Frankie se incorporó y lanzó un puñetazo. Le alcanzó a Bernard en la mejilla.

Él se tambaleó hacia atrás, tan sorprendido como lastimado. Bernard no era un hombre alto, y Frankie tenía buena constitución y era diez años más joven. Su trabajo la mantenía en forma. El de él, sentado frente a un ordenador escribiendo, no.

Se apresuró hacia Natasha.

—Si te ha estado maltratando, sí que es asunto nuestro. Eres mi amiga. Me importas.

Natasha extendió los brazos para detenerla. Frankie dejó de caminar, a dos pasos de su amiga.

Natasha miró a Bernard.

—Lo siento, cariño.

—¿Por qué te disculpas con él? —exclamó Frankie.

—¡Quietas ahí mismo!

Frankie se volvió y vio a una agente de la policía avanzando hacia ellas. Atravesaba los arbustos con estrépito.

—¡No se muevan!

Frankie se volvió hacia Natasha y se le cortó la respiración.

Natasha estaba junto a Bernard. Había agarrado la navaja y la sostenía en alto, mirando fijamente a su marido. Lo fulminaba con la mirada, con ojos brillantes de ira.

—¡Nat! —gritó Frankie—. ¡No lo hagas!

Natasha la miró de reojo y luego volvió a mirar a Bernard.

Bernard se incorporó. Avanzó hacia Natasha.

—No te atreverías. Sé que no te atreverías.

Se volvió hacia donde había quedado la caja de herramientas de Natasha en el suelo. Agarró un martillo.

—¡No! —gritó Frankie.

Bernard se abalanzó sobre Natasha, pero fue demasiado lento. Ella se agachó bajo su brazo y lanzó el suyo hacia delante. La navaja se hundió en su costado.

Frankie se puso de pie, con el corazón retumbando en sus oídos. Natasha agarró a Bernard y lo sostuvo mientras él caía al suelo.

—Me has estado aterrorizando durante meses —le dijo Natasha, con voz baja—. Mataste a Anya y a Simone porque lo sabían.

—No —jadeó él—. No.

—¡Mentiroso! —gritó Natasha.

—¡Alto! —gritó la policía. Rebuscó tras su espalda y sacó su porra.

Natasha se inclinó sobre Bernard y hundió más la navaja en su costado.

Frankie corrió hacia ellos. Agarró a Natasha.

Apartó el brazo de su amiga, lanzando la navaja a los arbustos.

La policía estaba sobre ella.

—Suéltelo —dijo—. Está herido.

—Sí, ya sé que está jodidamente herido —jadeó Frankie—. Pero fue él. Él las mató.

La policía la miró.

—Apártese. Necesito prestarle primeros auxilios.

Se oyó un estruendo cuando dos agentes más se abrieron paso entre los arbustos hacia ellos. Frankie miró de ellos a su colega, que tenía las manos sobre la herida de Bernard. La sangre se filtraba entre sus dedos.

—¡Bernard! —gritó Natasha. Se abalanzó hacia delante. Uno de los agentes, un hombre joven, la agarró y la contuvo.

La cara de Natasha estaba blanca, con la boca abierta.

—Bernard. Bernard, lo siento.

Frankie se acercó a su amiga y le pasó el brazo por los hombros. Natasha se tensó y luego se hundió contra ella.

Frankie la sostuvo mientras sollozaba contra su pecho.

CAPÍTULO SESENTA Y NUEVE

LESLEY PASABA por el campamento de exploradores cuando sonó su teléfono.

—Señora, soy el sargento Dillick. Hemos detenido a una sospechosa.

—¿A quién?

Lesley miró a Ed, que corría detrás de ella.

—Natasha Williams —dijo el sargento—. Apuñaló a su marido.

—¿Cómo dice? —Lesley casi tropezó con sus propios pies—. ¿Natasha?

Miró a Ed, quien frunció el ceño.

—¿Apuñaló a Bernard? —repitió Lesley.

—Sí, señora —respondió el sargento Dillick—. Aunque, según la agente Abbott, parece que fue en defensa propia.

—Entiendo —dijo Lesley—. Llegaré lo más rápido que pueda. ¿Dónde están?

—Le enviaré las coordenadas por mensaje de texto.

—Gracias.

Guardó el teléfono en el bolsillo interior de su chaqueta y se volvió hacia Ed.

—Vamos, démonos prisa.

Él asintió.

No estaba segura de que fuera buena idea llevar a Ed. Pero si había miembros de su personal involucrados en un ataque, podría

ser útil tenerlo allí.

Corrieron por el sendero sobre los acantilados del sur de la isla, mientras Lesley no estaba segura de hacia dónde se dirigían. Sacó el teléfono del bolsillo y vio un mensaje del sargento Dillick: grapes.glee.quick. Al introducir esa extraña combinación en What3Words apareció el mapa.

—¿Cuál es la manera más rápida de llegar a este punto?

—Por el sendero del brezal —dijo Ed—. Hay que girar a la derecha en Rough Break y está justo al lado.

—¿Cuánto tiempo tardaremos?

—Cinco minutos si vamos corriendo.

Lesley tomó aire, dudaba si podría correr durante cinco minutos. Cuando estaba en las Midlands usaba un coche para ir a todas partes. En realidad, había pasado la mayor parte de su tiempo detrás de un escritorio.

Pero aquí los días eran diferentes. Ya había perdido casi ocho centímetros de cintura. Había venido para descansar, para darse un respiro del estrés después de verse involucrada en un ataque terrorista. No esperaba ponerse en forma.

Jadeaba mientras corrían, obligándose a continuar. Cada músculo de su cuerpo le gritaba que se detuviera, pero sabía que no podía. Había una escena del crimen adelante, una agresión. No sabía si había sucedido otro asesinato.

Estaba tentada de agarrar su teléfono y llamar al sargento Dillick para obtener información mientras corría, pero sabía que si lo hacía se quedaría sin aliento.

—¿Cuánto falta? —jadeó hacia Ed.

—Hemos recorrido dos tercios del camino.

«Gracias a Dios». Podía hacerlo.

Por fin escuchó voces adelante. Examinó el bosque. La maleza era espesa, los árboles densos.

—¿Por dónde? —le preguntó a Ed.

—Gire a la derecha, en este sendero que viene.

Ninguno de los dos sabía exactamente hacia dónde se dirigían. Corrían a ciegas por el sendero. Lesley sacó su teléfono. Las coordenadas apuntaban hacia la izquierda.

Agarró el brazo de Ed y se detuvo. Había vuelto a oír voces. Miró a través del bosque.

—¡Allí! —gritó.

Vio dos uniformes, chalecos reflectores claramente visibles a través de los arbustos.

—Iré yo primero —le dijo Ed.

Trazó una ruta a través de los arbustos y zarzas. Lesley lo siguió, contenta de tener a alguien familiarizado con la isla para guiarla. Por fin, salieron de los arbustos y se encontraron con una escena de caos organizado.

Bernard Williams yacía en el suelo, cubierto con una manta térmica. Tina estaba agachada sobre él, el sargento Dillick a su lado. Los otros dos agentes no estaban lejos. Uno de ellos sujetaba a Natasha, que estaba esposada. Al otro lado de Bernard, estaban Frankie Quinn y esa maldita reportera de televisión.

—¿Cómo te llamas? —le espetó Lesley.

—Sadie Dawes —respondió la mujer—. Él me ayudó a entrar en la isla —dijo, señalando a Bernard.

—No me importa cómo llegaste aquí —dijo Lesley—. No deberías haber venido.

—¡Estaba filmándolo! —gritó Frankie.

—¿Qué?

Lesley se acercó a la periodista. Extendió la mano.

—Entrégamelo.

—Es noticia —respondió Sadie.

—Es una prueba, entrégamelo.

Sadie le dirigió una mirada de irritación. A regañadientes, buscó en su bolsillo y sacó su teléfono. Lo colocó con fuerza en la palma abierta de Lesley.

—Quiero que me lo devuelvan cuando hayan terminado con él.

—Quizás —respondió Lesley. Dependía de lo que hubiera en él—. Pero claro, si resulta que estabas ayudando a un asesino, podríamos necesitar retenerlo. Para tu juicio.

Le dio la sonrisa más dulce que pudo y se volvió hacia Tina y Dillick antes de que la mujer pudiera pensar en una respuesta.

—¿Cómo está?

—Vivo —respondió el sargento Dillick—. Necesitamos paramédicos urgentemente. Ya lo solicité.

Lesley miró hacia Natasha. Estaba de pie junto al agente McGuigan, con la mirada clavada en el suelo. Frankie estaba a unos pasos de ella. También miraba al suelo, pero levantaba la vista hacia su amiga de vez en cuando.

¿Qué había visto?

—Necesitamos el helicóptero médico —le dijo a Dillick.

Él miró hacia los árboles.

—No podrá pasar a través de esto.

—Puede usar el terreno abierto cerca del parque Penélope —dijo Ed—. Hay suficiente espacio.

—¿Cómo lo localizarán? —preguntó Lesley.

—Ya han venido aquí antes —dijo Ed—. Tuvimos una parada respiratoria aquí el año pasado.

—De acuerdo —dijo ella—. Hable con el sargento Dillick y asegúrese de que sepan por dónde venir.

Lesley caminó hacia Bernard. Yacía en el suelo y murmuraba de manera incomprensible. Tina estaba arrodillada sobre él, con las manos en su pecho.

—¿Estás bien? —le preguntó Lesley.

Tina asintió. Tenía el pelo sobre la cara, húmedo de sudor.

—Yo estoy bien. Él, no estoy tan segura.

Lesley miró a Bernard.

—¿Qué pasó?

Tina se encogió de hombros.

—Hubo un enfrentamiento. Creo que él es el asesino. —Miró hacia Natasha—. Estaba maltratando a su esposa y, cuando pareció que iba a atacar también a Frankie, Natasha explotó.

Lesley se echó hacia atrás sobre sus talones. Miró hacia Natasha.

No importaba lo que Bernard hubiera hecho. Tendría también que arrestar a su esposa.

CAPÍTULO SETENTA

LESLEY LEVANTÓ la mirada cuando se abrió la puerta del despacho del superintendente Carpenter. Él estaba en el umbral, sonriéndole.

—Lesley, pasa.

Se puso de pie y se alisó la falda del traje. Era bueno estar de vuelta en la oficina, un lugar donde no tendría que ensuciarse de barro. Un lugar donde no tendría que correr. Pero aquella era una reunión a la que no tenía ganas de asistir.

Siguió al superintendente hasta su despacho. Él se dirigió al sofá bajo la ventana y le indicó que tomara el sillón a su lado. Una cafetera reposaba sobre la mesa.

—¿Te apetece uno? —preguntó.

Lesley miró el café. Esta era solo la segunda vez que la habían invitado a sentarse en ese despacho y la primera que le ofrecían algo de beber. Por primera vez, él no estaba enfadado con ella.

Aunque no iba a durar mucho.

Carpenter le sirvió un café y señaló hacia una jarra de leche. Ella negó con la cabeza y acercó la taza hacia sí. Estaba fuerte, y mejor de lo que esperaba.

«Lo suficientemente bueno incluso para Zoe Finch», pensó.

Intentó reclinarse y relajarse, pero sentía que le ardía la piel. Había ido directamente allí esa mañana, sin pasar por su oficina, aún no estaba lista para enfrentarse a su equipo. Lo que estaba a punto

de hacer era algo que no quería discutir con ellos primero. Si lo hacía, corría el riesgo de no poder seguir adelante con ello.

—Bueno —dijo él—, tenemos dos detenidos, según tengo entendido.

Lesley se aclaró la garganta antes de contestar.

—Bernard Williams ha confesado el asesinato de Simone Browning y Anya Davinski. Natasha Williams alega defensa propia.

—¿Y los testigos?

—Frankie Quinn lo presenció, la agente Abbott vio una parte. Creemos que el caso de Natasha Williams es sólido. Es poco probable que la Fiscalía la procese.

—Ah —dijo él—. Conozco cómo son las cosas en estos casos. Mujeres defendiéndose de maridos abusivos.

Lesley frunció el ceño. Según su experiencia, no era tan sencillo como eso.

—Tenía quemaduras en los brazos. Su marido fumaba puros y se los apagaba en la piel.

Carpenter hizo una mueca.

—No me sorprende que ella estallara.

—Sus compañeras lo descubrieron —dijo Lesley—. Se enfrentaron a él y por eso las mató.

—¿Y esa mujer periodista de la BBC? ¿Está involucrada?

Lesley negó con la cabeza.

—Él la contactó después de la muerte de Simone, pensó que podría hacerse un nombre saliendo en la televisión.

Carpenter gruñó.

—Pues ciertamente se ha hecho un nombre ahora.

Lesley tomó su taza y dio un largo sorbo.

—Necesito hablarle sobre mi equipo.

Carpenter alzó una ceja.

—Pensé que ahora os estabais llevando mejor.

Lesley se estremeció. No se había dado cuenta de que Carpenter sabía que habían tenido problemas al principio. Por supuesto, la radio macuto en este lugar era más eficiente de lo que había imaginado. Se preguntó si Carpenter había hablado directamente con Dennis o si solo había sondeado entre otros equipos.

—¿Cuál es el problema? —le preguntó.

Lesley colocó las manos sobre sus rodillas. Le sudaban las palmas.

Odiaba hacer esto. Dennis le había explicado lo que Johnny le había contado, lo del chantaje a costa de su hermano. Dennis le había dicho a Johnny que su hermano había cometido un delito y debía aceptar las consecuencias. No que Johnny debería cometer más delitos para protegerlo.

Lesley trató de comprender qué podía haber llevado a Johnny a actuar así. A veces lograba vislumbrarlo al intentar ponerse en su lugar, especialmente pensaba en su esposa y el bebé que esperaban.

—Me gustaría solicitar un cambio de personal. —Miró a Carpenter a los ojos, esforzándose por no parpadear.

—¿Te gustaría?

—Creo que el equipo necesita una pequeña reorganización.

—De acuerdo.

—La agente Abbott está haciendo un buen trabajo—continuó—. Creo que, sin ella, Natasha Williams podría haber matado a su marido. Reaccionó rápidamente y los primeros auxilios que le suministró a Bernard probablemente le salvaron la vida.

—Salvar la vida de un asesino. —Carpenter suspiró—. Supongo que es lo que hacemos.

Lesley tragó saliva.

—Me gustaría que la agente Abbott hiciera el curso de la Brigada Criminal. Si aprueba el examen, podría unirse a mi equipo como cabo, reemplazando a Johnny Chiles.

—¿Reemplazar al agente Chiles? —Carpenter pareció sorprendido.

—Johnny necesita una experiencia más amplia. Lleva en el equipo de investigación de delitos graves ocho años, necesita ampliar su currículum. Quizá trabajar en otro cuerpo policial durante un tiempo.

—¿Hay algún problema? —preguntó Carpenter—. ¿El cabo Chiles ha hecho algo malo?

—Solo creo que necesita más experiencia.

Lesley esperaba que esto no le explotara en la cara. Sabía que debería denunciar a Johnny. Sabía que debería decirle al superintendente lo que había hecho.

Pero quería darle otra oportunidad. Y si podía conseguirle un traslado a otro cuerpo policial, estaría lejos de Arthur Kelvin y de la tentación de continuar con su actividad corrupta.

Y luego estaba Dennis: había sabido lo de Johnny, pero lo había ocultado. Una vez más, debería informar de ello. Pero Dennis, aunque a veces resultaba pesado, era un sargento íntegro y de fiar. No era el tipo de hombre que se involucraría en corrupción. Al contrario, era de los que harían todo lo posible por detenerla. Y, al final —aunque con retraso—, se lo había contado. Además, era un buen sargento.

—Creo que el cabo Chiles se beneficiaría de ello —le dijo al superintendente—. Y creo que el equipo se beneficiaría de tener a Tina como miembro permanente.

Él posó su taza en la mesa.

—Muy bien. Hay un curso de la Brigada Criminal programado para la próxima semana.

—Lo sé.

—Muy bien. —Carpenter se puso de pie—. ¿Eso es todo?

—Sí. —Lesley se levantó con él.

Le tendió la mano y ella la estrechó. Lesley le ofreció una sonrisa nerviosa. Él le devolvió una más amplia.

—Buen trabajo —dijo—. Estás resolviendo casos más rápido que tu predecesor.

Lesley titubeó, sorprendida por el comentario. Durante un instante, consideró preguntar por la muerte del inspector Mackie. Recordó la conversación que había tenido con Carpenter un mes antes: «Si encuentras algo más, ven directa a mí».

Pero no era el momento. Lo único que quería era salir de allí y avisar al equipo de lo que se les venía encima.

CAPÍTULO SETENTA Y UNO

FRANKIE SE SOBRESALTÓ al oír que alguien llamaba a la puerta de su casa. Adam levantó la mirada de su ordenador.

Ambos estaban sentados juntos en la mesa de la cocina. Él volvía a mirar la pantalla de su portátil, esta vez no miraba las noticias, sino los listados de RightMove, una página inmobiliaria. Ella estaba con la mirada perdida en el vacío.

—Ya voy yo —dijo él.

Ella negó con la cabeza.

—No te preocupes.

No podía ser Natasha, estaba en la ciudad siendo interrogada. Definitivamente, tampoco era Bernard; seguía en el hospital de Poole.

Frankie se levantó con esfuerzo y avanzó con pesadez hasta la puerta. Había pasado la mayor parte del fin de semana durmiendo. Los recuerdos de los sucesos del viernes seguían apareciendo en su mente y se había despertado dos veces la noche anterior por pesadillas que incluían sangre y cuchillos.

Abrió la puerta; tenía la piel de gallina. Era Ed. Frankie se obligó a respirar.

—Ed —dijo—. Me alegro de verte.

Él le dirigió una mirada de preocupación.

—¿Cómo estás?

Se encogió de hombros.

—Tan bien como se puede esperar, supongo. Pasa.

Se apartó de la puerta y lo dejó pasar y caminar hacia la cocina. Se dio cuenta de que Ed no había estado nunca dentro de su casa. No había tenido mucho contacto directo con él, todo había pasado a través de Natasha. Pero había sido comprensivo desde el ataque del viernes, dejando claro que nada era demasiado problema para el National Trust. Que le permitirían hacer lo que ella quisiera ahora.

Adam y ella habían hablado hasta altas horas de la noche del sábado, y habían tomado su decisión. Le sorprendería que Ed ya tuviera una respuesta.

Él le dedicó una sonrisa nerviosa a Adam al entrar en la cocina. Adam se puso de pie. Extendió la mano y Ed la tomó con cierto nerviosismo. Los hombres se estrecharon las manos, ambos parecían lamentar haberlo hecho.

—¿Puedo ofrecerle un café? —dijo Adam.

—No se moleste. —Ed miró a Frankie—. Tengo noticias, buenas noticias.

Frankie señaló hacia la mesa y Ed tomó asiento. Adam cerró su portátil y se sentó a su lado. Ella lo hizo formando un ángulo recto con su pareja, agarrando su mano.

—¿Nos dejarán salir de la isla? —preguntó.

Ed asintió.

—Hablé con la oficina central esta mañana temprano. Están más que dispuestos a ayudarte en lo que necesites. Has pasado por mucho… y a manos de tu superior.

Frankie negó con la cabeza.

—No fue culpa de Nat. Él la estaba manipulando.

Ed la miró a los ojos.

—Bueno, mejor no preocuparse por eso ahora.

—No puedo evitarlo —respondió ella—. Natasha era mi amiga. ¿Por qué no vi lo que él estaba haciendo?

Ed le dirigió una mirada avergonzada. Como hombre, no lo entendía. Y como superior de Natasha, se sentía incómodo por el hecho de que él también había fallado en detectar cualquier problema.

—En fin —dijo—. He organizado el traslado que solicitaste a la Isla de Wight. Se está trabajando en los Needles, tratando de atraer más garzas imperiales. Pensé que sería algo adecuado para ti.

Frankie suspiró. La idea de mudarse la llenaba de inquietud. Pero las garzas imperiales serían un desafío. Y la alejaría de aquí.

—¿Dónde vais a vivir? —preguntó Ed.

Adam abrió su portátil.

—Estamos buscando casa de alquiler. Es más difícil que aquí, ya que allí no hay casas para el personal.

Ed asintió.

—Hablaré con la oficina central y veré si puedo arreglar algo. El National Trust tiene algunas propiedades en la Isla de Wight. No podemos ofrecer una de forma permanente, pero podría ser posible como medida temporal.

—Gracias. —Suspiró Frankie.

Cualquier cosa con tal de salir de Brownsea, y cuanto antes. No quería estar fuera de casa. No podía enfrentarse a la laguna, donde las imágenes de Anya llenaban su mente. No soportaba las playas, donde lo único en lo que podía pensar era en el cuerpo de Simone en la oscuridad. Y mucho menos podía adentrarse en los bosques, donde Bernard había intentado estrangularla.

Ed se levantó y le sonrió, con un aspecto un poco forzado.

—Lamento mucho todo esto, Frankie. Cualquier cosa que podamos hacer para ayudar, solo tienes que decírmelo, ¿de acuerdo?

Ella asintió. No había nada que él pudiera hacer, los problemas no eran solo prácticos. Llevaría tiempo.

—Gracias, Ed —dijo.

Adam puso una mano en su hombro.

—Lo acompaño a la salida. Quédate aquí.

Frankie asintió, agradecida, y se desplomó en la silla.

CAPÍTULO SETENTA Y DOS

LESLEY SE SENTÓ DETRÁS de su escritorio, observando a través de la partición de cristal cómo Johnny abandonaba el suyo y caminaba hacia ella. Mientras se acercaba, echó una mirada nerviosa por encima del hombro hacia Dennis.

«No te faltan motivos para estar nervioso», pensó. Le había salvado el pellejo al no contarle a Carpenter lo que había hecho. Ahora recibiría un traslado en lugar de un despido.

No podría haberle hecho eso al bebé.

Llamó a la puerta y la miró. Ella asintió. Abrió, entró y la cerró tras de sí.

—Señora —dijo—. Querías verme.

Lesley no hizo comentarios sobre el tratamiento de señora.

—Siéntate —le indicó.

Él tomó una de las dos sillas frente a su escritorio, retirándola ligeramente mientras se sentaba. Se removió en la silla y la miró.

—Te debo una disculpa, señora. El sargento Frampton me dijo...

Ella levantó una mano.

—No quiero tus explicaciones, Johnny. Dennis me ha contado lo que le dijiste. Le mentiste e hiciste que me mintiera. He arreglado las cosas para que no puedas trabajar más con Arthur Kelvin.

Él palideció.

—¿Cómo?

Ella le lanzó una mirada severa.

—El superintendente ha aprobado una comisión de servicio para ti. Seis meses en la metropolitana de Londres.

—¿La met? —murmuró—. ¿Cómo demonios voy a...?

Lesley le dirigió una mirada de advertencia.

—Considérate afortunado, Johnny. Todavía tienes trabajo, podrás disfrutar de tu permiso de paternidad. Y lo más importante: no irás a prisión.

Johnny tragó saliva. Ambos sabían cómo sería la prisión para un oficial de policía corrupto.

—Te estoy muy agradecido, jefa —dijo.

«No me extraña», pensó Lesley.

—Tu comisión comienza en dos semanas —le informó—. Sé que el bebé aún no ha nacido, pero quiero que comiences tu permiso de paternidad ahora.

Él asintió, con el rostro demacrado.

—Vacía tu escritorio —dijo—. No quiero verte por aquí de nuevo.

CAPÍTULO SETENTA Y TRES

ELSA ESTABA SENTADA en su escritorio cuando sonó su teléfono: AK. Lo contestó y se puso de pie.

—Se supone que no me debe llamar aquí —dijo.

Él se rio.

—¿Cómo voy a saber dónde está?

No dijo nada. Después de la conversación en su coche, era consciente de que él tenía más conocimiento de su paradero del que había sospechado.

El viernes por la noche había ido a casa, aliviada de que Lesley todavía estuviera ocupada en la isla de Brownsea. Arthur le había dado instrucciones para manejar el último arresto de Steven Leonard, le indicó con qué juez necesitaba hablar.

Odiaba hacer eso. Había esperado que su bufete cerrara después de la muerte de Harry Nevin y quedarse libre. Pero no, Aurelia Cross quería que las cosas siguieran funcionando. Quería mantenerse alejada de sus clientes más turbios, pero disfrutar del dinero que aportaban. Elsa estaba atrapada en el medio.

Se volvió hacia la ventana y se acercó a ella. Colocó sus dedos sobre el cristal, presionando hasta que la piel de sus yemas se volvió blanca.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—¿Ha hablado ya con ese juez?

—Hice una llamada —dijo—. Estoy esperando a que me respondan.

—No espere demasiado. Steve es una parte importante de mi equipo.

—No necesito saber eso.

No necesitaba saber nada más de lo necesario para hacer su trabajo. ¿Qué diría Lesley si alguna vez se enterara de lo que Elsa estaba haciendo?

Respiró hondo.

—¿Eso es todo?

—No —dijo él—. Hemos perdido un activo clave.

Elsa no sabía por qué esto era relevante para ella.

—¿Y?

—Está conectado con usted.

Frunció el ceño, volviéndose hacia la oficina y observando la habitación. Había tomado posesión de la oficina de Harry después de que él muriera. Una caja de paredes de cristal en una esquina con vistas al mar.

—¿Quién? —preguntó.

No tenía idea de que alguien del personal de aquí estuviera trabajando con Kelvin.

—No es uno de sus abogados —dijo él—. Es un policía. El cabo Chiles. ¿Lo conoce?

—No. ¿Por qué? ¿Debería?

—Trabaja para su novia.

Elsa sintió que se derrumbaba. Así que sí sabía lo de Lesley.

Cerró los ojos, concentrándose en su respiración.

—Eso no tiene nada que ver conmigo —dijo—. Soy su abogada, mantengamos las cosas profesionales.

Él se rio.

—Creo que ya hemos pasado ese punto, ¿no le parece?

Ella contó hasta tres, respirando hacia adentro y luego hacia afuera otra vez.

—Arthur —dijo—. Todo el mundo tiene derecho a un abogado, sin importar cuál sea su actividad. El trabajo que hago para usted está estrictamente relacionado con su representación legal.

—¿Llamar a jueces corruptos por mí? —dijo—. ¿Cree que el Colegio de Abogados aprobaría esas funciones?

Sintió que se le tensaba la garganta.

—¿Qué necesita, Arthur?

—Necesito que me encuentre un nuevo recluta —dijo—. Si Johnny Chiles se muda a Londres, necesito a alguien que lo reemplace. Y, en mi opinión, ¿quién mejor que el pez gordo?

—¿Qué quiere decir con «pez gordo»?

—La inspectora Clarke —dijo—. Ella sabrá todo sobre lo que pasa en esa unidad. Puede pasarnos información. —Se rio entre dientes —. Las conversaciones de almohada pasan en todas las parejas, incluso entre ustedes las lesbianas.

Ella se crispó.

—No lo haré. —Esto era demasiado.

—Sí, lo hará —respondió él—. Nadie me dice que no.

Y colgó.

Elsa sostuvo el teléfono frente a ella, mirando fijamente la pantalla. Lo arrojó al suelo con las manos temblorosas.

De ninguna manera le daría información sobre Lesley a Arthur Kelvin. Si lo hacía, perdería su trabajo. Perdería su licencia para ejercer la abogacía. Y perdería a su novia.

Pero si no lo hacía, ¿qué perdería?

CAPÍTULO SETENTA Y CUATRO

LESLEY GIRÓ hacia su antigua calle en Edgbaston. Terry se había ido de fin de semana con Julieta y su hijo, y Lesley planeaba pasarlo con Sharon. Era una buena oportunidad para empacar más de sus cosas y llevarlas a Dorset.

Estacionó en la entrada y miró hacia las ventanas. No sabía si había alguien en casa.

Se bajó del coche con esfuerzo, mirando las cajas de cartón vacías que había traído, y se dirigió a la puerta principal. Dudó antes de introducir la llave en la cerradura.

La última vez que había hecho eso, había caminado hasta la cocina y encontrado a Julieta de pie frente a la nevera.

Sacudió la cabeza para quitarse el recuerdo. Ya no le importaba, ahora tenía a Elsa. Las cosas se estaban calmando con Sharon, y Terry y ella habían logrado mantener por fin una conversación civilizada a principios de semana. Habían acordado una nueva rutina para Sharon, para asegurar que pasara tiempo con ambos padres.

Lesley respiró hondo y abrió la puerta principal.

—¡Hola! —gritó mientras la cerraba tras de sí—. Sharon, estoy en casa. ¡Soy mamá!

Sharon bajó ruidosamente las escaleras. Corrió a los brazos de Lesley y le dio un abrazo. Lesley la sujetó, sorprendida. Hacía años que Sharon no hacía esto.

—Qué cariñosa —dijo, sosteniendo a su hija—. ¿Qué he hecho para merecerlo?

—Es solo que te echaba de menos.

Lesley sonrió. Era agradable que la echaran de menos. Ella también había extrañado a Sharon.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó—. ¿Te estás llevando mejor con tu padre?

Sharon hizo un gesto indeciso de hombros.

—Supongo. Ha cambiado sus planes con Julieta y ya no va a estar aquí todas las noches. Lo que significa que tenemos tiempo para pasar solos él y yo.

—Eso es bueno. —Lesley puso una mano en el hombro de Sharon—. Es lo que necesitas.

Sharon asintió.

—Sí. Creo que puedo soportar a Sammy en pequeñas dosis.

—¿El hijo de Julieta? —Lesley se dio cuenta de que no había sabido su nombre hasta ahora—. Estoy segura de que no es tan malo.

Sharon hizo una mueca.

—Tiene tres años, mamá, por supuesto que es tan malo, ¡y peor!

Lesley se rio y caminó hacia la cocina, que brillaba limpia como una patena.

Se preguntó quién habría hecho eso. ¿Terry o Julieta? No le gustaba la idea de que él estuviera con una mujer que se encargaba de limpiar su casa.

Pero la realidad era que aquello no iba a ser su casa por mucho tiempo. Habían acordado que él compraría su mitad y se quedaría allí con Sharon mientras ella decidía dónde vivir. Esa casa estaba llena de recuerdos, y Lesley necesitaba un nuevo comienzo. En cuatro meses terminaría su comisión en Dorset y tendría que decidir si quedarse con Elsa o volver a Birmingham.

Abrió la nevera y encontró leche, verduras frescas y varios recipientes de plástico con lo que parecían comidas caseras. Lesley alzó una ceja y se volvió hacia Sharon, que estaba justo detrás de ella.

—¿Quién ha hecho todo esto?

Sharon se sonrojó.

—Julieta. Yo la ayudé.

—Eso está bien.

Sharon nunca había cocinado con ella, pero Lesley jamás le había pedido que lo hiciera.

—Tú y yo podemos cocinar algo este fin de semana, si quieres.

Sharon asintió.

—Hagamos un pastel.

Lesley se rio.

—Haremos scones y nos tomaremos un té como hicimos cuando llegamos a Corfe.

Sharon hizo una mueca.

—Mientras nadie salga asesinado.

Lesley acarició el pelo de su hija. Necesitaba un corte.

—No creo que esta vez pase.

El teléfono de Lesley sonó.

—Inspectora Clarke.

—Lesley, me enteré de que estás en Birmingham.

—Hola, Zoe. Has oído bien. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Necesitamos hablar —dijo Zoe—. Sobre tu predecesor y tu sargento.

—¿Dennis? —preguntó Lesley.

—¿Podemos reunirnos para tomar algo más tarde?

—Por supuesto. —Lesley miró a Sharon—. Pensándolo mejor —le dijo a Zoe—, ven aquí y tómate algo con Sharon y conmigo. Trae a Nicholas si quieres.

Sharon hizo una mueca. No era una niña, no necesitaba pasar el rato con el hijo de la amiga de su madre.

—No hace falta —dijo Zoe—. Nicholas va a salir esta noche. Pero acepto tu oferta. ¿A las siete?

Era una tarde soleada que daría paso a una cálida noche. Podrían sentarse en el jardín.

—Sí, luego nos vemos.

Tres horas después, Zoe estaba sentada en la mesa de la cocina de Lesley, observando cómo ella calentaba un plato que Sharon había sacado de un contenedor de la nevera. Era lasaña, en la que aparentemente Sharon había hecho la mayor parte del trabajo. Lesley prefería eso; no le gustaba la idea de comer comida preparada por Julieta.

Sirvió tres porciones y colocó los platos frente a Zoe, Sharon y luego uno para ella. Mientras tanto, la lluvia golpeaba contra la ventana de la cocina, despidiendo la idea de sentarse en el jardín.

Lesley sirvió una copa de vino tinto y le ofreció una a Zoe.

Zoe negó con la cabeza.

—Lo siento —dijo Lesley—. Olvidé que no bebes. Espera.

Fue al refrigerador y revisó el estante de la puerta.

—¿Tenemos algo sin alcohol? —le preguntó a Sharon.

—Con un vaso de agua me vale—dijo Zoe.

—No, no. Seguro que tenemos algo mejor que eso —replicó Lesley.

Encontró unas latas de kombucha.

—Vaya, qué elegante —dijo, sacando una y mirando a Sharon—. ¿Es tuya?

Sharon asintió.

—Me apetecía probarla.

—¿Te importa si Zoe se toma una?

—No, claro. Yo también tomaré una, por favor.

Lesley sacó dos latas del refrigerador y las colocó frente a Sharon y Zoe. Se sentó y comenzó a comer.

—Entonces —le dijo a Zoe después de unos cuantos bocados—. ¿De qué necesitabas hablarme?

—Recibí una llamada de tu sargento —dijo Zoe.

—Vio que habías estado husmeando en el expediente de Mackie.

—Sí —dijo Zoe—. Pero luego encontré pruebas de que alguien más ha estado descargando archivos en los últimos días.

Lesley la miró.

—¿Alguien más aquí?

—Alguien en Dorset. Supuse que era legítimo, pero pensé en consultarlo contigo por si acaso. Has estado trabajando en ese caso

de la isla de Brownsea, ¿verdad? ¿No en nada relacionado con Mackie?

—El caso Mackie se cerró, el forense dictaminó suicidio. —Nadie debería estar accediendo a esos archivos.

Zoe asintió.

—Definitivamente tienes a alguien en tu equipo que no está de acuerdo con esa conclusión.

—¿Quién? —preguntó Lesley.

—No conseguí averiguarlo, solo vi que había un sello de la policía de Dorset.

Lesley la miró frunciendo el ceño.

—¿Estás segura?

Zoe asintió.

—Si supiera quién es, te lo diría. Pero alguien ha estado en HOLMES, verificando dónde encontraron a Mackie y revisando los análisis forenses.

Lesley la miró fijamente.

¿Quién de la policía de Dorset había estado investigando la muerte de Mackie?

Ella misma había considerado hacerlo, pero había estado tan ocupada con sus propias tareas que lo había dejado en segundo plano. Sabía que a Carpenter le interesaba, pero también que quería mantenerse a distancia del asunto.

Entonces, ¿quién? ¿Dennis? ¿Johnny?

—Gracias por decírmelo —le dijo a Zoe—. Lo investigaré.

Zoe asintió.

—No hay problema. Esta lasaña está muy buena; enhorabuena, Sharon.

Sharon sonrió.

—Hago lo que puedo.

CAPÍTULO SETENTA Y CINCO

LESLEY DESCARGÓ la última de sus cajas en su casa de Wareham. No estaba muy segura de por qué se había molestado en traer todas aquellas cosas allí. Después de todo, pasaba la mayor parte de su tiempo en casa de Elsa. Pero prefería tenerlas con ella que en Birmingham con Terry.

La mayoría de las cajas estaban llenas de libros. Había algunos CD, algunos adornos, un par de álbumes de fotos, cosas que no había considerado lo suficientemente urgentes como para traer durante seis meses. Pero ahora, no estaba segura de si regresaría después de seis meses.

Cada vez que pensaba en octubre, cuando su comisión temporal finalizaba, sentía como si hubiera un muro de ladrillos frente a ella. No podía ver más allá. No podía ver dónde trabajaría, dónde viviría.

Frank Dawson estaba contento ejerciendo de inspector en la brigada criminal de la policía de las Midlands. Pero Carpenter no esperaba que ella se quedara aquí más de seis meses. Y con quién quería estar más: ¿con Elsa o con Sharon?

Su hija tenía que ser lo primero.

Lesley cerró de golpe la puerta del coche y arrastró la última caja hacia la casa. Estaba a punto de cerrar la puerta tras ella cuando notó un movimiento detrás. Elsa caminaba hacia la casa. Llevaba un gran ramo de espuelas de caballero.

Lesley sonrió.

—¿Son para mí?

—Qué va —contestó Elsa—. Pensaba dárselas a tu vecino de al lado. Premio de consolación por vivir tan cerca de ti.

—Oye —le dijo Lesley—. No seas descarada.

Elsa sonrió y le dio un beso en la mejilla.

—¿Qué tal una copa? No trabajo en el Duque de Wellington esta noche, pero podríamos ir allí.

Lesley arrugó la nariz.

—¿De verdad quieres ir al pub donde trabajas?

Elsa se encogió de hombros.

—El mejor pub de Wareham.

—¿Ah, sí?

El Duque de Wellington estaba bien, pero era un pub anticuado que olía a cerveza y a veces a sudor.

—Vamos al Kings Arms —dijo—. Podemos sentarnos fuera en el jardín.

Era otra noche sofocante. El calor se mantendría durante toda la noche, y Lesley se asaría viva en el dormitorio abuhardillado de su casa.

—De acuerdo —dijo Elsa—. ¿Qué quieres hacer con estas flores?

Lesley dejó la caja de libros sobre la mesa de centro y tomó las flores de Elsa.

—Estoy segura de que tengo un florero por alguna parte.

Miró las cajas. Había un florero en una de ellas, pero no tenía idea en cuál.

Elsa sonreía, con los ojos brillantes.

—Vale —dijo Lesley—. Las pondré en un vaso de pinta.

—Qué sofisticada eres, ¿no? —Se rio Elsa.

Lesley le dio un golpe de broma en el brazo.

Diez minutos después, las flores estaban a salvo en el fregadero, y Lesley y Elsa estaban en el jardín del Kings Arms. Lesley tenía un gin-tonic delante y Elsa una copa de vino tinto.

Lesley sorbió su bebida y se recostó, sintiendo el sol de la tarde en su rostro.

—Podría acostumbrarme a esto —dijo.

—Pues hazlo —le dijo Elsa.

Lesley abrió los ojos y miró a su novia.

—Sabes que tengo que volver a Birmingham en cuatro meses, ¿verdad?

El rostro de Elsa se ensombreció.

—No hablemos de eso.

Lesley miró a los ojos de Elsa. Sabía que en algún momento tendrían que hablar de aquello.

—Querías dejar tu bufete —dijo.

Elsa se encogió de hombros.

—Parece que eso no va a suceder.

—¿Ah, no?

Elsa negó con la cabeza. Su cuerpo se había desplomado y su rostro se endureció.

—No hablemos del trabajo.

—Vale. —Lesley tomó la mano de Elsa y la apretó—. Disfrutemos de la noche.

Elsa levantó su copa. Lesley acercó la suya.

—Por que tu estancia en Dorset dure el mayor tiempo posible —dijo Elsa.

Lesley sonrió.

—Brindo por eso.

* * *

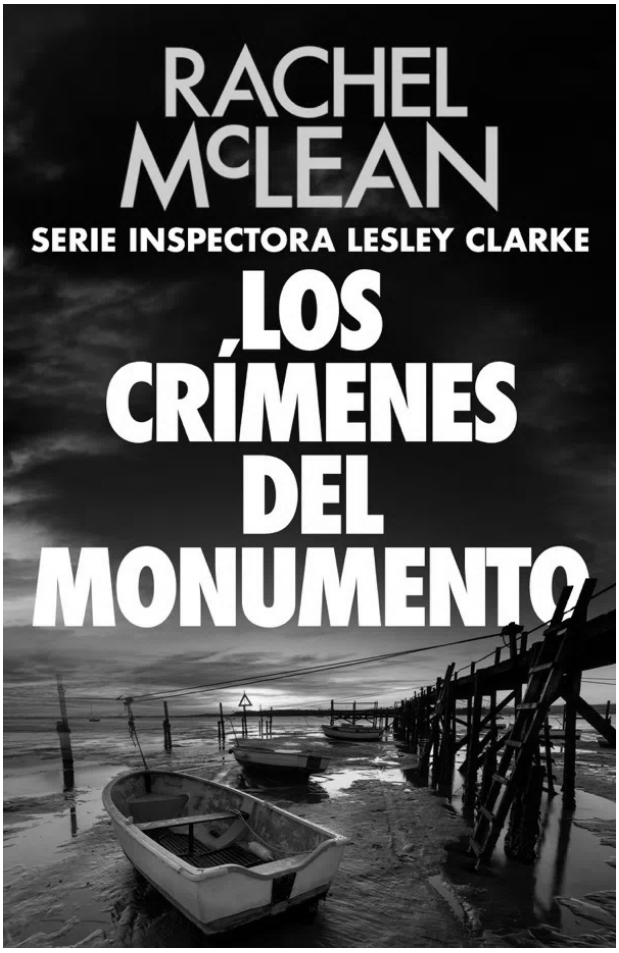
Espero que hayas disfrutado de *Los crímenes de la isla*. ¿Quieres saber más sobre la muerte del inspector Mackie? La precuela ***El crimen de la roca***, es gratuita para suscriptores a la lista de correos de Rachel McLean. Apúntate AQUÍ y empieza a leerla hoy mismo.

O si estás leyendo en Kindle o en papel y lo prefieres… usa el código QR en tu teléfono para descargar tu libro gratis.



* * *

La saga continúa. La cuarta entrega ***Los crímenes del monumento*** está ya disponible en preventa con fecha de lanzamiento 12 de febrero de 2026. ¡Reserva ya tu copia para ser de los primeros en leerla!


RACHEL
McLEAN
SERIE INSPECTORA LESLEY CLARKE
LOS
CRÍMENES
DEL
MONUMENTO

LIBRO GRATIS

LEE LA PRECUELA GRATUITA EL CRIMEN DE LA ROCA



El sargento Dennis Frampton aún se está acostumbrando a la vida sin su antiguo jefe, el inspector Mackie, y disimula como puede lo mucho que detesta estar al mando del equipo de investigación de delitos graves de Dorset. Sobre todo, debe asegurarse de que nadie descubra que todavía le pide consejo a Mackie sobre sus casos.

Pero entonces Mackie no aparece a una reunión… y horas después, un cadáver es descubierto al pie de unos acantilados cercanos.

Cuando Dennis descubre que se trata de su viejo amigo y mentor, su mundo se tambalea. ¿Se quitó la vida Mackie… o alguien lo empujó? ¿Está su nuevo jefe intentando encubrir algo? ¿Puede confiar en las pruebas, o alguien las ha manipulado?

Descúbrelo leyendo *El crimen de la roca* — GRATIS en este enlace: http://subscribepage.io/emHMbY

OTRAS OBRAS DE RACHEL MCLEAN

Serie Inspectora Lesley Clarke

Los crímenes del castillo

Los crímenes del acantilado

Los crímenes de la isla

Los crímenes del monumento

AGRADECIMIENTOS

Primero de todo, muchas gracias a ti, querido lector, por darle una oportunidad a este libro. Esperamos que te haya entretenido y, si es así, te animamos a que escribas una reseña en Amazon. Tus palabras ayudarán a que otros lectores descubran esta serie.

También estamos eternamente agradecidas a nuestro maravilloso equipo de lectores cero en español, que nos ayudan a pescar los errores cometidos. En esta versión han colaborado Julio Turell de Uruguay, Circe Hernández de México, Maite Martín de Asturias, Carmen Losada González, Begoña Gancedo, May Rojo y Carlos García de Madrid, Jimena Cernich de Argentina, Rafaela Svarzman de Alicante y Mercedes Leal Lama de Badajoz.

¡Muchísimas gracias a todos!

Rachel y María.